

Interseccionalidad literaria: biografía,
testimonio e historia.

*Diario de la Guerra Civil de Pilar de
Zubiaurre*

TESIS DOCTORAL

2021

Elixabet Ugalde Gil
Dirección: María José Martínez Gutiérrez
Programa de doctorado en Literatura Comparada y Estudios Literarios
Departamento: Filología e Historia
Universidad del País Vasco/ Euskal Herriko Unibertsitatea UPV/EHU

Introducción	6
Capítulo 1: la escritura autobiográfica.....	8
1. Los orígenes de la escritura autobiográfica	9
1.1 Las tres etapas correspondientes a los tres semas insertos en el término autobiografía	22
2. Tres teorías sobre la autobiografía: Gusdorf, Lejeune y Ricoeur.....	27
2.1 La filosofía de Georges Gusdorf	27
2.1.1 Enfoque histórico	29
2.1.2 Enfoque psicológico.....	31
2.1.3 Enfoque fenomenológico.....	31
2.1.4 Enfoque ontológico	32
2.1.5 Enfoque existencialista	34
2.1.6 Enfoque estético y lingüístico	34
2.1.7 Enfoque ético.....	36
2.2. El pacto autobiográfico de Philippe Lejeune.....	36
2.2.1 Yo, tú, él.....	37
2.2.2 El abajo firmante.....	40
2.2.3 Copia certificada.....	44
2.2.4 Espacio autobiográfico.....	47
2.2.5 Contrato de lectura	48
2.3 La hermenéutica y Paul Ricoeur	49
3. La autoría en la autobiografía y sus mecanismos: recordar, inventar, olvidar.....	57
4. La autobiografía femenina.....	72
5. La autobiografía en España a partir del 39.....	83
6. Diario íntimo: definición y origen.....	86
6.1 Las características del diario íntimo según Girard y otras perspectivas	92

6.2 El diario: el ámbito femenino.....	95
6.3 El diario en oposición con algunos géneros autobiográficos: autobiografía, memorias, epistolarios y autorretrato.	97
6.3.1 El autorretrato	98
6.3.2 Las memorias, la autobiografía y el diario	99
6.3.3 Los epistolarios y los diarios	103
7. El diario en España.....	103
7.1 Desde principios del siglo XX hasta los años 20	106
7.2 Segunda República, Guerra Civil y exilio.....	108
7.3 El modelo de diario español según Danielle Corrado	113
Capítulo 2: el testigo y el testimonio.....	121
8. El testigo	122
8.1 El otro y la subalternidad	123
9. El testimonio.....	128
9.1 La concientización y el testimonio según George Yúdice	132
9.1.1 Estética de la concientización vs. representación	132
9.1.2 Testimonios representacionales.....	133
9.1.3 Testimonios concientizadores	133
9.1.4 El testimonio y la responsabilidad de la enunciación.....	134
9.1.5 El testimonio y el debilitamiento de la episteme moderna.....	135
9.1.6 El testimonio y la resistencia a la alteración.....	135
9.1.7 Concientización y valorización	136
9.1.8 Testimonio y democratización	137
10. El discurso testimonial	137
10.1 El compromiso de la memoria, su ética y el discurso testimonial	137
10.2 El discurso hegemónico y la literatura testimonial	142

10.3. La repetición compulsiva y la elaboración del trauma	147
10.4 El testimonio contemporáneo.....	149
11. El discurso femenino como un relato de ausencias	151
12. Testimonio e ideología.....	157
13. Testimonio, México y el exilio	161
14. El problema transgeneracional por la ausencia del testimonio en la guerra civil española.....	175
Capítulo 3: Pilar de Zubiaurre y su diario de la Guerra Civil.....	194
15. El caso de Pilar de Zubiaurre	195
16. Pilar de Zubiaurre: aproximación biográfica.....	202
17. Análisis de las entradas del diario personal pertenecientes a la Guerra Civil.	236
Madrid	239
Valencia.....	248
País Vasco.....	265
18. El diario de Pilar de Zubiaurre	283
Conclusión	295
Bibliografía.....	299

Introducción

Este trabajo tiene como finalidad contribuir, de manera definitiva, a la recuperación y difusión de la obra y biografía de una de las más influyentes, y también más desconocidas personalidades de la cultura vasca, Pilar de Zubiaurre, quien no cuenta todavía con una bibliografía histórica, literaria o social sobre su vida, ni sobre su obra. El objetivo de la presente investigación es subsanar esta rémora histórica, reivindicando para los anales y el canon intelectual, la presencia ejemplar de esta figura. El proyecto atiende por ello a dos asuntos relevantes para el interés literario actual: política e intelectualidad dentro de la literatura española y vasca del siglo XX. Al ser nuestro objeto de estudio una figura del exilio vasco, la investigación conlleva, como en muchos otros casos de la diáspora vasca y la España peregrina, recobrar textos no considerados (o considerados menores) en el canon literario: biografías, diarios y testimonios. En el caso de Pilar de Zubiaurre cabe destacar que hay un factor importante que, coincidiendo con estas narrativas íntimas o personales, permite, como objeto de estudio, el traslado de la investigación a mayores horizontes históricos, trascendiendo de la biografía a la verdad sociológica o a la historiografía. Se mostrará su diario como ejemplo de testimonio de acontecimientos centrales para la historia oficial. La protagonista es la voz narrativa desde la cual se expresa la parte social/cultural que ha sido censurada dentro de los marcos oficiales. El análisis, pues, parte de sus escritos personales, para proyectarse sobre la realidad social de su momento histórico, cotejándose con los diversos discursos culturales que conforman las diferentes voces de la historia.

El objetivo de este estudio es, a partir de mostrar el diario de la protagonista como ejemplo de lo que es la literatura testimonial, demostrar analíticamente la capacidad de esta literatura para verificar la historia. Además, otro de los objetivos del presente trabajo es, precisamente, avalar el diario de una mujer como testimonio autorizado para narrar dicha historia. Es decir, rescatar la voz femenina, y contribuir a subsanar la carencia de estudios sobre los discursos femeninos durante la guerra civil y

posguerra española. Y, en relación con ello, se pretende también, rescatar la visión vasco-republicana de esta autora, que aportará datos relevantes a tener en cuenta en posibles estudios.

Para ello, en primer lugar se confeccionará la elaboración de un marco teórico respecto a las literaturas del yo. Se estudiarán los distintos discursos autobiográficos y se hará especial hincapié en el análisis crítico del diario personal. En segundo lugar, se atenderá a la teoría desarrollada por distintos críticos sobre el concepto de literatura testimonial y las corrientes teóricas que analizan la ausencia del testimonio. Por último, se recuperará la figura de Pilar de Zubiaurre y se analizarán las entradas de su diario del contexto de la Guerra Civil para evidenciar los acontecimientos históricos y, así, demostrar la vigencia de un diario íntimo como discurso testimonial.

CAPÍTULO 1: LA ESCRITURA AUTOBIOGRÁFICA

1. Los orígenes de la escritura autobiográfica

Distintos teóricos han señalado que la *autobiografía* comienza en el siglo XVIII gracias a la obra *Confesiones* de Jean- Jacques Rousseau y, por lo tanto, los discursos anteriores a 1782 se englobarían como pre-autobiográficos. Las manifestaciones previas carecen de algunos elementos clasificatorios para que se puedan organizar dentro del género autobiográfico. Sin embargo, cabe señalar que, significativamente,

el uso del término <<autobiografía>> es en sí mismo sugerente, aunque este modo de explicación histórica es siempre injustificado dado que existen otros términos más antiguos, tales como <<hypomnemata>>, <<comentarii>>, <<vita>>, <<confesiones>> o <<memorias>>, que podrían cubrir sin mayor problema todas las funciones que se encuentran englobadas en el término autobiografía, más novedoso (Weintraub, 1991, p. 18).

Virgilio Tortosa señala más específicamente que “se atribuye la primera aparición del término al poeta inglés Robert Southey en un artículo de 1809; pero Gusdorf se remonta hasta 1798 para hacer efectivo el término usado por el propio Frédéric Schlegel” (2001, p. 25). Por lo tanto, es incuestionable la “influencia de Rousseau, [ya que] queda patente en el hecho de que es alrededor de 1800 cuando la palabra *autobiografía* comienza a cobrar carta de naturaleza en todas las lenguas europeas” (Hernández, 1999, p. 78). De este modo se puede decir que la autobiografía como género literario es un fenómeno moderno, aunque tiene precedentes a lo largo de toda la historia literaria gracias a una “serie de rasgos comunes e identificativos” (Tortosa, 2001, p. 9).

Gusdorf y Tortosa señalan que las *Confesiones* de san Agustín en el siglo IV son el punto de partida de la escritura pre-autobiográfica. Sin embargo, siguiendo al teórico Jesús Camarero, el primer discurso autobiográfico estaría ya presente en el año 93 gracias a Flavio Josefo con su obra titulada *Autobiografía* en la que narra “su propia existencia en el contexto de la ocupación romana [en las tierras de Judea]” (2011, p. 10). De este modo, la escritura religiosa pre-autobiográfica surgirá siglos después con Agustín de Hipona en la era cristiana y en el Renacimiento con santa Teresa de Jesús y su obra *Libro de la vida*. Por otro lado, Camarero también señala que en el ámbito de la filosofía existen discursos pre-autobiográficos como son la publicación *Ensayos* (1580),

de Michel de Montaigne, en la que se “inaugura la capacidad del yo para reflexionar y construirse en sus pensamientos” (2011, p. 10) y el caso de René Descartes con *Discurso del método* (1637).

Remontándonos al ámbito religioso en el contexto de la escritura pre-autobiográfica, el cristianismo como fenómeno ideológico y cultural posee unas prácticas de meditación y oración que estarán vinculadas a lo autobiográfico en cuanto a vida interior se refiere. El examen de conciencia unido con el rito sacramental de la confesión hará que el ser humano adquiera esa memoria personal necesaria para los discursos autobiográficos. Gusdorf señala que Agustín de Hipona se ajusta a la nueva orientación ya que “la Antigüedad clásica mantenía, [...], una concepción disciplinaria del ser personal, el cual debía buscar la salvación en la adhesión a una ley universal y trascendente sin complacencia alguna por los misterios, por otra parte, insospechados, de la vida interior” (1991, p. 11).

En el cristianismo, el diálogo con Dios será la fuente indispensable para la salvación, dado que “cada uno es responsable de su propia existencia, y las intenciones cuentan como los actos. De ahí el interés nuevo por los resortes secretos de la vida personal; la regla de la confesión de los pecados viene a dar al examen de conciencia un carácter a la vez sistemático y obligatorio” (Gusdorf, *Ibíd.*). Es por eso que la obra *Confesiones* de san Agustín “procede de esta existencia dogmática: un alma genial presenta ante Dios su balance de cuentas con toda humildad, pero también con toda retórica” (*Ibíd.*). Nos encontramos, por lo tanto, en una sociedad teocéntrica donde Dios es el núcleo de la vida espiritual y el ser humano su siervo. Desde este enfoque moralizante, “las vidas de los santos proponen modelos a imitar por los creyentes, [...], [creando así], [...] una literatura de ejemplos” (Puertas Moya, 2004^a, p. 22).

Sin embargo, distintos teóricos señalan que el máximo exponente vendrá con el cristianismo moderno, es decir, con la reforma protestante, ya que “sirve [...] de antecedente directo y de incentivo a la creación del padre de la autobiografía (moderna)” (2004a, p. 28). Jean Molino afirma que “la autobiografía, que nació y se desarrolló con su nueva forma en los países protestantes, es creación de la modernidad social y del puritanismo” (1991, p. 130). Cabe recordar que alguno de los elementos más importantes dentro del protestantismo son la introspección y la libre interpretación,

ambas piezas fundamentales de la autobiografía moderna, que harán que el hombre indague en su propio yo creando una conciencia de sí mismo. Octavio Paz señala que “el cristianismo prometía una salvación personal y así su advenimiento produjo un cambio esencial: el protagonista del drama cósmico ya no fue el mundo sino el hombre. Mejor dicho: cada uno de los hombres” (1985, p. 33). De este modo, la práctica de conciencia cristiana

lleva a comprender cómo grandes autobiografías religiosas del XVII y XVIII fueran producidas por el sector eclesiástico – puritano en Inglaterra, pietista en Alemania, janseanista y quietista en Francia-, produciendo con ello un hábito de lectura y escritura en el transcurso del tiempo. Aunque los ilustres casos de san Agustín, santa Teresa o san Ignacio de Loyola, en honor a la verdad, no eran autobiografías tal como hoy las consideramos, sí eran empleadas como método de conocimiento de Dios, y no de quien escribe (Tortosa, 2001, p. 27).

Estos discursos pre-autobiográficos tenían sus limitaciones históricas ya que “los autobiógrafos cristianos narran sus vidas como relatos dramáticos de su yo en busca de Dios” (Weintraub, 1991, p. 31). No existe una introspección sino un propósito para que Dios salve a los hombres de sus pecados. La sociedad no se conoce fuera de la visión teológica. Es por esto que el hombre se encuentra unido a la comunidad que pertenece y su perspectiva individual todavía no tiene conciencia de sí mismo. Como señala Gusdorf, “el individuo no ve su existencia fuera de los demás, y todavía menos contra los demás, sino con los otros, en una existencia solidaria cuyos ritmos se imponen globalmente a la comunidad. Nadie es propietario de su vida ni de su muerte” (1991, p. 10). Además, el crítico señala que el discurso autobiográfico sólo se puede dar en una sociedad donde la conciencia de sí existe y, por lo tanto, “resulta necesario, en primer lugar, que la humanidad haya salido, al precio de una revolución cultural, del cuadro mítico de las sabidurías tradicionales, para entrar en el reino peligroso de la historia” (Ibíd.). Es por esto que “hará falta el estallido de la Romania medieval, la desintegración de sus dogmas bajo la fuerza conjunta del Renacimiento y la Reforma, para que el hombre tome interés en verse tal como es, alejado de toda premisa trascendental” (1991, p. 12). Como señala Mercedes Arriaga, la creación del género autobiográfico surge “en las mismas condiciones históricas que hicieron nacer la noción de sujeto, autor y yo, como categorías independientes” (2001, p. 72).

El Renacimiento será el comienzo de una sociedad más abierta y, por lo tanto, menos hermética. En España el ejemplo más claro es la obra *Lazarillo de Tormes*. Esta publicación perteneciente al género de la picaresca recoge elementos significativos de la autobiografía moderna. Según distintos teóricos la prosopopeya será el recurso retórico que más tarde se verá como un rasgo de modernidad. Puertas Moya explica que “la caracterización estilística de un personaje, de su máscara y su voz, para que a través de su propia narración, [...] se dirija no sólo a los demás, sino que se interpele a sí mismo [...], [es] la aparición y consciencia de un fenómeno socio-cultural de máximo relieve: el yo” (2004a, p. 32). Además, Weintraub señala que

los diferentes factores de la secularización comenzaron a reafirmarse a partir de finales de la Edad Media y fueron descalificando progresivamente esa visión histórica hasta que llegó un momento en el que el hombre se sentía más atraído por la visión de sus propios y diversos actos como fines en sí mismos que por su preocupación sobre el peregrinaje hacia la otra vida. La cultura sufrió un choque en el Renacimiento pues el descubrimiento de otros pueblos, como el chino, el hindú o el americano, cuya historia difícilmente se ajustaba al modelo provincial establecido, ayudó a evocar la pregunta sobre cuánto tiempo podría el hombre continuar viendo el pasado humano desde la perspectiva de Jerusalén y según el calendario cristiano (1991, p. 31).

Al terminar la Edad Media, y pasar del teocentrismo medieval al Renacimiento, dará paso a una sociedad antropocéntrica. Si anteriormente Dios era el centro del universo, y consecuentemente el del ser humano, ahora pasará a un segundo plano y surgirá el concepto del yo. La sociedad teocéntrica se verá sustituida por una sociedad donde lo más importante es el hombre en sí mismo y su naturaleza. La vida terrenal y la razón del ser humano serán los elementos que gobiernen en la nueva sociedad. El hombre desplazará, por lo tanto, la importancia de la ultratumba y se confrontará al modelo cristiano.

La evolución hacia la nueva concepción del ser humano no fue un proceso radical sino gradual que debilitaba cada vez más la vida de los hombres medievales. La nueva forma cultural posibilitó la definición del yo desde una visión laica, ya que el hombre comienza a preguntarse quién es y quién quiere ser. La introspección será vista como autoconocimiento, es decir, la visión mental de sí mismo su centro prioritario. Es

por esto que el autobiógrafo es sujeto y, a la vez, objeto dentro del discurso enunciado. Como indica Lydia Masanet, “el <<yo>> crea a un <<otro>> distinto del que es ahora e incluso del que fue entonces. Recreación y creación aparecen, pues, en tenue ambivalencia” (1998, p. 13).

El humanismo implica de este modo que “el individuo se constituye a través de la consciencia de sí mismo, pero también mediante el ejercicio de una memoria en la que se recoge y revive su propia existencia, capaz de ser contada gracias a unas técnicas, procedimientos y recursos que le dan forma literaria” (Puertas Mota, 2004a, p. 32). Esto supone anteponer la razón al sentimiento dando hincapié al *logos*, es decir, a la palabra, ya que ésta constituirá y determinará al individuo. Bajo esta cuestión, Miguel Ángel Granada afirma que “esta concepción optimista del sujeto humano procede de que el hombre es concebido fundamentalmente como el alma, es decir, como la razón” (1988, p. 157). El ser humano pasa así a ser el núcleo de su vida y, desde la cual, la búsqueda interior de sí mismo será lo principal. La concepción de la autobiografía y la personalidad del ser humano serán inseparables, ya que “la forma en la que el hombre concibe su naturaleza del yo determina en gran medida tanto la forma como el proceso de la escritura autobiográfica” (Weintraub, 1991, p. 25).

Por otro lado, se creará un interés por los textos de la Antigüedad Clásica donde el humanista tendrá “presente tanto la idea de renovación como la de imitación del modelo antiguo que se pretende revivir” (Puertas Moya, 2004a, p. 33). En la retórica clásica ya se utilizaba el recurso retórico de la prosopopeya, dado que “el efecto buscado por [ésta] es, por tanto, configurar el espacio propio de la voz de un personaje, así como interpelar al oyente-lector para que el discurso tenga efecto” (2004^a, p. 45). Por lo tanto, la máscara del yo se mostrará con total plenitud en la autobiografía, ya que el hombre se convertirá en la materia del discurso en sí. Tal y como apunta Puertas Moya

la autobiografía sería, [...], un dirigirse al otro que llevamos en nosotros mismos, a la máscara que nos presta su vez para desde ella dirigirnos a un auditorio de máscaras que a su vez buscan complicidad y rasgos de comparación en las arrugas y mohínes de las máscaras que se les presenta textualmente (2004a, p. 49).

Como se ha mencionado anteriormente, a finales del siglo XVIII surge el denominado fenómeno autobiográfico gracias a Jean-Jacques Rousseau. Su obra publicada en 1782 adquiere una dimensión totalmente distinta a lo que anteriormente se ha designado como discursos pre-autobiográficos. *Confesiones* “se convertirá, [...], en la piedra angular del edificio autobiográfico que resume y simboliza los ideales de la clase dominante en la nueva época histórica, y en él se pueden rastrear los elementos constitutivos del género literario” (Puertas Moya, 2004a, p. 51). El autor escribió su obra “como la trágica historia de un hombre que rebotaba amor hacia una humanidad a la que quería enseñar a vivir su propio yo de forma verdadera y pura y que se vio condenado a ser un proscrito perseguido por una sociedad incorregible” (Weintraub, 1991, p. 24).

El surgimiento del individualismo burgués acarreará una transformación en la vida del individuo que ya venía desarrollándose desde el Renacimiento. Esta nueva ideología está marcada por el individualismo del ser humano. La autobiografía, por lo tanto, es “un fenómeno nuevo en la Europa occidental bajo el fin de historizar la propia personalidad de manera contada” (Tortosa, 2001, p. 11).

La individualización queda totalmente vinculada al pensamiento burgués ya que, cabe recordar, “quién es capaz de leer, pero sobre todo quién tiene la capacidad de comprar esas obras de <<vidas ejemplares>>; en consecuencia, ello permite deducir el hecho de que la autobiografía desde siempre se ha constituido en mecanismo literario transmisor y difusor de ideología” (2001, p. 11). Bajo esta cuestión, cabe señalar que el propósito de los discursos pre-autobiográficos y autobiográficos sigue siendo el mismo, puesto que dichas manifestaciones transmiten vidas ejemplares y modos de conducta que el resto de la sociedad debe seguir. La autobiografía se convierte así en el decálogo de la sociedad burguesa y, por lo tanto, los valores que en ella se transmiten al tomarlos como legítimos son los que se debían de repetir. En consecuencia, el discurso autobiográfico es visto como un arma ideológica y “se revela como una fórmula que sirve a los aparatos ideológicos de una clase, así como también evidencia las carencias

del ser en la sociedad que habita, poniendo de manifiesto las desigualdades desarrolladas en el seno del individuo” (2001, p. 14).

La clase hegemónica, con poder político y económico, utiliza este discurso para exaltar su individualidad y así crear la autoconciencia de la burguesía. La nueva ideología individualista está configurada por diversos elementos que

en primer lugar, se encuentra el poder económico acumulado desde la época renacentista gracias a la ampliación de los mercados que supusieron los descubrimientos y conquistas de las nuevas tierras a las que se sumarán los procesos de colonización que caracterizan la evolución imperialista y colonial de los siglos XVI a XIX. Esta coyuntura político-económica que otorga a Europa el predominio cultural va a condicionar esa actitud orgullosa del <<yo>> (Puertas Moya, 2004a, p. 52).

Sin embargo, esta macroestructura acarreará conflictos desde el interior del individuo, ya que ansía encontrarse y, a su vez, “se presenta simultáneamente como una fiera interior que debe controlarse tras haber sido creada y encumbrada por las teorías económicas liberales, [...], [desde las cuales] los Estados deben actuar como meros instrumentos a su servicio” (2004a, p. 53). La individualidad es vista como el espacio interior desde la cual el burgués puede expresarse con sinceridad y ser así el sujeto libre que tanto desea. Por lo tanto, “lo que se efectúa en el desarrollo del individualismo es una vuelta hacia el interior como lugar de reposo frente a la ajetreada vida urbana que necesita del complemento psicológico de la actividad reflexiva, introspectiva, como contrapunto” (2004a, p. 55-56). Según Puertas Moya,

la autobiografía será, por tanto, un género reaccionario, entendido como la fuerza defensiva que los intelectuales burgueses opondrán al progreso tecnológico y material que ha creado la misma clase a la que pertenecen, y esta conflictiva procedencia marcará los claroscuros, ambigüedades y contradicciones en que se desenvuelve la historia de este género literario (2004a, p. 57).

El Romanticismo supondrá el alejamiento del nuevo pensamiento dado que “el individuo se encuentra encumbrado en el centro de una escala de valores que le hace

suspirar por las esencias perdidas y añorar el viejo orden teológico que para los pensadores románticos suponía la Edad Media” (2004, p. 57).

Para Weintraub la individualidad “se caracteriza por su rechazo a los modelos válidos para el individuo y su concepción se fundamenta en la creencia de que la sociedad es una masa social en la que existen diferencias entre sus miembros” (1991, p. 29). La sociedad en su conjunto no tendrá a dos individuos iguales, dado que cada persona será única e irremplazable. Sin embargo, el crítico apunta que hay que diferenciar el término individualidad y el individualismo. La segunda concepción “supone una afirmación sobre la *relación* apropiada entre la existencia individual y el contexto social más amplio del que esa existencia individual forma parte. [...] De esta forma, la noción de individualismo da una indicación del grado de control social sobre el individuo” (1991, p. 28). Para que el ser humano pueda desarrollar su individualidad no puede estar sometido a la sociedad, sino que necesita su propia autonomía para encontrarse a sí mismo. Tal y como apunta Weintraub “la cercana y a menudo confusa relación entre [estas dos nociones] [...] ha creado por momentos la impresión de que un individuo debe <<definirse a sí mismo>> por medio de diferencias respecto a la sociedad a la que pertenece” (1991, p. 29).

Con el proceso de industrialización en el siglo XIX, Lejeune ve como el discurso autobiográfico todavía está dirigido por y para la burguesía, puesto que excluye a todos aquellos que están fuera del sistema capitalista (1994, p. 341). Puertas Moya afirma que “aunque [...] el gran artefacto literario de la burguesía fue la novela, por el triunfo que esta alcanzó en el siglo XIX, [...], creemos que ha llegado el momento de considerar la autobiografía como la gran creación, secularizada y democrática, de la clase burguesa” (2004a, p. 65). De este modo podemos decir que el género autobiográfico adquiere relevancia, aunque sigue siendo excluyente, ya que no tiene en cuenta ni al proletariado, ni a las mujeres, etc. Además, cabe mencionar que fuera de las fronteras europeas era un discurso que todavía no se había desarrollado. En palabras de Weintraub, “durante la mayor parte de los siglos diecisiete y diecinueve prevaleció esta actitud universalizadora y al mismo tiempo algunos de los elementos de una posición diferente se estaban preparando para abrirse paso. Se comenzaba a modificar, de esta forma, la tendencia absolutista de la razón para llegar a una posición más relativizadora” (1991, p. 31). Esto

quiere decir que la visión histórica de la vida comienza a prevalecer sobre la cultura racionalista. La dimensión histórica que alcanza el yo individual y colectivo se encontrará en los discursos autobiográficos ayudando así tanto “en la historia de su propia individualidad como en la historia de su época” (1991, p. 33). La historia adquiere el sentido de memoria de la humanidad, puesto que “cada hombre es importante para el mundo, cada vida y cada muerte” (Gusdorf, 1991, p. 10) son el patrimonio que deja cada individuo a la sociedad en su conjunto. Como afirma Elizabeth Bruss, “la autobiografía adquiere así su significado mediante la participación en sistemas simbólicos que constituyen literatura y cultura” (1991, p. 65). De este modo, a pesar de que el discurso autobiográfico se venía desarrollando desde siglos pasados, es en el siglo XIX cuando va a alcanzar el estatus de género literario. Como afirma Arriaga, “en esta línea, [...] [es] cuando [se] afirma que el discurso literario se define en términos de sus funciones socio-culturales. Lo que significa que son algunas instituciones y clases sociales, las que delimitan la literatura, decidiendo su estatuto histórico y su función práctica” (2001, p. 17).

Desde finales del XIX al XX los trabajos realizados por Sigmund Freud en torno al psicoanálisis supondrán un cambio en las ciencias decimonónicas. Tal y como apunta Puertas Moya, “bajo el imperio del rígido sistema del positivismo científico se van a producir las cuatro reacciones más impactantes y decisivas que este sufrió, de las cuales derivaría en gran medida el transcurso del pensamiento durante el siglo XX” (2004a, p. 67). Para este teórico “las cuatro reacciones” podrían resumirse en el socialismo científico o marxismo, el darwinismo o evolucionismo, el vitalismo ético nietzscheano y el psicoanálisis freudiano. Aunque los trabajos realizados por Freud se presentan como la última teoría, lo que más se destaca es que “en algún sentido asume y reasume parcialmente algunos de los avances anteriores, pero sobre todo resulta interesante [...] [porque] se apropia de las técnicas autobiográficas para aplicar su terapia” (2004a, p. 68). Aquí se destaca que “el procedimiento seguido por el psicoanálisis remite el efecto taumátúrgico que posee la palabra a la hora de recuperar sensaciones y sentimientos, permitiendo al emisor desahogarse ante un interlocutor” (2004a, p. 69). El yo, bajo esta cuestión, se presenta como remido de un trauma que se supera utilizando la memoria. La vinculación de la memoria junto con los sentimientos será lo que desarrolle el conocimiento de sí mismo.

El discurso autobiográfico, por lo tanto, consistirá “en recordar no sólo su vida interior sino ir aún más allá: interpretar su vida oculta, sus emociones, sus obsesiones y manías; el subconsciente sobre el que se ha edificado, reprimiéndolo y hurtándolo a la vista de los demás, la vida pública, exterior, superficial” (2004a, p. 70). Durán Jiménez-Rico señala que para la crítica del género autobiográfico este hecho no ha pasado inadvertida, dado que “curarse es el primer motivo de muchas autobiografías del siglo XX” (1999, p. 115). Indagar en el subconsciente para buscar el *yo* “se convertirá [...] en una práctica asimilable a la estrategia psicoanalítica [...]. [Además, permitirá] descubrir la faceta oculta de la personalidad [...] con todas sus consecuencias, sacando a la luz sus contradicciones más profundas” (2004a, p. 72-73). Por lo tanto, como apunta Masanet, “el acto de escritura es en sí una ordenación y la autobiografía cumple con una función de autoordenación” (1998, p. 11).

Según apunta Puertas Moya

como ingredientes de la Modernidad, la Psicología y la escritura autobiográfica ayudarán a formular una visión novedosa del ser humano, y hoy día es imposible entender los procedimientos autobiográficos sin el aporte fundamental que supuso la renovación psicoanalítica en los mecanismos de investigación psicológica aportados por el positivismo científico. Por ello se comprende que el psicoanálisis representa también una nueva fase en las técnicas de escritura autobiográfica, en tanto la teoría freudiana como técnica de interpretación autobiográfica se empeñaba en encontrar en el subconsciente el sentido de la vida y desvelar la existencia de un secreto vital (2004a, p. 75).

El avance de la ciencia antropológica, ciencia que no hace distinción de género sexual, es decir, hombre y mujer son el objeto de estudio, “supuso la refutación de los presupuestos etnocéntricos desde los que se había venido trabajando con anterioridad” (2004a, p. 77). Puertas Moya explica que “era habitual en la visión europeo-occidental de la autobiografía que se interpretase el ejemplo representado en la escritura según unos patrones socio-económicos, que excluían no sólo a la mujer [...] sino [...] [también] a grupos minoritarios” (2004a, p. 77- 78). Los distintos colectivos, las minorías, las mujeres, etc. se encontraban fuera del patrón oficial o hegemónico y se

consideraban inferiores, ya que no cumplían la característica de ser hombre/varón blanco con una posición socio-económica elevada y perteneciente a la religión cristiana, indistintamente católico o protestante.

La escritura autobiográfica seguía poseyendo esa visión restrictiva de siglos anteriores que impedía “combatir los movimientos xenófobos, racistas e intolerantes” (2004a, p. 79). El surgimiento de la antropología ayudará instrumentalmente a “ampliar la visión del mundo en consonancia con la pluralidad de opciones, ideologías, vivencias y realidades existentes” (2004a, p. 79). Por lo tanto, la antropología aboga por una visión intercultural donde no haya un “sector privilegiado que marca las pautas de conducta (y consumo) del resto de la humanidad” (2004a, p.79). Según afirma Puertas Moya, “se detecta en esta evolución de la autobiografía la coincidencia de que cuanto más se ahonda en las diferencias individuales más se aboga por la igualdad de todos los miembros de la especie humana” (2004a, p.79) superando así la visión restrictiva que anteriormente había operado. Puertas Moya declara que

de ahí que sea tan importante en el proceso de escritura autobiográfica demostrar que acceder a los textos en que se expresa un ser humano concreto en su intimidad, representado en sí mismo, en su interior, la problemática humana universal, es la vía adecuada para provocar un proceso de empatía mediante el cual el lector será capaz de ponerse en el lugar del otro, entenderlo y comprender sus motivaciones más profundas, al tiempo que conoce otros modelos culturales en los que el autobiógrafo ha sido educado (2004a, p. 79-80).

El autobiógrafo, de este modo, debe superar esa visión hegemónica para lograr que el lector empatice y entienda distintos espacios culturales. El testimonio que el discurso autobiográfico dará, tendrá que ser descentralizado, aunque “sus propios valores pueden ser sometidos a crítica por los demás” (2004a, p. 80).

Sin embargo, se debe tener en cuenta que la autobiografía se apoya en distintas ciencias y no sólo en la antropología. El discurso autobiográfico se sirve de diferentes perspectivas o enfoques y, por lo tanto, no puede ser excluyente. Como recuerda Ángel G. Loureiro

[Los distintos teóricos] tienen como objetivo una justificación de la capacidad cognoscitiva de la autobiografía. [...] Todos toman una ciencia como apoyo de la autobiografía: para Dilthey ese papel lo cumplía la historia; Gusdorf se sirve de la antropología filosófica; Lejeune se apoya en el derecho, mientras Bruss lo hace en ciertas teorías del lenguaje (speech act theory); Eakin, por su parte, busca el auxilio de la psicología y Jay, por último, se refugia en la filosofía (1991, p. 5).

Siguiendo esta línea, Alicia Molero destaca el carácter didáctico de la autobiografía argumentando que

Uno de los rasgos que identifica el discurso autobiográfico moderno es precisamente su dimensión expositiva, que, procedente de textos didácticos primero y después de la ensayística, entrará a formar parte de la autobiografía cuando ésta sea movida por las inquietudes ontológicas del sujeto (2000, p. 133).

Como señala Puertas Moya, la autobiografía se ha beneficiado de los distintos discursos autobiográficos que surgen de la pluralidad humana gracias a las reivindicaciones que se manifestaron a finales del siglo XIX y a lo largo del siglo XX. El crítico señala tres ejemplos que modifican “sustancialmente el sistema expresivo autobiográfico” (2004a, p. 79). En primer lugar, Puertas Moya señala la liberación de la mujer, donde el sufragismo ya comenzó a fines del XIX, seguido de los procesos de descolonización y, por último, menciona los movimientos reivindicativos en torno a la orientación sexual (2004a, p. 78). La II Guerra Mundial, las catástrofes y los autoritarismos “van a conducir a una reflexión angustiada sobre el absurdo y la fragilidad de la vida” (2004a, p. 83) creando así una crisis de conciencia. Puertas Moya explica que

la autobiografía suele aparecer con mayor fuerza coincidiendo con acontecimientos que marcan el final de una época o el inicio de otra; la causa que explica la proliferación de textos autobiográficos en estas épocas de crisis es la respuesta que el ser humano intenta ofrecer a los cambios acaecidos tanto en su interior como en el entorno social (2004a, p. 97).

Sin embargo, la autobiografía no se ha trabajado de igual forma en el mundo y, por lo tanto, está limitada a un tiempo y a un espacio. Gusdorf afirma que

El género autobiográfico está limitado en el tiempo y en el espacio. [...]No parece que la autobiografía se haya manifestado jamás fuera de nuestra atmósfera cultural; se diría que manifiesta una preocupación particular del hombre occidental, preocupación que ha llevado consigo en su conquista paulatina del mundo y que ha comunicado a los hombres de otras civilizaciones (1991, p. 9-10).

Arriaga destaca también como “los textos autobiográficos de siglos pasados estaban destinados a un público reducido, mientras que la autobiografía moderna sería el producto de la estabilización formal de un material autobiográfico, que se codifica a través de la publicación sistemática” (2001, p. 28).

Como conclusión, la autobiografía surge con las *Confesiones* de Jean-Jacques Rousseau en el año 1782. De este modo, las publicaciones anteriores estarían dentro del marco de discursos pre-autobiográficos. Esta cuestión remite a la imposibilidad de este tipo de discursos dentro de una sociedad teocéntrica, puesto que no existe la conciencia de sí mismo y Dios es el núcleo, suceso que impide el desarrollo individual. El paso a una sociedad antropocéntrica dará lugar a lo que hoy se conoce como autobiografía. El individuo adquiere conciencia de sí mismo y, por lo tanto, desea recrearse con el fin de conocerse y saber quién es y quién quiere ser.

El origen de la autobiografía se remonta al pensamiento burgués, clase hegemónica con poder político y económico, que utilizaba este tipo de discurso como modelo de adoctrinamiento y, por lo tanto, como arma ideológica. El relato de la autocomplacencia y de la autoconciencia de la burguesía se centraba en hacer memoria y dejar su testimonio sin contradecir la decisión de su propio conjunto, es decir, de su grupo de poder. Esta autocomplacencia transmitía un falso paternalismo que rechazaba a mujeres, grupos minoritarios, etc. Desde el siglo XVIII hasta el XIX la clase imperante seguía escribiendo por y para ellos, dejando a un margen aquellos que estaban fuera del sistema capitalista. De este modo se puede decir que el discurso autobiográfico en sus orígenes era un género excluyente.

Como se abordará en mayor profundidad en el apartado de la autobiografía femenina, la escritura de las mujeres en el XVIII estaba relacionado con rasgos no-literarios y no-comunicativos, ya que se encontraban en un sistema patriarcal donde a muy pocas se les permitía traspasar la barrera privada. Las que lo hicieron, están relacionadas con la monarquía, el clero y las ilustradas. Todas estas escritoras se autoexpusieron a un público predominantemente masculino, ya que muy pocas sabían leer y escribir, haciendo frente a estereotipos y estándares imposibles. Además, los hombres eran considerados ciudadanos de pleno derecho, frente a los otros. La decantación de esta escritura femenina viene en forma de diarios, epístolas, etc. donde el culto al yo se daba desde el punto de vista romántico donde el texto se identificaba con el yo narrador y priorizaban los sentimientos. De este modo, la divulgación de ideas, crítica y pensamiento recaía en el hombre.

Igualmente, los trabajos de Sigmund Freud en torno al psicoanálisis adquieren relevancia para beneficio de la autobiografía. Por otro lado, la antropología abrirá la visión del mundo plural donde no habrá restricciones de género, ideológicas, etc., puesto que se aboga por la igualdad de todo ser humano. La autobiografía se apoya en distintas ciencias para llevar a cabo su interpretación y, así, deja explícitamente claro que es un género inclusivo. Hoy en día, el público al que se dirige la autobiografía es muy amplio y, por lo tanto, se puede decir que es gracias a la estabilización formal del género.

1.1 Las tres etapas correspondientes a los tres semas insertos en el término autobiografía

Virgilio Tortosa, apoyándose en la teoría desarrollada por James Olney, afirma que el estudio de la teoría autobiográfica se podría resumir en tres etapas, cada una relacionada con la naturaleza interna del término; *autos*, *bios* y *graphé*. En la etapa inicial los distintos teóricos se centraron en el *bios*, “bajo una pretensión y una concepción de todo escrito autobiográfico de reproducir fehacientemente y con el máximo de fidelidad posible una vida” (Tortosa, 2001, p. 41). Dilthey consideró al discurso autobiográfico necesario para comprender y entender la historia ya que arrojaba importantes datos sobre determinados contextos y, así, “otorg[arle] una

destacada consideración para la asimilación de los principios organizativos de la experiencia y el modo de interpretación de la realidad histórica” (2001, p. 41). El autobiógrafo, mediante distintos mecanismos de introspección, interactuará con el mundo en el que se encuentre ya que, como se ha señalado en el apartado anterior, el hombre se considera centro, único e irremplazable dentro de la historia y de la sociedad gracias a su conciencia histórica. Además, Tortosa señala que “la autobiografía es la parte de la escritura que puede ayudar a entender la experiencia interior como un proceso abierto en tanto introspección evocativa de un pasado” (Ibíd.).

James Olney afirma que el *bios* está relacionado con el papel de la memoria –uso y rechazo de la misma– y ambos “determinan la ontología específica de una autobiografía dada” (1991, p. 33). El teórico señala que el sema *bios* (vida) se encuentra en el centro de los semas *autos* y *graphé*. Además, indaga en el origen griego del sema señalando exactamente que su definición sería “el curso de la vida: el tiempo de vida”. Sin embargo, siguiendo al teórico, surgen interrogantes respecto al sema,

Si bios es <<el curso de la vida: el tiempo de vida>> y si ésta ya ha tenido lugar, entonces habría que preguntarse cómo va a hacerse presente otra vez, cómo va a ser revivida, cómo es posible devolver a la vida lo que ya no se está viviendo, cuándo el <<es>> ha sido transformado en <<era>>, en qué momento el presente se introduce en el enorme abismo del pasado, y si éste permanece enteramente real en todos los sentidos entonces debe serlo dentro de un nuevo orden de la realidad totalmente diferente del que forma el presente (1991, p. 34).

Esto quiere decir que la intención de retomar lo que ya no es un <<es>> sino un <<era>> crea una serie de interrogantes sobre el proceso de escritura del discurso autobiográfico. ¿Cómo se puede representar un presente que ya no existe y que se encuentra anclado a un pasado? Para ello, el autobiógrafo utilizará la memoria como mecanismo para reconstruir ese <<era>> y convertirlo en un <<es>>, “pero lo lleva[rá] a efectos a través de una conciencia que no deja de actuar en el presente de la escritura de tal modo que, [...], sólo se puede acceder a ese pasado condicionado por la perspectiva del presente de lo que somos ahora” (Tortosa, 2001, p. 42).

Tal y como afirma Olney, “la recuperación del tiempo es precisamente uno de los principales motivos” (1991, p. 35) y, por lo tanto, esa recuperación es vista “como

un proceso que el autobiógrafo puede ver y abarcar en su totalidad para luego recordarlo y componer [...] para que así el proceso pueda ser unificado y completado” (Ibíd.). De este modo, el *bios*, la vida, se percibe como un proceso donde la memoria es el hilo conductor para poder configurarla. Sin embargo, “en el acto de recordar el pasado en el presente, el autobiógrafo imagina la existencia de otra persona, de otro mundo, que seguramente *no* es el mismo que en el mundo pasado el cual, bajo ninguna circunstancia ni por más que lo deseemos, existe en el presente” (1991, p. 36).

En la segunda etapa la crítica se centró en el *autos*, es decir, en la relación que existía entre el texto y el autobiógrafo. De este modo, “la autobiografía es concebida por sus teóricos más como una re-creación de una vida que su reproducción fidedigna” (Tortosa, 2001, p. 42). El teórico Gusdorf señala que es imposible recrear una vida de forma objetiva, dado que no puede haber una reconstrucción exacta del pasado. Sin embargo, sí explica que, en el proceso de escritura de la autobiografía, el autobiógrafo toma conciencia del discurso que está enunciando y lo conduce por donde él elige. Para ello, “el presente vivido, con su carga de inseguridad, se ve arrastrado por el movimiento necesario que une, al hilo de la narración, el pasado con el futuro” (1991, p. 15). El autobiógrafo escoge hechos o situaciones concretas y los dota de significado, destacando y, a su vez, prescindiendo lo que a él le conviene. Como indica Gusdorf, “esta postulación del sentido determina los hechos que se eligen, los detalles que se resaltan o se descartan, de acuerdo con la exigencia de la inteligibilidad preconcebida” (Ibíd.).

La narración, por lo tanto, puede dotar de significado a acontecimientos que tal vez no tuvieron mucha relevancia cuando ocurrieron o, por el contrario, sucesos que sí tuvieron importancia pueden ser desplazados gracias a la “deformación de la memoria” que el propio escritor emplea. Más concretamente Gusdorf señala que

los olvidos, las lagunas y las deformaciones de la memoria se originan ahí: no son la consecuencia de una necesidad puramente material resultado del azar; por el contrario, provienen de una opción del escritor, que recuerda y quiere hacer prevalecer determinada versión revisada y corregida de su pasado, de su realidad personal (1991, p. 15).

Por otro lado, el teórico también señala que la autobiografía pertenece a un contexto determinado en el que el autobiógrafo decide narrar su vida, esforzándose en encontrar el sentido de la misma, pero advierte que dicha narración sólo se corresponderá con un sentido de todos los que forman la vida. Es por esto que Gusdorf afirma que la autobiografía no es sólo la “recapitulación del pasado; es la tarea, y el drama, de un ser que, en un cierto momento de su historia, se esfuerza en parecerse a su parecido. La reflexión sobre la existencia pasada constituye una nueva apuesta” (Ibíd.). El autobiógrafo evoca su vida desde una perspectiva activa de su ser ya que “se esfuerza en entresacar la significación íntima y personal [...] de una conciencia en busca de su verdad personal, propia” (Ibíd, p. 16). La autorecreación, por lo tanto, es la confesión de un pasado que se lleva a cabo en un presente y “en el presente, reactualiza lo que del pasado conserva sentido y valor hoy en día” (Ibíd.). El autobiógrafo, mediante el ejercicio de la memoria, nos muestra su intimidad desde un enfoque de lo que él cree que ha sido y no desde lo que fue.

Tortosa, apoyándose en la teoría desarrollada por Starobinski, opina que “el pasado sólo puede ser evocado desde el presente” (2001, p. 42). De este modo, la tarea del autobiógrafo es autointerpretarse mediante los hechos o sucesos que se narran desde un presente con apelación hacia el pasado y con disposición hacia el futuro. Como consecuencia, el autor puede mentir y entrar en el terreno de la ficción y lo novelesco, ya que tal y como afirma Tortosa, “al yo vivido en el pasado se le superpone un yo creado en el espacio de la escritura” (Ibíd.). De este modo, en esta etapa el análisis se centrará en el texto-sujeto, “y cuyo problema central será el modo en el que todo texto representa a un sujeto, con lo cual los estudios de la autobiografía esloran desde los <<hechos>> del pasado hacia la <<elaboración>> que hace quien escribe de esos mismos hechos en el presente de la escritura” (Ibíd., p. 43). La objetividad del discurso autobiográfico queda en entredicho porque

el escritor pierde su autor(idad), tras también pasar desde el testimonio fidedigno del pasado a la búsqueda de una identidad difícilmente aprehensible (por no decir imposible), y el lector pasa también de comprobar la fidelidad de los datos a convertirse en intérprete de la vida del autobiógrafo (Ibíd.).

La última etapa se centra en la *grafé*, es decir, en la grafía, y los problemas que plantean tanto el lenguaje como el sujeto. “El *grafein* introduce el instrumento técnico propio de la escritura del yo [...], ya que el manejo completo de esta técnica y la maestría de la redacción requieren un largo proceso de adquisición” (Camarero, 2011, p. 27). Teniendo presente la grafía, “la autobiografía otorga una solidez metafísica y moral a la existencia, ya que se trata realmente de una operación de rectificación en relación con los acontecimientos de la vida pasada, con valor moral fundamentalmente” (Ibíd., p. 41). Para Loureiro, el discurso autobiográfico permite al autor poder narrar su vida, pero sin embargo, el lenguaje le impide poder hacerlo en su totalidad ya que “las palabras no pueden captar el sentido total de su ser” (1991, p. 6). Por otro lado, el crítico afirma que “el desdoblamiento del yo en yo narrador y yo narrado, y la multiplicación del yo narrado en su recuento nos dejan ver que el texto autobiográfico es un artefacto retórico y que el artificio de la literatura lejos de <<reproducir>> o <<crear>> una vida produce una desaprobación” (Ibíd.).

Loureiro explica cómo Michael Sprinker centró su investigación en la idea “de que en la autobiografía el sujeto, lejos de tener control sobre el texto, está constituido por un discurso que nunca domina” (1991, p. 6) y, por otro lado, cómo Paul De Man sostiene “que tal vez deberíamos pensar [...] y ver que el proyecto autobiográfico <<produce y determina la vida>>, [...] para mostrar como la estructura de la mimesis engendra la ilusión de referencialidad” (Ibíd.). Para este último crítico, “la autobiografía no se distingue por proporcionarnos conocimiento alguno sobre un sujeto que cuenta su vida [...] sino por su peculiar estructura especular en que dos sujetos se reflejan mutuamente y se constituyen a través de esa reflexión mutua” (Ibíd.). Esto quiere decir que De Man enfoca la autobiografía como el discurso en el que el autobiógrafo se crea a sí mismo; no se interpreta ni se reconstruye y, por lo tanto, es difícil saber qué es ficción y qué es autobiográfico.

Para comprender la autobiografía en su totalidad hay que tener presentes las tres dimensiones del término explicados con anterioridad, dado que ambas en su conjunto

presentan “la identidad reflexiva que se construye a partir de la historia de la existencia y por medio de la escritura” (Camarero, 2011, p. 41).

2. Tres teorías sobre la autobiografía: Gusdorf, Lejeune y Ricoeur

2. 1 La filosofía de Georges Gusdorf

Para Gusdorf la autobiografía es “una nueva revolución espiritual: el artista y el modelo coinciden, el historiador se toma a sí mismo como objeto” (1991, p. 11), desplazándose así el interés de la historia pública a la privada. Siguiendo al crítico Jesús Camarero, Gusdorf delimita la autobiografía en dos dimensiones. Por un lado, se encuentra “la intención confesa o superficial, que consiste en detallar la historia de una vida [...], [luchando así] contra las debilidades de la memoria y contra las tentaciones de la mentira” (2011, p. 40) y, por el otro lado, está “la intención profunda, [...], [donde] el hombre preconiza la unidad y la identidad del ser, [...], pero como la relación entre el pasado y el presente es muy compleja, el ser no resulta finalmente auténtico, ya que el pasado se hace siempre sin la presencia del sujeto ” (Ibíd.). Gusford afirma al respecto que “el pasado es el pasado, y no puede habitar de nuevo en el presente sino a costa de una pérdida total de su naturaleza” (1991, p. 14). De este modo, el tiempo y la memoria son una relación sinalagmática entre el presente y el pasado que dificulta la reconstrucción objetiva del ser, ya que entran en juego términos como rememoración, evocación e intención que obstruyen la verdadera significación del pretérito haciendo que pierda fuerza también la transmisión del sujeto en el ahora.

El estudio del discurso del yo, tal y como recoge Camarero las palabras de Gusdorf, “debe abrazar sin discriminación todos los textos en que el sujeto escribiente, [es decir, el autobiógrafo] se toma a sí mismo por objeto” (2011, p. 40). El escritor es el sujeto que enuncia y, a su vez, es el objeto del propio discurso: el yo se convierte en sujeto observador y objeto observado. Por lo tanto, todas las obras que contengan esta enunciación deben de tenerse en cuenta a la hora de analizar qué es una autobiografía, qué elementos la componen, qué tienen en común todas ellas, qué las hace a cada una de

ellas diferentes, etc. para estudiar los diversas escrituras del yo y ampliar el marco a horizontes nuevos.

Para Gusdorf, “toda autobiografía es una obra de arte, y al mismo tiempo, una obra de edificación: no nos presenta al personaje visto desde fuera, en su comportamiento visible, sino la persona en su intimidad, no tal cómo fue, o tal cómo es, sino cómo cree y quiere ser y haber sido” (1991, p. 16). Este punto de vista metafísico “quiere decir que hay algunas condiciones históricas, existenciales y fenomenológicas del ser humano que hacen posible el análisis introspectivo: superación de la etapa mítica, creación de la historia, establecimiento de conocimientos y búsqueda del interior” (Camarero, 2011, p. 41) y que, por consiguiente, “la autobiografía es una segunda lectura de la experiencia” (Ibíd., p. 42). La autobiografía no es una recopilación de sucesos del pasado sino el esfuerzo del autobiógrafo por conocerse y ver la huella que deja en la historia. Bajo esta cuestión destaca la desigualdad que ha sufrido la mujer en su historia y en la historia. Como se verá más adelante en el apartado de la autobiografía femenina, el sujeto masculino desde el comienzo de la escritura del yo se pudo construir sin mayor dificultad, pero ¿dónde estaba el sujeto femenino autobiográfico?, ¿fue la literatura su único espacio para crearse? Esta escritura dejó latente la tirantez y la presión que sufrieron desde los orígenes de la escritura del yo, ya que, por un lado, la hegemonía patriarcal las ocultaba teniendo que aplicar la duplicación de su ser, es decir, firmar sus trabajos utilizando un nombre de varón para romper las barreras que les habían impuesto y, por el otro, estos discursos alcanzan las afirmaciones de expresarse a sí mismas para escribir y escribirse. La idea del querer ser de las mujeres construyó el desiderátum de lo que no les dejaban ser.

Camarero recoge las palabras del teórico publicadas en su artículo “*De l’autobiographie initiatique à l’autobiographie genre littéraire*” que expresan que “el dominio de la autobiografía no se deja compartimentar en naciones” (2011, p. 42), es decir, Gusdorf aboga por una visión supranacional para comprender el fenómeno autobiográfico. Esta perspectiva supranacional subraya “que el punto de arranque no lo constituyen las literaturas nacionales, ni las interrelaciones que hubo entre ellas”

(Guillén, 2005, p. 27), sino la investigación literaria que se ocupa del estudio de agrupamientos internacionales.

El éxito que tiene el discurso autobiográfico se debe gracias a la postmodernidad y a las dos divisiones que hace Gusdorf al respecto. Camarero, siguiendo al crítico, señala que por una parte “se proclama la muerte del hombre y, consiguientemente, del autor como tal, de modo que el concepto de hombre, de personalidad y de individuo centrado en él mismo y responsable de sus actos es sólo un fantasma” (2011, p. 43) y, por último, “en la misma época, muchos profesores y críticos muestran interés por la autobiografía, [...], que se escribe en primera persona, en el que una personalidad cuenta su existencia para sí y para los otros y en el que el objeto es el mismo autor” (Ibíd.).

La aportación de Gusdorf a la teoría de la autobiografía posee distintos enfoques, si bien se pueden reducir a una visión filosófica que engloba a todos ellos. Camarero hace una división en siete apartados- histórico, psicológico, fenomenológico, ontológico, existencialista, estético y lingüístico y, por último, ético- que se desarrollarán a continuación con más profundidad para entender el enfoque filosófico.

2.1.1 Enfoque histórico

Para Gusdorf, el problema que plantea el género autobiográfico es de gran magnitud, dado que existen discursos pre-autobiográficos. Sin embargo, sentencia que

la autobiografía es un género literario firmemente establecido, cuya historia se presenta jalonada de una serie de obras maestras, desde las Confesiones de san Agustín hasta *Si le grain ne neurt* de Gide, [...]. Existe de todas, todas; está protegida por la regla que protege a las glorias consagradas, de modo que ponerla en cuestión puede parecer ridículo (1991, p. 9).

El objetivo del autobiógrafo es reconstruir su vida a lo largo del tiempo mediante la unidad del discurso, si bien Gusdorf señala que esa reconstrucción se hará desde el presente y no desde el pasado; “ésta es la revancha de la autobiografía contra la historia

o la construcción de un relato personal por encima de la historia de los acontecimientos” (2011, p. 45).

Siguiendo el hilo del teórico, sí que conviene resaltar que el género autobiográfico está limitado a un tiempo y a un espacio concreto, dado que “no parece que la autobiografía se haya manifestado jamás fuera de nuestra atmósfera cultural” (1991, p. 9), es decir, “se diría que [es] una preocupación particular del hombre occidental” (Ibíd.), y es, por lo tanto, necesario respetar los límites del género. En cuanto a tiempo se refiere, es un fenómeno tardío que se empieza a desarrollar en la época cristiana donde las tradiciones clásicas están a la par. En el Renacimiento, se da prioridad a la forma humana y es “entonces [cuando] la autobiografía reflejó esa situación novedosa” (2011, p. 46). Sin embargo, para el teórico “no eran obras literarias, ya que se trataba de documentos poco elaborados en cuanto al estilo, su redactor no era un escritor y carecían de motivaciones artísticas” (Ibíd., p. 47). Además, recoge Camarero cómo Gusdorf cree que “la autobiografía pertenece al ámbito de la escritura, [...] [y] nada prueba que el historiador de la literatura sea el especialista más competente para abarcar en su totalidad el fenómeno humano de la autobiografía” (1975, 2011, p. 46).

Para Gusdorf, la obra de Rousseau, *Confesiones*, lejos de limitar los orígenes y la importancia de la autobiografía, acentúa más las cuestiones sin resolver del discurso autobiográfico. Lo que está claro para el autor es que estamos ante un fenómeno occidental, en cuanto a espacio se refiere, pero no todos los discursos autobiográficos podían enmarcarse en obras literarias, ya que dependían de quién las hubiese escrito. Si estos discursos no partían de un escritor, que entendía de estilo y arte, no se podían incluir dentro de la autobiografía, eran otro tipo de obras no especificadas. Además, la escritura del yo abarcaba distintas cuestiones como creación, contemplación, memoria... que un historiador de literatura no era capaz de analizar. Por lo tanto, para el autor, el valor antropológico que adquiere la autobiografía predomina sobre las propiedades literarias, ya que el interés recae entre el texto y el sujeto.

2.1.2 Enfoque psicológico

Para que exista la autobiografía es necesario que haya un medio cultural donde el ser humano pueda desarrollar su conciencia de sí. Es por esta cuestión que el discurso autobiográfico aparece tan tardíamente. Como se ha mencionado con anterioridad, la autobiografía comenzará cuando la sociedad pase de una visión teocéntrica a una antropocéntrica; el hombre en sí tiene prioridad sobre Dios. Mediante este enfoque, el ser humano se toma como objeto del enunciado y comienza a construir una imagen “que es otro yo mismo, un doble ser, pero más frágil y vulnerable” (2011, p. 47). Como afirma Camarero, “la intención principal –psicológica y epistemológica- de la autobiografía es su privilegio antropológico: un medio de conocimiento de sí gracias a la reconstitución y al desciframiento de una vida en su conjunto” (Ibíd.). Para Gusdorf esto se debe gracias a que

un examen de conciencia limitado al momento presente no me dará más que un trozo fragmentario de mi ser personal. Al contar mi historia, tomo el camino más largo, pero ese camino que constituye la ruta de mi vida me lleva con más seguridad a mí mismo [...]; me obliga a situar lo que soy en la perspectiva de lo que he sido (1991, p. 13).

Este enfoque psicológico es sumamente importante, puesto que ayuda al sujeto a crear conciencia sobre sí mismo analizando su imagen pretérita mientras se va construyendo en el presente gracias a la reflexión del proceso de escritura. La inspección permite de este modo crearse y escribirse en el espacio-tiempo del ahora para interpretar y descifrar su yo pasado y, así, alcanzar una percepción, hasta entonces inimaginable, de la conciencia de sí mismo. Si no adquiere esta reflexión psicológica, el autor no podrá percibir ni conocerse en su relación pasado-presente de sujeto autorreferencial.

2.1.3 Enfoque fenomenológico

Camarero recoge las palabras de Gusdorf de su obra *Auto-bio-graphie* donde expresa que “el lugar propio de la escritura del yo no es [sólo] la ontología, la búsqueda del ser sin restricción, [...] sino la fenomenología, es decir, la exploración de las

dimensiones de la existencia personal revelada a ella misma en la experiencia vivida” (1990, 2011, p. 48). El hombre se construye así una imagen de sí mismo, dado que se ve como centro de un espacio vital y como ser privilegiado digno de interés. Gusdorf señala que “al contar mi vida, yo me manifiesto más allá de la muerte” (1991, p. 10) dejando constancia de mi existencia e impidiendo desaparecer. Por lo tanto, el autobiógrafo “da a su imagen un tipo de relieve en revelación con su entorno, una existencia independiente; [...] se constituye en testigo de sí mismo; y toma a los demás como testigos de lo que su presencia tiene de irremplazable” (Ibíd.). El interés que adquiere el sujeto autorreferencial y su representación en el texto marca la autocomplacencia narcisista del propio autor, pero también su afán por transmitir al resto de individuos la divinidad de su existencia personal digna de contemplar.

Sin embargo, el problema de este enfoque es que “la experiencia es la materia prima de la creación” (2011, p. 49). El autobiógrafo se convierte en observador y sujeto de observación que, gracias a la introspección, analiza y se adentra en el territorio del yo y sus expresiones. El discurso autobiográfico “trata de reconstruir esa experiencia de una manera impecable, pero para contarla el hombre añade siempre algo. He aquí la puerta abierta para la interpretación estética y el valor artístico de la autobiografía” (Ibíd.).

La reconstrucción de los recuerdos ya vividos mediante el uso de la memoria personal crea un debate de cómo la autobiografía reproduce a un sujeto. El autor puede adicionar elementos a su discurso para establecer las características estéticas y artísticas que se esperan de su obra. Dentro de este enfoque, la agregación de componentes externos a su memoria personal imposibilita la creación de una conciencia de sí mismo, ya que el análisis de su imagen no se construirá mediante el proceso de escritura sino gracias a la imaginación y, por consiguiente, el binomio texto-sujeto no será efectivo y creará un nuevo sujeto que no se corresponderá con el autor.

2.1.4 Enfoque ontológico

Desde este enfoque lo que se pretende es la constitución de la identidad mediante la búsqueda y la recuperación de las experiencias vividas. Como apunta Gusdorf, el comienzo de los discursos autobiográficos corresponde con una crisis de la personalidad; quién soy, qué he vivido, hacia dónde me dirijo, etc., es decir, concierne a la curiosidad del individuo por saber quién es y quién ha sido. El hombre se convierte así en protagonista de su propia aventura y, por lo tanto, “se convertirá en responsable, será consciente de que añade algo a la naturaleza; entonces aparece el personaje histórico” (2011, p. 50).

Como se ha explicado con anterioridad, el discurso autobiográfico no es sólo recuperar una vida sino recapitularla. Este acto puede modificar la significación de la experiencia, ya que “el hombre que cuenta su vida se busca así mismo en su historia” (Ibíd.). De este modo, para Gusdorf, la autobiografía es una reconstrucción del ser individual y, además,

es una segunda lectura de la experiencia, y más verdadera que la primera, puesto que es toma de conciencia: en la inmediatez de lo vivido, me envuelve generalmente el dinamismo de la situación, impidiéndome ver el todo. La memoria me concede perspectiva y me permite tomar en consideración las complejidades de la situación, en el tiempo y en el espacio (1991, p. 13).

Como afirma Camarero, “la autobiografía se convierte así en una tarea de <<salvación eterna>>, pero también en una investigación sobre el tesoro oculto de un destino” (2011, p. 50). Además, “la obra de arte [en este caso la autobiografía] es una proyección del dominio interior sobre el espacio exterior, donde el ser obtiene conciencia de sí, y de ahí seleccionar la significación íntima y personal de una conciencia en busca de su propia verdad” (Ibíd.). Es por esto que se puede decir que el discurso autobiográfico es una autocreación; crear y volver a vivir, repetir su existencia. Camarero recoge el argumento de Gusdorf explicando que “la decisión autobiográfica da testimonio de una nueva manera de ser un hombre entre los hombres, en el mundo y ante Dios. No se trata sólo de contarse según el estilo de la crónica, sino de reconquistarse, e incluso constituirse” (1975, 2011, p. 50).

El proceso de escritura junto con el ejercicio de memoria personal ayudan al autobiógrafo en la creación de la conciencia sobre sí mismo. A lo largo del desarrollo de

toda la obra, el autor va dando testimonio sobre quién ha sido y cómo ha evolucionado analizando su imagen y creando, a su vez, un segundo yo que adquiere el saber absoluto.

2.1.5 Enfoque existencialista

Bajo esta perspectiva “los secretos de la vida se vuelven interesantes” (2011, p. 51), ya que las acciones cuentan tanto como las intenciones. Siguiendo al teórico Jesús Camarero, para Gusdorf, este enfoque estaría compuesto de los siguientes elementos: “a) la singularidad individual de la persona, b) la conciencia de la existencia como un todo, c) el efecto ético del modelo, y d) la conciencia del futuro ligada a los otros” (2011, p. 52).

El discurso autobiográfico destaca la idiosincrasia de quien la escribe bajo la visión de que cada ser es único e irremplazable, pero digno de admiración e interés para el resto. La dialéctica interna a la que se enfrenta el individuo hasta alcanzar la conciencia sobre sí mismo le convierte en un testigo en busca de su identidad que, gracias al ejercicio de la memoria, va guiando a los otros seres a crear el modelo ético a seguir e imitar.

2.1.6 Enfoque estético y lingüístico

La autobiografía se considera una dimensión de la existencia, pero con instrumento formal y estético, “escribo, luego existo” (1990, 2011, p. 54). Sin embargo, el problema de la autobiografía es “el de la coherencia lógica y la racionalización. La narración es consciencia, y como la consciencia del narrador dirige la narración, le parece indudable que esa consciencia ha dirigido su vida” (1991, p. 15). De este modo, Camarero opina que “la vida [del autobiógrafo] y su biografía son por supuesto diferentes y la autobiografía sustituye lo que estaba ya hecho por lo que estaba haciendo” (2011, p. 54).

La objetividad en el discurso autobiográfico es imposible, ya que “la narración (el texto) da una significación al acontecimiento (la historia, la vida)” (2011, p. 54), y, por lo tanto, la neutralidad es inalcanzable. Como afirma Camarero, “la verdad del hombre se impone a la verdad de los acontecimientos, ya que el problema es el hombre” (Ibíd.).

Para Gusdorf, “la función propiamente literaria, artística, tiene, por consiguiente, más importancia que la función histórica u objetiva” (1991, p. 16). Cuando el hombre toma la palabra comienza la transformación de su ser, dado que “decir su vida, es cambiar su vida” (1990, 2011, p. 54). Este planteamiento, ya desarrollado en el enfoque histórico, recrea la importancia que el autor le da al texto y al sujeto como fuente primordial, dejando en un segundo plano al texto y a la historia. Esta última está ligada a su condición de objetividad y, por consiguiente, el sujeto es asociado al valor de lo intrínseco. Es por esta cuestión que la autobiografía se desvía de su posición neutralizadora para dar espacio al sujeto que busca su identidad, creando en la búsqueda del ente y su camino hasta alcanzarla la duplicación de su ser: yo plasmado y yo real. De este modo, los sucesos configurados por el yo real están ahogados por la relatividad al propio proceso de escritura y a la construcción de su recuerdos, el papel de la memoria, que elaboran un segundo yo. Sin embargo, el yo escrito nunca puede sustituir al yo real.

La reflexión que Gusdorf hace sobre la relación que existe entre el lenguaje y la escritura se basa en que “la creación del lenguaje precede a la del hombre [...], luego interviene una segunda palabra que nombra los seres una vez creados” (1990, 2011, p. 103). La función del lenguaje es transmitir la historia, la vida. El lenguaje fija el mensaje, dado que “escribir el yo, es afirmar su existencia” (1990, 2011, p. 55). Sin embargo, el lenguaje y la intervención de la mujer para nombrar y nombrarse en su existencia crea un vacío enunciativo en los orígenes de la escritura autobiográfica, ya que no posee espacio para manifestarse. La función del lenguaje como transmisor de historia y aseveración del individuo solo fue posible al comienzo de la escritura autobiográfica en los hombres, puesto que solo ellos poseían el don de la palabra para denominar a los seres. Las mujeres, bajo esta cuestión, seguían marginadas sin poder

definirse ni definir y las que consiguieron superar los obstáculos del ámbito privado, encontraron en la escritura el único espacio que podían habitar.

La definición estética está relacionada con la metafísica, lo figurativo se distingue de lo real, “el texto tiene el poder de la vida, el discurso de la vida vale por la vida misma” (1990, 2011, p. 55). Por otro lado, la escritura en el discurso autobiográfico tiene una función hermenéutica y su objetivo es la persona misma, “en el momento en el que el hombre adquiere facultad de escribir su vida, accede a una nueva dimensión de la existencia” (Ibíd.). Camarero expresa que para Gusdorf, “la escritura no es simplemente el paso del pensamiento a la lengua y al texto, sino una verdadera natividad del pensamiento, la invención de una palabra, creadora de un sentido” (2011, p. 56).

2.1.7 Enfoque ético

La identidad del hombre “no es un ser, sino un deber-ser” (1990, 2011, p. 56), esto implica un desafío ético en la acción existencial. El discurso autobiográfico es una “rememoración existencial del ser profundo” (1990, 2011, p. 57). En el nivel moral, este discurso permite al autobiógrafo llevar a cabo su examen de conciencia para conocerse. El sujeto autorreferencial en el espacio enunciativo, desde la perspectiva antropológica que plantea este autor, nos permite estudiar y analizar al autor y su formación en la búsqueda de identidad. El autor, desde esta tendencia narcisista, nos mostrará una imagen íntegra de sí mismo, pero bajo la recreación de hechos significativos que están presentes en su memoria. Por lo tanto, la autobiografía que nos encontraremos, tendrá la mejor visión del autor, el deber-ser y el querer-ser, que será digno de estudio e imitación por parte del resto de sujetos.

2. 2. El pacto autobiográfico de Philippe Lejeune

Philippe Lejeune, ensayista y profesor experto en autobiografía y literatura íntima, a lo largo de su carrera ha desarrollado distintas teorías sobre qué es la autobiografía. Su libro *Le pacte autobiographique* publicado en 1975 intenta esclarecer

una definición en cuanto al género se refiere. Para comenzar, el autor se posiciona en el lugar del lector, y no del escritor, para tratar “de distinguir algún orden en la masa de textos *publicados* cuyo rasgo común es que cuentan la vida de alguien” (Lejeune, 1994, p. 50). Para Lejeune este posicionamiento es muy importante, ya que “no se trata ni de partir de la interioridad de un autor (la cual constituye precisamente el problema), ni de establecer los cánones de un género literario” (Ibíd.). La función del lector, bajo la perspectiva del teórico, es apreciar el funcionamiento de los textos, dado que son escritos para que el lector mediante la acción de leer les dote de significado.

Para Lejeune, la autobiografía se definiría como un “relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad” (Ibíd.). Sin embargo, el autor especifica que “para que haya autobiografía (y, en general, literatura íntima) es necesario que coincidan la identidad del *autor*, la del *narrador* y la del *personaje*” (Ibíd., p. 52). De este modo, Philippe Lejeune quiere decir que tanto el autor, el narrador como el protagonista deben ser la misma persona para que se cumpla lo que él entiende como discurso autobiográfico.

Sin embargo, el autor es consciente que reconocer esa identidad que él propone no es fácil, ya que puede conllevar numerosos problemas. Para que al lector le quede más claro qué es una autobiografía según su enfoque, Lejeune intenta resolver esas cuestiones separándolas en distintos apartados, más concretamente las divide en *Yo, tú, él, Yo el abajo firmante, copia certificada y espacio autobiográfico*.

2.2.1 Yo, tú, él

Para Lejeune la identidad del narrador y del protagonista se pueden crear mediante las distintas personas gramaticales, aunque si bien señala que lo más normal o común es el uso de la primera persona. Al utilizar el pronombre “yo” se entiende que el narrador y el protagonista son la misma persona, es decir, están unidos por la misma identidad que el autor. Como observa Darío Villanueva en *El comentario de textos*

narrativos: la novela “con la primera persona, visión, voz y personaje se funden coherentemente” (1989, p. 31). A esta voz narrativa Gérard Genette acuñó el término autodiegético cuando desarrolló su teoría de las “voces” dentro del discurso narrativo. Anna Caballé añade que al utilizar este recurso “el narrador goza de una perspectiva privilegiada porque conoce perfectamente todas las circunstancias del material que maneja [...] y para ello cuenta con la distancia del tiempo transcurrido” (1995, p. 81).

Sin embargo, existen textos escritos en primera persona en el que el narrador no es la misma persona que el personaje principal. A esta clasificación Genette la denominó narrador homodiegético. Siguiendo con este razonamiento, el autor plantea “que pueden coincidir las identidades del narrador y del personaje principal sin que la primera persona sea empleada” (1994, p. 53). Por lo tanto, Lejeune señala que “resulta necesario distinguir, por consiguiente, dos criterios diferentes: el de la persona gramatical y el de la identidad de los individuos a los que nos reenvía la persona gramatical” (Ibíd.).

Existe la posibilidad de que la narración se encuentre en tercera persona. Bajo esta probabilidad el autor señala que “esta identidad, al no estar establecida en el interior del texto por el empleo del *yo*, queda establecida indirectamente, sin ambigüedad alguna, por una doble ecuación: autor = narrador, y autor = personaje, [...], incluso si el narrador aparece implícito” (Ibíd.). El escribir una parte de la biografía o autobiografía en tercera persona es “un procedimiento semiológico, más que lingüístico” (Caballé, 1995, p. 84), en el cual se pretende lograr “objetividad, transparencia referencial y distanciamiento del narrador frente al objeto” (Ibíd.). Sin embargo, como afirma Anna Caballé, “es un esfuerzo normalmente malogrado porque es difícil sostener la tensión textual que impone la tercera persona en un relato largo, pero obedece a la necesidad de dotar al personaje de una mayor autonomía narrativa” (Ibíd.).

Como se ha observado, existen distintos discursos autobiográficos dependiendo de la persona gramatical que se escoja a la hora de elaborar el discurso narrativo.

Tomando como ejemplo el libro que propone Lejeune, *Le Traître*, cabe la posibilidad de encontrarnos con una autobiografía que contiene una parte del texto, en el que se refiere al protagonista, en tercera persona, mientras que en el resto del discurso tanto el narrador como el personaje principal se muestran en primera persona (1994, p. 54). Además, el teórico afirma que “en el registro personal (primera/segunda persona) resulta evidente que es posible escribir sin que sea en primera persona. ¿Quién me puede impedir que escriba mi vida llamándome “tú”?” (Ibíd.). Si bien señala que no conoce ninguna autobiografía escrita íntegramente en segunda persona, sí indica que el campo de la ficción esta persona gramatical ha sido empleada tanto por Michel Butor como por Georges Perec (Ibíd.). Estos ejemplos muestran cómo una autobiografía se puede considerar un discurso ecléctico en el que no sólo existe la autobiografía “convencional” del narrador autodiegético. Para una aproximación más clara de lo expuesto anteriormente, Lejeune propone un diagrama en el que se recogen las distintas posibilidades que existen en cuanto a persona gramatical e identidad (Ibíd. 55).

Persona gramatical \ Identidad	YO	TÚ	ÉL
Narrador = Personaje principal	Autobiografía clásica (autodiegético)	Autobiografía en 2ª persona	Autobiografía en 3ª persona
Narrador ≠ Personaje principal	Biografía en 1ª persona (narración de un testigo) (homodiegético)	Biografía dirigida al modelo	Biografía clásica (heterodiegético)

2.2.2 El abajo firmante

Para el teórico, como lector, es muy importante saber quién se encuentra detrás del *yo* que escribe. Lejeune parte del análisis del lingüista Benveniste sobre cómo se articula la primera persona, ya que para el crítico las nociones más simples son las que antes pasan al olvido. Según el lingüista, ese “yo” se estructura de dos maneras diferentes: *referencia* y *enunciado* (1994, p. 56). Tal y como propone el teórico ambas propuestas quedarían reflejadas de la siguiente manera:

1. Referencia: los pronombres personales (*yo*, *tú*) solo tienen referencia real en el interior del discurso, en el acto mismo de la enunciación. Benveniste señala que no hay concepto del *yo*. El *yo* envía, cada vez, al que habla y al que identificamos por el hecho mismo de que habla.

2. Enunciado: los pronombres personales de primera persona señalan la identidad del sujeto de la enunciación y del sujeto del enunciado (1994, p. 56-57).

De este modo, Lejeune esclarece que en el nivel de “la referencia [...], la identidad es inmediata, y es percibida y aceptada instantáneamente por el destinatario como un *hecho*; en el enunciado, se trata de una simple relación enunciada, es decir, de una aserción como cualquier otra, que podemos creer o no” (1994, p. 57). Sin embargo, cabe destacar, y como explica Lejeune, Benveniste parte del discurso oral y no del escrito. Además, existen dos excepciones orales que presentan problemas, ya que la identidad de la persona puede volverse indeterminada:

- a) La cita: es el discurso en el interior del discurso: la primera persona del segundo discurso (citado) remite a una situación de enunciación enunciada en el primer discurso. Signos de diferentes tipos, comillas, rayas, etc., distinguen los discursos insertados [...]. La entonación juega un papel análogo en el discurso oral. Pero si esos signos se vuelven borrosos o se difuminan aparece la incertidumbre.

- b) La oral a distancia: caso del teléfono, una conversación a través de una puerta o durante la noche. No tenemos más recursos para identificar a la persona que los aspectos de la voz [...]. Resulta posible que el diálogo nos pueda llevar a la identificación. Si la voz está diferida temporalmente (caso de la grabación) o en el caso de la conversación unidireccional (la radio) carecemos de este recurso (Ibíd., p. 57-58).

Después del análisis que plantea el lingüista Benveniste, las conclusiones a las que llega Lejeune son distintas, dado que el teórico enfatiza la diferencia que existe entre el discurso escrito y el oral. Como concreta Lejeune,

nadie se atreve a negar que el yo envía a la enunciación: pero la enunciación no es el término último de referencia, pues presenta a su vez un problema de identidad, el cual, en el caso de la comunicación oral directa, es resuelto instintivamente a partir de datos extralingüísticos. [...] Pero en el caso de la comunicación escrita, [...], la persona que enuncia el discurso debe hacer posible que se le identifique en el interior del discurso, a través de otros medios, además de los índices materiales, como el matasellos, la grafía o las singularidades ortográficas (1994, p. 58).

Por otro lado, Benveniste advierte que “no hay concepto del yo, [...], y que, en general, ningún pronombre personal, posesivo, demostrativo, etc. ha remitido *jamás* a un concepto, sino que ejerce simplemente una función, que consiste en *enviar* a un nombre o una entidad susceptible de ser designada por un nombre” (Ibíd. p. 58-59). Este enfoque de negación del concepto “yo” también es compartido por Lejeune que apunta, además, que tampoco existe el concepto de “él”. De esta manera el teórico francés propone los siguientes matices:

a) El pronombre personal yo remite al enunciador del discurso en el que figura el yo; pero este enunciador es él mismo susceptible de ser designado por un nombre (se trate de un nombre común, determinado de maneras diferentes, o de un nombre propio).

b) La oposición concepto/ carencia de concepto recibe su sentido de la oposición entre nombre común y nombre propio (y no de la oposición entre el nombre común y el pronombre personal) (Ibíd. p. 59).

Por lo tanto, en el discurso oral “se vuelve al nombre propio cada vez que resulta necesario” (Ibíd., p. 60), mientras que en el discurso escrito la firma o rúbrica es la que designa al enunciador. De este modo, Lejeune esclarece que el problema de la autobiografía se encuentra en lo que él ha llamado nombre propio. Este sustantivo hace referencia al autor del discurso escrito y, siguiendo desde el punto de vista del lector,

Lejeune expresa que, aunque el receptor no conoce a esa persona real, cree en su existencia, ya que él es quien elabora ese discurso. Por lo tanto, “la autobiografía (narración que cuenta la vida del autor) supone que existe una *identidad de nombre* entre el autor (tal y como figura, por su nombre, en la cubierta), el narrador y el personaje de quien habla” (Ibíd., p. 61).

Sin embargo, *la identidad de nombre* también tiene su limitación; si el autor, en vez de utilizar su nombre propio, utiliza un seudónimo, ¿cambiaría el concepto de *identidad*?. Claramente no, dado que para Lejeune, “el seudónimo es simplemente una diferenciación, un desdoblamiento del nombre, que no cambia en absoluto esa *identidad*” (Ibíd., p. 62). Además, el autor añade que, en cuanto al pacto autobiográfico, existen diferentes formas, “pero todas ellas manifiestan la intención de hacer honor a su *firma*. El lector podrá poner en entredicho el parecido, pero jamás la identidad” (Ibíd., 64). Tal y como observa Lejeune la *identidad* (autor-narrador-personaje) puede establecerse de dos maneras:

1. Implícitamente, al nivel de la conexión autor-narrador, con ocasión del pacto autobiográfico, el cual puede tomar dos formas: a) empleo de títulos que no dejan lugar a dudas acerca del hecho de que la primera persona nos remite al nombre del autor (Historia de mi vida, Autobiografía, etc.) ; b) sección inicial del texto en la que el narrador se compromete con el lector a comportarse como si fuera el autor, de tal manera que el lector no duda de que el yo remite al nombre que figura en la portada, incluso cuando el nombre no se repite en el texto.
2. De manera patente, al nivel del nombre que se da el narrador-personaje en la narración, y que coincide con el autor en la portada (Ibíd., p. 65).

Para el autor, éstas son las dos formas que existen para que la *identidad* se dé, si bien añade que se puede dar sólo una o ambas a la vez.

Por otro lado, Lejeune, partiendo de las narraciones autodiegéticas, esquematiza en un cuadro las combinaciones posibles que existen para el lector (Ibíd., 67).

Nombre del personaje	\neq nombre del autor	$= 0$	$=$ nombre del autor
Pacto			
Novelesco	Novela	Novela	
$= 0$	Novela	Indeterminado	Autobiografía
Autobiografía		Autobiografía	Autobiografía

¿Qué ocurre cuando un autor es anónimo? Para Lejeune, si el discurso está escrito por un autor anónimo, este texto no puede considerarse una autobiografía. Sin embargo, sí esclarece que cuando un texto es anónimo por cuestiones accidentales “(caso de un manuscrito encontrado en una buhardilla inédito y no firmado)” (Ibíd., p. 71), existen dos posibilidades: por un lado, que el nombre del narrador aparezca en alguna parte del discurso autobiográfico y se pueda comprobar su autoría, entraría dentro del género autobiográfico o, por otro lado, que la identidad del narrador-protagonista no se dé en ningún lado, en este caso Lejeune lo enmarca dentro de la ficción o de lo “indeterminado”. El teórico recalca que “lo que define la autobiografía para quien la lee es ante todo un contrato de identidad que es sellado por el nombre propio” (Ibíd., p. 72). Además, el nombre propio, en el plano teórico, presenta una serie de reflexiones de las que Lejeune se hace eco:

a) Autor y persona: la autobiografía es el género literario que, por su contenido mismo, señala la confusión entre el autor y la persona, confusión sobre la que está fundada toda práctica y problemática de la literatura occidental desde fines del siglo XVII. De ahí esa pasión del nombre propio que va más allá de la simple “vanidad de la autoría” puesto que, a través de ella, la persona misma reivindica la existencia. El tema profundo de la autobiografía es el nombre propio.

b) Persona y lenguaje: [...] La palabra “persona” contribuye a la ambigüedad. Si no hay persona fuera del lenguaje, como el

lenguaje es otro, habría que llegar a la conclusión de que el discurso autobiográfico, lejos de remitir, como imaginamos, al “yo” inscrito en una serie de nombres propios, sería, por el contrario, un discurso alienado, una voz mitológica que nos poseería. [...] Todos percibimos, [...] el peligro de esta indeterminación de la primera persona y no es fruto del azar que busquemos neutralizarla al basarla en el nombre propio.

c) Nombre propio y cuerpo-propio: la adquisición del nombre propio es, sin duda alguna, una etapa tan importante en la historia del individuo como la del estadio del espejo. Esta adquisición escapa a la memoria y a la autobiografía [...]. El primer nombre recibido y asumido, el nombre del padre, y, sobre todo, el nombre de pila que nos distingue, son sin duda los datos capitales en la historia del yo. La prueba está en que el nombre no resulta jamás indiferente [...] (Ibíd., p. 73-74).

Lejeune finaliza este apartado señalando que el nombre propio del autor es lo que dota de referencialidad el discurso autobiográfico, puesto que está fundado en dos asociaciones: “el estado civil [...] y el contrato de publicación” (Ibíd., 75) y que, por lo tanto, impiden dudar de la identidad.

2.2.3 Copia certificada

Lejeune apunta que la *identidad* y el *parecido* remiten a términos distintos en los discursos autobiográficos. En cuanto al primer vocablo el autor expresa que “la identidad es un *hecho* inmediatamente aprehensible, aceptado o rehusado al nivel de la enunciación; el parecido es una *relación*, sujeta a discusiones y a interminables matizaciones, establecida a partir del enunciado” (1994, p. 75). De este modo, la identidad de la autobiografía se definirá a partir del autor, del narrador y del personaje principal o protagonista. Dentro del texto, el narrador sería el sujeto de la enunciación y el personaje estaría considerado el sujeto del enunciado; el autor, por otra parte, “representado por su nombre, es así el referente al que remite, por el pacto autobiográfico, el sujeto de la enunciación” (Ibíd.). En cuanto al término *parecido*, Lejeune observa que “nos vemos obligados a introducir en el enunciado un cuarto término simétrico, un referente extratextual al que podríamos llamar el prototipo o, aún mejor, el *modelo*” (Ibíd.).

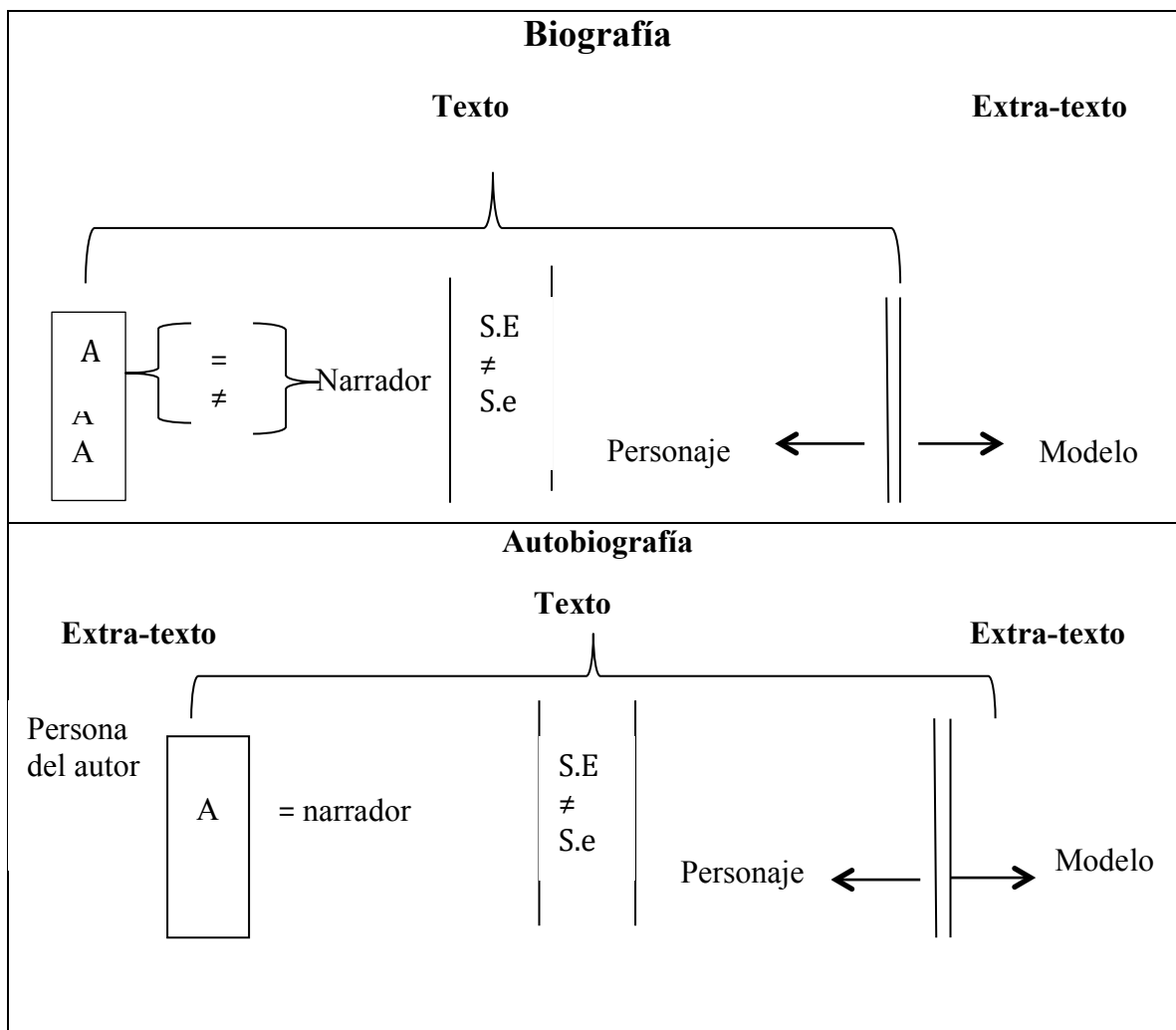
Por otro lado, el autor cree necesario distinguir, en cuanto a *identidad* se refiere, la novela autobiográfica y la autobiografía, mientras que en el *parecido* estarían por oposición la autobiografía y la biografía. Por consiguiente, tanto la biografía como la autobiografía son textos “referenciales”, puesto que, para Lejeune, “todos los textos conllevan, por lo tanto, lo que yo denominaría *pacto referencial*, implícito o explícito, en el que se incluyen una definición del campo real al que se apunta y un enunciado de las modalidades y del grado de parecido a los que el texto aspira” (Ibíd., p. 76). De este modo, el autor expresa que tanto el pacto autobiográfico como el pacto referencial son coexistentes dentro de la autobiografía.

Para el teórico es importante distinguir que “el estudio biográfico permite fácilmente reunir información adicional y determinar el grado de exactitud de la narración. [...] [En la autobiografía, por otro lado,] esta exactitud no tiene una importancia capital” (Ibíd., p. 77). Asimismo, Lejeune destaca que “en la autobiografía resulta indispensable que el pacto referencial sea *establecido* y sea *mantenido*: pero no es necesario que el resultado sea del orden del parecido estricto” (Ibíd.).

Siguiendo con el término *parecido* que ha empleado para la biografía y la autobiografía, Lejeune considera esencial remitirse al cuarto término simétrico, es decir, al *modelo*. El teórico expresa que “por “modelo” yo entiendo lo real al que el enunciado quiere *parecerse*. La manera en que un texto puede “parecerse” a una vida es una cuestión que los biógrafos raramente se plantean y que siempre, implícitamente, suponen resuelta” (Ibíd.). Por otro lado, Lejeune estudia cómo el *parecido* puede producirse en dos niveles: “en el modo negativo (los elementos de la narración) interviene el criterio de la *exactitud*; en el modo positivo (conjunto de la narración) interviene lo que llamaremos *fidelidad*. La exactitud concierne a la *información*, la fidelidad a la *significación*” (Ibíd.). El crítico recalca también que la significación sólo remite a las “técnicas de narración” y a la “intervención de un sistema de explicación”, pero, a su vez, esto no impide que el biógrafo lo conciba “en el mismo plano que la

exactitud, en relación de parecido con la realidad extratextual a la que todo texto remite” (Ibíd.).

Para que al receptor le quede más clara la teoría, Lejeune utiliza dos cuadros donde resume brevemente lo expuesto anteriormente. Biografía (1994, p. 78) y autobiografía (1994, p. 78).



Abreviaturas: A= Autor; S.E = Sujeto de la enunciación; S.e = Sujeto del enunciado

Relaciones: = idéntico a; ≠ no idéntico a; ↔ parecido

Para concluir, Lejeune observa “lo que va a oponer la biografía y la autobiografía es la jerarquización de las relaciones de parecido e identidad: en la biografía, el parecido debe sostener identidad. Mientras que en la autobiografía la

identidad sostiene el parecido. La identidad es el punto de partida real de la autobiografía, el parecido el horizonte imposible de la biografía” (1994, p. 79). Por lo tanto, tal y como sugiere el autor, nos encontraríamos con los siguientes modelos:

Biografía: A es o no es: P se parece a M.

Autobiografía: N es a P lo que A es a M.

(A= autor: N= narrador: P= personaje: M= modelo) (1994, p. 80).

2.2.4 Espacio autobiográfico

Teniendo en cuenta sólo la *apariencia*, Lejeune comienza este apartado mostrando las diversas opiniones que existen entre la novela y la autobiografía. El autor rescata a André Gide y a François Mauriac, ambos premios Nobel de Literatura, que expresan que la novela sería más verídica en comparación con la autobiografía. Para Lejeune estas opiniones muestran cómo ambos autores “diseñan el espacio autobiográfico en el que desean que se lea el conjunto de su obra. Lejos de ser una condena de la autobiografía, [...] son en realidad una forma indirecta de la autobiografía, pues establecen de hecho de qué es la verdad última a la que aspiran sus textos” (1994, p. 82). Pero, además, el teórico matiza que esa “verdad” a la que aspira la novela sólo se da cuando se la considera autobiografía.

De esta forma, “el lector es invitado a leer las novelas no solamente como *ficciones* que remiten a una verdad sobre la “naturaleza humana” sino también como *fantasmas* reveladores de un individuo” (Ibíd., p. 83). Para Lejeune esta forma indirecta del pacto autobiográfico se podría denominar el “*pacto fantasmático*”.

Teniendo en cuenta la *relación* que existe entre la novela y la autobiografía, “lo que resulta revelador es el espacio en el que se inscriben ambas categorías de textos, [...]. El efecto de relieve conseguido de esta manera es la creación, por el lector, de un “espacio autobiográfico” ”(Ibíd.). Desde este enfoque, lo que resalta Lejeune es que tanto Gide como Mauriac han originado que la producción narrativa de sus obras se lea

en clave autobiográfica. Además, “esta forma de pacto indirecto está cada vez más extendida [...], [ya que] hoy en día autores y editores lo empujan desde el principio en esta dirección” (Ibíd., p. 84).

En suma, para Philippe Lejeune el espacio autobiográfico sería el pacto indirecto, es decir, contractual, que adquiere el lector con el autor para que su obra se lea en clave autobiográfica, determinando así el modo de lectura del texto.

2.2.5 Contrato de lectura

En este último apartado Lejeune hace una oscilación de todo lo explicado anteriormente. Para comenzar, el autor hace un balance negativo, dado que “ciertos puntos permanecen difusos o insatisfactorios” (1994, p. 85). No se define concretamente cómo puede darse “la identidad del autor y del narrador en el pacto autobiográfico cuando el nombre no se repite” (Ibíd.) y, por lo tanto, lo planteado en el apartado *Copia certificada* puede estar sujeto a desconfianza. Por otro lado, muestra cómo las secciones *Yo, el abajo firmante* y *Copia certificada* sólo abarcan la autobiografía autodiegética, si bien existen “otras fórmulas narrativas posibles” (Ibíd.).

En cuanto al balance positivo, Lejeune expresa que el cuestionar las posiciones tanto del autor como del lector ha sido productivo. Además, señala que ““contrato social” del nombre propio y de la publicación, “pacto” autobiográfico, “pacto” novelesco, “pacto” referencial, “pacto” fantasmático: todas esas expresiones remiten a la idea de que el género autobiográfico es un género *contractual*” (Ibíd.). El nombre propio es lo más importante dentro del “pacto autobiográfico”, ya que es un componente necesario del contrato, pues se encuentra implícito en el discurso.

Para concluir, Lejeune apunta que la autobiografía “es un modo de lectura tanto como un tipo de escritura” (Ibíd., p. 87) y que, además, está sujeta a numerosos cambios, ya que varía según el individuo y el tiempo histórico. Por lo tanto, “el triunfo

de ofrecer una fórmula clara y total de la autobiografía sería en realidad un fracaso” (Ibíd.). De este modo, se puede decir que tratar de esclarecer unos rasgos definitorios de lo que abarca una autobiografía es imposible. Lejeune expresa como este ensayo le parece “más un documento a estudiar [...] que un texto “científico”” (Ibíd.). Por último, señala que “la historia de la autobiografía sería, más que nada, la de sus modos de lectura” (Ibíd.).

2.3 La hermenéutica y Paul Ricoeur

Ricoeur, filósofo francés, a lo largo de su fructífera carrera desarrolló, entre otras muchas cosas, la teoría de la hermenéutica. Aunque no se encuentra enfocada directamente al discurso autobiográfico, sí se puede acolar a la autobiografía, sobre todo sus estudios de “la identidad narrativa y la filosofía del sí mismo” (Camarero, 2011, p.71). El núcleo de su preocupación es determinar “el ser de un yo auténticamente humano” (Maceiras y Trebollé, 1990, p. 98) y, por lo tanto, al emplear la primera persona, “la filosofía ricoeuriana pertenece a una tradición que tiene como problema central el análisis del yo en tanto sujeto de las operaciones de conocimiento, de volición y de valoración” (Basombrío, 2008, p. 19). Además, “su obra puede ser inscrita en el ámbito de la filosofía reflexiva iniciada por Descartes y continuada, [...], por Kant, Husserl y Jean Nabert” (Ibíd.).

Para comenzar, en su libro *Historia y narratividad*, se define la identidad narrativa como “aquella identidad que el sujeto humano alcanza *mediante* la función narrativa” (Ricoeur, 1999, p. 215). Esta definición deja al descubierto “el entramado teórico de la hermenéutica de la autobiografía: el sujeto, la mediación y la narratividad” (2011: 71). Para Ricoeur, en el nivel de la trama “puede apreciarse cierta comunidad estructural, [...], es decir, el arte de contar y de seguir una historia para llevarla del comienzo a través del medio hasta su conclusión. Esta intelección de la trama, [...], combina la secuencia y la consecuencia, [...], articula una dimensión cronológica y otra configurativa” (1999, p. 156). De este modo, la intersección del tiempo histórico y del tiempo de ficción constituyen el tiempo humano de la existencia, desde el cual la experiencia humana se convierte en un acto literario de creación y, por consiguiente, “la

compresión de sí está mediatizada por la recepción conjunta, en la lectura espacialmente, de los relatos históricos y de los de ficción” (2011, p. 71).

De este modo, la teoría de la hermenéutica del sí mismo que desarrolla Ricoeur comienza con la distinción del término “identidad” que ampara dos sentidos diversos: *idem* e *ipse*. El primero, “*Idem*, que traduce por mismidad (*sameness*, *Gleichheit*), [y el segundo] *ipse*, que equivale a ipseidad (*selfhood*, *Selbstheit*)” (2008, p. 115). La diferencia semántica entre ambos términos depende del uso de la palabra “identidad” que hace el latín, “donde “*idem*” significa “el mismo”, mientras que “*ipse*” quiere decir “él mismo” [...], [por consiguiente], el *ipse* involucra una cierta reflexividad” (Ibíd.). De este modo se puede decir que el término *ipse* concierne a la pregunta << ¿quién?>> mientras que *idem* corresponde a la pregunta << ¿qué?>> y, por lo tanto, “el *ipse* supone un tipo de reflexividad que no está presente en el *idem*” (2008, p.116). Sin embargo, Ricoeur expresa como a la problemática del término identidad le antecede un análisis de la reflexividad dividida en tres ámbitos distintos:

a) la teoría de la acción, en la que el sí mismo se designa como agente, es decir, como autor de una acción que, para él, depende de sí mismo; b) la teoría de los actos del habla (*speech-acts*), en el que el sí mismo se designa como hablante, es decir, como emisor de enunciados; y c) la teoría de la imputación moral, en la que el sí mismo se designa como sujeto responsable (1999, p. 216).

Bajo esta cuestión, el teórico señala como la “dimensión temporal de la experiencia humana” (Ibíd.) todavía no se ha analizado. Aunque sí expresa “que el agente, el emisor de enunciados y el sujeto de la imputación moral *se* designan a sí mismos en la acción, en la enunciación y en la asunción de responsabilidades, esta reflexividad, que no es temporal, no tiene en cuenta el tiempo” (Ibíd.). Para Ricoeur, “el relato es la dimensión lingüística que proporcionamos a la dimensión temporal de la vida” (Ibíd.). Aunque parece complicado utilizar el concepto *historia de una vida* bajo este aspecto, el teórico señala como “gracias a la poética del relato” sí se puede hacer. De este modo, “la historia de una vida se convierte, [...], en una historia contada” (Ibíd.).

Por otro lado, “el relato configura el carácter duradero de un personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la identidad dinámica propia de la historia contada. La identidad de la historia forja el personaje” (1999, p. 218). Esta combinación entre el personaje y la historia fue desarrollada por Aristóteles. De hecho “en la historia contada, debido al carácter unitario y completo que le confiere a la operación de elaborar la trama, el personaje conserva, a lo largo de la historia, la identidad correlativa a la de la propia historia” (Ibíd.). Para Ricoeur, siguiendo el modelo que plantea Aristóteles, “la identidad dinámica [...] [es] el conflicto que existe entre la exigencia de concordancia y el reconocimiento de las discordancias que, hasta el final, del relato, ponen en peligro su identidad” (1999, p. 219). Por otro lado, según el teórico la configuración sería “el arte compositivo que media entre la concordancia y la discordancia, y que regula la forma móvil que Aristóteles llama *mythos* y que nosotros traducimos por <<elaboración de la trama>>” (1999, p. 220). Además, Ricoeur señala que

si toda historia, en efecto, puede considerarse como una cadena de transformaciones que nos lleva de una situación inicial a una situación final, la identidad narrativa del personaje sólo puede ser el estilo unitario de las transformaciones subjetivas reguladas por las transformaciones objetivas que obedecen a la regla de la completud, de la totalidad y de la unidad de la trama. [...] [En conclusión] la identidad narrativa del personaje sólo puede ser correlativa de la concordancia discordante de la propia historia (1999, p. 221).

En cuanto a la apropiación del personaje, más concretamente el yo refigurado, Ricoeur observa que “el arte narrativo confirma la primacía de la tercera persona en el conocimiento del hombre. El héroe es aquel del que se habla” (1999, p. 223). Respecto a los pensamientos y discursos, cabe diferenciar entre el monólogo citado y el monólogo narrado (Camarero, 2011, p. 73). El monólogo citado sería “la transcripción directa, en el discurso novelístico, del pensamiento de un personaje en forma de soliloquio” (Villanueva, 1989, p. 192) y el monólogo narrado correspondería a la “representación del pensamiento íntimo de un personaje en tercera mediante el estilo indirecto libre” (Ibíd.). De este modo, como expresa Jesús Camarero, “la refiguración narrativa es la apropiación que lleva a cabo el sujeto real (el lector) de los significados vinculados al héroe ficticio de una acción en sí misma ficticia” (2011, p. 73). Además, Ricoeur dice que la primera reflexión es que “la refiguración mediante el relato pone de manifiesto

un aspecto del conocimiento de sí que supera con mucho el marco del relato [...]. [Esto es] el sí mismo no se conoce de un modo inmediato, sino indirectamente” (1999, p. 227). Por lo tanto, el conocimiento de sí mismo “sería lo mismo que la interpretación de sí” (2011, p. 73), dicho de otro modo, “la apropiación de la identidad del personaje ficticio que lleva a cabo el lector es el vehículo privilegiado de esa interpretación” (1999, p. 227). Por esta razón, “el carácter figurativo del personaje conlleva que el sí mismo se interprete narrativamente, lo cual implica un yo refigurado, un yo que se figura que es tal o cual” (2011, p. 73).

Para comprender mejor la hermenéutica, ligada al discurso autobiográfico, cabe comenzar expresando que para el teórico “el lenguaje no es un objeto, sino una mediación” (1999, p. 47) que implica tres nociones distintas:

en primer lugar, se trata de una mediación entre el hombre y el mundo; dicho de otro modo, es aquello a través de o mediante lo que expresamos una realidad, aquello que nos permite representárnosla, en una palabra, aquello mediante lo que tenemos un mundo [...]. [En segundo lugar,] el lenguaje es, asimismo, una mediación entre un hombre y otro. En la medida en que nos referimos conjuntamente a las mismas cosas, nos constituimos como una unidad lingüística, como un <<nosotros>> [...]. Finalmente, el lenguaje es una mediación de uno consigo mismo. A través del universo de signos, de los textos o de las obras culturales podemos comprendernos a nosotros mismos (1999, p. 47).

De esta manera, podemos decir que “hablar es el acto mediante el que el lenguaje se desborda como signo para acceder al mundo, a otro o a uno mismo” (1999, p. 47), o dicho de otro modo, el acto de hablar es el deseo de expresar “algo sobre algo a alguien” (Ibíd.). Para llevar a cabo su teoría Ricoeur, al igual que Lejeune, se apoya en el lingüista Benveniste. Este último utiliza el término “discurso” en vez de “habla”, puesto que manifiesta la firmeza de esta peculiaridad del lenguaje. Además, Ricoeur expresa como ambas “se dirigen a dos niveles diferentes del lenguaje y se basan en dos tipos distintos de unidades” (1999, p. 48). Para comenzar, el teórico manifiesta que la lengua son los signos y, por otro lado, las frases o enunciados pertenecen al discurso. Ricoeur entiende que

la frase no es una palabra más larga o compleja, sino una nueva entidad del lenguaje. [...] Una frase está hecha con signos, pero no es un signo [...], [dado que] el signo, [...], sólo cumple la función de discriminar: cada signo tiene en sí mismo lo que lo distingue de los demás. [...] La frase, en cambio, tiene una función sintética. Su carácter específico consiste en ser un predicado (Ibíd.).

Al respecto, Benveniste aporta el concepto de “instancia discursiva” para remarcar la oposición entre lenguaje y discurso: el primero es un sistema intemporal, puesto que su existencia se encuentra vinculada a la eventualidad, mientras que el discurso es un “acto transitorio, evanescente, existe actualmente” (Ibíd.). Bajo esta noción se encuentran las tres dimensiones de hombre y mundo, hombre y otro y, uno consigo mismo. Por tanto, “el signo *difiere* del signo; el discurso se *refiere* al mundo” (1999, p. 49). Uniendo estas nociones al discurso autobiográfico, lo que hay que remarcar es “la intención de alguien que se da un significado a sí mismo en su propio discurso” (Ibíd., p. 50). De este modo, el discurso se convierte en mediación entre uno consigo mismo.

En cuanto al lenguaje como texto y como obra, Ricoeur plantea la tesis de que “la capacidad referencial no es una característica exclusiva del discurso *descriptivo*, sino que también las obras poéticas *designan un mundo*” (1999, p. 52). Camarero expresa que “esto es así porque en el discurso poético la suspensión de la referencialidad primaria permite la referencia secundaria” (2011, p. 75). Según Ricoeur, en el concepto de <<mundo del texto>>,

partimos de la tesis de que el lenguaje poético no denota nada; pero es cierto que da lugar a connotaciones imaginativas y emocionales. [...] En tanto que poética, una imagen es algo muy distinto a una representación fugaz. Es una creación del lenguaje y, simultáneamente, en esbozo del mismo. Este juego entre la imagen y el lenguaje convierte lo imaginario en la proyección de un mundo ficticio, en el boceto de un mundo virtual en el que podría vivirse. Nos encontramos, pues, en la ficción con el aspecto negativo de la imagen en tanto que función de lo ausente o de lo irreal. La imagen lleva a cabo, en este sentido, la suspensión o la *époche* de la realidad cotidiana. Pero dicha *époche* sólo es el aspecto negativo de la ficción (1999, p. 54).

En lo relativo al sentimiento poético, Ricoeur observa que hay comprenderlo de igual manera que el lenguaje poético.

El sentimiento es, como la imagen, una creación del lenguaje. Es el estado anímico que configura un poema determinado en su singularidad. Al igual que la ficción-constituye su contrapartida-, tiene la misma estructura que el poema. Además, bosqueja un mundo, sin conferirle la forma articulada del discurso, sino la forma global de la fisonomía de las cosas captadas como un todo. Un estado anímico no es una afección interna, sino un modo de encontrarse entre las cosas (Ibíd.).

Como señala Camarero, “la interpretación es extraer de la imagen y del sentimiento poéticos el mundo que proyectan, sin la referencialidad descriptiva (suspensión); un nuevo acceso a la realidad mediante la ficción y el sentimiento” (2001, p. 75).

Finalmente, Ricoeur saca dos conclusiones sobre la filosofía y el lenguaje que engloban los apartados del lenguaje y estructura, lenguaje y discurso, el lenguaje como texto y como obra y, por último, la teoría de la metáfora. La primera consecuencia que observa es que “en un discurso, en un texto o en una obra, lo primero que hay que comprender no es el sujeto que se expresa en dicho texto y que, en cierto modo, se oculta tras él, sino el mundo que la obra abre ante dicho sujeto” (1999, p. 56). Por otro lado, destaca que “el último acto, no el primero, consiste, por tanto, en comprenderse a uno mismo, por así decirlo, ante el texto, ante la obra. El discurso, el texto o la obra son la mediación a través de la que nos comprendemos a nosotros mismos” (Ibíd., p. 57).

Para el teórico el texto es “todo discurso fijado por la escritura. Según esta definición, dicha fijación es constitutiva del propio texto” (Ibíd., p. 59). Además, para Ricoeur, “la fijación mediante la escritura acontece en el mismo lugar que el habla, es decir, en el lugar en el que ésta podría haber surgido” (Ibíd., p. 60). El papel que realiza la lectura expresa “una relación directa entre el querer decir del enunciado y la escritura” (Ibíd.). De este modo, la escritura demanda la lectura del texto y, por consiguiente, la interpretación del mismo. Si bien observa que la relación entre escribir-

leer y hablar-responder no es la misma, ya que “no se trata de una relación de interlocución, ni de una forma de diálogo” (Ibíd., p. 61). Es por esto que Ricoeur explica que

el escritor no responde al lector. Más bien, el libro separa las vertientes del acto de escribir y del acto de leer, que no se comunican entre sí. El lector se encuentra ausente en la escritura, y el escritor, en la lectura. El texto produce, por tanto, una doble ocultación del lector y del escritor. De este modo, se sustituye la relación dialógica que vincula, de forma inmediata, la voz de uno al oído del otro (Ibíd.).

Por otro lado, para Ricoeur, el autor está relacionado con el espacio de la escritura y, por consiguiente, “el texto es el lugar en el que acontece el autor” (Ibíd., p. 64).

Como se ha mencionado con anterioridad, la lectura está unida a la interpretación que hace el lector del texto. Ricoeur defiende que el concepto de interpretación y explicación están unidos mediante “la existencia de una relación íntima, complementaria y recíproca” (1999, p. 73). Para el teórico existen dos maneras de leer:

podemos, mediante la lectura, prolongar y acentuar la suspensión de la referencia del texto al entorno de un mundo y al auditorio de los hablantes. En este caso, adoptamos una actitud explicativa. Pero también podemos suprimir dicha suspensión y realizar el texto en el habla actual. Esta segunda actitud es el fin propio de la lectura, pues pone de manifiesto la verdadera naturaleza de la suspensión que interrumpe el movimiento del texto hacia el significado. La otra lectura no sería posible si, en primer lugar, no se admitiese que el texto, como escritura, espera y reclame una lectura (Ibíd., p. 74).

Por lo tanto, bajo este enfoque “leer es enlazar un discurso nuevo con el discurso del texto” (Ibíd.). Esto deja patente el carácter abierto que tiene la lectura y que “la interpretación es el resultado concreto de esta imbricación y de esta reconsideración” (Ibíd.).

Para Ricoeur, “la interpretación de un texto desemboca en la interpretación de sí de un sujeto que, a partir de ese momento, se comprende mejor, de otra manera o,

sencillamente, comienza a comprenderse” (Ibíd., p. 74). Esta interpretación marca latentemente que “por un lado, la comprensión de sí ha de dar un rodeo por la comprensión de los signos culturales en los que uno mismo se documenta y se forma. Por otro, la comprensión del texto no carece en sí misma de fin” (Ibíd.). De este modo, “en la reflexión hermenéutica –o en la hermenéutica reflexiva- la constitución de *uno mismo* y la del *sentido* se dan al mismo tiempo” (Ibíd., p. 75).

Por otro lado, otro de los rasgos de la hermenéutica consiste en luchar contra la distancia cultural “respecto al sistema de valores sobre el que se establece el texto” (Ibíd.). Esto quiere decir que la interpretación “<<aproxima>>, <<igual>>, hace que lo extraño resulte <<contemporáneo y semejante>>, es decir, convierte en algo *propio* lo que, en un principio, era *extraño*” (Ibíd.). De este modo, gracias a la interpretación de un texto se actualiza su significado y, por lo tanto, el acto de leer da una nueva definición. Además, Ricoeur señala que “explicar consiste en poner de relieve la estructura, es decir, las relaciones internas de dependencia que constituyen la estática del texto, mientras que interpretar es seguir la senda abierta por el texto, su pensamiento” (Ibíd., p. 78). El teórico pone de manifiesto que “la lectura es el acto concreto en el que se cumple el destino del texto. La explicación y la interpretación se oponen y se concilian indefinidamente en el propio corazón de la lectura” (1999, p. 81).

Como conclusión, aunque Ricoeur no centró sus estudios en la autobiografía en sí, si es notorio que la teoría desarrollada por él puede aplicarse a los discursos autobiográficos. El teórico pone énfasis en el papel que juega la lectura. El acto de leer no solamente ayuda al autor del discurso a conocerse mejor, sino que el lector adquiere también esa conciencia que tiene el autor. Además, el intérprete actualizará el texto con el fin de superar la distancia cultural y así renovar el significado del mismo.

3. La autoría en la autobiografía y sus mecanismos: recordar, inventar, olvidar.

Anna Caballé en su obra *Narcisos de tinta*, observa como a lo largo del siglo XIX afloraron numerosos textos autobiográficos, ya sea mediante autobiografías o memorias, que dejan en entredicho la figura del autobiógrafo, ya que muchas de esas obras fueron escritas por sus secretarios de confianza “a partir de los testimonios orales de sus protagonistas” (1995, p. 21). Hoy en día, la tarea que recaía en secretarios hace dos siglos, suele llevarse a cabo por profesionales que compilan numerosos datos del protagonista para que el producto final tenga cierto interés para la masa. Carla Marelló acuña el término “autobiografía popular” para referirse a aquellas autobiografías de personajes famosos, más conocidos como *celebrities*, que publican su vida simplemente por la repercusión que tendrá en sus cuentas corrientes, y que obviamente están escritas por personas anónimas (1990, p. 208). Sin embargo, este juego a dos contiene un gran problema: el de la autoría. ¿Quién es realmente el autor del libro?, ¿hasta qué punto debemos creernos, como lectores, que la obra es de la persona que firma?, ¿por qué este tipo de colaboración nunca se confiesa?

El problema que se plantea aquí no es fácil de responder. Phillip Lejeune opina al respecto que “*la división del trabajo* entre dos ‘personas’ (al menos) revela la multiplicidad de instancias implicadas en el trabajo de escritura [...]. Lejos de imitar la unidad de la autobiografía auténtica, pone en evidencia su carácter indirecto y calculado” (1994, p. 320). Por lo tanto, para el autor del *Pacto autobiográfico*, este hecho enfatiza el problema que existe detrás de la autobiografía y su autoría.

Actualmente, el enfoque al que esté sometida la publicación de una autobiografía siempre va a tener en mente quienes van a ser sus posibles lectores. Anna Caballé distingue dos tipos de lectores que consumen este tipo de obras literarias: “un público intelectual, minoritario, [...] [y] un público amplísimo que consume productos autobiográficos de más o menos valor” (1995, p. 23). De esta manera, se puede decir que se crea una dicotomía entre los posibles lectores: por un lado estaría un público selectivo que lee solo autobiografías que pertenecen a personajes ilustres o que poseen

un interés literario y, por el otro, nos encontraríamos a lectores de autobiografías que están embelesados por ¿conocer? o ¿aprender? más del famoso de turno, en estos discursos la calidad literaria y el compromiso están subordinados a las ganancias económicas del producto. Bajo esta última cuestión, Anna Caballé plantea que

de esa dialéctica que se establece entre la fascinación por lo ajeno y la insatisfacción por lo propio arranca la producción biográfica industrializada, perfectamente inserta en un sistema de promoción y consumo. La cantidad prevalece tanto sobre la calidad que podría hablarse de overbooking biográfico en medio del cual, inevitablemente, afloran las debilidades congénitas del género (1995, p. 64).

Además, la autora afirma que esa saturación puede tener dos consecuencias. Por un lado, que la sociedad se canse fácilmente de ese abarrotamiento y que exija, por consiguiente, nuevas formas o que, por el contrario, la comunidad nunca vea ansiadas sus ganas de conocer la vida de los otros (Ibíd., p. 66). Esta segunda consecuencia habría acarreado la mercantilización de la propia autobiografía, dado que, como observa Anna Caballé: “la intimidad es un valor en alza, un bien de consumo y además un magnífico reclamo comercial, [...]. [Es por esto que] será el aspecto más explotado por las editoriales y los medios de comunicación, también por los propios autobiógrafos, a la hora de ofrecernos determinados libros” (Ibíd., p. 70).

El autobiógrafo a la hora de narrar sus experiencias tendrá presente quiénes van a ser sus posibles lectores y estos qué quieren saber de él. Como consecuencia, el material que destaque y elija para su trabajo no se confrontará con las opiniones y ni con los sentimientos preponderantes, acatará y obedecerá la ideología y las costumbres culturales imperantes y se contendrá en alejarse de lo socialmente aceptado para, así, no ser enjuiciado ni desacreditado por parte de su público. Bajo este ambiente represivo, el autobiógrafo difícilmente se mostrará tal cual es y la creación de una conciencia sobre sí mismo no se llevará a cabo con exactitud, reprimiendo así su verdadero yo.

Dejando de lado la finalidad de la autobiografía hoy en día, Manuel Granell y Antonio Dorta en su estudio *Antología de Diarios íntimos*, que recoge Anna Caballé en

Narcisos de tinta, aportan una división de los géneros centrándose en el narrador y no en su forma. Según estos dos autores, los géneros se podrían clasificar en extrovertidos e introvertidos. En el género extrovertido estarían el teatro, la novela, el cuento, etc., ya que se encuentran “orientadas al mundo, a los demás hombres, se olvidan de sí mismas y determinan una forma objetiva de narrar” (1995, p. 24). Por otro lado, se encontraría el género introvertido. En este último encontraríamos las autobiografías, los diarios personales, los epistolarios, etc., es decir, una literatura más reflexiva característica de los discursos del yo. Anna Caballé a este segundo grupo lo califica como confesional, ya que en estos escritos se expresa “lo que socialmente no puede o no debe contarse” (Ibíd.). Para la autora, este tipo de acto tiene una mayor dilatación que el género extrovertido porque el autobiógrafo queda expuesto al lector, aceptando la legítima resolución que este último dé a su discurso. Por consiguiente, el término confesional que se emplea a este tipo de obras del yo, siempre bajo el concepto de la literatura, sería el “acto de valentía que supone cierta seguridad en el valor de uno mismo y del alcance universal de la experiencia individual” (Ibíd., p. 26).

Esta experiencia individual, transformada en objeto literario, es una de las tantas formas posibles que tiene cada existencia particular de mostrarse y mostrar. Por consiguiente, “cuanto mayor sea el grado de ocultamiento en un texto autobiográfico, menor será su grado de compromiso” (Ibíd., p. 27). Tanto el grado de ocultamiento como el compromiso estarían ligados a la cuestión del autoconocimiento que tiene de sí el sujeto autorreferencial y honestidad que marca la propia literatura.

Una condición básica de la autobiografía es “la necesidad de que el acto de relatar la propia vida esté inspirado desde su raíz por la sinceridad con la que el autor quiere mostrar su verdad” (Puertas Moya, 2004b, p. 70). Para que el discurso sea sincero no es suficiente con expresar que se está diciendo la verdad, sino que es necesario que el autobiógrafo adopte una “disposición autocrítica a aceptar que lo que uno cree verdadero puede ser erróneo. Por lo tanto, la sinceridad marca una predisposición por parte del autobiógrafo para asumir la posibilidad de haberse equivocado” (Ibíd.). Puertas Moya considera que “la sinceridad es un efecto de transcripción del discurso íntimo al plano público” (2004b, p. 72) y, por lo tanto, el lector no desconfía de los sentimientos del autobiógrafo “sino de la fidelidad con que se

trasladan de un plano al otro” (Ibíd.). Esto quiere decir que la sinceridad que transmita el autobiógrafo a sus lectores dependerá de la disposición y del entorno en el que se de y se encuentre cada sujeto. Sin embargo, es indudable que el carácter ético de la sinceridad es “una exigencia ineludible de la obra autobiográfica” (Caballé,1995, p. 36). Bajo esta cuestión se puede decir que la autobiografía debe partir de la sinceridad y la disposición de contar la verdad para adquirir así el grado de compromiso que exige el lector. Además, el autobiógrafo debe de tener en mente la idea posmodernista de que no existe una única verdad y, por lo tanto, cabe la posibilidad de que exista una réplica a cuestiones mencionadas en su discurso.

Pero, ¿hasta qué punto se puede hablar de sinceridad en un discurso autobiográfico? Anna Caballé expresa que existen dos tipos de sinceridad que se pueden encontrar en estos trabajos: por un lado, estaría la sinceridad literaria y, por el otro, la sinceridad real. La sinceridad literaria “se desarrolla mediante el esfuerzo creativo y este esfuerzo opera, además, dentro de unas convenciones o categorías estéticas cuya función es liberar el deseo o la necesidad de expresar ideas o emociones transformándolas en algo superior e imperecedero” (1995, p. 33). De esta forma, la conexión del lector con la obra se dará mediante la verosimilitud, es decir, desde la apariencia de la verdad y no desde la veracidad. Tal y como observa la autora de *Narcisos de tinta*

[...] en teoría todo texto autobiográfico permite la prueba de la verificación: el lector está invitado a contrastar lo expresado en el texto con otros testimonios, otros documentos que describan los mismos acontecimientos que se relatan en la obra al objeto de determinar su veracidad y con todo aquello, en fin, que su autor ha podido manifestar en otras ocasiones, a fin de determinar su autenticidad (Ibíd.).

Philippe Lejeune expresaba que, observando sólo al texto, era imposible diferenciar entre novela y autobiografía y, para verificar qué tipo de género era, había que prestar atención al habla sobre su yo reflexivo. Para Anna Caballé, la diferencia entre ambos géneros es que en la novela

[...] nos abandonamos a la trama, o bien nos interesamos fundamentalmente por la escritura, conscientes de que en ella radica el único soporte de la ficción. [...] En la autobiografía,

incluso cuando el estilo es particularmente brillante, nuestra atención se orienta, en lo fundamental, hacia el hombre cuyo rostro adivinamos en cada página (1995, p. 34).

En cuanto al término de autoconocimiento, ¿hasta qué punto uno se conoce a sí mismo? La respuesta es difícil de responder porque

el hombre [...] no puede salir de sí mismo para juzgarse: es juez y parte interesada, objeto y al mismo tiempo sujeto [...]. De ese modo, ningún hombre puede concentrar sobre sí la mirada fría que es capaz de dirigir a los otros; [...] puesto que los motivos que le impulsan a rescatar vivencias del olvido recreándolas mejor, o de manera diferente gracias al poder de la imaginación, son los mismos que le llevan a borrar, a falsear o (a) dejar en la sombra rasgos, circunstancias que, ciertamente, afectarían su retrato ante la posteridad (Ibíd., p. 27).

Entonces, ¿qué es realmente una autobiografía para las críticas? Comenzando con Anna Caballé que expresa que “en mayor o menor medida, toda autobiografía es mentira puesto que viene provocada por el impulso creador y, en consecuencia, imaginativo, que empuja a dar forma a lo vivido y, al darle forma a la vida se falsea” (Ibíd.). Por otro lado, para José Luis López Aranguren “toda biografía, por muy autobiográfica que se pretenda, es heterobiografía, es biografía del yo ejecutivo escrita por el yo reflexivo” (1981, p. 54). Para que la autobiografía sea lo más fehaciente posible el autor debe utilizar la retrospectión, puesto que “la mirada retrospectiva es una de los rasgos estructurales definitorios y comunes de los autobiográfico, pues sólo a través del pasado, de la búsqueda de los orígenes, es posible interiorizar y comprender la raíz íntima de los comportamientos y la forma de ser que se indagan” (Puertas Moya, 2004b, p. 24) y, por lo tanto, transcribir una vida “exige reconstruirla textualmente, intentando ser fiel a lo que sucedió en el pasado, remontándose a contracorriente en el flujo de la existencia” (Ibíd.). Este último crítico apunta que “la retrospectión supone una interpretación o una exégesis explicativa a sucesos inconexos que tuvieron como protagonista al autor de la narración, que necesariamente ha de atender al elemento temporal y a la ordenación cronológica” (Ibíd.).

Esto supone que el discurso autobiográfico debe de estar ordenado cronológicamente atendiendo a los hechos o sucesos que marcan el componente temporal en la vida del autor y, por lo tanto, sin tiempo no puede haber discurso autobiográfico. Además, la retrospectiva ligada a la introspección reproducirá el espacio íntimo del autor desde un enfoque externo del pasado para interpretarse desde el presente. De esta manera se entiende que en el discurso autobiográfico existe una presión entre “el presente escritural y el pasado vivencial [...], dado que el presente dota de sentido al pasado y reorganiza o reinterpreta el significado de la vida” (2004b, p. 25). De este modo, “la retrospectiva implica la valoración desde el momento actual de la narración de una vida pasada y, en consecuencia, un enfrentamiento con la oposición formal pasado-presente” (Masanet, 1998, p. 11).

La autobiografía articula, por lo tanto, el yo interior, el discurso y el mundo que lo rodea. Para llevar a cabo esta acción, el autobiógrafo debe descifrarse y analizarse para comprender los acontecimientos que han ayudado en la construcción de la conciencia sobre sí mismo y transmitir a los lectores la importancia de los mismos. Además, para ello utilizará “la memoria, el recuerdo en relación al olvido y la capacidad de selección del vasto material que tales ejercicios mentales produce” (Ibíd.).

En el arte de recuperar los sucesos vividos, se encuentra el funcionamiento del recuerdo que, a su vez, está unido a los errores y a los olvidos. Esto hace que sea “imprescindible aceptar que la autobiografía no es sólo una regresión en el tiempo, sino más bien una proyección del pasado hacia el futuro” (Puertas Moya, 2004b, p. 25). Por consiguiente, el autobiógrafo, en el proceso de reconstruirse, adquiere conciencia de sí mismo como unidad gracias a los recuerdos articulados en la memoria.

Por otra parte, Anna Caballé subraya que “el dominio indiscutible de ese yo reflexivo en la escritura autobiográfica, [es] responsable de imprimir carácter a nuestras acciones pasadas, dotándolas de significación” (1995, p. 30). De esta manera, lo que ambos autores remarcan es el dominio de ese yo reflexivo que es quién se encarga de dar forma a la autobiografía dotándola de significación. Por consiguiente, una de las

características principales de la autobiografía es la reflexión de uno mismo sobre lo que le sucedió en un pretérito, cuyo fin es dejar plasmado en un discurso escrito para que el lector conozca aquello sobre lo que ha reflexionado y ha sido significativo.

Este desdoblamiento del yo se caracteriza por tener dos vertientes; por un lado, el yo que ejecuta la acción de escribir y, por el otro, el yo reflexivo o pensador. Sin embargo, Anna Caballé plantea que “ambas interpretaciones conducen, en el extremo, a estadios de crítica irreversibles puesto que ambas niegan la posibilidad de hablar de uno mismo con coherencia y objetividad” (Ibíd.,p. 32). Como se ha mencionado con anterioridad, esto quiere decir que en la autobiografía prima el punto de vista subjetivo y, por lo tanto, esto hace que el autor se encuentre en la tesitura de posibles réplicas tanto por parte del lector como de aquellas personas que vivieron con él situaciones concretas que se narran en el discurso. Un ejemplo de esta situación sería Mario Vargas Llosa con su novela *La tía Julia y el escribidor*. En el discurso escrito por el Premio Nobel se encuentra tanto autobiografía como ficción, pero, tomando como ejemplo sólo la parte reflexiva del yo, originó que Julia Urquidi, primera mujer del escritor y persona a la que va dirigida la dedicatoria del libro, respondiera con otro libro titulado *Lo que Varguitas no dijo*. Como se ha podido observar con este ejemplo, este yo reflexivo, que se basa en sus recuerdos y en su memoria para recrear acontecimientos pasados mientras va concibiendo conciencia sobre sí mismo gracias a la experiencia de la escritura, está sujeto a posibles contestaciones y réplicas por parte de los testigos de los sucesos manifestados.

Anna Caballé afirma que el autor de la autobiografía

quiere verse a sí mismo en el espejo deformado del tiempo (y de cuya constancia psicológica dispone la memoria), es decir, quiere verse en cualquier otro momento de su vida pasada y la imagen obtenida actúa sobre el ojo que la ve, que, a su vez, actúa sobre ella. No es pues el hombre frente al espejo, entendido éste como servidor de la objetividad, sino dos espejos frente a frente proyectando imágenes recurrentes (Ibíd., p.86).

La memoria bajo este punto juega un papel fundamental, a pesar de no ser ni homogénea ni totalizadora, ya que el autor construye el personaje a través de los

recuerdos de lo que fue en un pasado, es decir, un yo que existe y ha vivido elabora un segundo yo gracias a construcción de los recuerdos y del uso de la memoria . De este modo, la memoria actúa como “agente activo del relato autobiográfico, introducirá las deformaciones y modificaciones que están implícitas en su mecanismo operativo, grabando (o recuperando) sólo una parte de todos los sucesos conocidos, olvidando otros y mezclando lo que conoce con lo que imagina” (Puertas Moya, 2004b, p. 26). En consecuencia, la memoria es “el hilo conductor que articula y estructura el discurso de esa búsqueda, inscrita a su vez en el marco de unas relaciones sociales y de una comunidad cultural” (Ibíd., p. 27).

Sin embargo, la memoria no puede considerarse como una unidad sino como un conjunto de medios que se interconectan con otros sistemas, ya que “se trata de re-inventar o re-encontrar una sustancia inexistente a la que sólo podemos acceder mediante el esfuerzo reflexivo de los recuerdos organizados” (Ibíd., p.28). Por consiguiente, “no existe, [...], una memoria uniforme y monolítica, sino que ésta está compuesta por varios condicionantes que interactúan entre sí y la convierten en un sistema plural” (Ibíd., p. 30). Este sistema heterogéneo entonces estaría compuesto por la memoria, el recuerdo, el olvido y la selección de sucesos que se encargaría de dar forma a la autobiografía y cargarla de significación.

Tal y como afirma Puertas Moya, “la finalidad de la autobiografía es, precisamente, dar una visión comprensiva de sí mismo, [...] el sujeto ejerce mediante la narración de los hechos de su vida en el pasado y la necesidad de que éstos tengan un orden que los haga comprensibles y por ello almacenables en el sistema neuronal” (Ibíd., p. 29). Por lo tanto, el autobiógrafo debe interpretar los sucesos pasados y acoplarlos a su obra para crear una conciencia sobre sí mismo analizando su imagen pretérita mediante el proceso de escritura para que estos obtengan significado dentro del discurso autobiográfico. De esta manera, la memoria será el mecanismo que ayude y organice la rigurosidad que necesita el autobiógrafo para desarrollar su relato autobiográfico. No obstante, no debemos de olvidar que “la extrema fidelidad de la memoria [no] respond[e] a un acto puramente racional, sino que más bien éste puede

provenir de esa capacidad inventiva y ficcional que activa lo autobiográfico” (Ibíd., p. 31).

La representación que el autor hace de sus recuerdos también juega un papel importante dentro de la autobiografía. Para el autobiógrafo, “el presente no existe y es, como sabemos, un permanente salto del futuro al pasado” (Caballé, 1995, p. 88), puesto que

el presente no es una construcción imaginaria y se dilata en dos direcciones: hacia el pasado y hacia el futuro, llegando a modificar sustancialmente la visión que teníamos del primero o bien repitiéndose con la misma intensidad y frescura en sus representaciones inmediatas, sobreponiéndose, incluso anulando, percepciones posteriores (Ibíd.).

De este modo, dentro de la memoria, el recuerdo y la intensidad de ésta serán determinantes, ya que, al fin y al cabo, la memoria se encuentra más próxima a las emociones que a la racionalidad y, por lo tanto, no se sabe hasta qué punto resistirán al olvido.

Según la teoría que desarrolla Gilles Deleuze, recopilada en *Narcisos de tinta*, sobre los recuerdos, la memoria podría clasificarse de tres maneras distintas. La primera la denominó involuntaria y está sujeta a los signos sensibles como pueden ser los colores, los paisajes, los objetos, etc. La segunda son los recuerdos que corresponden “a la memoria ‘personal’, menos asociativa (por lo tanto, menos creadora) que la anterior pero igualmente intransferible” (1995, p. 89), en este apartado estarían los recuerdos de la vida cotidiana. Por último, Deleuze señala una memoria “voluntaria más distante y objetiva que busca, de algún modo, su vinculación con el tiempo “histórico” para identificarla con la memoria colectiva de una época, un ambiente, unos personajes... es la más explotada por la literatura autobiográfica” (Ibíd.). Estos tres tipos de memoria operan en la creación del discurso para acceder al ser en sí del pasado. Los recuerdos personales junto con la memoria trascendente y la empírica permiten al autobiógrafo alcanzar el conocimiento del sujeto autorreferencial mediante el proceso de escritura.

John Locke en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* expresa que el modo de operar de la memoria tiene su conexión en la forma en que se originan las ideas. Pero, ¿cómo llega el hombre al conocimiento? Para el autor, la mente es una hoja en blanco que se va llenando con la experiencia que se funda en el conocimiento. Las ideas provienen de la experiencia- no existen las ideas innatas- que son capaces de hacer asociaciones entre sí y generar ideas nuevas. No obstante, estas ideas se bifurcan en simples o complejas: las primeras están relacionadas con los sentidos, ya que se perciben de forma externa y la mente las recibe pasivamente. Las segundas necesitan una mente activa y su entendimiento se da gracias a la reflexión, es decir, a la comprensión de la mente sobre sus propias operaciones.

Las ideas se pueden establecer mediante el azar o por medio de la costumbre, “de manera que las ideas que en sí mismas no tienen ningún parentesco, llegan a quedar vinculadas de tal manera en la mente de los hombres que resulta difícil separarlas” (Caballé, 1995, p. 89). Las ideas del azar sería la memoria real, vinculadas al inconsciente y designada por John Locke como idea simple, ya que es “inconexa, fragmentaria e inteligible” (Ibíd., p. 90), en este grupo se encuentran las que percibimos por los sentidos. Por otro lado, estarían las ideas costumbristas o ideas complejas. Estas últimas están ligadas a la memoria poética, es decir, a aquella memoria que se deshila de manera “suave y ordenadamente cuando recuerda de la experiencia en que se halla sumergida” (Ibíd.).

Para Anna Caballé,

los recuerdos no son de fiar, pero, en cambio, sí puede serlo el modo en que dichos recuerdos acuden a nuestra imaginación, confundidos pues con pensamientos, ideas, sensaciones... ligadas a nuestros recuerdos y otras sensaciones (cualquiera de nosotros dispone de esta íntima experiencia: cuántas veces nos sorprendemos con pensamientos o recuerdos muy alejados del pensamiento o recuerdo inicial y a los que se ha llegado a través de un involuntario proceso de asociación de ideas) (Ibíd.).

El análisis de la escritura del discurso autobiográfico pone en evidencia la presión que existe entre la alusión biográfica y la armonía del arte. El autobiógrafo debe transmitir sus ideas teniendo en cuenta la función estética del lenguaje, puesto que el texto es un producto final de esta última. La autobiografía expresa las experiencias y el conocimiento que el autor ha ido adquiriendo en contextos significativos y el discurso que se reproduce, al fin y al cabo, está ligado a un propósito estético que se rige por sus correspondientes reglas y estructuras lingüísticas. Este lenguaje representa el poder que tiene la palabra, ya que posibilita al autobiógrafo conocerse, expresarse, sentirse, etc. pero, a su vez, también le permite comunicarse consigo mismo y con los demás, poniendo en relieve la función social y comunicativa del propio lenguaje.

Pedro Salinas en su discurso pronunciado en la Universidad de Puerto Rico hizo hincapié en el poder del lenguaje para conocerse y expresarse: “está el hombre junto a su lengua, como en la margen de un agua en estanque que tiene en el fondo joyas y pedrerías, misterioso tesoro celado. La mirada no suele pasar del haz del agua, donde se reflejan las apariencias de la vida, con belleza suficiente. Pero el que hunda la mano, más allá, adentro, nunca la sacará sin premio” (1944, p. 6). Esta breve cita se puede traer a colación en lo que autobiografía se refiere, puesto que el autor indaga en su yo interior para encontrarse y le permite, a su vez, conectarse y comunicarse con el sujeto autorreferencial y también con los lectores gracias al poder de la lengua. Si no existe la creación de la conciencia sobre uno mismo y la dialéctica, nos encontraremos en la capa superficial del lenguaje que nos impide analizar la imagen interior de las distintas formas de consciencia.

Para Freud, en *La interpretación de los sueños*, el material de la memoria se dividiría entre la condensación y en la desfiguración. El intelectual austriaco explica que el desplazamiento que sufren los recuerdos en la memoria es provocado por la sucesión de dos elementos por otro común a ambos que se encarga de seleccionar el material de una forma inconsciente. Nuestros recuerdos nunca son exactos y esta imprecisión se complementa instintivamente e inesperadamente para evitar el vacío gracias a la evocación del recuerdo. Por otro lado, advierte que nuestra memoria retiene mejor aquellos sucesos o sensaciones que percibimos reiteradamente y, por esta

cuestión, el olvido de algunos acontecimientos es más probable aunque nunca sea una decisión personal, ya que incesantemente se ven desplazados por nuevas anexiones.

Anna Caballé explica que hay que distinguir más específicamente entre memoria activa y memoria remota, ya que

ambas (han sido) explotadas a su voluntad por el hombre metido a hablarnos de sí mismo y de su entorno. Con efectos distintos, pues la memoria remota cuando emerge no suele acarrear los afectos concomitantes que la rodearon en su formación, mientras que la memoria activa sí y su radio de influencia interviene, [...], en la selección y presentación de aquello que es comunicable, de lo decible (1995, p. 117).

Por otro lado, también afirma que muchos autores de discursos autobiográficos recurren a la memoria “hasta el punto de constituir tal evocación un auténtico topo de la escritura autobiográfica: se reclama su auxilio, su impulso y su inspiración para recuperar convenientemente el pasado” (Ibíd., p.118). Sin embargo, cabe mencionar que el olvido será el contrapunto de la memoria. La autora de *Narcisos de tinta* expresa que “si el hombre no es libre, en general, menos lo es el memorialista o autobiógrafo, mediatizado por las múltiples ortodoxias y convenciones que controlan férreamente cualquier sociedad, a lo que hay que sumar las censuras personales que cada uno se impone” (Ibíd.). Este punto hace referencia a los huecos que el propio autor plantea frente a su obra por distintas cuestiones. Francisco Ayala lo apuntaba así en *Autobiografía(s)*

Pero la autobiografía no se hace sólo con los recuerdos; también los olvidos entran en su composición. Y los olvidos pueden ser omisiones voluntarias, ya por no considerarse importante o característico lo omitido, o también quizá por otras diversas razones, entre las cuales puede contar en mayor o menor medida el respeto hacia el prójimo, hacia los lectores eventuales y aun hacia el propio sujeto que escribe; esto es, consideraciones de propiedad y decencia (2010, p. 184).

De este modo se puede decir que el olvido es un elemento formal en la autobiografía, ya que “a veces se presenta como un silencio que permite cambiar de

tema, realizar un salto cronológico, abrir un interrogante, cerrar una etapa o sugerir diversas interpretaciones” (Puertas Moya, 2004b, p. 131). Como afirma Puertas Moya en *Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobiográfica*,

la alternancia de olvidos y recuerdos [...] van permitiendo avanzar el ritmo narrativo de los textos autobiográficos, actuando en ellos el olvido como un freno, puesto que funciona como un impedimento para que la obra autobiográfica sea totalmente exacta, un calco de la realidad; pero la memoria misma funciona con esa calculada falsificación de la realidad vivida, amparándose en las deformaciones que el olvido, a consecuencia del paso del tiempo, comete en la reproducción mental de los sucesos (Ibíd., p. 132).

Por lo tanto, debemos tener en cuenta que el olvido forma parte de la memoria y que gracias a éste “ la experiencia se concentra en hechos sustanciales, [...], de ahí que en los textos autobiográficos se encuentren estos lapsus de la memoria como activadores de la narración, como mecanismos de liberación y como posibilidades para acceder a una nueva dimensión (paradójicamente más intemporal) del tiempo” (Ibíd., p. 134).

Toda autobiografía representa un proyecto previamente programado para dotar de coherencia narrativa y lograr la intención y el propósito marcados por el propio autobiógrafo. Para Puertas Moya, en todo discurso autobiográfico existen tres finalidades que el autor tiene en mente: la primera es la denominada “proyecto finalista o teológico” y es donde el sujeto autorreferencial crea conciencia sobre sí mismo gracias al proceso de escritura. La segunda es la planificación de cara al futuro, ya que es una “acción abierta que admite revisiones o relecturas (tanto hacia el pasado desde el que se formuló como hacia el futuro en el que ha de aplicarse)”. La última es la unificación del grupo de acciones que han motivado al autobiógrafo a llevar a cabo este proyecto (2004b, p. 65-66). Por lo tanto, todo discurso autobiográfico parte de un deseo interno del autor por conocer y entenderse cómo fue en un pasado pero, también, para analizar sobre cómo es ahora y cómo puede ser su futuro una vez que su obra se haya completado.

Gracias a la memoria, al recuerdo y al olvido que organizarán y seleccionarán el material a proyectar, el yo reflexivo se encargará de la narratividad y de asignar significación a la autobiografía. De este modo, para Puertas Moya,

en una vida narrada existen múltiples vidas, diversos proyectos parciales autobiográficos que se anudan para dotar de pleno significado la vida que se está narrando. [...]. Gracias a este entramado afectivo que dota el autobiógrafo a sus vivencias, éstas se convierten en signos comunicativos que podemos (y debemos) interpretar en clave de realidad y deseo que impulsa toda vida (Ibid., p. 66- 67).

El autobiógrafo usará distintos mecanismos para llevar a cabo su discurso. En primer lugar y como se ha expresado en apartados anteriores, se puede decir que la autobiografía no es un discurso puramente objetivo, puesto que está diseñado para un público, y, por lo tanto, el concepto de fidelidad pierde su significado, ya que se moldea y se saca a la luz aquello que el autor desea. Sobre todo, el autobiógrafo escribirá su discurso teniendo presente quiénes van a ser sus lectores y qué está aceptado por la sociedad. Entendemos por discursos meramente intimistas, aquellos como los epistolarios o los diarios, que están escritos en la intimidad del autor y que, en un primer momento, no están diseñados para que salgan a la luz, es decir, en el momento en el que se escribieron no estaban enfocados a ser publicados. Por este motivo, estos discursos¹, que han sido catalogados erróneamente como géneros menores, serán más útiles y factibles para conocer al autor de las obras desde el lado del lector, ya que en el proceso de escritura no buscarán la objetividad que quiere alcanzar la autobiografía. Lo que sí que tienen en común todos los discursos autobiográficos es la elaboración de un segundo yo mediante el acto de escritura, puesto que todos parten del yo real que escribo sobre otro yo desde la memoria.

Por otro lado, aunque Anna Caballé englobe la autobiografía junto con los diarios, epistolarios y memorias, denominando así a estos discursos como literatura reflexiva y, por lo tanto, pertenecientes al género introvertido, cabe prestar especialmente atención a la autobiografía, ya que no sabemos hasta qué punto está

¹ Tanto el diario como el epistolario se estudiarán en el apartado seis.

desarrollado su grado de ocultamiento. En este juego, que sólo conoce el autobiógrafo, tiene conferido también el grado de compromiso, puesto que cuanto mayor es el ocultamiento menor será su compromiso. Ambos términos estarán así ligados con el conocimiento que el autor tiene de sí mismo y con la sinceridad. Si el autobiógrafo no se examina, es decir, no existe un análisis ni un autoconocimiento previo, la sinceridad con la que se dirija tanto a su audiencia como a él mismo se verá mermada.

La autobiografía es un discurso subjetivo en el que la reflexión sobre uno mismo es lo esencial. Ese yo reflexivo se apoya en sus recuerdos y en su memoria para rescatar del pretérito lo que fue. De esta manera, al evocar se construye su yo en un presente que salta del futuro al pasado. Sin embargo, como se ha visto con anterioridad, esa reconstrucción nunca es íntegra, dado que la memoria está adherida al olvido. Además de evocar y construir, el autobiógrafo selecciona el material que considera más relevante para configurar la conciencia sobre sí mismo.

Uno de los problemas que plantea la autobiografía es la autoría del yo, es decir, quién es la persona que escribe el discurso. Como se ha observado con anterioridad, en algunas situaciones, desde el siglo XIX hasta hoy en día la tarea de reconstruir un yo reflexivo ha recaído en secretarios de confianza o en profesionales que dejan en entredicho la figura del autor que aparece en la portada. Esta movilidad de la autoría en la autobiografía deja patente la simulación de la unión y el carácter transversal e interesado de este discurso. La problemática actual de estas obras son el alejamiento del examen de conciencia que implica la autobiografía, la figura del editor que ayuda al carácter comercial, cuyo objetivo es vender el mayor número de obras sin tener en cuenta el dominio del yo reflexivo y la calidad literaria, y la sobreexplotación del género por parte de los famosos, porque ¿qué *celebrity* o personaje público no tiene hoy en día publicada una autobiografía?, ¿existe alguno?

La autobiografía en sus orígenes mostraba comportamientos, vivencias y planteamientos dignos a imitar y seguir por el resto de individuos, la autocomplacencia de este he sido y soy yo y esto he hecho para llegar hasta donde estoy hoy. Como se ha

mencionado con anterioridad, en su inicio se convirtió en el decálogo del buen burgués, de ahí su importancia antropológica y sociológica. Gracias a estos discursos autobiográficos podemos conocer cómo vivían, su configuración social, las diferentes ideologías que mostraban, los fenómenos religiosos, artísticos, etc. que se daban en el pasado. Por lo tanto, separar texto e historia no sería lo correcto, ya que en la autobiografía hacer solamente hincapié entre texto y sujeto nos daría una visión incompleta del individuo que escribe, puesto que continuamente está condicionado e influido por la sociedad a la que está inscrita, a la que pertenece. La memoria, el recuerdo y el olvido se verán limitadas por el inconsciente del sujeto autorreferencial, pero la selección del material estará subordinado a las costumbres que rigen esa comunidad.

4. La autobiografía femenina

La problemática que se encuentra en torno a la autobiografía femenina se centra en el vacío que existe por parte de la crítica de no tomar en consideración los discursos femeninos “a la hora de formular una definición del género o de los géneros autobiográficos y que, por lo tanto, no han podido alcanzar el estatus de <<modelos>> que imitar” (Arriaga, 2001, p. 9). De este modo, el análisis de los textos autobiográficos femeninos por parte del canon se muestra insuficientes y faltaría todavía por introducirlos en el ámbito de la literatura autobiográfica desde sus orígenes. Tal y como afirma Arriga,

cuando se habla de <<autobiográfico>> hay que tener en cuenta que bajo esta etiqueta están comprendidos, tanto los géneros <<codificados>> por la tradición literaria (memorias, autobiografías, confesiones), como los géneros que han gozado de menor consideración (cartas, diarios, cuadernos de apuntes), y también muchos otros textos que, a pesar de titularse <<autobiografía>>, <<memorias>> o <<confesiones>>, sus rasgos no coinciden con los que el canon establece (2001, p. 15).

De este modo, se entiende que “no existe ningún acuerdo sobre la extensión, definición, origen y evolución de este género por parte de la crítica internacional” (Ibíd.), aunque se han llevado a cabo numerosos estudios para determinar ese vacío.

Como se ha observado con anterioridad, en el siglo XVIII comienza la individualización gracias al desarrollo del pensamiento burgués y su introspección, es decir, al surgimiento de las nociones de yo, sujeto y autor. El paso de una sociedad teocéntrica a una antropocéntrica fomentará la potencialidad del individuo impulsando un nuevo discurso: la autobiografía. Estos trabajos, escritos por hombres, son los que se han asociado al concepto de la “autobiografía formal” que hoy se conoce (Smith, 1991, p. 93). De este modo, los orígenes de la escritura autobiográfica se encuentran ligados a los conceptos de hombre y sistema patriarcal, siempre dentro del contexto de Occidente, pero ¿dónde se encuentran las mujeres? El pensamiento femenino a lo largo de los años se ha caracterizado por manifestar y señalar que el sistema patriarcal ha dominado el comportamiento de Occidente, y con ello también la literatura, para imponer el dominio sobre la mujer y la supremacía masculina. La narrativa dominante de aquellos textos “se convierten así en uno más de los discursos culturales que aseguran y textualizan las definiciones patriarcales de la mujer como el <<otro>>, a través de los cuales el hombre descubre y perfecciona su propia forma” (Chodorow, 1991, p. 93). Por lo tanto, la autobiografía en sus orígenes está sujeta a la identificación masculina, relegando a la mujer a un segundo plano, el ámbito doméstico como esposa y madre, donde no puede acceder al espacio intelectual de poder, puesto que solo es alcanzable para la hegemonía patriarcal.

Por otro lado, cabe destacar

la discusión sobre la oposición literario-no literario [que] reproduce en parte la de público-privado, dado que la literatura como sistema codificado pertenece necesariamente a la primera categoría. [...] La distinción público-privado es tan importante en la definición de textos autobiográficos que no sólo se utiliza para la clasificación en literario o no literario, sino que aparece de nuevo, bajo la forma de rasgo temático, en la oposición social-individual, usada también para la división de los géneros autobiográficos (Arriaga, 2001, p. 18).

De esta forma, se puede decir que la autobiografía está ligada al ámbito público y, bajo este enfoque, se encuentran otros aspectos tan importantes como el orden social. Los discursos autobiográficos ofrecidos por las mujeres estarían clasificados dentro de los rasgos no-literario y privado; situación que recalca la discriminación social que ha sufrido la mujer desde los orígenes de la autobiografía. Además, como afirma Arriaga,

“resulta evidente que en este caso la oposición público/privado recalca la de comunicativo/no comunicativo, como si no existiese comunicación en el ámbito de lo privado” (Ibíd., p. 23). Este hecho evidencia la dificultad que se han encontrado las mujeres para desarrollar su propio espacio, ya que la divulgación de pensamiento e ideas estaba ligado a la hegemonía patriarcal, es decir, a los ciudadanos de pleno derecho.

En el siglo XX surgió la necesidad de saber y conocer qué relación había existido entre las mujeres y la literatura. En su primera etapa, la crítica feminista angloamericana se centró en analizar la figura de la mujer en la novelas, << imágenes de la mujer >>, para llegar a la conclusión de que ésta se encuentra definida por oposición al hombre, es decir, a la “persona real” (Toril Moi, 1988, p. 62). Además, carecían de legitimidad frente al discurso hegemónico, ya que no tenían ni poder político ni social. Ella es el *otro*, ella es todo lo que yo-hegemónico no soy. Las mujeres en las novelas estaban representada por estándares y estereotipos imposibles dando falsas figuraciones de qué era realmente el género femenino, ya que lo “real” estaba edificado bajo definiciones controvertidas que carecían de rigor al ser utilizadas como constructo.

En una segunda etapa, la crítica feminista angloamericana deja de lado la figura de la mujer en las novelas para concentrarse en las obras escritas por mujeres con el fin de crear nuevos modelos de análisis. Si la primera etapa está marcada por qué ha escrito el mundo hegemónico sobre nosotras, este periodo se centra en estudiar y analizar qué han percibido y apreciado las mujeres. Tal y como menciona Moi que recoge las palabras de Elaine Showalter, esta nueva idea surgió de la necesidad de conocer “ la economía de su relación con el mercado literario; los efectos de los cambios sociales y políticos en la posición de las mujeres entre los individuos y las implicaciones de los estereotipos de la escritora así como de las restricciones de su independencia artística” (Ibíd.). Sin embargo, para Moi, “el principal problema de la crítica feminista angloamericana es la radical contradicción que representa entre la política feminista y la estética machista” (Ibíd., 80), ya que estas mujeres pretenden hablar por otra mujer y, al

final, es el mismo problema que plantea el discurso hegemónico: yo, como hombre y ser, soy capaz de representarme y puedo definir a la mujer.

La teoría feminista francesa desde sus orígenes se centró en el psicoanálisis de Freud y Lacan y en la deconstrucción de Derrida con el fin de entender “la naturaleza de la opresión de la mujer, la elaboración de la diferencia sexual y la especificidad de las relaciones de la mujer con el lenguaje y la literatura”(Ibíd., 107). Mientras que en un comienzo las feministas americanas desecharon la teoría de Freud, las francesas entendieron que el psicoanálisis ayudaría a “una teoría emancipadora sobre lo personal y un camino para la exploración del subconsciente, ambos de vital importancia para el análisis de la opresión de la mujer en la sociedad machista” (Ibíd.). Además, el estudio de parámetros lingüísticos, criterios represivos e indicadores deconstructivistas ayudaron en el proceso de teorización y marcaron las principales líneas de investigación.

En 1974 Juliet Mitchell publicó su famoso libro *Psychoanalysis and Feminism*. Esta publicación por parte de una académica británica dio un giro a la crítica feminista angloamericana. Si antes la teoría feminista francesa se apoyaba en el psicoanálisis para formular nuevas concepciones, ahora, gracias a esta nueva lectura de la crítica angloamericana, donde se respalda en Freud y en Lacan para explicar que la ley hegemónica patriarcal domina la construcción social del género y la sexualidad, ya que pertenece a una construcción histórica, surgirá efecto para que comiencen a analizar e investigar nuevas teorías sobre el feminismo aplicando parámetros nuevos.

Teniendo presente el psicoanálisis, tanto para la crítica feminista angloamericana como para la teoría feminista francesa, las relaciones familiares pueden iluminar el conflicto del discurso patriarcal. Según la teórica estadounidense Nancy Chodorow, “la insistencia y la resistencia surgen del rechazo temprano de la madre por parte del hijo, por medio del cual este establece un sentido impermeable de sí y entra en el reino fálico del poder, habitado [...] por hombres” (1991, p. 93-94). Para las feministas francesas, “el reconocimiento de la madre como otro contra el cual el niño se define es inherente a

la estructura misma del lenguaje, pues la entrada en el reino simbólico² del signo da acceso al pequeño a la ley del padre, la cual codifica las diferencias sexuales en la jerarquía de significación” (Ibíd., p. 94). Aunque las teóricas estadounidenses y las francesas difieren en cuanto a los orígenes, sin embargo, sí coinciden “en afirmar que la etapa edípica culmina en el rechazo del reino femenino de la necesidad biológica y las relaciones afectivas, en favor del orden y la autoridad fálicos” (Ibíd.). El mundo femenino, es decir, el privado o doméstico, queda en un segundo plano para dejar paso a la vida pública y, por consiguiente, a la “autoridad del logos”. Esta cuestión plantea la negación y represión de sí de todo lo que se identifica con el mundo femenino en la cultura patriarcal, denigrándolo y devaluándolo como consecuencia. Además, “este fenómeno explica por qué, desde cierto punto de vista, la mujer funciona simbólicamente como el inconsciente del hombre” (Ibíd.).

La autobiografía representa, finalmente, la llegada del niño al mundo falocrático, dicho de otro modo, significa en última instancia la transformación de niño a hombre. Según Smith, “la alteración del orden del texto autobiográfico masculino por el femenino es paralela a la alteración de la tradición literaria masculina por el texto de la mujer” (1991, p. 94). Para la cultura patriarcal, la mujer está sumergida en su propia subjetividad y, bajo esta cuestión, la presión de la voz femenina debe ser suprimida. Además, la autobiografía

pone de manifiesto un miedo y desconfianza profundos hacia el poder de esta, el cual, reprimido y suprimido, sigue cuestionando las cómodas afirmaciones del control masculino, porque la mujer ha hablado, <<robando>> el género e intentando, de este modo, representarse a sí misma y no seguir siendo una mera presentación del hombre (Ibíd.).

El enfoque que plantea Smith sugiere que el sistema patriarcal ha reprimido desde los orígenes de la autobiografía la voz femenina, ya que ésta es vista como una

² Como se ha mencionado anteriormente la teoría feminista francesa se centra en el psicoanálisis lacaniano para desarrollar la formación del sujeto, <<otro>>. Bajo esta teoría nos encontramos dos órdenes: el simbólico y el imaginario –el principio de realidad y el principio de placer, según Freud. El orden imaginario se asigna al periodo pre-edípico, es decir, el sujeto-niño se cree una parte de su madre, su *yo* se encuentra alienado con el *otro*. Tan pronto como el niño comience con la adquisición del lenguaje entrará en el orden simbólico y comenzará la crisis edípica. Esta crisis convertirá la relación dual de niño-madre a una relación triangular padre-niño-madre. En este nuevo orden, el simbólico, es donde se representan la cultura y la sociedad y comenzará a manifestarse el subconsciente, que se origina como consecuencia de la opresión de un deseo.

amenaza. La mujer tomando la palabra podría cuestionar, y cuestiona, las afirmaciones que desde el mundo masculino se han vertido sobre ella, dado que la representación que se hace del mundo femenino esta únicamente basado en teorías e hipótesis que el hombre vierte en discursos hegemónicos. En consecuencia, “la ideología que emerge de los discursos falocráticos dominantes hasta entrado el siglo XX favorece la imagen del hombre, muestra su proceso de identidad, mientras que a la mujer se la inhibe en su posibilidad de éxito social” (1998, p. 22). Sin embargo, esta dominación del hombre sobre la mujer plantea el interrogante de quién mejor que la propia mujer para dar su testimonio y representarse a sí misma.

Sidonie Smith afirma que cuando comenzó a manifestarse el género autobiográfico las mujeres comenzaron a tomar la palabra mediante la autobiografía y, este hecho, “es sorprendente, desconcertante e infinitamente interesante” (1991, p. 95). Los discursos que generaron las mujeres “dan testimonio de la realidad de que, a pesar de la represión textual de la mujer en que se apoya el orden fálico, aquella ha decidido escribir la historia de su vida, obligando así a que surja significado, y con él autoridad autobiográfica, a partir del silencio cultural” (Ibíd.). Este planteamiento pone de manifiesto el deseo de la mujer por convertirse en agente activo y situarse dentro de la vida pública. El surgimiento de la voz femenina llevará explícitamente el deseo de destrucción de la jerarquización binaria que planteaba desde el comienzo el orden fálico: “masculino-femenino, cuerpo-alma, activo-pasivo” (Ibíd., p. 94) y, como se ha expresado con anterioridad, comunicativo- no comunicativo entre otras cosas. Además, como afirma Arriaga, “el autor-autora habla desde una posición determinada, usando una forma de escribir que remite inevitablemente a un género, en este caso el autobiográfico, que ya ha sido codificado por la tradición y que se constituye como <<institución>> que trasciende lo individual” (2001, p. 20). Por lo tanto, los discursos autobiográficos femeninos representan “el intento de escarpar de la jaula socio-simbólica que el género impone a cada tipo de texto. La hibridación de modelos, supone también una hibridación de sujetos y de lenguajes, un juego donde las fronteras del yo se conciben como móviles y como objeto de constante negociación” (Ibíd., p. 73).

Sin embargo, la entrada de la mujer en el discurso autobiográfico fue “extremadamente precaria; su actuación es potencialmente precaria, porque actúa frente a una audiencia de la que ella espera que la lea como mujer” (Smith, 1991, p. 95). La interpretación y revelación de su vida en público es indicio de que el sujeto femenino ha traspasado los obstáculos instructivos impuestos por el discurso hegemónico para crear su propio espacio. Según afirma Smith, “en sus enunciados su propia voz está hechizada y hechiza, pues el lenguaje del que se ha apropiado ha sido el instrumento de represión. Al ocupar ese espacio escénico, se sitúa en el punto de colisión entre dos universos del discurso que han servido para engendrarla: el discurso del hombre/ ser humano, y el de la mujer” (Ibíd.). La teórica utiliza la expresión acuñada por Nancy K. Miller, << lo específico de la visión retrospectiva femenina >>, para referirse a “los dos universos que informan el acto de leer en la mujer” (1991, p. 95). Por un lado, se encuentra el conflicto del sujeto femenino interior para construir la veracidad desde su propio espacio y, por el otro, se enfrenta “contra una sentencia que la ha condenado a cierto tipo de ficcionalidad” (Ibíd.). Según Arriaga,

podemos decir que la intertextualidad que aparece en los textos de mujeres, muchas veces no refuerza los conceptos de <<autoría>> o <<tradición>>, sino que los menoscaba, buscando sentidos nuevos que no sean los obvios, añadiendo significados que antes no existían, ironizando, y en definitiva ofreciendo un nuevo contexto de re-lectura (2001, p. 21).

Además, las mujeres con sus discursos autobiográficos debían alcanzar un pacto a dos, es decir, con la narrativa del mundo patriarcal y con el sujeto subalterno, el *otro*, que podía alterar la configuración, el espacio, la temática ... de cada trabajo. Tenían que superar la manifestación de no-literario y no-comunicativo que el propio sistema patriarcal les había impuesto para autoexponerse ante un público que las rechazaba y otro que quería verse representado. Esta tensión, entre lo que debo ser-exponer para rebasar las dificultades implantadas y conseguir manifestarme tal y como soy, se convierte en un acto social donde hacer memoria y dejar testimonio es lo prioritario. Lo más significativo de esta cuestión no es el grado de compromiso que adquiere la autobiógrafa para autorrepresentarse sino el cambio de paradigma que supone el obtener el dominio para pasar el mundo público y repercutir en el orden social y político.

Esta disputa se origina cuando “al robar las palabras del lenguaje, la mujer se conoce y se nombra, apropiándose del poder de autocreación que la cultura patriarcal ha depositado históricamente en las plumas de los hombres” (1991, p. 95). Es por esto que las autobiografías escritas por mujeres no se han considerado obras legítimas, puesto que amenazan al canon literario que, a su vez, deja patente que está hecho por y para el mundo masculino. Las mujeres que decidían escribir una autobiografía lo hacían desde los márgenes del discurso, y “al hacerlo, se ve[ían] obligadas a mantener una compleja postura hacia los supuestos genéricos de la narración autobiográfica” (Ibíd., p.96). Muchas de ellas se decantaron por otro tipo de discursos autobiográficos, como pueden ser los diarios, los epistolarios, etc. para mantener así sus vidas alejadas de la esfera pública. Sin embargo, cabe destacar que “los textos autobiográficos nacidos en un ámbito privado [...] de la misma forma que los protagonistas de la historia del privado, revalorizan historias de gente cualquiera, cuyo destino no es el heroísmo, sino el de la normalidad, y en este sentido proponen, en alternativa al modelo heroico, un modelo doméstico” (Arriaga, 2001, p. 22).

Por otro lado, Smith señala que la problemática de la autobiógrafa al tratar de narrar su vida se remonta a los orígenes, ya que

la historia que quiere contar de sí misma, es seducida a participar en una aventura, tentadora pero elusiva, que la convierte tanto en creadora como en creación, en escritora como en objeto de escritura. El mismo lenguaje que utiliza para nombrarse, a la vez, la reviste de poder y la corrompe, pues las palabras no pueden capturar el sentido pleno de la existencia, y las narraciones estallan en múltiples direcciones por sí mismas (1991, p. 97).

Por otra parte, “el significado culturalmente asignado a las diferencias de sexo, es decir, la ideología del género, siempre ha sido *un*, si no *el* sistema ideológico fundamental para interpretar y entender la identidad individual y la dinámica social” (1991, p. 98), es decir, la autobiografía se ha apoyado en el sistema ideológico fundado por el orden fálico que analizaba desde su perspectiva tanto al individuo como a la sociedad en su conjunto. La mujer mediante este enfoque es el *otro*, es la oposición al hombre, y sobre todo, lo que no es. Por lo tanto, no es digno de ser representado, ya que

no se encuentra a la par en la sociedad ni dentro del orden social ni del político. Es por eso que el sujeto femenino ha sido rechazado en el orden simbólico y se ha encontrado alienado con el término subalterno.

La mujer no contaba con espacio ni poder para *hacerse*, *crearse* y *nombrarse* porque su ámbito era el doméstico y la autobiografía estaba entendida como expresión pública. Bajo esta cuestión, en un principio los discursos autobiográficos femeninos se expresaban con la mirada puesta en un lector-receptor hombre. Esto es entendible porque se manifestaban frente y al orden simbólico del sistema patriarcal. De este modo, la autobiografía femenina

revela particularmente el grado de autoconsciencia de su posición como mujer que escribe dentro de un género androcéntrico en los pasajes dramáticos de su texto, en los que habla directamente al lector del proceso de construcción de la historia de su vida. Por lo tanto, siempre está absorta en un diálogo con su lector, el <<otro>> a través del cual se esfuerza por identificarse y justificar su decisión de escribir sobre sí misma en un género que pertenece al hombre (1991, p. 99).

Como se ha expresado con anterioridad, la mujer que se decidía a escribir una autobiografía tenía que sobrepasar la frontera impuesta por la supremacía. En primer lugar, tenía que hacer frente a la historia contada por el orden hegemónico que no la representaba y, por lo tanto, no se encontraba identificada con ella. Por otro lado, “deb[ía] moverse entre las ficciones de identidad que constituyen la idea de la mujer y que estipulan los parámetros de la subjetividad femenina, incluyendo la relación problemática de la mujer con el lenguaje, el deseo, el poder y el significado” (Ibíd.). De esta forma, primero, la mujer carece de unidad e igualdad, hecho que sí tiene el hombre y, en segundo lugar, también necesita y exige una historia que la incluya en el orden público.

La autobiografía femenina tiene como objetivo perforar lo escrito para convertirse en una nueva forma de enunciación. De este modo, el discurso inicia su propio espacio denunciando el desplazamiento del sujeto femenino por el orden político,

social y cultural. La autobiógrafa deja testimonio con el fin de hacer memoria y crear una conciencia identitaria donde el resto de mujeres puedan identificarse y dialogar. Esta construcción testimonial permite edificar una nueva interpretación del concepto de sujeto femenino, ya que hasta entonces era el discurso hegemónico quien las había definido basándose en hipótesis y estereotipos utópicos. La entrada de la mujer en el orden simbólico posibilita la creación de una representación social que está ligada a la aprehensión de que la sociedad en su conjunto no es homogénea sino heterogénea. El sujeto femenino daría voz al colectivo al que representa y así la ciudadanía conocería esa pluralidad existente.

La teórica Smith pone de relieve como sí que ha habido mujeres a las que el orden fálico les ha permitido producir y publicar sus obras. Sin embargo, estas mujeres representaban un mundo femenino limitado y concreto y, por lo tanto, no aplicable a las mujeres en su conjunto, ya se encontraba dentro de las esferas de poder. El mundo femenino que el hombre permitía publicar estaba compuesto solamente por reinas y religiosas, hecho que recalca qué tipo de mujeres llegaban al ámbito público y qué tipo de interés había detrás de esas publicaciones. Cabe recordar que en el apartado de *Los orígenes de la escritura autobiográfica* se mencionaba como discurso pre-autobiográfico a santa Teresa de Jesús y su obra *Libro de la vida*. Como afirma Smith, “dichas antecesoras son poderosas precisamente porque las historias de sus vidas han sido bendecidas y santificadas por las autoridades masculinas, de modo que la autoridad de la autobiografía deriva, no de la antecesora, sino de los padres que permitieron a esta producir su importante historia.” (1991, p. 101).

Retomando la cuestión de qué tipo de intereses había detrás de las publicaciones tanto de reinas como de religiosas, cabe poner énfasis en el hecho de que son modelos de mujeres que muestran un abandono íntegro de las concepciones femeninas definidas por el discurso hegemónico. Es por esto que este tipo de autobiografía revela una narración

revestida de poder, pero basa sus demandas de santidad y poder en asegurar al lector que ella ha conseguido escapar de la atracción del cuerpo, es decir, de las contaminaciones de la sexualidad femenina. En la medida en que se establece su castidad en el texto, en la medida en que reafirma su subordinación a todos

los padres del texto y por medio del texto, se lo otorga la voz de autoridad (Ibíd.).

Esta perspectiva remarca que la autoridad para hablar sólo era posible si hay una eliminación del mundo femenino, más concretamente su sexualidad, puesto que el principio de realidad exige la abolición del orden imaginario. Cabe recordar, y como afirma Arriaga que

la escritura femenina ha presentado siempre, en la mayoría de sus manifestaciones, un tipo de identidad con minúsculas, que pertenece al ámbito de lo familiar (Leonor Fernández de Córdoba, 1992) de los <<libros de familias>>, en el ámbito religioso (Angela da Foligno, 1950, Catalina de Siena, santa Teresa de Jesús) o en el círculo de amigos (Verónica Gambará, Victoria Colonna, Gapara Stampa, Olimpia Morato). En muchos casos se trata de una escritura hecha a medida de un único interlocutor-destinatario, como sucede en la Autobiografía de Gertrudis Gómez de Avellaneda (2001, p. 22).

Por otro lado, remarcando la marginación que ha sufrido el mundo femenino frente al orden fálico, es evidente que los discursos autobiográficos femeninos hasta el siglo XIX han carecido de visibilidad literaria y no se incluían dentro del género literario. El sujeto femenino debía hablar desde los márgenes del discurso hegemónico narrando su historia y su testimonio de manera transversal. Estas historias personales presentan una estructura narrativa variable, reprimida y fragmentada que acentúan y subrayan el mundo doméstico, el privado, frente al público. Representan la interiorización inconsciente de los valores del discurso hegemónico donde lo doméstico está asociado a la vida privada como esposa y madre y el orden simbólico con lo masculino y lo profesional que dan la identidad y la presencia.

Brevemente, y a modo de resumen, decir que la mujer se ha encontrado al margen del discurso autobiográfico desde los orígenes, puesto que el orden falocrático sólo permitía la identificación con el género masculino. Este hecho pone en evidencia como el canon literario también ha marginado a la mujer a la hora de realizar la teoría literaria. El género femenino era visto como el *otro*, el subalterno, y, consecuentemente, no tenía cabida en el ámbito público, puesto que debía permanecer en el ámbito doméstico como esposa y madre. Esta perspectiva deja patente como la mujer se ha

encontrado ligada a los conceptos de no-literario y de no-comunicativo; situación que ha recalcado más la discriminación social, cultural y política que ha sufrido. Las únicas mujeres que consiguieron en los orígenes de la autobiografía que sus escritos se publicasen están sujetas a los conceptos de poder y desarraigo del deseo sexual: ejemplo de ello son las monjas y las reinas. Sin embargo, con el paso del tiempo las mujeres decidieron tomar la palabra y así alzar su voz para cuestionar la visión que de ellas mismas se había vertido desde el mundo hegemónico. Perspectiva que, enfundada en teoría e hipótesis, definía el género femenino por oposición al género masculino, fijándolo como el sexo débil. La marginalidad que ha sufrido la mujer a lo largo de la historia deja en evidencia como un discurso para alcanzar el status de género debe haberse producido antes por el discurso dominante y, por lo tanto, se demuestra como en la escritura femenina y en la autobiográfica se entrelazan la cuestión de género literario y género sexual.

5. La autobiografía en España a partir del 39

Las consecuencias del conflicto bélico también repercutirán en la literatura de posguerra del siglo XX. Concretamente, los textos autobiográficos escasearán bien porque una gran parte de los intelectuales se exilian o porque los escritores que permanecen en España se intentan distanciar y evitan aludir cualquier aspecto relacionado con la Guerra Civil. A pesar de que las obras se decantan por un discurso globalizador con aires testimoniales, la mayoría de los autores que se encuentran en España eluden escribir sobre el conflicto por miedo a represalias y, como consecuencia, “el resultado suele ser una escritura intemporal y estilizada que rehúye toda forma de compromiso político con el presente” (Caballé, 1995, p. 166). En general, Caballé expresa que estos discursos son “textos fragmentariamente autobiográficos, de un acusado oportunismo político³ y un pertinaz ideologismo que, por otra parte, domina en todos los sectores de la sociedad española” (Ibíd. 167).

³ Dentro de los discursos de oportunismo político destacan José María Carretero –*La revolución de los patibularios*– y escritores latinoamericanos como Felipe Sassone, Enrique Gómez Carrillo, Alfonso Hernández, etc. (Ibíd., 169).

Los discursos autobiográficos que se publicaron en España a partir del 39, en comparación con los escritos desde el exilio, son menos abundantes. Es importante mencionar que el franquismo se sirvió de diversas estrategias de control que no solo influyeron en la política, en la economía o en la educación. Estas tácticas llegaron y se impusieron en la cultura y, por ende, también afectaron a la literatura. Para los escritores, el seguir ligado al país de manera física tendría unas consecuencias llamadas censura y represión cultural. Todas las obras que se publicaron durante la dictadura tuvieron que pasar dicha censura, es decir, tenían que tener el visto bueno del organismo. Para ello, en el mejor de los casos, los censores podían pedir que se suprimieran y/o alterasen elementos de una obra que cuestionaba, o ellos así lo pensaban, o no representaba los valores que se querían inculcar a la sociedad. Por otro lado, la represión cultural desembocó en la limitación del temas y el cronos de los escritores. No podían abordar la Guerra Civil y, si lo hacían, tenían que ser cautos y sutiles en cómo y qué narraban. La eliminación y el inabordable acontecimiento bélico estaban implícitos dentro de todas las artes. Por estas cuestiones es entendible que los escritores se alejasen de todo compromiso tanto con el pasado como con el presente.

A diferencia de los discursos autobiográficos en España, la literatura del yo exílica sí que trata la Guerra Civil. Los escritos adquieren el estatus de testimonio, ya que uno de sus objetivos era hacer y crear memoria sobre el conflicto. Estos discursos tienen un grado de compromiso político, social y cultural que en los españoles es difícil de ver, bien porque estaban a favor del régimen o por miedo. La memoria exiliada cuestiona y discrepa el discurso hegemónico a la vez que invita a reflexionar sobre los sucesos que se narran. Todos estos testimonios que representan la memoria de la resistencia son el contrapunto de la memoria del régimen, la memoria oficial, que cuya misión era divulgar una única interpretación histórica a la sociedad. La multiplicidad de voces de la memoria exiliada quiere superar la marginalidad, el silencio y la exclusión al que fueron sometidos por parte del poder. La enunciación de sus discursos se convierte así en el dispositivo del cambio social fuera del espacio público. Se escribe desde los márgenes de las instancias oficiales para evocar y reivindicar un pasado y un lugar perdido.

La literatura del yo alcanza una magnitud de compromiso que les lleva a los exiliados a transmutarse en la voz de un pueblo sentenciado al silencio y censurado del pasado. Para evitar el olvido, la escritura se convierte en el instrumento del recuerdo que evita la desaparición y la ausencia. Por lo tanto, estos escritos actúan como adhesión y consolidación de un testimonio que sortea el ostracismo impuesto por el poder de la memoria oficial. La escritura del subalterno y su discurso se convierten en el vehículo de transmisión de evocaciones colectivas y reivindicaciones tanto políticas como culturales.

Un ejemplo de lo expresado anteriormente son Isabel Oyarzábal y Constanza De la Mora, dos mujeres muy importantes e influyentes de la esfera pública del XX. Desde su exilio ambas mujeres decidieron publicar sus discursos autobiográficos en lengua inglesa. *I must have Liberty* e *In Place of Splendor* son dos testimonios que remarcan la conciencia política por la causa republicana. En ambos textos autobiográficos, el lector puede apreciar la contrahistoria al discurso hegemónico y el compromiso político que adquirieron mientras se entrelazan lo personal y lo histórico. Muestra de ello son estos dos breves extractos: “Ahora, más que nunca, continuó convencida de que el amor a la libertad y a la justicia no ha perecido en el pueblo español, que este amor vive y seguirá viviendo” (De la Mora, 1977, p. 532) y

No podía saber lo que estaba pasando sólo por lo que leía en la prensa, pero sabía lo suficiente de los implicados en esta horrible tragedia como para adivinar lo que estaba sucediendo. [...] Pasaron algunos días y, por fin, oímos que el gobierno había llegado a Madrid. La esperanza anidó de nuevo en nuestros corazones. La única cosa que importaba era que la caída de Cataluña no fuera a desbaratar nuestra última oportunidad. La palabra «Madrid» se levantó, otra vez, ante la mirada asombrada del mundo entero. A lo mejor la gran hazaña de noviembre de 1936 volvía a repetirse. (Oyarzábal, 1940, p. 452).

Los discursos testimoniales femeninos que florecieron en el exilio muestran las vivencias personales del conflicto bélico y su aclimatación al nuevo mundo. Ejemplo de ello es la poeta de la generación del 27, Ernestina de Champourcin, que después de regresar de su exilio mexicano, publicó *Primer exilio*. Desde los poemas que componen su discurso, los acontecimientos personales tanto de la Guerra Civil como del propio

destierro reflejan los vaivenes emocionales por los que se tuvo que enfrentar. Al igual que la poeta, María Teresa de León *-Memoria de la melancolía-*, Clara Campoamor *- La révolution espagnole vue par une republicaine-*, Cecilia G. de Guilarte *-Manzanas verdes y amargas-*, María Luisa Elío *-Tiempo de llorar-*, Mada Carreño *-Diablos sueltos-*, María Dolores Pérez Enciso *-Europa fugitiva: treinta estampas de la guerra-*, Leonor Tejada *-Por la senda del rayo-*, y Rosa Chacel entre otras muchas autoras, desde sus condiciones exílicas decidieron reflejar sus emociones bajo una escritura autobiográfica donde se entrecruza los recuerdos del pasado con el espacio-tiempo del presente para construir su identidad.

Volviendo a España pero teniendo presente las autobiografías tanto de exiliados como de franquistas, en los años futuros y poco antes de la muerte del dictador, Rafael Cansino-Asséns, Eugenio Noel, José Luis Aranguren, Francisco Umbral, Manuel Vázquez Montalbán, Julio Caro Baroja entre otros muchos, también querrán dejar plasmados sus recuerdos de niñez mediante diferentes discursos autobiográficos⁴. Sin embargo, como se ha mencionado con anterioridad, la literatura del yo exílica adquiere un compromiso que no es posible de ver en los autores que se encuentran en España. Los intelectuales exiliados luchan contra el olvido y el silencio escribiendo sus testimonios para crear memoria y sobrellevar la pérdida de su paraíso. En general, la literatura del yo que trata el conflicto bélico y los años de dictadura en España se publicaría años más tarde, ya que durante el franquismo los intelectuales que continuaban en el país preferían evitar pronunciarse.

6. Diario íntimo: definición y origen

La Real Academia Española define el diario como “relato de lo que ha sucedido día por día”. El crítico Romera Castillo señala que el diario es el lugar donde “el yo autodialoga consigo mismo” (1981, p. 46). Como se ha expresado con anterioridad, el

⁴ Según ofrece Caballé el año 1974 será “particularmente prolífero en la publicación de recuerdos y memorias: Madariaga, Sánchez Albornoz, Ignacio Agustí, Eduardo Chicharro, Jaime Gil de Biedma, Juan Gil-Albert, Ramón Gómez de la Serna...” (1995: 211). Esto puede deberse a que la dictadura se encontraba en su recta final y el miedo de los intelectuales a posibles represalias era cada vez menor.

diario es un subgénero perteneciente a la literatura autobiográfica, pero a pesar de que la autobiografía es un género cerrado y perfectamente definido si se comparada con el diario, no se puede decir lo mismo de este último, puesto que “existen muchos tipos de diarios y casi puede haber tantas clases de diarios como diaristas” (Cedena, 2004, p. 27). Según observa Eusebio Cedena Gallardo, no es una tarea fácil definir el diario íntimo, ya que en realidad es “una caja de sorpresas” (Ibíd., 47). Mirando hacia la historia podría decirse que se trata de una escritura testimonial abierta y sin límites, donde caben todos los elementos que el autor desea plasmar. Romera Castillo define los diarios íntimos como “libros dispersos, indisciplinados, sin forma apreciable –salvo la que le otorgan el estilo y la mente del autor- “(1994, p. 6). Para delimitar más la definición, Nora Catelli expresa que “el diario es el género en el que se registran, siguiendo los días, las actividades e impresiones de un sujeto frente a sí mismo” (1996, p. 87).

Después de manifestar algunas definiciones que plantean distintos teóricos, se puede decir que proponer una definición cerrada de lo que realmente es el diario es una tarea complicada, puesto que, y reiterando las palabras de Cedena, es *una caja de sorpresas*. Sin embargo, todo diario conlleva una serie de características que sí se repiten, aunque no todas en su totalidad, como se verá en el apartado siguiente.

Remontándonos a los orígenes comunicativos del diario, se puede decir que en un principio no estaba pensado o destinado para que se publicase y, por lo tanto, su uso estaba restringido al ámbito privado. Alain Girard manifiesta que el paso del carácter privado al público o, dicho de otro modo, de la esfera íntima a la pública conlleva “un cambio profundo en la concepción que la persona tiene en sí misma” (1996, p. 32). El momento histórico en el que surgió esta escritura está relacionada con la propia autobiografía. El paso del teocentrismo al antropocentrismo intercambió a Dios como eje principal de referencia por la importancia de la vida terrenal y la razón del ser humano. Este progreso influyó también en la literatura del yo, el interés por la plasmación de una vida individual y la reflexión personal del sujeto humano se convirtió en un valor en alza que exploraba la autoconciencia y la autocomplacencia burguesa. Al igual que el discurso autobiográfico, ambos géneros están fundados en la aparición de la conciencia del individuo sobre sí mismo. Girard expresa que

es el resultado del encuentro entre las dos corrientes dominantes que impregnan el pensamiento y la sensibilidad de la época: por un lado, la exaltación del sentimiento y la moda de las confesiones, [...]; por otro, la ambición de los ideólogos de fundar la ciencia del hombre sobre la observación, colocando la sensación en el origen de entendimiento (Ibíd.).

Tal y como expresa Laura Freixas, el diario íntimo representa ese “hijo [...] de esa doble crisis de la conciencia europea que representa la Reforma protestante y la Revolución de 1789, consecuencia de la soledad del individuo frente al derrumbamiento de las antiguas incertidumbre religiosas, sociales y políticas” (1999, p. 19).

Como se ha expresado en el apartado de los orígenes de la autobiografía, existen discursos pre-autobiográficos, como pueden ser los *Ensayos* de Montaigne, donde el *yo* ya posee la capacidad para reflexionar. Sin embargo, “inscribiéndose en la tradición cristiana, el conocimiento de sí mismo perseguido sin cesar en busca de un perfeccionamiento interior y para sanar las pasiones, no es el conocimiento de una individualidad atormentada, sino el trampolín de una elevación del alma hacia Dios” (Cedena, 2004, p. 42) y, por lo tanto, no existe todavía la conciencia de sí mismo que se requiere para que existan los discursos autobiográficos. Tal y como se ha mencionado en apartados anteriores, el paso vendrá de la mano de Rousseau y sus *Confesiones*, primera obra donde se ve claramente el examen de conciencia no universal como hombre único e irremplazable, es decir, individual. Esa visión laica, paso de una sociedad teocéntrica a una antropocéntrica, será clave también para el surgimiento del diario íntimo. En palabras de Cedena, “es necesario huir del dominio de la conjetura para volverse hacia la experiencia, de lo medio o de lo observable, [puesto que] la reflexión sobre la sensación conduce a insistir sobre la particularidad de cada persona” (Ibíd., p. 43).

Según Picard, existirían dos etapas en torno al paso del diario de a-literatura a literatura. La primera etapa correspondería a “la primera mitad del siglo XIX, [donde] se publicaron diarios de viajes y de personajes famosos del pasado más reciente –como Byron, Constant, Vigny y otros” (Cedena, 2004, p. 33) y, la segunda, tendría lugar

cuando los lectores se habituaron a estos textos y demandaban más obras. En esta última etapa es cuando los diarios comienzan a publicarse de manera intencionada, evolucionando del ámbito privado al ámbito público, convirtiéndose así en literatura y en género autónomo. Siguiendo a Cedena que recoge las ideas de Picard,

el primero de estos dos pasos no tuvo lugar de un modo brusco. En el siglo XVIII, entre los pietistas el ámbito de lo privado se abrió por primera vez cuando se leían entre ellos las notas espirituales que iban apuntando en su diario. Sin embargo, en el registro puramente literario, la publicación de diarios empezó con los *Journaux intimes* de Lord Byron, en 1830 y que abarcan los años 1813, 1814 y 1821. Luego llegaron a título póstumo las obras íntimas de Constant y Vigny [...] (Ibíd., p.34).

Una de las características del diario íntimo es el empleo de la primera persona, puesto que uno de sus atractivos es que el narrador escribe sobre sí mismo. Para que se incluya dentro del género, “es necesario que se inserte en el tiempo, sino día a día, sí al menos regularmente [...] [y, además,] debe hacernos penetrar en la intimidad de su autor y revelar las tendencias, las reacciones, los sentimientos que le son propios” (Ibíd., 48). Por lo tanto, para que exista el diario íntimo las anotaciones o las entradas deben estar marcadas temporalmente, no hace falta que sea día a día como define la RAE, pero sí escrito en primera persona y reproduciendo una realidad para el diarista. La esencia de este género, por tanto, es el “diálogo que el diarista establece consigo mismo, al margen de todo receptor, fuera, digamos del mundo exterior para centrarse el escritor en sí mismo, en su <<yo>>” (Ibíd., 49).

Cedena Gallardo recoge el modelo que estableció Valerie Raoul donde se expresan los tres elementos claves que existen en el diario: “el <<yo>> del narrador-protagonista; el tiempo, es decir, el factor temporal, y la escritura, el hecho de escribirse el diarista a sí mismo” (Ibíd.). Estos tres componentes son necesarios para que exista el diario, ya que el tiempo nos indica la fecha de una entrada y el lugar desde donde escribe el diarista, el uso de la primera persona del singular o del plural se emplea para narrar los sucesos que quiere destacar y dejar constancia y el acto de escribir significa el deseo de autoconciencia y autoconocimiento.

Por otro lado, uno de los inconvenientes que hace tambalear este tipo de escritura es el término *íntimo*, puesto que un diario deja de serlo cuando se publica, ya sea porque el autor así lo ha decidido o porque una segunda persona lo lee y/o decide editarlo. En este caso, “la sinceridad, la verdad, la honestidad con que se escribe inevitablemente sufren algún tipo de alteración en el deslizamiento de lo privado a lo público” (Ibíd.). Actualmente, como observa Virgilio Tortosa, el diario es “una práctica pública o cuando menos arduamente publicitaria, dado que el concepto de intimidad [...] ha cambiado totalmente, pero también el hecho de que el diario [...] se escribe con la pretensión de publicarlo, además en vida del propio escritor” (2000, p. 583-584). Este suceso tropieza con los orígenes del género, ya que la realidad íntima que el diarista debía expresar no estaba subordinada a su publicación ni al lector. Esto quiere decir que el autor anotaba sucesos o cuestiones que eran relevantes para él mismo y que no tenían porqué tener conexión entre sí. El diarista y sus entradas estaban marcados por naturalidad, sinceridad, sencillez y discontinuidad de sus propios pensamientos y sentimientos que quedaban recogidos gracias a la escritura. En palabras de Hans Rudolf Picard:

su carencia de forma, su fragmentarismo, su falta de coherencia, el carácter de provisionalidad y espontaneidad, lo abreviado de sus formulaciones, es el hecho de estar libre de acción, de contexto, de barreras estilísticas y de fronteras temáticas, su relación con el mundo de la vida, todas estas propiedades del uso privado del diario [...] son vistas ahora como procedimientos literarios deseables, porque tales propiedades son las que hacen posible el discurso de la obra y de la <<mentira>> de lo ficcional (1981, p. 119).

Cedena Gallardo recoge la idea de Béatrice Didier en la que se expresa que el diario íntimo puede verse como un género literario a pesar de no presentar una retórica delimitada y determinada. A pesar de ello, lo que sí se puede confirmar es que estamos ante un discurso escrito en prosa que utiliza la primera persona y la periodicidad para expresarse y configurar su conciencia.

Como se ha expresado con anterioridad, al comienzo el diario no estaba inscrito dentro del género comunicativo, puesto que no tenía como objetivo su publicación, es decir, el autor y el lector compartían la misma identidad y sus anotaciones servían para rememorar un pasado y crear conciencia sobre sí mismo a lo largo del tiempo que abarcaba la obra gracias al proceso de escritura y lectura. Con el paso de los años adquirió el estatus de literatura, ya que traspasó la barrera de lo íntimo para acercarse a la público y, así, dar paso a la intersubjetividad. Este cambio implicó la transmisión de la conciencia y el conocimiento por parte del autor a sus posibles lectores. El paso de a-literatura, utilizando el término acuñado por Hans Rudolf Picard, a literatura conllevó la inclusión del diario en la literatura del yo.

Para Anna Caballé,

al carecer los diarios, por lo general, de un criterio “a posteriori” que determine un punto de vista retrospectivo en función del cual se estructuren, realcen o difuminen las impresiones recibidas de acuerdo con las consecuencias ocasionadas en la economía interior del diarista, lo relatado no se coordina en estructura, sino presenta un carácter atómico y fragmentario. [...] Es el lugar, en fin, donde uno recupera y construye, al mismo tiempo, su identidad, de modo que la única estructura posible de un diario es la que obedece al discurso vital de cada uno: imprevisible, caótico, monocorde..., según y cómo (1995, p. 53-54).

Como se verá en la tercera parte de este trabajo, Pilar de Zubiaurre inició la escritura de su diario íntimo sin tener en mente la publicación del mismo, es decir, nos encontraríamos ante una obra perteneciente a-literatura. Una vez fallecida la protagonista, su hijo Leopoldo decidió donar el diario al archivo Zubiaurre que posee el Museo de Bellas Artes de Bilbao. Iker González-Allende transcribió y publicó el diario para dar a conocer a una figura influyente del siglo XX que había pasado desapercibida para la crítica. Este paso convirtió la obra de la intelectual en literatura. En general, nos encontramos ante un texto fragmentado en días, meses y años, divisible en tres etapas de su vida, el uso del *yo* y *nosotros*, sinceridad y espontaneidad que sí concuerda con la teoría planteada hasta ahora. Sin embargo, no se puede utilizar el adjetivo caótico para describir este diario, ya que existe una coordinación en cuanto a estructura que se ve representado en tres grandes temas fraccionables a los tres períodos más significativos de su existencia: juventud, Guerra Civil y exilio. Como se estudiará más detalladamente

en su correspondiente apartado, las anotaciones de su segunda etapa, es decir, las del conflicto bélico, están más cerca de la crónica periodista que de la literatura del yo.

En este sentido, para Laura Freixas, el diario es “una forma que [...] abre inmensas posibilidades: nos parece la más cercana a la realidad humana en todos sus registros, la más apta para abarcar, en un solo texto, el magma cotidiano y las epifanías que lo iluminan, la observación sociológica, la reflexión moral, la idea, la sensación, el sentimiento...” (1996, p. 12). Es por esto que, para Manuel Granell, el diarista utiliza sus propias impresiones y no sus recuerdos, puesto que los primeros están estrechamente ligados a la naturalidad y a la sinceridad con las que el diarista ha vivido los sucesos y el impacto que han causado en él (2004, p. 60). Por lo tanto, las impresiones son el reflejo de cómo ha experimentado la realidad que, obviamente, a lo largo de las anotaciones se va entrelazando lo subjetivo con lo objetivo.

Por último, uno de los aspectos que plantea Anna Caballé es que una “cuestión característica de los diarios es la nivelación de los acontecimientos en la escritura. [...] Así, una guerra, un alzamiento o una grave crisis económica no suelen ocupar mayor espacio textual que un dolor de cabeza o cualquiera de las minucias que le ocupan a uno todos los días” (1995, p. 55). Sin embargo y como se verá en el análisis del diario íntimo de Pilar de Zubiaurre, esta característica es generalista, ya que su literatura se rige de los importantes acontecimientos que sucedieron en España durante la Guerra Civil. El conflicto bélico y sus consecuencias abarcan todas las entradas convirtiéndose así en el único tema.

6.1 Las características del diario íntimo según Girard y otras perspectivas

Cedena en su obra *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra* recoge la publicación de Girard, cuyo título es *Le journal intime*⁵, donde se asientan una serie de características que muestra el diario íntimo.

Para Girard lo más representativo del diario es el comienzo de cada entrada exponiendo la fecha en la que se ha escrito. El diarista, una vez que limita el tiempo, tiene la libertad de escribir lo que desee sin tener que regirse por ningún orden concreto. Él estructura y decide los contenidos que quiere exponer. Por este motivo, al diario íntimo se le denomina el “cajón de sastre”, ya que todo lo que el autor quiera transmitir tiene cabida, es una caja de sorpresas.

La segunda característica a mencionar es que “el autor está presente personalmente” (2004, p. 57). El ser hablante utiliza el pronombre personal *yo* como sujeto del enunciado y de la enunciación. El diarista se convierte en el eje central del discurso, es el núcleo que subordina el resto del relato. Además, por tratarse de un diario íntimo, el autor debe prestar atención y poner énfasis en su vida privada, interior, y dejar en un segundo plano su vida pública, exterior.

El diarista escribe para crearse conciencia sobre sí mismo y hacer memoria de lo que fue en un pretérito. Por lo tanto, el autor es el sujeto del enunciado y el objeto de la enunciación de su vida íntima. No puede existir la interpelación al lector para requerir su participación. El diarista escribe su diario para él, no para nadie más, ya que “el autor pone el acento sobre su propia persona. Ni los otros, ni la sociedad, ni el mundo tienen en él existencia propia. La introversión es la nota característica de este tipo de textos” (Ibíd.).

Antes del siglo XX, la publicación de un diario íntimo se hacía de manera póstuma. Este hecho hace que se distinga “de otro tipo de obra literaria en que ésta es

⁵ Se utiliza la obra de Cedena porque ha sido imposible encontrar la publicación traducida de Alain Girard.

concebida y realizada para el público” (Ibíd.). Como se ha mencionado anteriormente, el diario íntimo pasó de obra a-literaria a intersubjetiva cuando los diarista comenzaron a publicar su trabajo. El diario debe abarcar una etapa amplia para que el autor se tome como objeto de observación para hacer una reflexión y fundar conciencia sobre sí mismo.

Por otro lado, las características que Alberca plantea están estrechamente relacionadas con las de Girard, ya que para el primero el diario

debe estar escrito al hilo de los días y de los sucesos vividos, sin otro plan que intentar apresar en sus páginas el paso del tiempo y el peso que éste va dejando en el escritor del diario. Por esto, en las anotaciones de un diario cabe todo lo que sucede en el tráfago o en el contexto cotidiano del autor. El diario puede absorber los grandes y los pequeños acontecimientos sin ningún orden o forma preestablecida, salvo los que impone la cronología calendaria (2000, p. 14-15).

Anna Caballé sugiere que

en el diario íntimo la noción verdaderamente medular, la que vertebra todas las articulaciones posibles, tal vez sea la del paso del tiempo, no la noción del individuo: como anota Charles du Bos en su *Journal* (1921-1923), el individuo no es más que el receptáculo por donde pasa la corriente de la vida, con sus dificultades y supervivencias que difícilmente puede ceñirse a los límites que impone el yo social (1996, p. 102).

La perspectiva de esta autora se enfoca directamente en el tiempo, es decir, la conciencia de sí mismo del diarista se va adquiriendo poco a poco con el paso del tiempo creando una evolución continua en el individuo. Al hilo de este enfoque, Nora Catelli va de la mano de Anna Caballé, ya que para la primera la “única exigencia formal es la secuencia cronológica: el hilo de los días, en el encabezado de la entrada es un requisito ineludible, incluso cuando se halla ausente. Es lo que hace el género, lo que constituye, independientemente de los contenidos que así se pauten” (2000, p. 21).

Para Virgilio Tortosa también sería la idea fundamental “la capacidad para fechar la escritura: el diario, del mismo modo que el periódico, tiene su origen e idiosincrasia en el día a día con que es fechada la escritura. [...] Esa escritura del día a día será, sin objeción alguna, fragmentaria, sin una concepción de obra propiamente dicha con límites establecidos ni sentimiento alguno de acabamiento” (2000, p. 588). Además, Andrés Trapiello opina que “para que podamos hablar de diarios hemos de referirnos siempre a esa clase de anotaciones que se hacen de una manera regular y que entre todas forman una cierta unidad con personalidad propia. No basta con que sea una extemporánea consignación de cierto estado de ánimo” (1998, p. 28).

Para todos los críticos mencionados en este apartado lo más destacable e importante es la secuencia cronológica, ya que sin ella no podríamos hablar de diario. Gracias a esta marca de tiempo podemos observar la evolución del diarista y comprobar cómo ha sido la creación de la conciencia individual. Por otro lado, cabe destacar que en cada anotación el autor escribe aquello que le parece importante mencionar, él configura la estructura y determina el contenido del mismo. Además, deberá estar escrito en primera persona y hacer hincapié en su vida privada, dejando en un papel secundario su vida exterior. El diarista es el protagonista del discurso y, por este motivo, el sujeto del enunciado y el objeto de la enunciación componen la misma unidad.

6.2 El diario: el ámbito femenino

Nora Catelli en su artículo “El diario íntimo: una posición femenina” estudia la relación que se encuentra entre el diario y la intimidad femenina. Para Catelli existe una “doble marginalidad [entre diario y mujer que] ha dado lugar a innovadoras especulaciones acerca del problema de la definición del género. [Este sería] el lugar de escritura más cercano a la verdad existencial de lo diferente” (1996, p. 87). La autora define el diario como “el género en el que se registran, siguiendo los días, las actividades e impresiones de un sujeto frente a sí mismo” (Ibíd., p. 87-88).

Por otro lado, tal y como observa Cedena el término “intimidad está en relación con el verbo intimar, que reconoce tres acepciones: exigir el cumplimiento de algo; introducirse un cuerpo por los poros o espacios huecos una de una cosa; introducirse en el afecto o ánimo de uno, estrechar uno mismo” (2004, p. 81). En relación con el diario, lo íntimo estaría ligado a la parte más espiritual de cada ser.

Catelli observa como hasta el siglo XVII, en el mundo anglosajón, sólo un diez por ciento de la literatura autobiográfica estaba firmada por mujeres y, que casualmente, estos escritos pertenecían al mundo de lo religioso (1996, p. 62). A pesar de la Revolución francesa, la mujer laica, es decir, independiente del ámbito de lo religioso, sigue en la esfera de lo doméstico. Desde el punto de vista tanto de Catelli como de Cedena, pero en palabras del último, se expresa que

El modelo de recogerse en la intimidad para escribir un diario no implica la búsqueda de placidez, sino, al contrario, un encierro contradictorio, angustioso y amenazante, aunque ya no religioso y, como tal, análogo de actitudes y costumbres femeninas en paralelo desarrollo histórico. Un encierro en el que ya no se habla de Dios, como lo hacía santa Teresa, pero se obstinan en permanecer los demonios. En ese espacio definido, por íntimo, como el lugar donde se encierra el temor, en ese ámbito de violencia incorporada, se escriben los diarios de la época femenina. Una época donde la mujer sigue confinada, aunque ya no en celdas, sino en la vida familiar, en el círculo doméstico (2004, p. 81).

Este enfoque de encierro doméstico en el que vive la mujer también es manifestado por Béatrice Didier, puesto que el diario es el único espacio donde el sujeto femenino puede explicitarse. De este modo, se entiende que el diario fue utilizado por la mujer para poder expresarse, no tenían la posibilidad de manifestarse en el ámbito público y ésta era la única opción que se les daba o que se les permitía utilizar. Catelli declara que “por eso, si existiese una característica espacial, [...], posiblemente mostraría las formas más violentas de aquella fusión entre los demonios y el sujeto; delataría las zonas de la experiencia personal, privada y doméstica en las que se expresa el temor a los demonios interiores justo en el momento histórico en que se unen definitivamente con el sujeto” (1996, p. 93).

El diario es para el género femenino la única posibilidad para poder expresarse en el ámbito privado. A pesar de los avances que trajo la Revolución francesa, la mujer esta vez laica, sigue estando enclaustrada dentro del rol de esposa y madre y, por lo tanto, relegada a la esfera de lo doméstico. Además, el concepto de diario femenino en sus orígenes estuvo ligado al término romanticismo, ya que el discurso hegemónico definía al mismo como el espacio privado donde las mujeres daban prioridad a sus sentimientos en lugar de centrarse en la conciencia del yo para autoconocerse. Lo que la crítica pasó por alto fue que, gracias a este espacio, las mujeres podían reflexionar sobre su posición social, cultural y política gracias al concepto de escribirse es crearse. La idea del querer ser, el desiderátum, pero la sociedad patriarcal me niega y me evita contribuyó a que el sujeto femenino se explicitase en la literatura, único espacio que permitía definir y definirse. Algunas mujeres que consiguieron superar la esfera de lo privado en sus orígenes tuvieron que enfrentarse a la sociedad patriarcal bajo distintos subterfugios: firmando sus trabajos con nombre de un varón, donde afrontará la duplicación de su ser, utilizando un pseudónimo⁶, su posición social, etc.

6.3 El diario en oposición con algunos géneros autobiográficos: autobiografía, memorias, epistolarios y autorretrato.

Como se viene desarrollando en apartados anteriores el diario estaría dentro de los discursos autobiográficos, puesto que es un género definido que posee unas características concretas que permite, en palabras de Anna Caballé, englobarlo dentro de “las cinco manifestaciones autorreferenciales fundamentales” (1995, p. 40). La literatura del yo, siguiendo a la autora de *Narcisos de tinta*, estaría dividida en autobiografías, memorias, diarios íntimos, epistolarios y autorretratos.

⁶ Pilar de Zubiaurre, en todos los artículos que publicó, utilizó dos pseudónimos para evitar que el círculo intelectual por el que se movía la reconociese, ya que solo unas pocas personas conocían su faceta de escritora y fue porque ella misma lo confesó.

La utilización de pseudónimos y su porqué se abordará detalladamente en el apartado de la protagonista de este trabajo.

6.3.1 El autorretrato

Michel Beaujour escribió un ensayo, titulado *Miroirs d'encre*, sobre qué era un autorretrato y cuáles eran las diferencias respecto a la autobiografía. Para el autor, siguiendo la obra *Narcisos de tinta*, el autorretrato sería

un conglomerado poliformo mucho más heterogéneo y complejo que la narración autobiográfica, hasta el punto de aislarlo de toda filiación genérica. [...] Su rasgo principal es la ausencia de un relato continuado, así como la subordinación de la narración a una interpretación lógica y estática de uno mismo, su alcance le sitúa en un conjunto discursivo más amplio donde el yo resume la estructura del mundo, como el microcosmos en relación al macrocosmo. Así, el discurso de un yo sobre yo se convierte en microcosmos del discurso colectivo sobre el universo de las cosas (1995, p. 47).

Por otro lado, el autor afirma que el término proviene de las artes pictóricas y esto hace que se generen “falsas dependencias estéticas” (Ibíd.). Según observa Anna Caballé, “el autorretrato constituye una práctica marginal de la escritura autobiográfica, no tanto desde la perspectiva de su ejercicio- porque el caso es que los autorretratistas abundan más que los autobiógrafos-, como desde una posición crítica: carecemos por el completo de estudios sobre la probable evolución del autorretrato o sobre su estatuto teórico” (1995, p. 48).

De este modo se puede decir que los estudios teóricos que abordan el autorretrato son mínimos, ya que comparándolo con la autobiografía se considera un ejercicio secundario. Este hecho hace que los análisis por parte de la crítica literaria en torno a origen y evolución sean escasos, por no decir prácticamente nulos. Anna Caballé observa que “siempre se ha tratado el autorretrato desde un punto de vista restrictivo o negativo, aquello que no alcanza a ser, o se parece a...” (Ibíd.). Por consiguiente, el autorretrato presenta un vacío en cuanto a su apreciación debido a que no se tiene en cuenta su coherencia ni los propósitos que la rigen. Para Michel Beaujour “la fórmula operativa del autorretrato es pues: ‘Yo no voy a contaros lo que he hecho, voy a deciros quien soy’” (1980, 1995, p. 48).

Por otro lado, cabe mencionar que “en este género literario hay identidad, pero no suele darse coincidencia entre el autor y el personaje” (1995: 48) y, por lo tanto, ésta sería la característica que lo diferencia del resto de géneros autobiográficos, ya que tanto en el diario, en la autobiografía, en las memorias como en los epistolarios autor y protagonista son la misma unidad. Aunque no es un género literario popular por falta de estudios algunos autores como los hermanos Machado, Rubén Darío y Miguel de Cervantes escribieron sus autorretratos.

6.3.2 Las memorias, la autobiografía y el diario

Según la Real Academia Española las memorias serían la “relación de recuerdos y datos personales de la vida de quien la escribe o la relación de algunos acontecimientos particulares, que se escriben para ilustrar la historia”. Después de esta definición, sin duda, queda claro que las memorias entrarían dentro del grupo de las literaturas del yo. La función del memorialista es “evocar acontecimientos o personas de alguna transcendencia, que influyeron en su presente o que ocasionaron consecuencias de interés en su futuro o en sus contemporáneos” (Caballé, 1995, p. 41).

El objetivo principal de las memorias es incidir en la Historia, ya que se narran unos acontecimientos históricamente relevantes de manera objetiva, honesta y con precisión bajo la subjetividad del memorialista. La gran diferencia entre la autobiografía y las memorias es que en las segundas lo importante “son los datos, no los esfuerzos de un hombre por erigir su personalidad, con los protagonistas de la obra” (Ibíd., p. 42). Mientras en las memorias el eje histórico son los recuerdos del autor, en la autobiografía estos recuerdos son los que construyen ese yo reflexivo gracias a su interpretación.

Por otro lado, entre la autobiografía, el diario íntimo y las memorias también existen características comunes. La primera característica común sería la autorreferencialidad, ya que estos tres discursos del yo parten del propio autor para

contar su vida. La segunda es la retrospectiva, tanto la autobiografía como las memorias evocan a un pasado para reconstruir los acontecimientos y, por último, nos encontraríamos con la homogenización del género gracias al “papel central del tiempo” (Ibíd., p. 81). Esta última característica se refiere a la introspección que el autor hace sobre su pasado, existen años de distancia entre el presente escrito y el pretérito que se cuenta. Como observa Anna Caballé “a la hora de escribir una obra autobiográfica, todo escritor tiende a remontar su memoria a los orígenes, incluso remotos (genealogía incluida), de la propia existencia” (Ibíd., p. 84).

Relacionándolo con la teoría de cómo se compone las memorias, Anna Caballé explica que existe la idea generalizada de que la redacción y la estructura de estos discursos se constituye de manera sencilla. Sin embargo, esta concepción no es cierta, dado que “la memoria no es una estructura mental inerte y repetitiva que devuelva, inmaculadas, las impresiones recibida” (Ibíd., p. 115). Además, la retención de los recuerdos con el paso del tiempo se va alterando, se aumentando y se distorsionando, y hacen que la confección de las memorias no sea tan fácil como parece.

Por otro lado, para Cedena Gallardo, la diferencia entre el diario y la autobiografía y las memorias es que el segundo grupo tiene en común “ el tratamiento de la vida en su conjunto, con algún tipo de estructura” (2004, p. 92). El diario, al depender de una secuencia cronológica, emite un discurso fragmentado que se caracteriza por la narración de la cotidianidad del tiempo que abarca. Presenta un orden más natural, ya que el autor plasma sus vivencias más recientes sin esa profundidad de análisis que sí plantean los géneros anteriores. Por tanto, el diario configura el presente, o el pasado más reciente, y los otros dos estampan la vida del autor en su conjunto. Más concretamente, Cedena recoge la idea de Béatrice Didier en la que “afirma que el diario difiere esencialmente de la autobiografía y de las memorias en que estos dos géneros se escriben después del acontecimiento, y a menudo, mucho después, mientras que, en el diario, aunque nunca hay una simultaneidad absoluta con los acontecimientos, sí se refiere normalmente al pasado más reciente” (Ibíd.).

Karl J. Weintraub explica que

cada anotación en el diario tiene el valor en sí mismo de ser un reflejo de un momento breve de determinadas situaciones vitales a las que se les atribuye una importancia primordial. Aunque indudablemente un diario extenso revelará el desarrollo de la persona del escritor, lo hará de forma muy diferente a la autobiografía (1991, p. 21).

Por esta cuestión, el mismo autor señala que

el diario, la carta, la crónica y los anales adquieren valor en el hecho de no ser más que interpretaciones momentáneas de la vida. Su valor reside en ser un recuerdo fiel del pasado y no en el hecho de asignarle a éste un significado de mayor alcance. En cierto sentido son una ayuda, pues traen, por medio de una mirada retrospectiva, el pasado al presente. En la historia y en la autobiografía, por el contrario, el pasado queda subsumido dentro de una visión desde el presente (Ibíd.).

Otro teórico que también estudia el diario es Georges May (1982). Éste mantiene el planteamiento que se viene desarrollando con anterioridad en el que se manifiesta que el diario sólo indica aquello que el autor quiere transmitir de ese corto periodo, normalmente de un día de brevedad. Los otros géneros, por el contrario, abarcan el pasado desde una perspectiva más amplia, ya que hacen un recorrido más extenso y engloban toda la vida.

Como se viene expresando, tanto el diario como la autobiografía trabajan sobre la base del pasado del autor y la reflexión que éste hace sobre su vida y sobre sí mismo. En palabras de Cedena, en ambos casos “el que escribe avanza del presente hacia el pasado, [...], y en otros muchos se produce una verdadera injerencia del diario íntimo en la autobiografía, al convertirse el autobiógrafo en un diarista, circunstancia que también se produce justamente, al contrario: el diarista se desliza, sin que su autor sea consciente, hacia la autobiografía” (2004, p. 94). Sin embargo, la distancia sobre el pasado en el diario es más corta, ya que se escribe sobre un pretérito reciente mientras

que en la autobiografía entra en juego la memoria y el olvido, jerarquizando así vivencias y excluyendo las menos importantes, de sucesos que ocurrieron años atrás.

Para Anna Caballé, el “diario íntimo se diferencia de autobiografías y memorias en la naturaleza de la materia manipulada por el escritor” (1995, p. 52). La distinción es que, mientras en la autobiografía y en las memorias el autor hace uso de sus recuerdos, en el diario el escritor expone sus impresiones. Es por esto que el diario íntimo se encuentra estrechamente ligado “con la realidad descrita: el aporte subjetivo congénito a la impresión coexiste con los datos objetivos, en mutua relación” (Ibíd.). Además, Caballé también apunta que “es frecuente también que el diarista, en el momento de relatar sus impresiones, haga una reflexión que desplace su punto de vista sobre la impresión misma” (Ibíd., p. 53). Al igual que para Caballé, para Weintraub uno de los valores fundamentales del género es la retrospectiva, puesto que el diario “reside en ser un recuerdo fiel del pasado y no en el hecho de asignarle a éste un significado de mayor alcance” (1991, p. 21).

En cuanto al diario y las memorias, ambas reconstruyen el pasado del autor, pero de una forma distinta, “el memorialista tiene una identidad para los demás que busca hacer coincidir con la imagen que tiene de sí mismo, mientras que el diarista no tiene identidad ni para los demás ni para sí mismo” (Cedena, 2004, p. 96). Como se ha mencionado con anterioridad, el propósito de las memorias es subrayar una serie de acontecimientos relevantes para la Historia. Mediante la narración y desde una perspectiva subjetiva, el individuo cuenta unos sucesos de manera objetiva y con precisión para dar a conocer nuevos detalles sobre unos hechos. La gran diferencia entre el diario y las memorias radica en la trascendencia del autor. Mientras que el memorialista suele ser una persona influyente y conocida por la mayoría de la población, el diarista no suele disfrutar de la misma fama entre la ciudadanía. Un ejemplo de esta situación es el caso de la protagonista de este trabajo, Pilar de Zubiaurre, que ha pasado desapercibida para la crítica. Como se verá en el análisis del apartado de la Guerra Civil de su diario, la intelectual narra unos sucesos históricos que pueden someterse a verificación y que cuestionan el discurso hegemónico, pero por el hecho de no encontrarnos con una persona influyente dentro de la esfera pública, no ha

tenido la relevancia que se merece. Si este diario lo hubiese escrito Azaña o Dolores Ibárruri gozaría de un lugar dentro de la literatura del siglo XX español.

6.3.3 Los epistolarios y los diarios

La diferencia más significativa entre ambos géneros radica en el destinatario. Como llevamos profundizando, en el diario, el diarista sería el destinatario principal y único, mientras que en las cartas el propio autor dirige a un tercero su correspondencia y le hace mención de unos determinados sucesos que ambos conocen y quieren tratar.

Para Béatrice Didier, en palabras de Cedená, las características que tendrían en común serían

la ausencia de límites, la fragmentación, el día-a-día, el hecho de ser concebidas, al menos en un principio, sin propósito de publicación. No son <<obras>> propiamente dichas: ni tienen el carácter acabado de éstas, ni sufren las vicisitudes propias de la publicación, la difusión, el ingreso en el circuito comercial. Incluso si las correspondencias y los diarios íntimos se publican finalmente, siguen estando marcados por esa libertad, esa ausencia de forma inherente a su origen (1996, 2004, p. 98).

Según la idea de Girard, a veces es difícil esclarecer la línea divisoria que existe entre los epistolarios y el diario. Sin embargo, la gran diferencia es que las cartas, al tener un destinatario concreto, confían en tener una contestación y, así, abrir la posibilidad de un coloquio entre el emisor y el receptor (Ibíd., p.99). En este sentido, el diario es por ende la oposición de las cartas, ya que no existe un destinatario específico ni tampoco se espera ninguna réplica.

7. El diario en España

La escritura autobiográfica nunca ha sido abundante en España si se la compara en proporción con Inglaterra y Francia, ya que, en general, los autores españoles se decantaban por otro tipo de géneros por cuestiones históricas. España siempre ha sido más dogmática y, como consecuencia, cuando afloró la exaltación individual la

reciedumbre católica evitó el cisma moral. La práctica introspectiva fue reemplazada por la sumisión doctrinal. En países de cuna protestante, la inspección del sujeto y la libertad de conciencia junto con el pensamiento de *libre examen* permitieron la lectura y la exploración individual de la Biblia. Para los católicos, era tan importante quien explicaba las Sagradas Escrituras como cómo se descifraba. Por esta cuestión, la Iglesia Católica obstaculizó la conciencia individual, ya que pensaba que los lectores podían malinterpretar los textos por su desconocimiento. Esta situación ayudaría a comprender los escasos discursos autobiográficos que podemos encontrar en siglos pasados.

Se tiene constancia de que Leonor López de Córdoba, en el siglo XV, fue la que inauguró este género con sus memorias. Romera Castillo señala al respecto que éstas son “las primeras [...] que aparecen en nuestra historia de la escritura autobiográfica” (2004, p. 21). Después, tendríamos a santa Teresa de Jesús con su obra ya mencionada anteriormente, *Libro de la vida*. Siguiendo la idea de Cedena Gallardo, aparecería Alonso Contreras con sus confesiones militares cuyas obras son *Vida del capitán Alonso de Contreras*, *Discurso de mi vida*, *Derrotero universal del Mediterráneo* y *Alonso Contreras, mi vida*. Posteriormente se encontrarían Miguel de Castro con *Vida del soldado español Miguel de Castro* y Diego Torres de Villarroel, *Vida* (Ibíd., p. 108). Siguiendo la tesis de Romera Castillo, en el siglo de oro español existirían, por lo tanto, dos corrientes heterogéneas de discursos autobiográficos: por un lado estarían las manifestaciones religiosas y por el otro las militares (2004, p. 22).

Dejando de lado los distintos discursos autobiográficos y centrándonos solo en el género diarístico en España, se puede manifestar que antes del siglo XVIII existió, pero “bajo formas diversas, que van desde el libro de <<razón>> al diario de navegación, pasando por el diario espiritual o el de viajes. Y es que el diario, en tanto que forma autónoma, se emancipa lentamente de estos géneros vecinos, y no toma cuerpo propio hasta mucho después” (Cedena, 2004, p. 111). Esto se debe a que “el discurso sobre el yo emerge formalmente en España en el curso del Siglo de Oro como expresión de la nueva dignidad del hombre, aunque la dimensión introspectiva no llega hasta mucho más tarde” (Ibíd.). De este modo, el *Diario de a bordo* de Cristóbal Colón, la obra de Juan Antonio Valencia -*Diario de noticias de 1677 a 1678*-, así como el *Diario de viaje*

a Moscovia y mi embajada en Rusia (1727-1730) del Duque de Liria, Fernando VII con *Diario de 1823* entre otros autores no estarían dentro del diario, ya que se encontrarían “lejos todavía de la intimidad y la introspección propia del género en su sentido más estricto” (Ibíd., p. 110).

En el siglo XVIII se encontrarían, como expresa Cedena Gallardo y que sigue las ideas de Caballé y Corrado, los discursos de Morantín con *Apuntaciones sueltas de Inglaterra: cuaderno de un viaje, Viaje a Italia y Diario*; el barón de Maldá y su *Calaix de Sastre*, así como Gaspar Melchor de Jovellanos -*Diarios*-, destacarían como las obras más significativas dentro del género (Ibíd., p. 111). Sin embargo, en este siglo “el diario todavía no es íntimo, si bien ya empieza a tomar forma y cuenta, además, con algunos interesantes antecedentes” (Ibíd., p. 112).

Como consecuencia de los cambios sociales y económicos que suceden en el país, en el siglo XIX aparecerán numerosos discursos autobiográficos. Durante estos años, España se pondrá a la altura de otros países europeos y comenzará a originar textos autobiográficos. No obstante, el diario íntimo sigue sin ser introspectivo y, de esta forma, “no existe en nuestro país prácticamente producción alguna antes del siglo XX” (Ibíd., p. 113). Según Cedena Gallardo, que se apoya en Corrado, “entre los hombres de letras de este siglo XIX existe un mayor interés por las memorias que por los diarios, unos diarios que se convierten en muchos casos en meros auxiliares de la escritura” (Ibíd., p. 114).

De este modo, y retomando la idea expuesta al principio de este apartado, convendría decir que antes del XX no existe el diario íntimo en España, puesto que la introspección, la autoconciencia y el análisis individual no están presentes en los discursos, ya que, como señala Freixas, esto se debe a “la Contrarreforma, la Inquisición, los ideales conquistadores, místicos [y] guerreros” que había en España en aquella época (1996, p. 6). Por lo tanto, en este siglo el peso de la Iglesia Católica sigue estando presente en la sociedad que impide la libertad de conciencia, tan necesaria en el género diarístico.

En el siglo XX, siguiendo a Cedena Gallardo, Laura Freixas hace una clasificación de los tipos de diarios que nos podemos encontrar teniendo en cuenta en contexto histórico tan relevante de aquella época. Más concretamente se organizaría así:

1. La etapa anterior a la Guerra Civil. Aquí incluye nuestra autora exclusivamente a dos escritores, y ambos en catalán, el gran diarista Josep Pla y Marià Manent.
2. La etapa de la Guerra y la posguerra. Freixas incluye a Manuel Azaña, Rosa Chacel, Carlos Edmundo de Ory, Jaime Gil de Biedma...En esta segunda etapa incluimos a los escritores del exilio, de los cuales una buena parte tiene algún diario escrito [...].
3. La etapa actual, a partir de la transición a la democracia. Este periodo es mucho más fructífero cuantitativamente que los dos anteriores. Comprende autores de distintas generaciones, la mayoría nacidos en los años 50 o finales de los 40. Aquí se incluyen, por citar sólo a algunos desde Pere Gimferrer, Miguel Sánchez Ostiz y Andrés Trapiello, hasta Fernando Arrabal, Francisco Umbral, Rafael Sánchez Ferlosio o José Jiménez Lozano, entre otros muchos (2004, p. 116).

En la actualidad, el diario se encuentra dentro del marco de la “literatura profesional, [...] los escritores publican actualmente sus diarios como un texto más dentro del conjunto de su obra, si bien siempre teniendo presente que se trata de una escritura de testimonio, de referencia personal” (Ibíd., p. 117). Sin embargo, cabe señalar que hoy en día, los autores se han alejado del examen de conciencia para sumergirse y focalizarse en la literatura comercial.

7.1 Desde principios del siglo XX hasta los años 20

En 1900 Azorín publicó *Diario de un enfermo*. Esta obra será la primera, y única del autor, que realmente se puede considerar que pertenece al género diarístico, puesto que desde el comienzo indaga y examina qué es la vida, cuales son sus fines, cual es el fin de nuestra existencia, etc.

De la generación del 98, Miguel de Unamuno también hizo su inclusión en este género con su *Diario íntimo*. Según Anna Caballé (1996, p. 109), aunque esta obra no

sigue las convenciones del diario, sí que se encuentra dentro del marco porque trata la crisis existencial que el autor sufrió y el lector, a su vez, puede observar la evolución de éste. Esta obra consta de “cinco cuadernos que cubren irregularmente un periodo que va entre octubre de 1897 y enero de 1902” (2004, p. 118). Para el crítico Andrés Trapiello, *De Fuerteventura a París y Cancionero*, también se incluirían dentro del género, aunque estén escritas en verso.

Alejandro Sawa y su *Las iluminaciones en la sombra* será “el primer gran diario de un escritor español, uno de los diarios más tristes y desgarradores de la literatura de este país, [...], [aunque] no es un diario realmente, ya que se trata de un texto lleno de anotaciones dispersas y sueltas, al azar, sin el día a día cotidiano” (Cedena, 2004, p. 119).

Publicado en dos volúmenes (1962 y 1968) se encuentra el *Diario íntimo* de Eugenio Noel. Esta obra “incluía retratos, ilustraciones, recortes, etc., [...] Es una obra póstuma, ya que el autor falleció en 1936, y es además una obra inacabada. [...] Es un texto irregular, donde aparece constantemente el relato de la miseria en la que vive su propio autor” (Ibíd.). Por otro lado, podemos encontrarnos también con Rafael Cansinos Assens y su obra *Novela de un literato*.

Sin embargo, según Cedena Gallardo, el gran diario de este siglo es *El cuaderno gris* de Josep Pla, obra que fue publicada en 1966 pero escrita alrededor de 1918-1919 en catalán. El confeccionamiento de este diario

es tan complicado y fascinante que se convierte también en el secreto de su extraordinaria factura: en el periodo de 46 años que va desde la escritura del libro hasta su publicación, Josep Pla va madurando, recreando, enriqueciendo el cuaderno de sus 21 años y estableciendo con ello un magnífico juego temporal que resulta clave y esencial en la obra (2004, p. 120).

Emilio Prados, una de las figuras de la generación del 27, también trabajó este género con *Diario íntimo*. Al igual que Pla, esta obra fue publicada en 1966, aunque fue escrita entre 1919 y 1921. En palabras de Cedena Gallado, en este diario se

encuentra “una tristeza profunda e inconsolable. [...] Es un texto de juventud, lleno de lirismo, amargura y poesía, un libro desesperado por momentos, angustiado, apasionante y triste a manos llenas” (Ibíd., p. 121).

Pilar de Zubiaurre⁷, la protagonista de este trabajo, comenzó a escribir su diario de juventud en 1913. Al igual que otros autores mencionados anteriormente, su diario fue publicado de manera póstuma en 2009 gracias a Iker González-Allende. Como se ha podido observar, en los comienzos del siglo XX distintos autores inician su incursión en el género diarístico, inaugurando el tan desatendido discurso en épocas anteriores.

7.2 Segunda República, Guerra Civil y exilio

Luis Cernuda comenzó a escribir su conjunto diarístico a partir de 1925 y lo concluyó en 1948. Esta obra se podría resumir como “un breve conjunto de anotaciones dispersas, de distintas épocas de su vida, en las que el poeta recogía en forma de diario sus anotaciones, impresiones, notas, recuerdos, viajes, etc.” (Ibíd.). Son siete fragmentos, que no ocupan más de cuarenta páginas, que se encuentran en *Prosa II*. Estos textos son “de carácter desigual, irregular y muy dispersos, sin relación ni continuidad entre ellos, ni tampoco una correspondencia temática que les conceda cierta unidad, aunque el tono de todo el conjunto presenta notables semejanzas de estilo y un clima interior propio” (Ibíd.). En opinión de Cedena Gallardo

Hay en estas páginas de Cernuda una vuelta al mundo interior, un sentimiento claro de introversión y soledad, un diario de alma, aunque disperso y nada homogéneo, tan sólo impresiones, breves apuntes, signos de algunos episodios de la vida del poeta, si bien, presentados de una forma muy breve y fragmentaria (Ibíd.).

Juan Larrea, entre 1926 y 1932, escribió un diario que se publicó en 1990 bajo el título de *Orbe*. Sin embargo, esta obra solamente tiene una selección de todos los escritos, es decir, sólo están las que consideró en su elección el poeta Gimferrer. De esta

⁷ El diario de Pilar de Zubiaurre se analizará en la tercera parte de este trabajo.

obra Cedena Gallardo expresa que “es un “extraño libro”, si bien mantiene muchas características propias del género” (Ibíd.).

Agustín de Foxá empezó a escribir sus *Diarios íntimos* al comienzo de la Guerra Civil, pero hasta que no terminó el régimen franquista no salieron publicadas en sus *Obras completas*.

En opinión de diferentes críticos literarios como Anna Caballé, Andrés Trapiello y Cedena Gallardo, una de las figuras más relevantes de la España del siglo XX y presidente de la República está considerado como uno de los mejores diaristas del último siglo. El conjunto de los diarios de Manuel Azaña agrupados bajo el título de *Diarios completos* “son el testimonio directo de los graves acontecimientos vividos en España, contados desde la primera línea y con una sorprendente escritura. En general, el testimonio de Azaña es excepcional, y ello, cabe añadir, por al menos dos razones: la importancia de su aportación como documento histórico, y su calidad literaria” (2004, p. 124).

Manuel Altolaguirre, autor perteneciente a la Generación del 27, escribió un diario de doce páginas bajo una única fecha, marzo de 1937. Este relato lo dedicó a Vicente Aleixandre y, aunque Cedena Gallardo expresa “que, presumiblemente, podrían formar parte de un diario más amplio, sobre cuyo destino final nada sabemos” (Ibíd., 125) fue publicado en la revista mensual *Hora de España*, lo que indica que esta anotación única no pertenece a un trabajo más extenso. “Noche de Guerra” es la reflexión de Altolaguirre sobre su vida personal cuyo énfasis recae en la contienda y en la melancolía que sufre España por las difíciles circunstancias que la están desolando.

Durante su exilio, el premio Nobel Juan Ramón Jiménez inició *Desterrado (diario poético)*. Este diario fue publicado entre 1937 y 1941 en *Revista Cubana VII*. Siguiendo a Cedena Gallardo, “es un diario con un tono lírico muy marcado, pero también con un claro peso político, el peso de un exiliado que acaba de marcharse de su país obligado por las circunstancias de la guerra fratricida y lo peligroso de su permanencia en España” (Ibíd., p. 126). Sin embargo, este no fue el único diario que

escribió Juan Ramón Jiménez. Cuando el escritor tenía 22 años compuso *Diario íntimo*, obra que hasta 1988 no se publicó, y, para el crítico Trapiello, *Diario de un poeta recién casado* también entraría dentro del género.

El poeta Ricardo Molina en plena Guerra Civil también decidió comenzar su diario. *Diario (1937-1946)* es considerado una obra de gran envergadura, puesto que es “una serie de testimonios utilísimos tanto para conocer su personalidad y su obra como para reconstruir el ambiente social y cultural de la Córdoba de aquellos años” (Ibíd., p. 127).

Max Aub inició durante su exilio *Diarios (1939-1972)*, hoy publicado gracias a una selección de Aznar Soler, que finaliza con su muerte en México. Asimismo, no fue su única obra dentro del género, *La gallina ciega. Diario de un español* no es sólo “un magnífico texto diarístico, es el diario de una decepción, el testimonio a veces desgarrador del desencanto de quien esperaba otra España en este regreso fugaz” (Ibíd., p. 128).

Retomando el discurso autobiográfico femenino, desde el exilio mujeres como Zenobia Camprubí, Rosa Chacel y Pilar de Zubiaurre comenzaron y/o retomaron la escritura de sus diarios. Estos testimonios en forma de diarios “son otras de las formas habituales de apuntalarse el sujeto en los nuevos territorios ajenos a su raíz natural.[...] El diario representa un espacio interior y cerrado, un punto de encuentro cotidiano que se mueve con la misma intermitencia y fragmentarismo con que la propia vida se abre al exiliado” (Acillona, 2012, p. 199). Pese a que los discursos más trabajados en el exilio han sido la autobiografía, las memorias y la escritura epistolar, los diarios cumplen la misma función, ya que se convierten en el espacio de y para la memoria. Todo acto de escritura autobiográfica formaliza la autoordenación del pasado para reflexionar en el espacio-tiempo del presente. La literatura, por consiguiente, es el vehículo de la memoria que imposibilita que tanto la voz enunciativa de estas mujeres como su testimonio pasen al olvido.

La esposa de Juan Ramón Jiménez escribió diversos diarios que han sido publicados en tres volúmenes distintos: *Diario, 1. Cuba (1937-1939)*, *Diario, 2. Estados Unidos (1939-1950)* y *Diario, 3. Puerto Rico (1951-1956)*. Gracias a estos diarios, que abarcan desde su exilio hasta su muerte en Puerto Rico, podemos saber más acerca de su vida, ya que son el testimonio en primera persona de su historia⁸, conocer a Juan Ramón en la intimidad y descifrar la esencia de su obra.

Otra autora femenina de gran relevancia dentro del ámbito del diario es Rosa Chacel. Al igual que Zenobia, comenzó su diario cuando se encontraba en el exilio. Recopilados en dos volúmenes y publicados por primera vez en 1982 nos encontramos con *Alcancía. Ida y Alcancía. Vuelta*. Después de su regreso a España se publicó su último diario, el tercer tomo, *Alcancía. Estación Termini*. Estos diarios “están marcados por un tono de evidente desesperación, de disgusto, de duda existencial en torno a la vida, al exilio, a las relaciones” (Ibíd., p. 129). En general, la obra diarística de Chacel posee un eje lineal de cercanía y confesión íntima que permite al lector conocer sus vicisitudes en el exilio, las dificultades y las reflexiones sobre sus obras ya publicadas, los aprietos monetarios a los que tuvo que hacer frente, etc.

Como se verá en la tercera parte de este trabajo, Pilar de Zubiaurre desde México continuará anotando en su diario, aunque sin tanta periodicidad como en su país. Al igual que las mujeres mencionadas tanto en este apartado como en el de la autobiografía en España a partir del 39, todas detentan el mismo objetivo. Victoria Kent en *Cuatro años de mi vida* expreso acertadamente la intencionalidad de todas estas narraciones escritas por mujeres: “lo que yo quiero es no olvidar, y como nuestra capacidad de olvido lo digiere todo, lo tritura todo, lo que hoy sé quiero sujetarlo a este papel” (1975, p. 156).

Desde un lado contrario al exilio nos encontramos con Dionisio Ridruejo. *Los cuadernos de Rusia* están considerados uno de los más importantes del siglo XX, puesto

⁸ Las entradas del diario de Zenobia Camprubí son prácticamente diarias. Estas anotaciones permiten indagar de manera lineal su historia, sin discontinuidad.

que “Ridruejo, falangista de primera hora después convertido en demócrata, escribe estos *cuadernos* entre el 4 de julio de 1941 y el 21 de abril de 1942, cuando se marchó voluntario en la División Azul” (Ibíd.). Esta obra es tan relevante porque sirve para que el autor “revise su postura personal y al mismo tiempo la situación de España, y de ahí su doble interés histórico y privado” (Ibíd.). Otras obras relacionadas con el ámbito autobiográfico del autor son *Diario de una tregua*, *Casi unas memorias* y *Sombras y bultos*.

En los años 40, el poeta Luis Felipe Vivanco comenzó a escribir *Diario (1946-1975)*. Según Cedena Gallardo, la hija del poeta fue la que se encargó de su recopilación y de su selección y esta obra ofrece “una triple perspectiva: la de realidad natural, la realidad histórico-social y la realidad artística” (2004, p. 130).

En palabras de Asuncce, en general, la literatura autobiográfica ubicada en España en el siglo XX ha tenido dos propósitos. Por un lado, “testimoniar los graves acontecimientos vividos durante la guerra y el exilio para evitar la pérdida de la memoria histórico-colectiva” (1996, p. 46) y, por el otro, mostrar que los discursos hegemónicos deformaban y desfiguraban una realidad que se quería silenciar u omitir. Estos testimonios escritos desde los márgenes narran los acontecimientos del conflicto bélico español y sus consecuencias con el fin de dejar constancia de una experiencia individual. Estas vivencias personales crean una memoria colectiva de los subalternos que el franquismo quiso marginar y silenciar. Como apunta Acillona, “son memorias de tiempos difíciles, de aventuras al límite. Son un modo de continuar la lucha de la guerra. Son la memoria de una causa perdedora” (2012, p. 199). Estos discursos testimoniales aparecen para denunciar los abusos que se cometieron por parte del sistema hegemónico y para dar voz tanto a experiencias individuales como grupales. Uno de los tantos fines de esta literatura autobiográfica es presentarse como argumento y verificación frente a la deformación del discurso histórico oficial.

7.3 El modelo de diario español según Danielle Corrado

Danielle Corrado publicó en 2000 su libro *Le journal intime en Espagne*. En esta publicación analizaba a fondo cómo era la escritura diarística en España. Cedena Gallardo recoge en su libro *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra* el análisis de Corrado. A pesar de que Corrado se fija en distintos diaristas para su estudio destacan entre todos ellos los siguientes:

Miguel de Unamuno, Zenobia Camprubí, Dionisio Ridruejo, César González-Ruano, Luis Felipe Vivanco, Rosa Chacel, Jaime Gil de Biedma, Cristina de Areilza, Manuel Azaña, Carlos Barral, Miguel Delibes, Eva Forest, Ramón Gómez de la Serna, Juan Larrea, Marià Manent, Carlos Edmundo de Ory, Josep Pla, Emilio Prados, Juan Manuel Silvela Sangro y Gonzalo Torrente Ballester (2004, p. 156).

A continuación, se mencionarán las características a las que llega Corrado⁹, que se encuentran resumidas en el libro de Cedena Gallardo.

Ley del calendario: el diarista es libre en cuanto a la forma y el contenido del diario. Aunque el discurso en sí posee un aspecto fragmentario, el autor debe ser constante en la escritura del mismo, no tiene por qué ser día a día, pero sí que se le exige cierta periodicidad¹⁰. El interés por dejar plasmado las circunstancias que le rodean debe ser su aliciente esencial junto con la autoordenación del sujeto, pero , a su vez, “esta ley del calendario o de la cotidianidad no puede, no debe, llevar al diario a la monotonía y la rutina, a la repetición, puesto que el diarista podría llegar a la insignificancia o la pura anotación mecánica” (2004, p. 157).

La fecha: el tiempo es el elemento estructural que nos permite averiguar a qué día o momento pertenece cada entrada. Aunque no todos los diaristas utilizan esta numeración para dividir o articular su diario, deben emplear otros mecanismos para organizar el comienzo de una nueva anotación, ya que “la esencia del diario es su estructura temporal [...] sin olvidar que resulta espacialmente útil para estructurar las experiencias singulares” (Ibíd).

⁹ No se ha encontrado la obra original traducida a español.

¹⁰ Como se verá en el diario de Pilar de Zubiaurre esa periodicidad que se le exige al diarista no es la señal de esta autora. El diario de la intelectual se puede fragmentar en tres apartados, cada uno perteneciente a una etapa de su vida, gracias a los silencios de meses y de años que ella misma impone y nos implanta.

El tiempo del diario: el diarista en una entrada intentará dejar constancia de un día concreto o un breve periodo de tiempo. Aunque no hay ningún código implícito sobre los tiempos gramaticales, se puede decir que el pretérito perfecto simple y el imperfecto son los que más se utilizan: el primero, para narrar las acciones y el segundo, sobre todo, para las descripciones. Sin embargo, también pueden existir casos en el que el diario esté escrito en presente. Por lo tanto, los tiempos gramaticales empleados por el propio autor estarán sujetos al tiempo y al tema de los acontecimientos.

La instancia narradora: como se ha mencionado con anterioridad en este apartado, el uso de la primera persona del singular es lo más común entre la mayoría de diaristas, pero este hecho no quiere decir que sea único o exclusivo, ya que también se pueden articular utilizando otras personas gramaticales como la segunda o la primera persona del plural¹¹.

El destinatario: en sus orígenes se entendía que el diario era un itinerario cerrado, puesto que el *yo* narrador y autor era también el *yo* lector y destinatario del objeto de estudio en la escritura personal, es decir, *yo* es el ente en la comunicación¹². Como se ha observado con anterioridad, poco a poco hasta llegar a la actualidad esta relación y correspondencia ha ido cambiando hasta permutar a una comunicación totalmente abierta, marcando como uno de los objetivos del diarista la publicación de su escritura autobiográfica. Como indica Cedena Gallardo: “el destinatario de un diario no es nunca único ni constante. Entre el solipsismo radical y la perspectiva de publicación, existe una variedad de destinatarios y funciones del mismo” (Ibíd., p. 158-159).

¹¹ Como se verá en el análisis del diario de la protagonista de este trabajo, Pilar de Zubiaurre en la etapa de la Guerra Civil se distancia del *yo* para centrarse en *nosotros* y *ellos*.

¹² Una vez ya fallecida la autora, el diario de Pilar de Zubiaurre fue depositado en el archivo del Bellas Artes de Bilbao por su hijo Leopoldo Gutiérrez con el propósito de estudiar la figura de su madre y sacarla de la penumbra que había sufrido por parte de los críticos. Esta situación enfatiza el cambio que ha experimentado el circuito comunicativo del diario de la protagonista, puesto que el acceso al mismo está establecido por una tercera persona.

Los contenidos del diario: lo que plantea Corrado desde este enfoque es una análisis del corpus diarístico de diferentes escrituras para instaurar un *sistema significativa* de analogías y disparidades que sostenga la pluralidad del conjunto.

1- *El diario de la obra:* éste suele ser algo puntual del autor, ya que surge de la necesidad interior para reflexionar acerca de distintos temas que son de su interés y, por lo tanto, el contenido varía de un diarista a otro.

2- *El diario de formación:* este tipo de diario es el más común y el más fácil de reconocer, puesto que el autor plasma su propio yo interior dentro de un proceso de desarrollo personal, siendo él mismo objeto y sujeto del estudio introspectivo. En este modelo de diario, el lector puede comprender y penetrar en la evolución paulatina que da el diarista sobre su propio ser a lo largo de todo el proceso de escritura. Una vez que esta transformación ha complacido al autor, éste finaliza su trabajo, ya que “la escritura es a la vez un medio y un fin” (Ibíd.).

3- *El diario crónica:* el diarista narra algo externo a él. Por lo general, son “crónicas del día a día de la vida cotidiana española” (Ibíd., p. 160).

4- *El diario espiritual o de conversión:* el autor mediante su sufrimiento e incertidumbre se acerca a Dios para encontrar respuestas. El propósito de este diario es, “por tanto, bien el diálogo con Dios, bien la búsqueda de un nuevo yo” (Ibíd., p.161). Una vez que el autor ha cumplido con su objetivo, esa necesidad creadora desaparece y finaliza el proceso de escritura.

5- *El diario mixto:* es un modelo diarístico donde todo cabe, el cajón de sastre, que se nutre y se compone de distintas modalidades. El diarista no se centra en un tema en concreto sino que es la propia circunstancia quien induce el contenido del mismo, “de un día a otro o en un mismo día o fragmento, el diarista puede pasar de la consideración doméstica a la meditación religiosa, de la agenda al estilo más elaborado” (Ibíd.).

Dejando de lado los contenidos diarísticos españoles y retomando las características del mismo, otra propiedad relevante es la noción de intimidad. Esta característica permite dividir en dos grupos los diarios. Por un lado estarán los diarios de situación y, por el otro, los diarios mosaicos. Los primeros “poseen una homogeneidad contenida por la unidad de la experiencia, y los diarios mosaico que no tienen otra coherencia, o incoherencia, que viene dada por la existencia” (Ibíd.). Para ambos diarios, la idea de intimidad se encuentra ligada a la *expresión de verdad interior*, preguntándose qué es realmente la intimidad y cómo se puede plasmar mediante la palabra. Además, la noción de intimidad ayuda al diarista a estructurar su vida privada en oposición a la social y a la profesional, ya que ambos ámbitos -privado y público – son “incompatibles, afirmando la supremacía de la vida retirada y contemplativa” (Ibíd., p. 162).

Dentro del diario existen diferentes funciones que van desde las razones que incitan al diarista a escribir hasta la formación del yo. La primera función, tal y como apunta Cedena Gallardo, comienza con la *circunstancia de partida*. El leitmotiv que induce al diarista a comenzar con este tipo de escritura es distinto en cada autor, si bien todo se puede especificar, ya que surge de una perturbación interior del mismo. De este modo, la razón que estimulan la escritura dependerá del estado del propio diarista, ya que

puede constituir una escritura que reafirme la existencia de un escritor maduro, o puede reflejar un cambio personal, una crisis interior, o una alteración dramática como una guerra civil [...].El diario es un gesto iniciático para el escritor tentado de reducir su fractura interior, adaptarse a una situación hostil o encontrarse consigo mismo, reafirmar alguna cuestión vital de su existencia: una obra, una ideología, una identidad, un sentimiento (Ibíd., p. 162-163).

La segunda razón que indica Cedena Gallardo es la *función documental*. Existen diarios donde el autor se coloca en un segundo plano porque lo importante para él es narrar los hechos que suceden a su alrededor de la manera más objetiva posible, estos sucesos pueden ser sociológicos, históricos, políticos, etc.¹³, convirtiéndoles así en diario-crónica. Por otro lado, se pueden encontrar los denominados diarios

¹³ Como se verá en el análisis de la etapa perteneciente a la Guerra Civil del diario de Pilar de Zubiaurre, la protagonista se aleja de su intimidad para ofrecernos los detalles del conflicto bélico, posicionándolo dentro del diario-crónica.

documentales. En estos, el autor tiene como finalidad dar su visión subjetiva del mundo que le rodea. Esta visión aparece en primera plana, dejando así su yo objeto-sujeto fuera del diario.

El diario posee asimismo una función de *confidente*, ya que, en las circunstancias ambiguas, es éste quien se encarga de dialogar con el propio sujeto cumpliendo, de este modo, la regularización emocional del yo interior. Sin embargo, “uno de los peligros de este tipo de diarios es la atención excesiva al yo, que comporta una actitud pasiva y a la larga alienante, porque su escritura no constituye en sí misma un acto de creación” (Ibíd., p. 164).

La *disciplina* que implica la escritura de un diario es otra de sus características. El diarista debe de llevar cierta periodicidad o regularidad en sus anotaciones y “para cumplir el contrato debe retirarse de la agitación exterior, reflexionar sobre las cuestiones que van a ser reflejadas en el cuaderno y tomarse un mínimo de tiempo para esta tarea” (Ibíd.).

Por otro lado, como se ha ido mencionando a la largo de este apartado, una de las funciones del diario es *la formación del yo*. Durante todo el proceso de escritura, el diario va ayudando y acompañando al diarista cumpliendo con el establecimiento de su propio yo. Por este motivo, “el diario conjuga dos actitudes contrarias: el repliegue y la acción, la contemplación interior, y la acción cotidiana. El diarista busca erradicar la parte negativa de sí por un ejercicio de disciplina ética y estética” (Ibíd., p. 165).

La última característica es el *principio de orden*. Uno de los objetivos del diario es poner armonía dentro del mundo de caos del propio diarista. Tal y como expresa Cedena Gallardo

El diario adquiere un tono confesional, es el lugar para escucharse, para sostener y guiar la meditación del escritor. El orden debe venir de la escritura. Tras seguir los meandros de la conciencia, la escritura introduce una forma, una primera estructura del desorden. El diario ofrece a un sujeto atormentado

un instrumento de análisis y de expresión: prefigura y da cuerpo al deseo de renacimiento (Ibíd.).

Como se ha ido mencionando a lo largo de este trabajo, la publicación del diario implica el cambio de esfera íntima a pública. En los orígenes de esta escritura autobiográfica, la esencia y característica eran la privacidad y la confidencialidad. Esta modificación de ámbito ha permitido al diario convertirse así en género literario y las intenciones de su publicación hacen que se puedan dividir en cinco grupos.

-Diarios de publicación simultánea: estos escritos son publicados en la prensa siguiendo una periodicidad cronológica. Entre los autores más destacados, siguiendo a Cedena Gallardo, nos encontramos con Miguel Delibes, Torrente Ballester y González-Ruano. El papel del lector es fundamental, ya que los temas son escogidos por el diarista siguiendo los gustos del receptor, quedando en un segundo plano su ámbito privado (Ibíd., p. 166).

-Las formas de divulgación: existen distintas formas de divulgación que van desde los círculos más íntimos, como pueden ser amigos cercanos y/o familiares, hasta diferentes esferas. En estos contextos la publicación del diario se complica, puesto que los receptores pueden alterar el objeto haciendo que el propio autor o una persona asociada anote objeciones. Aquí, “no es el número de lectores lo que importa sino la cesión del diario a otro para su lectura, y las reflexiones que de esta circunstancia pueden derivarse [...]. Por este gesto hacia un receptor, el diarista se convierte en autor y el diario adquiere un estatuto de texto” (Ibíd.).

-Las modalidades de publicación: tal y como menciona Cedena Gallardo, la publicación de un diario está expuesta a diferentes situaciones o motivos que solo el diarista conoce. El crítico pone como ejemplo el caso de Zenobia Camprubí explicando como para la autora la publicación de su trabajo no fue un fin cuando lo escribía, es más, nunca pensó en ello. Desde una posición totalmente contraria se encuentran Azaña y Unamuno, ya que desde un principio no dudaron en publicar sus diarios. Otros diaristas, por el contrario, prefieren que su publicación sea póstuma para no enfrentarse al lector ni a la crítica (Ibíd., p. 166-167).

Existen diferentes justificaciones en cuenta a la publicación de un diario. Por un lado, se encuentran “los diarios ligados a la gestación de la obra literaria [...], [estos] ofrecen a sus autores la oportunidad de dejar un texto que viene a aclarar el sentido de su creación. La edición se justifica, por tanto, por la naturaleza misma del diario, que permite articular vida y expresión artística y ofrece un material de gran importancia” (Ibíd., p. 167) y por otro lado, podemos encontrar aquellos diarios que pasan del ámbito privado al ámbito público y cuyo fin es “rehabilitar la figura de su autor y reivindicar su persona” (Ibíd.). Antes de su publicación, el diario está sujeto a diferentes modificaciones. El diarista debe releer su trabajo y corregir aquellas ideas o apartados que no son de su agrado. Sin embargo, estos cambios no deben alterar el objetivo principal del autor ni el del diario, puesto que el lector debe conocer al diarista. Otra cuestión a mencionar es la imprenta. El diarista reducirá o suprimirá algunos apartados para no excederse en volumen, pero siempre manteniendo el propósito final del mismo. El objetivo del diarista es plasmar su yo interior, transmitiendo al lector la sinceridad que requiere. Sin embargo, “la sinceridad aparece, en principio, vinculada al secreto y no a la publicación, ya que la eventualidad de la divulgación puede alterar la libertad del diarista. Por la propia limitación del lenguaje, la verdad será siempre una verdad relativa” (Ibíd., p. 168).

Como se ha mencionado con anterioridad, los orígenes del diario están relacionados con el término a-literatura, puesto que emisor y receptor poseen la misma identidad que impide, de este modo, un diálogo. Esta identidad recaída únicamente en el diarista y la publicación de su yo interior no estaba contemplada. Con el paso del tiempo pasó del ámbito privado al público convirtiéndose, así, en literatura. El diario íntimo se encuentra dentro de la literatura autobiográfica y, como género autónomo que es, no se puede considerar literatura menor.

CAPÍTULO 2: EL TESTIGO Y EL TESTIMONIO

8. El testigo

Siguiendo la tesis que plantea Giorgio Agamben en *Lo que queda de Auschwitz*, existen en latín dos términos distintos para referirse al vocablo “testigo”. El primero, *terstis*, se refiere cuando un tercero se posiciona dentro de un conflicto y el segundo, *superstes*, “hace referencia al que ha vivido una determinada realidad, ha pasado hasta el final por un acontecimiento y está, pues, en condiciones de ofrecer un testimonio sobre él” (2000, p. 15). De esta forma se entiende que el testimonio puede ser tanto en primera como en tercera persona y, además, tener a la persona, en este caso el testigo, implicada en los hechos o ser un espectador posicionado fuera del conflicto. Para Margaret Randall, el testigo es “el que depone en un juicio sobre un hecho real, no ficticio, que consta de manera directa, no por referencias” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 33). Por lo tanto, testigo es aquella persona que es capaz de emitir una opinión y un juicio sobre un hecho real, bien porque lo ha vivido en sus propias carnes o porque ha sido un espectador del mismo.

Para desarrollar la teoría sobre el testigo, Agamben estudia a los supervivientes de los campos de concentración y saca como conclusión que uno de los objetivos de las víctimas es sobrevivir para convertirse en testigo, como es el caso de Langbein: “Por mi parte, había tomado la firme decisión de no quitarme la vida pasara lo que pasase. Quería ver todo, experimentar todo, guardar todo dentro de mí. [...] No quería desaparecer, no quería suprimir el testigo en que podía convertirme” (Langbein 1, p. 186 en *Homo sacer III* (2000, p. 13), o para vindicar el sufrimiento que ha padecido, “Pero quiero vivir. Tal vez suceda un milagro y nos liberen. Y entonces me vengaré, y contaré a todo el mundo lo que ha pasado aquí dentro” (Sofsky, 477 en *Homo sacer III* (2000, p. 14). Sin embargo, ambas posiciones se ven impulsadas por el testimonio, es decir, los afectados quieren testificar para que los actos no queden impunes. Agamben, bajo esta cuestión, considera a Primo Levi como el “testigo perfecto” porque cuando regresa del campo de concentración, lo único que hace es narrar todo lo que le ha ocurrido allí, “pero no se siente escritor, se hace escritor con el único fin de testimoniar” (Ibíd.). A pesar de ser denominado como el “testigo perfecto”, “su testimonio no tiene nada que ver con el establecimiento de los hechos con vistas a un proceso (no es lo suficientemente neutral para ello, no es un *terstis*). En última instancia, no es el juicio lo

que le importa, y todavía menos el perdón” (Ibíd., p. 15). Levi tiene como objetivo dar a conocer las vivencias personales de los sucesos que padeció para crear conciencia de una realidad histórica.

Referido a los juicios del Holocausto, Agamben declara que “ha sido preciso que transcurriera casi medio siglo para llegar a comprender que el derecho no había agotado el problema, sino más bien éste era tan enorme que ponía en tela de juicio al derecho mismo y le llevaba a la propia ruina” (2000, p. 18). Esto quiere decir que, a pesar de los años que pasaron hasta que comenzaron los primeros juicios por los crímenes, la justicia no se convirtió en el desenlace del proceso jurídico, sino más bien demostró que el derecho y su jurisprudencia tenían grietas al no poder procesar ni castigar a muchos homicidas del genocidio, pues quedaron impunes de los crímenes que se les acusaban.

8.1 El otro y la subalternidad

El discurso hegemónico se encargó durante siglos de la historiografía de los distintos pueblos. La élite era quien contaba los sucesos más relevantes acontecidos creando una uniformidad para con las distintas personas. Achúgar explica que “la historia oficial, sin embargo, no ignoraba al Otro pero lo incluía en su visión y en su espacio con el propósito y el resultado de diseñar una imagen del Otro que no cuestionara la centralidad del sujeto central” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 66). Por lo tanto, la inclusión del Otro hacía que su visión fuese la misma que la del sujeto central. Según Robert Carr,

 dado los privilegiados poderes del imperialismo, el lector del Primer Mundo configura su entendimiento del mapamundi (construyendo la geografía) sobre las bases de su lectura de textos que profesan representar el Tercer Mundo (construyendo la historia). Al mismo tiempo, en muchos de estos escritos los subalternos del Tercer Mundo retornan como suplemento: borrados (ya sea ausentes o unidos al paisaje), o integrados a la construcción del Primer Mundo (portadores de culturas extrañas, fuerza laboral productora de valor que se puede extraer en beneficio del Primer Mundo) (Beverly y Achúgar, 2002, p. 87).

Sin embargo, ese Otro o subalterno “no pertenece a la élite” (Spivak, 2009, p. 18). Tal y como lo definió Edward Said, “la palabra “subalterno” tiene, en primer lugar, connotaciones tanto políticas como intelectuales. Su opuesto implícito es por supuesto “dominante” o “élite”, es decir, los grupos en el poder” (Ibíd., p. 19). El Otro es, por lo tanto, aquella persona que está excluida de la esfera de poder e incapacitada por lo hegemónico para poder expresar su propia perspectiva. Por lo tanto, “la conciencia del subalterno está sujeta a la catexis de la elite, que nunca es completamente recuperable” (Ibíd., p. 21). De esta forma, la perspectiva y la conciencia del otro están dominadas y sometidas al carácter cerrado del dominante que convierten lo social, lo político y lo cultural en inalcanzable.

Tal y como plantea Antonio Gramsci, la agrupación de los subalternos en grupos es una tarea muy complicada puesto que “la historia de los grupos sociales subalternos es episódica y está necesariamente disgregada. No hay duda de que en la actividad histórica de estos grupos se da la tendencia a la unificación aunque sea sobre planos provisionales, pero esta tendencia se rompe continuamente por la iniciativa de los grupos dominantes” (Spivak, 2009, p. 24). Los Otros solo dejarán de ser subalternos cuando se conviertan en un grupo homogéneo sin posibilidad de cambio, puesto que la heterogeneidad sufre transformaciones constantemente que imposibilitan la unificación. Para Achúgar, “la heterogeneidad consistiría no sólo en la preservación del Otro, sino también en el hecho de que la noción del Otro presupone un Yo central homogeneizador contra quien el Otro erige su historia como su discurso” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 66-67). Según Guha,

tomada en su totalidad y en abstracto esta última categoría de la elite era heterogénea en su composición y gracias al carácter desigual de la economía regional y los desarrollos sociales, diferían de área a área. La misma clase o elemento que era dominante en un área de acuerdo con la definición dada arriba, podía en otra encontrarse con los dominados (Spivak, 2009, p. 24).

Sin embargo, para Spivak, el Otro se refiere a “las personas o a los grupos sin acceso a la mejora y a la movilidad social [...]. La definición de subalterno debe tener en cuenta no tanto su manera de actuar, como su manera de sufrir las acciones de otros”

(Ibíd., p. 25). Esta definición del subalterno por parte de Spivak ha ocasionado que distintos teóricos como Guha, mencionado anteriormente, o Coronil entienda el término

no como un sujeto soberano que ocupa activamente un lugar delimitado, tampoco como un sujeto subordinado que es la consecuencia de los efectos dispersos de múltiples determinaciones externas, sino como un agente de construcción de una identidad que participa, bajo determinadas condiciones dentro del campo de las relaciones de poder, en la organización de su posicionalidad y subjetividad múltiples (Ibíd, p. 26).

Bajo la cuestión que plantea Spivak, la identidad del subalterno, es contradictoria, puesto que presenta al Otro como irreproducible bajo la esfera de Occidente:

la subalternidad es el nombre que tomo prestado del espacio exterior de cualquier contacto serio con la lógica del capitalismo o socialismo. [...] Por favor, que no se confunda con el trabajo desorganizado, las mujeres como tal, el proletariado, el colonizado, el objeto de la etnografía, el trabajo emigrante, los refugiados políticos, etc. Nada útil aporta esa confusión (Ibíd., p. 28).

Por otra parte, el discurso que ofrece el subalterno es un testimonio alternativo al monológico donde tiene cabida una identidad plural y diferenciada. De este modo para Achúgar, “el carácter de ‘historia otra’ o de ‘historia alternativa’ que tiene el testimonio sólo parece posible cuando los ‘silenciados’ o ‘excluidos’ de la historia oficial intentan acceder a la memoria o al espacio letrado” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 65). El acceso a la esfera del letrado “no significa que el testimonio se reduzca a él o ella o que elimine otros sujetos enunciadore. [...] El letrado solidario siempre ha dado cuenta y continúa dando cuenta [...] del Otro y de sí mismo.” (Ibíd., p. 68). Este asentamiento pone de manifiesto el lugar que establece el discurso del subalterno dentro del orden público para alcanzar los mismo derechos que el grupo que representa el poder. Sin embargo, antes de que se institucionalizase, y como se ha mencionado en apartados anteriores, la masa dominante estaba representada por sujetos masculinos blancos y europeos. El resto de sujetos eran considerados subalternos.

Como se ha planteado al comienzo de este apartado, se puede decir que el término testigo se asocia a tres acepciones. La primera estaría dentro del marco de la figura de la primera persona, por haber estado implicada en un acontecimiento de relevancia y ser capaz de dar cuenta del suceso bajo una voz subjetiva. La segunda, dentro de la tercera persona, narra unas circunstancias en las que no se encuentra implicada, pero sí tiene constancia de ello, y, por último, nos encontraríamos con la intención de edificar una narrativa opuesta al discurso hegemónico sobre el pasado. Todas estas cuestiones se plantean bajo los términos del testigo, el otro y el subalterno, pero Gabriel Gatti va más allá utilizando la palabra víctima, ya que “la víctima no es el *otro*. Tampoco otro *cercano*, uno que podré ser yo si paso por desastre o catástrofe, la que fuere. Es un *uno mismo*, un *normal*” (*Un mundo de víctimas*, 2017, p. 27). Para el crítico,

víctima es un término de significados diversos, polisémico y sujeto a una enorme variabilidad. [...] No parece ni posible ni deseable proponer para él una definición sustantiva: como expresión de lo humano devastado, como el producto de cierta violencia, como un grado de relación con el dolor, como el sujeto del cuidado. Apostamos aquí por una definición que sea sensible a su historicidad. [...] Es, en fin, un sujeto expulsado, o sacrificado, o perdido para permitir que el conjunto del que por un acto de violencia extremo fue excluido y que le designa como tal víctima, la sociedad, alcance cotas mayores de progreso, paz, felicidad, integración o catadura moral.[...] La víctima ya no está fuera, ya no reside en el borde exterior del vínculo social para posibilitarlo; habita en el centro mismo (Ibíd., p. 38-39).

El espacio que habitaría esta víctima es difícil de definir, puesto que estaría en contacto con otros sujetos que también padecen o han sufrido algún tipo de violencia. Este lugar se representaría bajo la colectividad de un grupo heterogéneo que abarcaría distintas cuestiones pero bajo el mismo orden social.

Galo Bilbao Alberdi también utiliza el término víctima frente a testigo-otro-subalterno, ya que “desde el punto de vista ético su significado es más unívoco y preciso: aquella persona que padece un sufrimiento *injusto*, y, por tanto, provocado conscientemente y voluntariamente por otra persona o personas [...]. La injusticia que padece la víctima es precisamente un atentado a la dignidad humana” (*Un mundo de víctimas*, 2017, p. 331). Tanto Bilbao Alberdi como Gatti utilizan el término víctima

para designar a sujetos que, por las circunstancias en las que se encuentran, han sido denominados como los otros, los subalternos, pero debemos ser conscientes de la situación excluyente bajo la que se hallan y que existe la probabilidad que por cuestiones ajenas a uno mismo entremos a formar parte de este colectivo.

Actualmente, nos encontraríamos en la <<era del testigo>>, concepto desarrollado por Annette Wieviorka, o en la <<era de las víctimas>>, utilizado por Gabriel Gatti. Carlos Pabón, utilizando la idea desarrollada por la primera, expresa que en esta época han aparecido discursos testimoniales de afectados por algún tipo de trauma que intervienen e influyen en el discurso hegemónico. Esto se debe a que

hasta las primeras décadas después de la Segunda Guerra Mundial la figura del testigo era prácticamente inexistente para efectos tanto de la historiografía como para la esfera pública. Había personas desplazadas, refugiados, sobrevivientes, víctimas, pero no testigos. Fue a partir del juicio de Adolf Eichmann en Jerusalén en 1961, que se produjo gradualmente una transformación que dio al traste con la invisibilidad y marginación del testimonio y el testigo, y la cual le otorgó a la figura de la víctima una centralidad sin precedentes en la esfera cultural y política, particularmente en aquellas sociedades que han sido sacudidas por acontecimientos traumáticos de violencia extrema (2015, p. 11).

Para Gatti hoy estaríamos en la <<era de las víctimas>> “como categoría sociológica”, ya que son “ciudadanos que dejan de serlo por los efectos sobre ellos y sus vidas de una situación excepcional y siempre violenta” (Ibíd., p. 40). Por esta razón, Peris plantea que el surgimiento de la literatura testimonial está relacionada con las nuevas formas de expresión que busca el subalterno para que se escuche su voz y, así, dejar de transmitir su mensaje desde los márgenes (2014, p. 11). Lo más significativo dentro de esta evolución es

comprender que la eclosión de la literatura testimonial ha sido contemporánea de una creciente legitimidad de los supervivientes y, en general, de las víctimas de la violencia política como piezas clave en el relato de los acontecimientos históricos. [...] La eclosión de lo testimonial en los últimos años ha estado, sin duda, ligada a esos procesos, pero también a la necesidad de visibilizar, denunciar y dar cuenta de realidades políticas, sociales y económicas negadas por los Estados y las instituciones (Ibíd., p. 12).

Jesús Izquierdo Martín expresa que estas narrativas testimoniales son dinámicas compartidas “por distintas sociedades que dentro y fuera de nuestro continente han vivido las experiencias traumáticas y genocidas destacadas por la modernidad, y que se han dotado de relatos que les han dado visibilidad y reconocimiento” (*Un mundo de víctimas*, 2017, p. 167-168). De este modo, examinar y registrar el testimonio de las víctimas “permite a esta recuperar la libertad perdida [...] al convertirse en autor de su propia historia. Podemos hablar de una <<identidad narrativa>> de la víctimas. De hecho, hay muchas víctimas cuyo sufrimiento reclama no precisamente venganza sino narración” (Bilbao Alberdi, 2017, p. 338). Este punto recalca lo expresado anteriormente por Agamben y que hace referencia a Levi y su discurso. Mediante este nuevo canal comunicativo, las víctimas quieren dejar constancia de los acontecimientos que han parecido para hacer visible aquello que se quiere ocultar o distorsionar por parte de la clase dominante. Esto no implica que el objetivo de estas narraciones sea una venganza hacia el opresor, sino hacer y ser testimonio para recobrar la autonomía que han perdido.

9. El testimonio

En *La voz del Otro*, Achúgar explica que etimológicamente el término “testimonio” proviene del griego y posee el significado de “mártir”, “aquél que da fe de algo”, y supone el hecho de haber vivido o presenciado un determinado suceso. Entre los griegos, sin embargo, el uso de mártir no connota sufrimiento o sacrificio y atiende básicamente al hecho de ser fuente de primero mano” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 71). En latín, en cambio, “mártir adquiere el significado hoy vigente de aquel que da testimonio de su fe y sufre o muere por ello. [...] El término adquiere el sentido de conducta ejemplar” (Ibíd.). Hoy en día, siguiendo a la RAE, el vocablo adquiriría el significado de “atestación o aseveración de algo”. Para Yúdice el término testimonio “se refiere a muchos tipos de discurso, desde la historia oral y popular (*people's history*) que procura dar voz a los “sin voz” hasta textos literarios” (2002, p. 221). Como se puede observar, las definiciones de la palabra testimonio llevan implícitamente el término testigo, puesto que sin esta figura no podría existir.

Las diversas acotaciones que contiene el término testimonio hacen que éste se pueda desglosar en dos niveles: pragmático y enunciativo. En el primer nivel existen dos características primordiales de los discursos testimoniales: “la función ejemplarizante o de denuncia de un hecho o de una vida y la autorización letrada del testimonio de circunstancias, vidas o hechos que no son patrimonio de la historia oficial o que han sido ignorados” (2002, p. 70). En el nivel del enunciado, “es decir, en la escritura o en la transcripción del testimonio, particularmente en el del iletrado, donde se juegan algunos de los elementos centrales del testimonio, a saber: el registro de la voz del Otro y el llamado efecto de oralidad/verdad” (Ibíd.). Estos dos niveles hacen referencia al subalterno y a la omisión que sufre en el orden simbólico, ya que necesita al letrado para poder acceder a la esfera pública y a la historia oficial.

Como ha señalado Yúdice, los discursos testimoniales se pueden dar mediante la oralidad y/o la escritura. La primera se produce cuando un oyente escucha un suceso o un acontecimiento de una o varias personas que pertenecen a un colectivo. La razón por la cual se desarrollan estas historias tiene como fin “atravesar lo dicho, las rutinas y los lugares comunes, para abrir nuevas formas de decir” (Marinas, 2007, p. 9). De este modo, se entiende que el proceso comunicativo se da mediante la transmisión de las palabras que acompañan al discurso. El fin de este testimonio es acceder a todos los sistemas posibles para que la comunicación llegue a más sujetos.

El testimonio también se puede dar mediante la escritura, más concretamente mediante lo biográfico o autobiográfico. Por este motivo se dice que el testimonio vaga entre la biografía y la autobiografía formando parte de la antropología y de la literatura. Cuando se habla de antropología se entiende por el hecho de que narra unos acontecimientos que se encuentran ligados a una sociedad en particular y, a su vez, pueden verse corroborados. Achúgar expresa que el testimonio es una forma de narrativa popular donde tiene cabida la democraticidad y la no ficcionalidad (Beverly y Achúgar, 2002, p. 63). El protagonista es la voz narrativa desde la cual se expresan unos hechos acontecidos que, normalmente, representan a la clase social que ha sido apartada dentro de los marcos oficiales. Por lo tanto, tal y como apunta el crítico, serían las

“voces silenciadas por el sujeto central y que tenían otra historia que contar” (Ibíd., p. 65). De este modo se entiende que el testimonio inicia su propio espacio o discurso explicando la situación que ha experimentado. Esta idea plantea la dicotomía o el binomio entre la historia “oficial” y la “no oficial”, dado que “el testimonio se constituye como una forma de narrar la historia de un modo alternativo al monológico discurso historiográfico en el poder” (Ibíd.). Por lo tanto, surge una historia alternativa del testigo silenciado o excluido haciendo que “el testimonio o la historia del Otro correspondería en este sentido con la necesidad de consolidación de una identidad humana que el discurso hegemónico anterior ni posibilitaba” (2002, p. 67-68). El testimonio hace una denuncia sobre la marginalización, el silencio oficial y los excesos de poder que ha experimentado el testigo a lo largo de un periodo determinado. Yúdice, que recoge la idea de Barnet, explica que

la misión del escritor de testimonios es desenterrar historias reprimidas por la historia dominante, abandonar el yo burgués para permitir que los testimonialistas hablen por cuenta propia, recrear el habla oral y coloquial de los narradores-informantes, y colaborar en la articulación de la memoria colectiva. [...] Esta colaboración produce una solidaridad entre intelectual y ciudadano que merma la enajenación endémica en la vida cotidiana de las sociedades contemporáneas (2002, p. 221).

En este circuito comunicativo, la palabra adquiere un significado de compromiso con la historia y con la víctima, puesto que el testimonio y el letrado tienen que dar visibilidad al subalterno para que pueda acceder al orden público y cuestionar, así, al discurso hegemónico. Tal y como Marinas observa:

dar la palabra significa establecer un vínculo en el que la mención del pasado, la experiencia vivida, no se queda en mera notificación: en el mero hacer saber. Significa que quien escucha se hace depositario de la historia y, por consiguiente, ésta le seguirá incumbiendo, importando, aun en ausencia o en el caso de la desaparición del protagonista del relato (2002, p. 19).

Los distintos discursos que plantea el testimonio hace que Achúgar proponga dos líneas o tendencias. La primera sería el testimonio que quiere acceder a la esfera pública y “que intenta desalojar a aquel o aquella en el poder, y por otro, los testimonios que, sin negar lo anterior, aspiran al establecimiento por coparticipación” (2002, p. 64). Estas

dos líneas tienen como objetivo dejar de manifestar desde los márgenes una realidad silenciada y desplazada que solo es posible mostrar si el colectivo accede al discurso hegemónico gracias a la colaboración mutua o mediante la expulsión del grupo de poder.

En lo referente al género, Randall señala que se puede hablar de dos tipos de testimonios: *en sí y para sí*. En el primer grupo, *testimonio en sí*, se incorporaría “toda una literatura testimonial” (Beverly y Achúgar, 2002, p. 34) y, en el segundo, *testimonio para sí*, se encontraría “el testimonio como género distinto a los demás géneros” (Ibíd., p. 35). Para esta segunda categoría Randall propone unas características que se deben cumplir: el empleo de fuentes de primera mano, proporcionar un testimonio teniendo como protagonistas a los testigos de ese suceso, la rapidez de informar sobre el acontecimiento, es decir, buscar y relatar algo nuevo hasta ahora, el apoyo en fuentes o elementos secundarios y, por último, el valor estético del testimonio (Ibíd.).

Ignacio Irazuzta señala que “el testimonio es el lenguaje de la víctimas” (2017, p. 67) y, a pesar de la extensa bibliografía que recoge este ámbito, el autor señala tres sentidos en los que se pueden dividir. La primera percepción estaría relacionada con el ámbito político, puesto que “las víctimas son la consecuencia de un conflicto fundamental”. En segunda posición nos encontraríamos con el espacio comunitario, es decir, “la comunicación del dolor de la víctima. El lenguaje es aquí el propio relato de la persona sufriente” y, por último, tendríamos la percepción psicológica, “para el cual el lenguaje de la víctima es el instrumento para la certificación de su trauma [...]. En este sentido, el lenguaje produce víctimas científicamente certificadas pero su dolor no se proyecta en una pedagogía social de la reconciliación ni su testimonio rinde cuentas de un trauma colectivo” (Ibíd., p. 67-68).

El testimonio sería, por lo tanto, el discurso que emite la víctima o el testigo sobre un acontecimiento. Concretamente, el discurso testimonial tiene como objetivo denunciar unos abusos que se han cometido por parte de la esfera de poder sobre los más vulnerables. Para dar accesibilidad al subalterno en el orden público es necesario

que exista el letrado y que cuente, gracias al compromiso que adquiere, la historia omitida o silenciada por el marco oficial. A pesar de que el discurso hegemónico “incluye” a los *otros*, éstos no han tenido oportunidad de relatar sus vivencias y lo tienen que hacer desde los márgenes que les ofrece el sistema comunicativo. El inicio de su propio espacio discursivo ayuda a la creación de una democraticidad que es necesaria en la sociedad.

9.1 La concientización y el testimonio según George Yúdice

9.1.1 Estética de la concientización vs. representación

Existen diferentes factores que limitan el surgimiento del discurso testimonial, pero hay dos que destacan por encima del resto: la “pedagogía de los oprimidos” y la “teología de la liberación” (2002, p. 222). Ambas circunstancias hacen hincapié en la concientización, “es decir, [en] la adquisición de conocimiento de sí y del mundo que logran los grupos subalternos al enfrentarse a los discursos vigentes con su propia experiencia” (Ibíd.). Para que exista esta característica debe haber una interacción con los distintos textos, un cuestionamiento del mismo y, por último, que el letrado deje su puesto a los Otros como papel enunciante. Esto quiere decir que el poder ya no habla por el subalterno, sino que es él la voz de su testimonio y su verdad narrativa.

Tal y como apunta Yúdice, este cambio de sujetos conlleva también una permuta en el conocimiento, ya que “desde la óptica de la concientización, la adquisición de conocimiento, deja de concebirse en términos “bancarios”” (Ibíd., p. 223). Por esta razón, el acopio de información se encuentra en un segundo plano, puesto que la representación o la reproducción del otro no es lo primordial. Lo importante es que el subalterno adquiera conciencia sobre sí mismo y sobre su colectivo para manifestar los abusos sufridos. El letrado tiene que dejar paso al otro para que éste hable por sí solo.

La concientización es una labor que trabaja la teoría del conocimiento y “no oculta la desigualdad tras una universalidad formal” (Ibíd.). Todas las acciones se valoran de acuerdo al comportamiento o a la configuración que practican un colectivo dentro de la misma sociedad. De este modo, la concientización se refiere a las

actuaciones conscientes que se realizan en función de la forma común que posee un grupo de individuos.

Por otro lado, la concientización en contacto con la “pedagogía de los oprimidos” y la “teología de la liberación” otorga un significado tanto epistemológico como ético, ya que, por un lado, nos permite conocer el origen y localizar los límites del subalterno y, por el otro, averiguar las costumbres y las normas que coordinan esa comunidad. Para Yúdice la praxis es la “transformación del mundo”, es decir, es el desarrollo de la conciencia que hace “posible la construcción de una nueva sociedad” (Ibíd., p. 224). Esto quiere decir que la concientización está por encima de la representación, ya que, mediante las actuaciones conscientes, se da acceso al subalterno a la esfera pública iniciando, así, su propio espacio discursivo. En la representación, el letrado es la voz activa que traslada el enunciado del otro y, por lo tanto, impide que el subalterno tome conciencia sobre sí mismo y sobre el grupo en el que está inmerso. Lo primordial es que deje de hablar desde los márgenes del discurso, es decir, desde la representación, y tome un papel activo gracias a la concientización.

9.1.2 Testimonios representacionales

Tal y como sugiere Yúdice existe un binomio en cuanto a la historia del testimonio se refiere; por un lado, “el testimonio estatalmente institucionalizado *para representar*” y, por el otro, “el testimonio que surge como acto comunitario de lucha por la sobrevivencia” (Ibíd.). Asimismo, estas dos inclinaciones son capaces de convivir dentro de un mismo espacio comunitario y público. Es por esto que “el objetivo del testimonio es describir la reacción del pueblo ante esta representación disimuladora como recuperación de la concientización del pueblo” (Ibíd., p. 225), pero también, tiene la responsabilidad de que el receptor experimente y sienta lo que se plasma sobre los otros. A este tipo de testimonios Yúdice los llamó *representacionales*, puesto que su objetivo es representar a un colectivo para recuperar la concientización sobre él y, a su vez, que el lector perciba esa representación del mundo subalterno.

9.1.3 Testimonios concientizadores

Para Yúdice, los testimonios *concientizadores* son los “que surgen de luchas comunitarias a nivel local y cuyo propósito no es representar sino contribuir mediante su acción a la transformación local y concienical” (Ibíd., p. 226). Estos discursos hacen hincapié en “la creación de solidaridad de una identidad que se está formando en y a través de la lucha” (Ibíd.). Es por esto que la labor testimonial afecta directamente a la *autoformación* y a la *autoconciencia* del otro. Este discurso es imprescindible, ya que muestra concretamente la diferencia que existe entre el poder y el subalterno.

El discurso testimonial de los grupos oprimidos permite conocer el alcance histórico desde sus orígenes y declararse como un colectivo. Históricamente estos discursos han representado a diferentes subalternos como mujeres, indígenas, minorías, etc. que han mostrado su oposición al marco oficial y han reafirmado su conciencia como colectivo oprimido. Estos discursos testimoniales ayudan a comprender y a analizar cómo es el camino hacia la inclusión de estas comunidades.

9.1.4 El testimonio y la responsabilidad de la enunciación

En el apartado de *El testimonio y la responsabilidad de la enunciación* Yúdice explica que el propósito de este tipo de textos “no es la representación” (2002, p. 228), puesto que no sigue el modelo de novela realista a la hora de construir el progreso de los individuos. La intención o el deseo sería, siguiendo las palabras de Barbara Foley, “la ausencia de una resolución sentida que consolide coherentemente las particularidades de la narración conforme a un marco explicativo” (Ibíd.). Esto quiere decir que no existe en este tipo de discursos un yo homogéneo totalizador, sino más bien un yo fragmentado y heterogéneo que desea dar cuenta de su experiencia. Por esta razón, no existe un único camino y habrá tantos testimonios como subalternos.

Yúdice divide en dos grupos estos dos testimonios; por un lado, estarían los discursos que surgen del Holocausto y, por el otro lado, los latinoamericanos:

El Holocausto subvierte toda posibilidad de un discurso referencial; se trata de una experiencia allende al conocimiento y la creencia. Se invierte así el típico movimiento progresivo de la autobiografía, pues de la vida se pasa a la destrucción y la muerte. El testimonio popular latinoamericano, por otra parte, surge en

circunstancias en que la vida ha sufrido cambios irreversibles y está en vías de reconstrucción (Ibíd., p. 228).

9.1.5 El testimonio y el debilitamiento de la episteme moderna

En la sección de *el testimonio y el debilitamiento de la episteme moderna*, Yúdice advierte que en el testimonio donde existe la concientización no se pueden separar “los aspectos etnográficos e históricos (ciencia), los biográficos (moral) y los literarios (arte)” (Ibíd., p. 229), como sí ocurre en el resto de relatos de la sociedad moderna. Además, esta descentralización también se da en el concepto de subjetividad, ya que “el sujeto que se construye en la práctica testimonial es *dialógico*, no tiene fronteras internas definidas que lo determinarían rigurosamente según criterios de género sexual, etnicidad, raza, religión, clase social, etc.” (Ibíd.). El discurso lo que pretende es enfatizar esos elementos para hacer de ellos su esencia y actuar en el ámbito de lo ético. De este modo, el discurso testimonial hace hincapié en la pluralidad que existe entre ellos, puesto que no hay ninguno igual, y altera el “orden de las cosas” de los propios testimonios. Además,

esta acción [...] no revela la existencia de un nuevo “orden de cosas”, sino las relaciones de poder que subyacen este conflicto de discursos. Y, por lo general, la crítica postmoderna (hegemónica) tiene la desventaja de limitarse a investigar los márgenes del “orden de cosas” imperante sin preocuparse demasiado por la lucha por el poder vehiculado por el conflicto de discursos (Ibíd., p. 230).

9.1.6 El testimonio y la resistencia a la alteración

En *el testimonio y la resistencia a la alteración* Yúdice recupera las reflexiones sobre *écriture* que Derrida, Foucault y otros investigadores hacen sobre el vocablo. Para los críticos el término “es considerado como una práctica discursiva más honesta porque no sirve para legitimizar el dominio por medio de la proyección de un sujeto psicológico que suprime las diferencias. Puede considerarse esta *écriture* la autobiografía de un sujeto postmoderno que se borra en la inscripción de su aplazamiento” (Ibíd., p. 230). Sin embargo, esta *écriture* no tiene “el dominio apoyado por el sujeto psicológico” (Ibíd.) y, como consecuencia, el problema recae en que no se adquiere un compromiso con la otredad, puesto que no se toma específicamente la configuración del subalterno.

El discurso testimonial por su parte lo que desea es construir “una praxis solidaria y emancipadora. De ahí que la dicotomía verdad/ficción carezca de sentido para comprender el testimonio” (Ibíd., p. 231). El binomio yo/otro tampoco existe, puesto que la finalidad es narrar el conocimiento que los sujetos establecen en el conflicto por el cambio. Esto hace que ambos individuos se conviertan en un mismo *yo* dentro de la dialéctica, ya que el discurso testimonial tiene objetivo relatar los sucesos omitidos o modificados por parte del marco oficial.

9.1.7 Concientización y valorización

Según Yúdice, “el discurso testimonial concientizador se manifiesta como una lucha de evaluaciones, lucha en la cual se constituye un sujeto dialógico que subvierte los *grands récits* a la vez que proclama su propio espacio, su propia cultura emergente, su ética-estética en formación” (Ibíd., p. 234). Para el crítico Bajtín, el individuo se configura gracias al espacio que permite la reflexión y la comunicación entre sujetos de distintas condiciones. Este espacio discursivo crea alteraciones de carácter que dirigen las relaciones con la sociedad plural. Bajo esta cuestión Yúdice plantea dos tipos de discursos; el primero, acorde con la teoría que plantean Bajtín y Derrida, denominado *discurso representacional* y, el segundo, siguiendo a Kristeva y Didion, lo califica como *discurso postmoderno hegemónico*. El primer tipo de discurso “proyecta un destinatario absolutamente indefinido, “*otro* no concretizado” mientras que el discurso postmoderno hegemónico [...] deriva una *jouissance* del enfrentamiento con la heterogeneidad absolutizada que proyecta como su *otro*” (Ibíd.). Lo más significativo de ambos es que

en el primer tipo de discurso el otro queda excluido de los parámetros de la representación y sólo puede ser rescatado mediante una deconstrucción que reconoce que esa marginalidad es condición de posibilidad para la empresa representativa, es decir, su no ser hace posible el ser representado. [...] En el segundo se apoteíza la marginalidad excluida en el primer discurso pero sólo para experimentar la sublimidad del no ser que ella desempeña en lo imperante (Ibíd.).

El discurso testimonial tiene como finalidad comunicar la marginalidad y la opresión que ha experimentado por parte del marco oficial. El testimonio, de este modo, comienza su propio espacio discursivo traspasando la esfera privada y situándose en la

pública al denunciar unos acontecimientos silenciados. Se inaugura la comunicación y la negociación para conseguir derechos y permanencia del subalterno.

9.1.8 Testimonio y democratización

El objetivo del testimonio no es representar a sujetos ya designados, sino elaborar una práctica conscientizadora desde la cual exista un diálogo entre diferentes culturas y comunidades que transformen el discurso hegemónico. Este nuevo discurso debe permitir el flujo de distintos puntos de vista para que ese debate fluya y consiga congregar el máximo de colectividades posibles.

Si el discurso testimonial está en auge, es porque actualmente se le considera la “nueva política cultural” (Ibíd., p. 237). Esta política permite comprender que el testimonio es una lucha con relaciones sociales entre diferentes identidades que tienen como objetivo la transformación democrática de la sociedad a la que pertenecen.

10. El discurso testimonial

10.1 El compromiso de la memoria, su ética y el discurso testimonial

Como se ha planteado al principio de este apartado Giorgio Agamben clasifica en dos los tipos de testigos que nos podemos encontrar dentro de un discurso concentracionario. Sánchez Zapatero en *Escribir el horror (literatura y campos de concentración)*, al igual que el primer crítico, expresa que “no es lo mismo escribir sobre un hecho traumático a partir de referencias indirectas o documentación que hacerlo tomando como base los recuerdos y las sensaciones experimentadas al vivirlo” (2010, p. 93). De esta manera podemos decir que ambos críticos hacen diferencia entre *terstis* y *supersters* a la hora de analizar un discurso testimonial.

El principio elemental del discurso testimonial es “el imperativo de la transmisión de la verdad” (Parrau, 1995, p. 98) que sirve para comprender y respetar la memoria de las distintas sociedades que han sido silenciadas por el discurso hegemónico. Sin embargo, tal y como apunta Sánchez Zapatero, que recoge las palabras de Baer, los testigos son fundamentales en el testimonio, pero hay que tener en cuenta

que la literatura concentracionaria, aunque utiliza el *yo* a la hora narrar unos acontecimientos, lo que está haciendo es incluir y abarcar un grupo en su totalidad. (Baer, 2006, p. 49 en Sánchez Zapatero, 2010, p. 95). De este modo, la memoria “ha de interpretarse siempre en un doble sentido: es memoria porque procede del recuerdo personal, pero también es memoria porque permite recordar” (2010, p. 96). El término recordar adquiere, por lo tanto, dos acepciones también: “recordar a los que ya no están, a los que perecieron en los campos, y hace recordar a los demás, a quienes no han podido tener otra vías de información, lo que ocurrió en aquellos terribles escenarios” (Ibíd.).

Tanto la memoria como el recuerdo se encuentran ligadas a la necesidad. El crítico George Perec define la necesidad como “hablar, escribir son, para el deportado que regresa, una necesidad tan inmediata y perentoria [...]. No es cierto que pueda callar y olvidar. Primero tiene que recordar. Tiene que dominar ese mundo del que fue víctima” (Perec, 1992, p. 174 en Sánchez Zapatero, 2010, p. 98). Esta cuestión hace referencia a lo expresado al comienzo del apartado del término “Testigo” cuando Giorgio Agamben estudia la figura de Primo Levi. La necesidad del sobreviviente Levi es escribir con el objetivo de testimoniar y dar cuenta de los acontecimientos vividos y, a su vez, para crear conciencia sobre una realidad histórica. Además, el testimonio de Levi también da voz a aquellos que no consiguieron sobrevivir.

Siguiendo el análisis estructuralista que desarrolló Luba Jungerson, y que recoge Sánchez Zapatero, se puede decir que un discurso testimonial se puede diferenciar en dos niveles de escritura. En el primero estaría el “grado 0” y

sería el nivel latente en el que subyace el testimonio de la experiencia colectiva completa, incitado para ser difundido por la desaparición de todos los que forman parte de ella y habrían de convertirse, por lo tanto, en potenciales autores. El segundo, que recibe el nombre de “grado 1”, sería, utilizando de nuevo la terminología estructuralista, el nivel evidente, el que ha quedado realmente fijado tras el proceso de composición y el que, por tanto, ha llegado a los lectores. Este rol secundario de los supervivientes frente a los verdaderos protagonistas (2005, p. 541-542 en 2010, p. 102).

Sánchez Zapatero expresa que el compromiso de escribir un discurso testimonial de este tipo es tanto para evitar el olvido como para impedir el desconocimiento de futuras generaciones sobre el pasado (Ibíd., p. 104). De este modo, el testimonio posee dos objetivos bien diferenciados: por un lado, la lucha política y, por el otro, el cambio social que se quiere conseguir al enfrentarse al discurso hegemónico. La dimensión del trauma también se puede clasificar en individual o colectiva, puesto que como punta el autor, la magnitud de éste no solo damnifica al testigo en primera persona, también corresponde y se relaciona con el conjunto de identificaciones que pueden alterar “abruptamente las estructuras de la memoria colectiva que configuran la identidad de un grupo” (Ibíd., p. 105).

El testigo se convierte así en una fuente de información de lo que ocurrió en el pasado. La reconstrucción de las situaciones que un día vivió pueden ser aplicadas al presente, tomándolas como referencia para que no pueda ocurrir lo mismo, y dándolas “con ello un sentido de universalidad y ejemplaridad” (Ibíd., p. 108). Además, como se ha mencionado en el párrafo anterior, aunque se trate solo de un individuo particular sirve como prueba de lo que percibe todo un colectivo. Para Sánchez Zapatero, siguiendo a Gadamer, el discurso del pretérito en el presente se denomina “fusión de horizontes” y este fenómeno se determina por “la comprensión de la tradición abordada desde la situación presente del intérprete que se sitúa en la misma tradición, pero en una posición de distanciamiento que permite la introducción de una nueva perspectiva” (Gadamer, 1977, p. 377 en Ibíd.). Además, bajo este punto, Sánchez Zapatero recoge las palabras de Joan-Carles Mèlich señalando que

la lectura del texto transforma una subjetividad edificada sobre el principio de la libertad de autonomía, y la [re]forma éticamente, es decir, sobre la responsabilidad y la heteronomía, porque son éstos los principios de la subjetividad como cuidado del otro (...). Lo que el yo es lo es en relación al otro. Se puede responder al otro y del otro. La identidad humana se forja en las respuestas que se le da al otro (Ibíd., p. 109).

Dentro de la ética del testigo el crítico Sánchez Zapatero menciona que el “testimonio se convierte en una de las únicas fuentes de interpretación y conocimiento de la historia reciente, la voz de los supervivientes se cobra de responsabilidad y, para

responder a la autoridad de que ha sido investida, necesita responder a la verdad, criterio esencial de los textos autobiográficos” (Ibíd., p. 112). Como se ha trabajado en el apartado de dedicado a la autobiografía, Philip Lejeune, al respecto, apunta que el autor debe anunciar que los hechos que narra son verdad para que verdaderamente exista la autobiografía, es lo que el crítico denominó el pacto entre el autor y el lector. Además, autores como Manuel Alberca, Virgilio Tortosa, José María Pozuelo Yvanco y Loureiro señalan que el lector debe tomar el discurso testimonial como un texto no ficcional y creer lo que el autor tiene que contar sobre los hechos que se tratan dentro del mismo para que surja un entendimiento entre lector y autor. De este modo, la sinceridad es un elemento primordial dentro del testimonio autobiográfico, ya que “la sinceridad no depende de quien lee sino de quien escribe y, por tanto, no hay forma alguna de demostrar cuándo el autor dice la verdad y cuándo no en el relato de determinados aspectos de su vida privada, al receptor no le queda más alternativa que tomar por cierto lo leído para que la autobiografía tenga sentido” (Ibíd., p. 111). Por lo tanto, para comprender y aceptar que el discurso testimonial narra unos hechos verídicos tendremos que tener en cuenta al pacto entre el autor y el lector que menciona Lejeune cuando analiza la autobiografía. Al fin y al cabo, el espacio discursivo que comienza el testimonio y la autobiografía tienen como objetivo traspasar lo privado y unirse a lo público para crear conciencia y contar su propia historia. Mediante este circuito comunicativo, la palabra adquiere un significado de compromiso para establecer la democraticidad que desde los márgenes no es posible alcanzar. Los términos de sinceridad y confianza dentro del discurso testimonial son determinantes, ya que son “un halo de legitimidad para hablar de sucesos que sólo ellos han vivido y que, por tanto, sólo ellos tienen la oportunidad de recuperar para el conocimiento de la sociedad” (Ibíd., p. 112).

El requisito de la veracidad al narrar los hechos traumáticos hace que aparezcan dificultades a la hora de analizar y evaluar un discurso de esta índole. El primero de ellos estaría relacionado con la lengua en sí, puesto que el autor se ve obligado a utilizar un lenguaje cotidiano para describir el horror. Dentro de este proceso, la búsqueda de sinónimos en el lenguaje ordinario es el epicentro para expresar algo que es imposible de plasmar. Sobre esta cuestión Sánchez Zapatero detalla que “al carecer de referentes con los que comparar su experiencia, los supervivientes que se decidieron a escribir

constataron la imposibilidad de transmitir a través del lenguaje convencional la verdadera esencia del horror vivido” (Ibíd., p. 115).

La segunda dificultad estaría relacionada con el planteamiento posmoderno de que no existe una única verdad. El testimonio del testigo sería uno de los puntos de vista de ese suceso concreto, pero no el único y, de este modo, no se podría tener en cuenta como un todo absoluto, perdiendo así fuerza en la veracidad de los hechos bajo un colectivo o individuo que desea transmitir un horror acontecido.

El tercero y último problema está relacionado con los recuerdos y su inexactitud, dado que el testigo escribe reconstruyendo sus vivencias desde una situación traumática. Esta cuestión evidencia que “el pacto de veracidad que ha de cumplimentar el receptor para tomar lo leído como cierto no ha cifrarse en parámetros de referencialidad, sino de sinceridad” (Ibíd., p. 116). Sánchez Zapatero recoge la teoría diseñada por Renaud Dulong para explicar que a este tipo de textos se los denomina “testimonio histórico” y que nada tienen que ver con el “testimonio ordinario”. *El testimonio histórico* tiene como objetivo “convertirse en ejercicios a favor de la memoria ejemplar [...]. Se pretende que el infierno personal relatado se convierta en material para la reflexión, [...], dimensiones de universalidad que le hagan trascender de las coordenadas espaciales y temporales en las que se produjo” (Ibíd., p. 119). Sin embargo, para que se desarrolle esta actuación ejemplar es imprescindible que traslade a los lectores la magnitud de los hechos que vivió. La escritura, por lo tanto, se encontraría aquí en una dicotomía, ya que por un lado, no tiene “la fuerza emotiva y la capacidad de impacto instantáneo de la imagen, [...], [y, por el otro, es] incapaz de transmitir con palabras convencionales una realidad que se puede experimentar pero no conceptuar” (Ibíd.).

La inefabilidad es una de las tantas cosas que tiene que superar el testigo para poder llegar a cabo su discurso. Este término estriba en que “no puede ser comprendida ni transmitida por quien la sufre, único en condiciones de comunicarla” (Ibíd., p. 122) y, como consecuencia, tanto las palabras como la escritura nunca podrán reflejar ni transmitir al lector la crueldad experimentada por el testigo.

La idea del silencio en estos discursos tiene que ver con “la tensión entre la inefabilidad del fenómeno y el imperativo moral y personal que obliga a dar cuenta de él” (Ibíd., p. 128). De este modo, el silencio es un elemento alegórico cuyo símbolo estaría representado por la muerte y el fin. Además, “la transcendencia que puede otorgar el artificio se debe a que la actividad estética tiene una gran capacidad para concentrar la experiencia de lo humano. De ahí que se considere que, [...], el artificio puede convertirse en mejor transmisor de lo “indecible” que el testimonio referencial” (Ibíd., p. 130-131). De este modo se puede decir que el discurso testimonial es la historia de los oprimidos que quieren dar cuenta sobre una realidad silenciada o distorsionada por el grupo hegemónico. Mediante la escritura de los hechos vividos desean que la sociedad conozca la crueldad que han experimentado y los abusos que se han cometido en materia de derechos humanos. El testimonio aspira a convertirse en el instrumento de cambio social, político y cultural, pero debemos ser conscientes de que el lenguaje ordinario que se utiliza en estos discursos no puede abarcar el problema en su magnitud, la inefabilidad, puesto que no existen palabras que realmente engloben el sufrimiento experimentado por las víctimas. El discurso testimonial invita a universalizar, a crear conciencia sobre el pretérito y a reflexionar sobre la extralimitación de la que se ha beneficiado el marco oficial para poder llevar a cabo la mercantilización y la cosificación del subalterno.

10.2 El discurso hegemónico y la literatura testimonial

Tal y como plantea Rene Jara en el prólogo del libro *Testimonio y literatura*, “ el testimonio parece hallarse más cerca de la historiografía que de la literatura en la medida en que apunta hacia hechos que han ocurrido en el pasado y cuya autenticidad puede ser sometida a pruebas de veredicción” (1986, p. 1). Como se ha explicado anteriormente, los personajes de la literatura testimonial son seres que han experimentado la crueldad por parte del grupo hegemónico, son seres a los que se les ha prohibido su derecho a la vida, a la libertad, a la prosperidad. Por este motivo, el testimonio debe luchar contra la opresión y producir “una deconstrucción brutal de las versiones tranquilizadoras que emanan de los departamentos de estado y de la democracias cauteladas” (Ibíd., p. 3).

La diferencia entre la literatura¹⁴ basada en hechos reales y la historiografía, en relación al testimonio, radica en que la primera es una manifestación artística que tiene una función poética para transmitir al lector una sensación de belleza, mientras que la segunda analiza y estudia la historia para averiguar cómo se ha estructurado y qué procesos se han dado en la sociedad, en la política, en la cultura, etc. El problema de incluir el discurso testimonial en este tipo de literatura estriba en la ficcionalidad en la que se basa la última para crear ese mundo imaginario. Ese universo ficticio o de ficción, y que por lo tanto es engañoso, funda una realidad falsa sobre los sucesos históricos que supuestamente tratan, ya que caen en representaciones estereotipas que en su mayoría tienen un final feliz. Aunque tanto este tipo de literatura como el testimonio tratan sobre un mismo suceso histórico, no podemos olvidar que uno de los objetivos del testigo es crear conciencia y abrir un nuevo debate sobre cómo ha sido abordado el tema por parte del marco oficial. Por esta razón, el discurso testimonial está dentro de la historiografía, puesto que los acontecimientos que se narran pueden ser examinados y comprobados.

Siguiendo el modelo que se plantea en *La historia y la voz del otro* dentro del discurso testimonial nos podemos encontrar con dos niveles; por un lado, el pragmático y, por el otro, el enunciado. El análisis pragmático estaría destacado por dos principios: el primero sería cuando el texto realiza una función ejemplificadora o se denuncia un suceso dentro del discurso oficial y, la segunda, tendría como objetivo dar voz a los excluidos que habrían sido silenciados por parte del poder de aquel tiempo. En el nivel del enunciado, “es decir, en la escritura o en la transcripción del testimonio, particularmente en el iletrado, donde se juegan algunos de los elementos centrales del testimonio, a saber: el registro de la voz del Otro y el llamado efecto de oralidad-verdad” (*La historia y la voz del otro*, 2002, p. 70).

La literatura juega un papel muy importante en el testigo y en el testimonio, ya que es la misma la que nos ofrece una visión nueva del discurso. De este modo, la literatura se convierte en memoria que impide que tanto el testigo como el testimonio

¹⁴ En este punto estoy haciendo referencia sólo a la literatura “basada” en hechos reales, concretamente a la que está ambientada en el Holocausto, la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Civil española.

pasen al olvido. Según Martínez Gutiérrez, “la literatura, en un territorio sin pasado propio, se convierte en el espacio para la memoria, en el espacio consciente que evita el olvido; máxime tratándose de un pasado traumático a nivel mundial y colectivo, cuya presencia poderosa definía la vida de estos hombres y mujeres” (2002, p. 13).

Por lo tanto, la literatura debe entenderse como el vehículo de transmisión de la memoria que cuestiona el discurso oficial y lo que éste último ha omitido. Siguiendo la teoría planteada, nos encontraríamos ante el contradiscurso, ya que nace de la idea de recreación de la memoria pasada con el fin de contradecir el discurso oficial proyectado por las esferas de poder y, por lo tanto, hegemónicas. Además, se debe considerar la memoria como la base del discurso narrativo, dado que sin ella no existiría la literatura testimonial y, también, “la insatisfacción de la costumbre, la ruptura con la costumbre, la voluntad de cambio” (Ibíd., p. 17). Es por esto que “los tiempos de la memoria podrían así entenderse como aquellos que tienden a reemplazar los de la historia. <<Historia>> y <<memoria>> señalarían así dos relatos diferentes del pasado y, vistos en secuencia, un cambio social, un pasaje de un tiempo a otro” (Irazuzta, 2017, p. 53).

En opinión de De la Calle y Redero San Román, tanto la historiografía española como la europea, se ha preocupado por la memoria que las guerras han causado a los vencidos, “primero como fuente oral, después como objeto de investigación” (2006, p. 14) advirtiendo que

la memoria se modifica con el tiempo y por eso es importante estudiar la transmisión y reinterpretación de los recursos históricos cómo <<construcciones culturales>>: cómo han ido cambiando las <<representaciones colectivas>> de la guerra, los <<usos>> que se han ido haciendo del pasado, el proceso por el que los conflictos e intereses del presente operan sobre la historia (Ibíd., p. 14-15).

Según Sánchez Zapatero, el acto de recordar “parece haberse convertido en una de las obsesiones de las sociedades contemporáneas, hasta el punto de que no resulta descabellado referirse a la actual como “era de la memoria”” (2010, p. 23). Este énfasis en recordar indica que existe una obligación en no olvidar los actos de barbarie que marcaron el siglo XX para evitar volver a repetir los mismos errores. De este modo,

la memoria se ha dotado así de una ejemplaridad que la ha hecho susceptible de mostrar los errores pretéritos y de, consecuentemente, convertirse en magisterio destinado a no olvidarlos, adquiriendo una dimensión dual por la que no solo permite recordar, sino también ser recordado a quien la ejecuta (Ibíd., p. 24).

Por otro lado, tanto la escritura como la memoria son términos que están relacionados entre sí. En primer lugar, “a cómo la interpretación de la experiencia que supone el recuerdo podía convertirse en generador expresivo y, por el otro, a cómo la transmisión escrita ayuda a perpetuar determinados aspectos del pasado” (Ibíd.). Bajo esta cuestión, la literatura es capaz de “hacer memoria”, ya que puede “convertirse en un discurso portador de valores que trasciendan lo meramente estético y que ayuden a configurar la visión que las sociedades tienen de sí mismas” (Ibíd.).

El crítico Irazuzta en *Un mundo de víctimas* expresa que “memoria y víctima son conceptos que aluden al devenir contemporáneo sobre las representaciones del pasado y las formas de producirlo [...]. La ratificación del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional 2002 que establece el carácter imprescriptible de los crímenes de lesa humanidad, dan validez universal a un tipo de memoria fundada en el trauma” (2017, p. 52). Bajo esta cuestión el autor apunta que “los tiempos de la memoria podrían así entenderse como aquellos que tienden a reemplazar los de la historia. <<Historia>> y <<memoria>> señalarían así dos relatos diferentes del pasado y, vistos en secuencia, un cambio social, un pasaje de un tiempo a otro” (Ibíd., p. 53). Esta afirmación viene expresando lo que se lleva planteando desde el comienzo de este trabajo. La historia está escrita y es transmitida por el grupo hegemónico que ha distorsionado y/o silenciado unos sucesos donde se han vulnerado sistemáticamente los derechos del subalterno. Gracias al testimonio podemos saber y aprender realmente cómo se han producido esos acontecimientos. El discurso testimonial permite rememorar a la víctimas y recordar a los ejecutantes a la vez que muestra los errores que se han cometido con el fin de que la ciudadanía no los olvide y no los vuelva a cometer.

Una de las funciones de la literatura es, por lo tanto, “convertirse en un discurso alternativo capaz de transmitir una interpretación de la historia diferente a la que se quiere imponer y de dar voz a aquellos a los que se pretende callar” (Ibíd., p. 25). De esta manera, se transforma en “un instrumento destinado a hacer perdurar experiencias y acontecimientos. [...] [Siendo] capaz de dar voz y hacer presente en la historia a quien ha sido obligado a salir de ella” (Ibíd., p. 25-26). Por consiguiente, gracias al poder de fijación, la literatura permite, por un lado, recordar la experiencia sufrida por el subalterno y por el colectivo al que representa y, por el otro, nos enseña a interpretar los acontecimientos originados y las consecuencias que han tenido en distintas generaciones, convirtiéndose, de ese modo, en memoria activa. No obstante, la literatura necesita apoyarse en otras disciplinas para que ese discurso consiga un significado íntegro y, así, se entiendan “los condicionamientos sociales y biográficos que moldearon su escritura y con la tradición intercultural a la que pertenece” (Ibíd., p. 29).

Centrándonos y poniendo como ejemplo la política del nacionalsocialismo, su contradiscurso surge por la falta de información en torno a los campos de concentración que hacía imposible que la sociedad creyese que los pocos datos que se difundían sobre los abusos que se cometían fuesen ciertos. Sobre esta situación Primo Levi escribió en el prefacio de *Los hundidos y los salvados* que

es significativo que este rechazo hubiese sido confiadamente previsto por los propios culpables; muchos sobrevivientes [...] recuerdan que los soldados de la SS se divertían en advertir cínicamente a los prisioneros: << De cualquier manera que termine esta guerra, la guerra contra vosotros la hemos ganado; ninguno de vosotros quedará para contarlo, pero incluso si alguno lograra escapar el mundo no le creería. [...] Aunque alguna prueba llegase a subsistir, y aunque alguno de vosotros llegara a sobrevivir, la gente dirá [...] que son exageraciones de la propaganda aliada [...]. La historia del campo seremos nosotros quien la escriba >> (Levi, 2000, p. 6).

Este pasaje demuestra cómo el grupo hegemónico poseía el control absoluto del discurso, el poder de escribir la historia y la memoria. El resultado de esta privación origina la eclosión de

tres niveles dentro de la dimensión social de la memoria. En consecuencia, es posible hablar de “memoria impedida”-compuesta por los conocimientos y símbolos que no pueden llegar

a la sociedad-, de “memoria manipulada”- formada por aquellos acontecimientos del pasado cuya interpretación es voluntariamente deformada- y de “memoria obligada”- integrada por los elementos que se transmiten de forma sistemática y en ocasiones obsesiva a la ciudadanía- (Sánchez Zapatero, 2010, p. 38).

El grupo hegemónico era quien tenía el pleno dominio del pretérito. Esto significa que el marco oficial ha sido el responsable de contar los acontecimientos históricos que hoy en día conocemos. Como consecuencia de este dominio, también se puede decir que la memoria ha estado subordinada al poder. Bajo esta cuestión Sánchez Zapatero expresa que “el hecho de que uno de esos grupos controle de forma sistemática la información, y con ella la interpretación histórica, convierte a la memoria del otro en “imperativo moral”” (Ibíd., p. 40-41). Por esta razón, el testimonio es necesario para conocer aspectos del pasado que no han sido contados. El discurso testimonial da voz al subalterno y denuncia el método cruel del sistema hegemónico que ha oprimido al pueblo y ha impedido la lucha de clases.

10.3. La repetición compulsiva y la elaboración del trauma

Dominick La Capra diferencia dos perfiles para aludir al concepto de trauma; “la primera, [...], culmina con el proceso de “elaboración”; la otra se aferra a la negación y acaba en “acting out”” (2005, p. 155). Igualmente, el crítico especifica que ambos términos, elaboración y acting out, fueron acuñados por Freud en su propósito de ayudar a la historiografía. Para el segundo autor, “la transferencia es fundamentalmente un proceso de repetición: específicamente la repetición de la escena edípica en la vida posterior” (Ibíd., p. 155-156), mientras que para La Capra, “la transferencia significa fundamentalmente implicación en los problemas que uno aborda, [...], entrena la repetición de fuerzas y movimientos activos en esos problemas” (Ibíd., p. 156). Como se puede observar, la transferencia del trauma no es visto de igual forma en los dos autores. Para Freud la transmisión solamente se da entre el padre y el hijo, la escena edípica. LaCapra señala que el trauma del otro es posible que contamine al resto de asistentes, es decir, la transferencia se da entre todos los participantes, de ahí su “tan mentada contagiosidad” (Ibíd.).

LaCapra define el *acting out* como “la repetición e, incluso, con la compulsión a la repetición: la inclinación a repetir compulsivamente algo. [...]Es algo patente en la gente afectada por algún trauma. Suelen volver a vivir el pasado, están acosados por los fantasmas o transitan el presente como si estuvieran todavía en el pasado” (Ibíd.). Por otro lado, la *elaboración* no significaría “significa aceptar el trauma, incluidos sus ínfimos detalles, y combatir de manera crítica la tendencia a ponerlo en acto, reconociendo incluso por qué el *acting out* puede ser necesario y, en ciertos aspectos, conveniente o imperioso al menos” (Ibíd., p. 157). Gracias a la *elaboración*, el individuo aspira a superar el trauma, ya que el pretérito es visto como un ente diferente al presente y al futuro. Esta cuestión impide que el ahora esté impregnado por el pasado y evita la transferencia del trauma. De este modo,

elaborar no significa evitar, conciliar, olvidar simplemente el pasado ni sumergirse en el presente. Significa aceptar el trauma, incluidos sus ínfimos detalles, y combatir de manera crítica la tendencia a ponerlo en acto, reconociendo incluso por qué el *acting out* puede ser necesario y, en ciertos aspectos, conveniente o imperioso al menos (Ibíd.).

Por otro lado, cabe diferenciar ambos términos, ya que entre ellos no existe una partición, sino una interacción. Bajo esta cuestión La Capra indica que

en los textos críticos recientes [...] hubo tal vez una preocupación excesiva por el *acting out*, por la compulsión a la repetición; se solía ver ese proceso como un modo de impedir la clausura, la conciliación y cualquier noción de cura fácil pero, por esa misma razón, se caía en eliminar o empequeñecer cualquier otra respuesta posible o en identificar lisa y llanamente toda la elaboración con la clausura, la totalización, la cura o el dominio pleno. El resultado es una paralizadora lógica del todo o nada, que entraña un doble vínculo: o bien se cae en la totalización y la clausura que uno rechaza, o en el *acting out* y la compulsión a la repetición (Ibíd., p. 158).

Tanto el *acting out* como la *elaboración* influyen de diferente manera en la labor que el historiador tiene que hacer. El crítico menciona que, durante el estudio del trauma, el observador puede desarrollar diferentes inclinaciones: “la primera es la identificación plena con los que participaron del proceso. [...] la idea de objetividad

total. [...] También existe la posibilidad de que el historiador [...] llegue al extremo de identificarse totalmente con la víctima” (Ibíd., p. 159). Si se da la segunda identificación, quiere decir que la empatía a llegado “al punto de la fascinación o la identificación, en la cual uno se transforma en una especie de víctima sustituta y asume la voz de la víctima” (Ibíd.).

Por otro lado, LaCapra señala que

en el acting out, uno vuelve a vivir el pasado como si uno fuera el otro, incorporándose como otro al pasado: uno está totalmente poseído por el otro o por el fantasma del otro. En la elaboración, uno intenta tomar una distancia crítica que le permita participar de la vida de presente, asumir responsabilidades, lo que no quiere decir que uno trascienda totalmente el pasado (Ibíd., p. 160).

Por lo tanto, tal y como menciona La Capra, el término *acting out* implica una evocación compulsiva del trauma que impide separar las unidades temporales, ya que el pasado es presente y es futuro. Esta rememoración imposibilita la superación del trauma. La *elaboración* también se basa en la repetición, pero evita lo compulsivo. La gran diferencia entre ambos términos radica en que el segundo vocablo acepta el trauma y desea superarlo gracias a que evita conectarlo con el presente.

10.4 El testimonio contemporáneo

El crítico Hugo Achugar parte de la obra *Vidas paralelas* de Plutarco para explicar que el historiador griego deseaba contar en paralelo dos vidas con el fin de enseñar y mostrar más información. El testimonio latinoamericano también narra de igual modo pero “no para identificar sino para confrontar, distinguir y no asimilar. Su deseo es desmontar una historia hegemónica, a la vez que desea construir otra historia que llegue a ser hegemónica” (2002, p. 62). Plutarco, a la hora de elaborar su discurso, “compara, acerca y distingue pero dentro de un movimiento general de homogeneización que parte del mito y la leyenda y termina construyendo una historia que circulará como historia oficial” (Ibíd.). A diferencia de lo planteado por Plutarco, el discurso testimonial contemporáneo se basa en sucesos omitidos y/o silenciados por el grupo hegemónico, es decir, la historia oficial. Lo que pretende el subalterno al contar

su historia es los receptores interioricen y asimilen esos acontecimientos y que recuerden tanto a las víctimas como a los autores del conflicto.

Ambos discursos tienen una característica común, la ejemplaridad. Esta función ejemplarizante es lo que Plutarco denomina “propósito saludable”. Para Achugar, “lo ejemplar radica en el testimonio mismo, es decir, en el hecho de que el informante se “anime” o “tenga coraje” de dar su testimonio” (Ibíd., p. 71) mientras que para Plutarco, la ejemplaridad es “la abrumadora evidencia que la “verdad” de los hechos trae a la argumentación y a la narración” (Ibíd.). Además, como se ha mencionado anteriormente, la escritura del discurso testimonial tiene como fin fijar los sucesos que han sido omitidos y, a su vez, la característica ejemplarizante, dado que muestra los errores del pasado y “no opera como una reafirmación del sujeto central del discurso dominante sino como un elemento erosionador” (Ibíd., p. 72).

Por otro lado, Plutarco en su discurso percibe lo paralelo como ““uno al lado del otro”; es decir, no identificación pero sí correspondencia, similitud, afinidad” (Ibíd., p. 74). Bajo esta cuestión Achugar explica que “mi escritura “paralela” la previa escritura de los otros, mi narración corresponde con la narración previa, a la vez que se distingue a nivel del individuo pero no del sujeto ideológico. Se ha dicho: “el estilo es el hombre” pero bien se podría decir “el discurso es el sujeto” (Ibíd.). En este punto es donde se ve una clara dicotomía entre el Otro y yo, puesto que se crean dos narradores y dos historias.

En oposición a lo que Plutarco entendía en *Vidas paralelas*, el discurso testimonial es la concientización del subalterno y del letrado en una misma dimensión, ya que “el primer enunciado establece un espacio, una escritura, que el segundo enunciado recorre, vuelve a correr, intentando la mimetización o la fusión con el Otro, con el enunciado “enunciado” por el Otro” (Ibíd.). Por esta cuestión, Achugar explica que “el testimoniante y el mediador enuncian un discurso que siempre presupone dos textos: el primario o protestimonio (una suerte de “ur-text”, al decir de Eleonora Basso, o “avant-texte”, según Lejeune) y el definitivo o testimonio escrito. El primero, en la

abrumadora mayoría de los casos, oral y el segundo escrito” (Ibíd.). De esta forma la teoría planteada por Plutarco no sería válida, ya que lo que se pretende con el testimonio no es poner en paralelo vidas diferentes sino tener “una narración y dos enunciados, uno oral y otro escrito; dos individuos y quizás un sujeto” (Ibíd.).

Por otro lado, Achugar plantea que el “efecto de la oralidad” es uno de los núcleos del testimonio, ya que

su contribución al llamado “efecto de oralidad”, o “efecto documentar” según otros, o como preferimos llamarlo “efecto de oralidad/verdad”. Y aquí es donde el análisis del nivel del enunciado y del nivel pragmático se hace uno pues lo que ocurre supone una interacción de ambos niveles. La permanencia o huella de la oralidad permite generar en el lector la confianza [...] donde la ficción no existe (Ibíd., p.75).

De este modo, el discurso testimonial también demanda la aceptación de la verdad por parte del receptor y, por lo tanto, el efecto de oralidad permite un diálogo y un debate entre el sujeto hablante y el interlocutor. Los vectores existenciales del testimonio permiten la identificación de los hechos en no ficcionales y las intenciones comunicativas de los individuos actantes se corresponden a la lucha y a la participación del poder subordinado. Achugar explica que “la preservación de la voz del Otro es la preservación de la historia del Otro” (Ibíd., p. 78) y, bajo esta cuestión, debe existir un diálogo donde la voz de los excluidos sea escuchada para tomar conciencia a la hora de escribir la historia de todos y no solo de unos pocos.

11. El discurso femenino como un relato de ausencias

Como se ha comprobado en los apartados anteriores el testigo y el texto testimonial son una fuente de información importante que se debe de revisar con el fin de escribir un nuevo discurso que ha sido marginado por la historia oficial. El género femenino, a lo largo de la misma, ha sido desplazado como sujeto hablante por el hecho de ser mujer. Uno de los objetivos principales de la Historia ha sido recolectar datos, episodios, actores, etc. con el fin de conservar y construir una memoria colectiva. Galdona Pérez explica que “un pueblo sin Historia es un pueblo con media identidad,

puesto que desconoce, no sólo su origen, sino también, la conformación misma de su razón” (2001, p. 32). De este modo, el ser humano necesita recuperar su pasado para crear un nuevo conocimiento y, así, poder desarrollar su verdadero ser. El texto testimonial, como consecuencia, ayuda a la recopilación de la memoria colectiva, pero, como se ha mencionado, el discurso oficial ha sido escrito por el género masculino, relegando a un segundo plano a la mujer y dejándola sin voz en la construcción del pasado.

Por otro lado, como apunta la misma autora, “la literatura ha sido siempre parte inseparable del Relato Oficial de la Historia que la enmarca y que la inspira” (Ibíd., p. 34). Por esta razón, es erróneo separar la literatura y la historia. Ambas disciplinas se enriquecen mutuamente e integran perspectivas distintas que ayudan a la comprensión del marco sociohistórico. Las corrientes y la producción literaria, por ejemplo, muestran las transformaciones sociales, políticas y humanas de la realidad de una época determinada. Esta interdependencia conlleva una aproximación más certera de la sociedad, la política, el ser humano y la evolución del pasado.

El canon literario, en sus orígenes, sólo tenía presente a los varones occidentales. El género femenino, tradicionalmente, estaba enlazado al rol de ama de casa, como madre y esposa, y, como consecuencia, su participación estaba relegada sólo al ámbito privado. Aquella concepción significaba tanto la marginación social como la incapacidad para llevar la misma tarea que un hombre. Por este motivo, numerosas mujeres que se dedicaban a la escritura utilizaban un pseudónimo para firmar sus publicaciones. El anonimato era su derecho a la palabra, dado que todo lo que producían estaba considerado como literatura menor. Un claro ejemplo son las autobiografías y los diarios personales que, según los críticos, carecían de relevancia. Martínez Gutiérrez observa que

las autobiografías de mujeres han sido generalmente consideradas literatura menor, espacio de voces estridentes y de romanticismo exaltado, carente de relevancia histórica. Autobiografías obsoletas de las que la crítica no tiene nada que decir, estereotipadas crónicas sentimentales que son vistas como dibujos de almas sacrificadas o fieles compañeras de grandes hombres (2002, p. 29).

Sin embargo, la observación de Martínez Gutiérrez también se puede aplicar a los diarios personales. Éstos eran considerados, también, literatura menor al creerse que en ellos se reproducían situaciones insignificantes. No obstante, se ha comprobado que son documentos con gran valor sociológico, antropológico e histórico.

Según Lola Iturbe en el libro *La mujer en la lucha social y en la guerra civil de España*

después de la caída del reinado de Isabel II, dos años más tarde, en 1870, España revivió un breve período de liberalismo. [...] En 1868, se fundó en Barcelona el Ateneo Catalán de la clase obrera.[...] En un documento publicado por ese Ateneo en 1870 van las firmas de numerosas mujeres; entre ellas las siguientes: Josefa Marsal Anglora, María Pineda, Eugenia Marsal, Clemencia Puig, Tadea Espinal, Teresa Buttini, Adelina Estivil, Petronila Pellicer, Consuelo Olivares, [...] (2012, p. 43).

De este modo, se puede decir que a finales del siglo XIX, en Cataluña, las mujeres iban cada vez más participando en la esfera pública. Por lo tanto, poco a poco, fueron dejando el ámbito privado para incorporarse al público.

Centrándonos en la España de principios del siglo XX, siendo rey Alfonso XIII, cabe decir que en comparación con Francia, Inglaterra y Estados Unidos, el país se encontraba mucho más atrasado, sobre todo en el ámbito cultural y económico. El Estado se caracterizaba por los discursos de poder que marcaban tanto la aristocracia militar como el clero, haciendo que más de la mitad de la población quedase excluida, ya que muchos trabajaban como campesinos y eran analfabetos. Pero, ¿dónde se encontraban las mujeres?, como apunta Martínez Gutiérrez “la población femenina común todavía estaba lejos de las influencias de las sufragistas inglesas o americanas, o de las feministas francesas. La mujer española seguía todavía ajena a sus derechos” (2002, p. 8). La iniciativa de María de Maeztu, Victoria Kent, Isabel Oyarzabal y Zenobia Camprubí de fundar el Lyceum club de Madrid en 1926, dio espacio a que las mujeres se reunieran para comentar e intercambiar ideas acerca de la sociedad, el arte, la política, etc. Asimismo, se consideró un lugar donde las mujeres de distinta clase social estaban en contacto y, por lo tanto, el enriquecimiento que adquirirían era mucho mayor

que el de los varones. Sin embargo, como observa Martínez Gutiérrez, todavía se encontraban lejos de los movimientos feministas europeos y americanos por el “rechazo y la oposición con que España se enfrentó a dos fenómenos europeos [...]: las doctrinas ideológicas que inspiraron la revolución francesa y los cambios económicos producidos por la revolución industrial” (2002, p. 40).

En 1931, la llegada de la Segunda República dio esperanza a la sociedad hacia un cambio más moderno y progresista. Según Martínez Gutiérrez en su obra *Las intelectuales: de la Segunda República al exilio*,

la Segunda República conllevó, como régimen liberal, la feminización del discurso, dando cabida a la mujer en la esfera pública y promoviendo su acceso a la política y a la independencia económica y social. La guerra acrecentó este ingreso en la vida pública porque mezcló los espacios públicos y privados e incorporó a la mujer a la organización militar, al frente y a la fábrica (2002, p. 18).

De este modo se entiende que la participación de la mujer en el ámbito político aumentó, ejemplo de ello son Margarita Nelken y Dolores Ibárruri, entre otras muchas. Además, por primera vez en la historia de España, las mujeres consiguieron el derecho al voto, lo cuál significaba que ellas participarían en la elección de representantes. Tal y como apuntan, Altmann, Bernecker y Vences

las mujeres llegaron a experimentar los efectos de la Guerra Civil particularmente. La IIª República (1931-39) había traído consigo unas mejoras notables para la posición social de las mujeres, como eran el matrimonio civil, el derecho de divorcio o el sufragio femenino. En cambio, el franquismo designó como papel supuestamente “natural” de la mujer el de ser ama de casa y madre, y percibió a la mujer como inferior al hombre. En consecuencia, las mujeres se vieron privadas de derechos fundamentales, tratadas como ciudadanas de segunda clase y se les negó cualquier libertad sexual (2009, p. 50).

Por otro lado, Lola Iturbe apunta que las mujeres catalanas, en este caso, tomaron parte activa en la Guerra Civil. Como es sabido, la mayoría de mujeres milicianas han pasado desapercibidas, y sólo algunas han sido reconocidas. Iturbe afirma que

inmediatamente a la provocación militar, las organizaciones obreras y revolucionarias aceptaron el reto y contestaron con la insurrección armada. Al comenzar las luchas en las calles, las mujeres intervinieron al lado de los hombres; en las barricadas, con las armas, en los sindicatos y lugares oficiales, organizando cantinas populares, puestos de socorro, ayuda en los hospitales donde, en algunos, suplantaron a las monjas; en la organización de guarderías para niños. Muchas de ellas salieron voluntarias con las columnas que marcharon al frente de Aragón y allí murieron. Muchas también fueron asesinadas al finalizar la guerra y desencadenarse la represión (2012, p. 119).

Con la victoria de Franco en la Guerra Civil, todo el progreso que se había alcanzado quedó anulado y las mujeres volvieron a su rol de ama de casa. La dictadura supuso la vuelta de los valores más conservadores y patriarcales y, como consecuencia, las grandes perdedoras fueron las mujeres, ya que todo lo que habían conseguido durante la Segunda República quedó abolido. La Sección Femenina de la Falange constituyó, así, la imagen de la mujer como esposa y madre, haciendo que todo lo que se saliese de esos patrones estuviese mal visto por el régimen. Además, los papeles sociales entre el hombre y la mujer estaban cada vez más diferenciados. De este modo, se puede decir que el discurso femenino quedó anulado durante régimen, ya que la mujer se encontraba relegada a un papel secundario en la sociedad y no podían participar en la esfera pública por ser ciudadanas de segunda. Tal y como afirma Galdona,

las mujeres singular y genéricamente no han estado ausentes de la Historia, pero no fundan sus genealogías porque justamente no tienen el género apropiado del poder [...] Las mujeres devienen de esta forma en mediaciones ocultas y además ocultables por su naturaleza simbólica, de las genealogías y los relatos que por ello mismo cabe llamar patriarcales. Así se fabrica, en efecto, ese la mujer que tan sólo se acuesta con el poder, pare varones para el poder, reproduce el poder (2001, p. 119).

Además, como apunta Lola Iturbe, las mujeres también sufrieron represión después de la Guerra Civil, ya que

al final de la guerra, toda España se convirtió en una inmensa cárcel. Las mujeres también la llenaron. En todos los pueblos y ciudades fueron habilitados castillos, conventos y diversos lugares para prisiones. Fue el paroxismo de la venganza. <<¡Tendréis envidia de los muertos!>> declaró un notorio fascista (2012, p. 189).

De este modo, se puede decir que las mujeres también sufrieron las mismas presiones por parte del régimen franquista una vez finalizado ya el conflicto bélico español. Por lo tanto, la represión de los vencidos no sólo fue un caso masculino sino también femenino.

Sin embargo, lo que todavía no se ha podido esclarecer es porqué a pesar de su relevancia sigue habiendo ausencia del discurso femenino. Según Martínez Gutiérrez, esto se debe a que

no se ha tratado porque existe un desinterés general por el asunto; son trabajos doblemente marginados por referir experiencias personales narradas por mujeres cuya intención literaria es, casi siempre, producto netamente de las circunstancias; y porque forman parte de la contramemoria, en terminología de Foucault; es decir, del discurso que retaba a la historia hegemónica (2002, p. 7).

De este modo, se entiende que la ausencia del relato se debe al hecho de ser mujer y, además, al contenido del discurso que ellas proyectan. La memoria que reproducen se encuentra lejos del discurso hegemónico y, consecuentemente, el testimonio que narran no es acorde con la Historia escrita por los hombres. Además, esta ausencia del discurso femenino como testimonio también es significativa después de la Guerra Civil, ya que

el afán que mueve estos testimonios femeninos de la guerra no atañe de manera predominante al género sexual, sino a la condición política. Expresan una voz que se alza en contra de la historia, y esta voz rebelde implica la no admisión del silencio como a individuos de izquierdas se les pretendió imponer. Está claro, no obstante, que estas convicciones políticas de izquierda conllevan, desde luego, un discurso de la mujer abierto a la lucha y reivindicación de índole feminista (Ibíd., p. 21).

Un ejemplo de ello es el grupo “Mujeres por Derecho”. Basándose en los testimonios de las mujeres que habían sido testigo de la Guerra Civil quieren recuperar y enseñar la memoria silenciada y olvidada por el poder. En el año 2001, hicieron un documental titulado *Olvidadas* y como explica la obra *Debates sobre la memoria histórica en España*, que recoge las palabras de Purificación Teixeira, la intención del grupo era reconocer un papel que había sido desarrollado por las mujeres.

Cuando grabábamos a las mujeres, lo que pretendíamos era que con el guión se hiciera un recorrido por los años 1930/40. [Queríamos demostrar] que fueron protagonistas porque ellas fueron las que sostuvieron la alimentación y el cuidado de los hijos [mientras] los hombres estaban en el guerra. Pero jamás se le ha reconocido este papel (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 41).

De este modo, se entiende que la mujer a lo largo de la historia ha estado marginada y no tenía ningún valor frente a lo que podía desarrollar el género masculino. Gracias a los estudios desde el feminismo, hoy en día el testimonio de las mujeres cobra mayor importancia, dado que la historia oficial las marginó y no les dio el hueco que se merecían. Por este motivo, rellenar las lagunas o vacíos que ha causado la ausencia del relato femenino es fundamental para construir la memoria colectiva. Por lo tanto, tanto el testigo-mujer como su testimonio se deben de tener en cuenta para completar la historia y, consecuentemente, crear una donde haya sitio para cada una.

12. Testimonio e ideología

Dentro de la estética contemporánea, historia y novela se han cruzado en innumerables momentos. Carmen Ochando, siguiendo a Carlos M. Rama, expresa que la novela se convirtió realista gracias a Cervantes y, cuanto más crecía su relevancia, más se unía a la Historia. Sin embargo, hubo que esperar hasta el XIX para observar cómo evolucionaban estas dos disciplinas y qué relaciones se daban entre ambas (1998, p. 40). De este modo, surge la obligación de “acudir a los textos literarios para escribir la historia del mundo contemporáneo y, sobre todo, empezar a comprender la historia como un discurso de textura literaria” (Ibíd.).

Diversas corrientes han estudiado la objetividad que se da en la interpretación histórica, llegando –la mayoría de ellas- a la conclusión de su relativismo. La fuente oral, en los últimos años, se ha visto como elemento documental que hace posible la interpretación de la historia desde otro punto de vista. Conforme a esta inclinación, “los antiguos protagonistas de la historia [...] han cedido su lugar a la narración de la experiencia del <hombre común>, ese que, con nombre y apellidos recién adquiridos, se constituirá en el protagonista de los testimonios” (Ibíd.). Carmen Ochando afirma que

para Manuel Moreno Friginals las fuentes vivientes junto con el discurso oral son transmisores de un significado que nos ayudan a profundizar y entender el pretérito. Si bien hay que entender que el discurso está delimitado al punto de vista del “narrador-protagonista-testigo” (Ibíd., p. 41) haciendo que prime la subjetividad del relato. Además,

desde esta perspectiva no sólo se modifica el concepto de historia, sino que se abre una brecha entre la denominada novela histórica y testimonio. En éste, al contrario de los que ocurre con la novela histórica, el trabajo narrativo no queda exclusivamente en manos del escritor, éste cede parte de su intervención a los propios protagonistas de los acontecimientos narrados (Ibíd.).

A diferencia del testimonio, la novela histórica tiene como objetivo “una recreación de la realidad mediante la producción de un universo propio que se refiere, en última instancia, a sí mismo y en el que predomina, [...], una voluntad de artificiosidad” (Ibíd.). De este modo, la trama domina la referencia histórica. A este hecho, Darío Villanueva lo definió como *realismo formal o estética*. El crítico hace distinción entre el realismo formal y el realismo genético. El concepto de *realismo genético* se basa

sobre un principio de correspondencia transparente entre los fenómenos externos y el texto literario [...]. Es un realismo de estirpe esencialmente genética, [...], y derivó por lo general hacia un puro y elemental literalismo. [...] Este naturalismo no es, por lo tanto, otra cosa que realismo genético, pues todo lo fía a la existencia de una realidad unívoca anterior al texto ante la que sitúa la conciencia perceptiva del autor, escrudiñadora de todos sus entresijos mediante una demorada y eficaz observación. Todo ello dará como resultado una producción veraz de aquel referente, gracias a la transparencia o adelgazamiento del medio expresivo propio de la literatura, el lenguaje, y a la <sinceridad> del artista (2004, p. 43).

El testimonio, por lo tanto, estaría dentro del *realismo genético*, ya que el objetivo de estos es la referencialidad. Para el autor, estos discursos testimoniales son instrumentos significativos para expresar la experiencia vivida y el lugar donde se divulgan sus compromisos. De este modo, se puede decir que los textos testimoniales se basan

en la demostración continua de fidelidad a los referentes [...]. Los testimonios, nutridos mediante instrumentos de registro de la memoria inmediata, acortan la distancia entre <signo>y <objeto representado>, entre <texto> y <referente>, entre <literatura> e <historia>, y se erigen como el lugar de la escritura en que, efectivamente, se han podido revisar de nuevo las relaciones entre historia, literatura y vida; revisión que, a su vez, obliga a plantear la función ideológica de la literatura (Ibíd., p. 42).

Tal y como apunta Villanueva, la teoría literaria contemporánea ha estudiado la relación existente entre ideología y literatura, llegando a la conclusión de que existen dos tendencias. Mientras que la primera se ha centrado en distinguir lo literario de lo ideológico dentro del discurso, la segunda, ha concebido la literatura y la ideología como elementos indivisibles. En lo que se refiere al testimonio,

se manifiesta como problema incisivo la incorporación de la ideología a la estructura textual. La visión particular de los personajes implica una lectura de la historia inmediata y, por ende, de la literaturización de la misma, sesgada por un punto de vista de escasa ambigüedad ideológica y significativa. La ideología deviene, en este sentido, una variante formal constante de la arquitectura del género (Ibíd.).

La unión que existe entre la ideología y la literatura está relacionada con “los valores (político, educativo, psicológico o de militancia partidista) atribuidos al género del testimonio” (Ibíd., p. 44). De este modo, el discurso testimonial, teniendo en cuenta la capacidad ideológica, “supone el punto de inflexión en que es posible estudiar ambas perspectivas (expresiva y pragmática), cuestión que implica la comprensión de la literatura como un sistema de comunicación integrado en un contexto histórico y cultural concreto de expresión y recepción” (Ibíd.) Tal y como menciona Carmen Ochando,

formalismo y estructuralismo se dan la mano en el análisis de los textos testimoniales ya que en ellos la forma no queda relegada a una pura arquitectura superficial de los argumentos. Por el contrario, la aceptación de la existencia de una “función ideológica del testimonio” implica la asimilación de las funciones dentro de la estructura formal. El testimonio, [...], pretende denunciar y manifestar los aspectos injustos de la sociedad donde se inscribe y posee, [...], la voluntad férrea de transformarlos al servicio de las clases desfavorecidas (1998, p. 44-45).

El discurso testimonial, por lo tanto, tiene como objetivo contar los acontecimientos de sus protagonistas plasmando la vida y las percepciones sobre lo que un día vivieron y no pudieron expresar. El discurso hegemónico se ocupó, tanto de la literatura como de la historia, para crear una versión dominante donde los grupos sociales más desfavorecidos o, simplemente, aquellos que estuviesen en contra de su visión no denunciasen las injusticias y las represalias que habían vivido.

La nueva versión del discurso que proporcionan al lector hace que se confronten testimonio y hegemonía, no hay lugar para espacio intermedio. Quizás sea esta la constatación “donde radica el distanciamiento del testimonio respecto del carácter dialógico que, [...], es propio de la novela moderna. A pesar de su importancia, el emisor [...] actúa solo como mediador [...] entre referente y receptor” (Ibíd., p. 47). La *función ideológica* del discurso está representada bajo elementos objetivos que demuestran y justifican las vivencias acontecidas, puesto que “el narrador testigo abandona el carácter anónimo del grupo [...] al que pertenece, [...] para elaborar un discurso que adquiere nombre [...] e ideología precisos y que se inserta en una forma textual, el género testimonio, que cobija a esas voces situadas en los lindes de las relaciones entre literatura e historia” (Ibíd.)

Como se desprende de los párrafos anteriores se puede decir que todo discurso testimonial está impregnado de ideología. Desde el primer momento en el que el narrador de los sucesos decide contar sus vivencias, consciente o inconscientemente, está transmitiendo al lector una nueva versión que el discurso hegemónico ha querido silenciar. La ideología, por lo tanto, está dentro de las palabras con las que se expresa. Literatura e historia están unidas por puntos de vista ideológicos que el lector tiene que averiguar para poder llegar a la objetividad.

Dentro del discurso testimonial está presente el propósito del emisor de contar aquello que un día no le fue posible pero, debemos ser consciente de que, el lenguaje que utilice el testigo para expresarse está impregnado de elementos ideológicos que han sido adquiridos con la construcción del propio ser de una forma inconsciente.

Todorov señala que “los regímenes totalitarios del siglo XX revelaron la existencia de un peligro antes insospechado: el de un completo dominio sobre la memoria” (2002, p. 139). Esta memoria era la ideología que se quería transmitir mediante el discurso hegemónico. El resto de memorias-ideologías se intentaron suprimir porque confrontaban el dominio de la supremacía. Es por esto que los discursos testimoniales que han ido floreciendo a lo largo del tiempo, por un lado, quieren relatar lo que vivieron y, por el otro, transmitir su pensamiento-ideología en forma de memoria.

En el caso de España, la guerra civil no se caracterizó solo por la rivalidad entre dos bandos político-militar diferentes. Tal y como expresa Julián Casanova “hubo una visión conflictiva acerca de la disposición fundamental del orden social [...]. Se trató, sobre todo, de una crisis social con rasgos manifiestos de lucha de clases, integración nacional y, en el caso español, fuertes divisiones religiosas” (2001, p. 24). Por lo tanto, la ideología de las fuerzas estaba confrontada y no era posible la coexistencia. Este hecho ocasionó que, después de la guerra, el único pensamiento posible fuese el que transmitió la dictadura mediante la manipulación de sus medios y la utilización de la fuerza. Actualmente, la manifestación de discursos testimoniales desde diferentes ideologías es fundamental para comprender las diferentes memorias que fueron ignoradas por parte del régimen y que ayudan a la creación de la colectividad desde una visión pluralista.

13. Testimonio, México y el exilio

Argentina, Chile, Venezuela, Francia y muchos otros países acogieron a numerosos exiliados republicanos, dándoles una segunda oportunidad en sus vidas. Pero en este apartado me centraré en México por la relación que tiene con la protagonista de este trabajo.

El siglo XX español está marcado por el conflicto bélico y por el régimen franquista. Una vez ganada la guerra, el franquismo intentó eliminar toda visión, obra o

ideología que no fuese acorde al modelo que quería implantar. Para poder llevar a cabo esta tarea, el dictador emprendió

físicamente, asesinando a los líderes del lado republicano; políticamente, repartiendo el poder sin compromisos entre los vencedores; intelectualmente por medio de la censura y prohibiciones; propagandísticamente con indoctrinales unilaterales; culturalmente, eliminando los símbolos de aquella aparente “Anti-España” que había sido obligada a capitular incondicionalmente después de una larga guerra de casi tres años de duración (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 16).

Como se ha mencionado en apartados anteriores, la importancia del testigo y el testimonio en España es primordial para superar la barrera del discurso impuesto y así construir la memoria colectiva y la intrahistoria. Como expresa Manuel Alberca en *Amnésicos, leales y arrepentidos. Los autobiógrafos españoles ante la Guerra Civil*, “la Guerra Civil es sin ninguna duda el hito más relevante y trascendental de la historia española de los últimos cien años” (2002, p. 12). Además, como se expresa en *Debates sobre la memoria histórica en España*,

para la ciencia histórica, amordazaba políticamente durante mucho tiempo, esto supuso la necesidad de practicar la historiografía no como una ciencia crítica, sino como legitimación del régimen vencedor. La guerra civil había sido presentada como “cruzada” nacional y antibolchevique y como “guerra de liberación nacional”. Durante décadas, libros críticos con el régimen sólo podían ser publicados y vendidos en el extranjero (2009, p. 16).

Si bien, cabe mencionar, que el exilio es una acción perseverante que se ha ido repitiendo a lo largo de los siglos en España y que, como expresa Abellán, “desde el momento mismo en que se constituye el Estado moderno con la unión de Fernando de Aragón e Isabel de Castilla en 1469, produciéndose al poco tiempo- 1492- la expulsión de los judíos. El fenómeno se repite después en los siglos XVI, XVII, XVIII, XIX y XX, sin que haya ninguna excepción” (2001b, p. 17). La teoría que defiende el crítico es que la “la constitución de la nacionalidad española se construyó sobre una base estructural que por su misma índole propiciaba los susodichos exilios” (Ibíd.)

Aunque no se puede dar una cifra exacta de cuantas personas emigraron de España, distintos teóricos han tratado de dar una cifra orientativa. Como resultado, Vicente Lloréns expresa que la emigración que se dio durante y después de la guerra civil nunca antes había tenido tal magnitud (1976, p. 99). Cedena Gallardo siguiendo a Soldevilla Oria expresa que el número podría ascender hasta los 686.000 (2004, p. 182). Por otro lado, Abellán basándose en Javier Rubio, Manuel Tuñón de Lara, Salvador de Madariaga y Climent, da a conocer que entre los distintos historiadores tampoco hay un consenso.

Javier Rubio, [...], da para los meses anteriores al fin de la guerra, entre enero y marzo de 1939, una cifra que oscila entre los 700.000 y los 800.000 exiliados, [...]. Al contabilizar la cifra de exiliados a primeros de abril del 39, las cifras se rebajan a 450.000, cantidad que sigue siendo recortada para los meses siguientes, al descontar la repatriación masiva que se produjo, dejando reducido el balance final del exilio a 162.000. Prácticamente, ningún historiador acepta esa cifra. Manuel Tuñón de Lara da para septiembre de 1939 una cantidad algo superior a 250.000 refugiados en Francia. Salvador de Madariaga sitúa para marzo de 1939, en el país vecino, una cifra de 440.000 exiliados; Climent, basándose en el censo de la delegación de México en Francia, en colaboración con el Ministerio del Interior francés, establece un cómputo de 527.843, si bien la cantidad se rebaja para julio de 1942 en 300.000 refugiados (2001b, p. 70)

Destacan dos países por el volumen de refugiados españoles que acogieron. Por un lado Francia, geográficamente país vecino que permitía moverse hacia otros países europeos o americanos y, por el otro, México. En América Latina, según Cedena Gallardo “el cómputo total [...] quedaría en unos 30.000 españoles, 20.000 de ellos en México” (2004, p. 183) y esto se debe en gran medida a que Lázaro Cárdenas del Río, presidente de México desde el año 34 hasta el 40, ayudó a muchos republicanos dando trabajo y sueldo para que pudiesen seguir desarrollando sus actividades intelectuales. Según José Luis Abellán,

México, en la escasa medida que sus posibilidades económicas lo permitían, apoyó a la República española, y terminada la guerra con la derrota de ésta, elaboró una política de acogida y hospitalidad con los recursos de que disponía. El embajador de México en Francia, Fernando Gamboa, recibió instrucciones al respecto para facilitar la llegada a su país de los exiliados españoles, concediéndoles la nacionalidad mexicana a todos aquellos que lo solicitaran (2001a, p. 20).

Además, se creó La Casa de España para que los intelectuales republicanos continuasen trabajando. Como expresa Ana Bundgaard sobre la construcción de este proyecto,

es algo poco frecuente que un régimen revolucionario defensor de la población indígena y de las clases más necesitadas, se preocupara, sin embargo, por la cultura hasta el punto de financiar una institución elitista que protegiera económicamente a más de 50 intelectuales españoles perseguidos por el franquismo (2000, p. 212).

El objetivo de este nuevo proyecto era auxiliar a un grupo de intelectuales españoles que habían participado directamente en la Segunda República y que durante el conflicto bélico apoyaron al gobierno democrático. Para poder participar en este nuevo proyecto se necesitaba una invitación del gobierno mexicano y, por lo tanto, solo un grupo reducido tuvo la oportunidad de continuar con su trabajo de manera remunerada desde el exilio. Las condiciones para unirse al puesto eran

proseguir con su trabajo y, sobre todo, desarrollarlo en contacto con otras instituciones educativas del país, por lo que se procuró que colaboraran, sobre todo, con los centros de enseñanza dependientes del Estado a través de conferencias, cursos breves y publicaciones. [...]No disponían de libertad para ejercer libremente ninguna profesión dentro del territorio mexicano y estaban obligados a dedicarse exclusivamente a las actividades que La Casa organizara a cambio de una remuneración regular (Alzuri Milanés, 2015, p. 107).

Tal y como menciona Abellán, Alfonso Reyes se encargó de escoger a los intelectuales que trabajarían dentro de la institución cultural. Para ello, el diplomático tuvo presente la formación académica, la ocupación, los cargos y los trabajos más destacados entre los asilados. A los españoles que no entraron en La Casa de España se les ubicó en “otros centros académicos u organismos que les facilitasen conferencias, seminarios, y otras posibilidades de trabajo e investigación” (2001a, p. 21).

En 1938 se fundó La Casa de España gracias a la labor de Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Eduardo Villaseñor, Gustavo Baz, Lázaro Cárdenas y otros

mexicanos que quisieron dar una oportunidad a los intelectuales exiliados. A la nueva institución cultural se incorporaron José Gaos, Juan de la Encina –marido de Pilar de Zubiaurre-, María Zambrano y Luis Recaséns Siches, entre otros muchos. Este proyecto reunió a los mejores especialistas en literatura, críticos e historiadores de arte, juristas, filósofos, musicólogos, etc. Un año después, en 1939, Daniel Cosío Villegas y Alfonso Reyes seguían atendiendo numerosas peticiones de diferentes intelectuales españoles que querían entrar a formar parte. Los españoles que trabajaban en La Casa de España tenían un trabajo a tiempo completo y una retribución salarial superior a los propios intelectuales mexicanos.

Sin embargo, la “capital” del exilio en América no solo acogió a intelectuales. A este país también fueron personas de clase trabajadora “a través de SERE (Servicio de Emigración de los Republicanos Españoles) que llegaron a México a bordo del Sinaia, el Ipanema y el Mexique. En total, arribaron casi seis mil españoles” (González-Allende, 2009, p. 41).

De este modo se puede decir que los exiliados en México constituían un conjunto diverso y no homogéneo. Para Pilar Domínguez Prats el exilio mexicano se fundamentó en “una emigración familiar, de hombres, mujeres y niños que viajan juntos al exilio. Proceden de las zonas más adelantadas de España, las áreas urbanas e industriales, y de las capas intermedias de la sociedad. Muchos tenían un modo de vida asegurado en el sector industrial o en los servicios y ocupaban puestos políticos de responsabilidad” (1992, p. 121).

Bajo el criterio del colectivo femenino en México, la autora también señala que, a pesar de que en un comienzo era un grupo muy diverso, se pueden diferenciar tres tipos de mujeres según sus actividades: “1.Las amas de casa, que son el grupo más numeroso de las mujeres adultas, casi todas casadas o viudas. 2.Las mujeres profesionales, en su mayor parte dedicadas también a la política.3.Las estudiantes y empleadas jóvenes” (Ibíd., p. 141).

Domínguez Prats también explica que las mujeres se incorporaron al mundo laboral como trabajadoras de la confección, empleadas del sector privado, del servicio doméstico, maestras, intelectuales, etc. Sin embargo, a pesar de tener sus oficios, las mujeres seguían realizando las tareas de su hogar, poniendo en relieve la sociedad patriarcal a la que estaban subordinadas y la no existencia de conciliación. Bajo esta cuestión señala que

el trabajo de las mujeres tiene dos tipos de tareas muy distintas: una actividad no remunerada, el trabajo doméstico, [...], y el trabajo remunerado y extradoméstico [...]. Las características y formas de trabajo femenino en sus dos vertientes de trabajo pagado y no pagado deben verse a su vez en relación con la existencia de una sociedad patriarcal androcéntrica en la que las mujeres ocupan un papel subordinado respecto a los hombres; pues no se trata solo de la existencia de una división social del trabajo entre hombres y mujeres, sino de que las mujeres ocupan una posición secundaria en la sociedad que se evidencia en ese reparto de tareas (1992, p. 216).

Durante la Guerra Civil la mujer tomó una actitud activa encargándose de dirigir fábricas, como miliciana, trabajando dentro de centros para ayudar a niños, heridos, etc., “la mujer estará en todas partes [...]”. Al terminar la contienda, miles de mujeres salieron al destierro, donde fueron <las grandes perdedoras>” (Rodrigo, A., 1999, p. 19-20). Bajo esta cuestión Mercedes Acillona señala que

el exilio procura a la mujer un horizonte nuevo, pero también atiranta una vieja atracción. En el exilio el espacio doméstico cobra figuraciones de cobijo, de refugio en la intimidad frente a lo extraño y lo desconocido. La mujer des-terrada de su patria y su espacio corre el riesgo de una nueva y mayor identificación con el símbolo de la casa-hogar como espacio propio y personal. En muchos hogares del exilio, la mujer es la portadora y transmisora del recuerdo, la memoria viva de la tierra perdida (2007, p. 48-49).

Como apunta Josebe Martínez Gutiérrez las constantes del exilio republicano “repercutieron definitivamente en la narrativa femenina: la precariedad de la situación en la que se encuentra el desterrado, la lenta adaptación al medio, la dedicación a la causa, la desaudiencia hacia lo femenino [y] la no profesionalización de la mujer” (*Las intelectuales, de la Segunda República al Exilio*, 2002, p. 9). Todo lo planteado hizo

que la literatura testimonial se transfigurara en “un territorio sin pasado propio, se convierte en el espacio para la memoria, en el espacio consciente que evita el olvido; máxime tratándose de un pasado traumático a nivel individual y colectivo, cuya presencia poderosa definía la de estos hombres y mujeres” (Ibíd., p. 13-14). El objetivo de la literatura testimonial de los exiliadas españolas no es solo de índole sexual sino que también tiene un carácter político, ya que son el testigo del contradiscurso que busca recordar y hacer memoria del pasado. La mujer ha sido tan importante como el hombre en el exilio, pero como expresa José Ramón Zabala

gure historian eta kulturaren hutsune asko daude, zalantzarik gabe, baina emakumeena txikiena ez da, bereziki 36ko kolpearen eta frankismo ondorengo balorazioa egitekotan. Erbestean gizonezko bezain beste emakume ibili zen, haien biografiak gizonezkoenak bezain gogorrak izan ziren eta burututako lanak gizonezkoak bezain garrantzitsuenak, nahiz eta askotan beste arlotan garatuak izan, besteak beste, irakaskuntzan, itzulpengintzan, gizarte laguntza zerbitzuetan... (2007, p. 94).

La gratitud que sintieron los exiliados españoles en México fomentó que muchos de ellos se nacionalizaran y que, además, se involucrasen “el proceso político de la revolución; es decir, que se adhirieron entusiastamente a la política progresista del Estado mexicano” (Abellán, 2001a, p. 24). Un ejemplo claro de esta situación es José Gaos, filósofo español, que gracias a su postura desarrolló su teoría de las dos patrias. Bajo esta cuestión el filósofo explicó que “existen para todo hombre la patria de origen- [...] aquella que nos es imputable por el nacimiento- y la patria de destino, la que hemos elegido o aceptado por la imposición de las circunstancias, como puede ser un exilio forzoso” (Ibíd.). Siendo este planteamiento,

Si es <desterrado> es tradicionalmente aquel que ha perdido su propia tierra, <transterrados> son aquellos que han sufrido un cambio geográfico dentro de su mismo territorio, queriéndose con él aludir a la situación espiritual de los exiliados españoles en los países hispanoamericanos, donde, aunque hayan sufrido una traslación geográfica, se hallan instalados dentro de una cultura que mantiene los mismos valores espirituales y lingüísticos. Mediante el fenómeno del <transterramiento>, los exiliados cobran conciencia de la conexión profunda entre los valores hispánicos de los distintos países con el suyo propio, y por los que se sienten todos unidos, a despecho de los cambios geográficos que puedan producirse (Abellán 2001b, p. 79-80).

Además, ahondando más en esta hipótesis, para Gaos “esta actitud presupone un abandono alegre y consentido de la patria de origen para aceptar la de destino” (Ibíd.). Abellán explica que “es fácil entender que la invención del neologismo *transterrado* no es una simple manifestación de ingenio; respondía a un sentimiento muy profundo de afinidad hispanoamericana y mexicana” (2001a, p. 26). Gaos cuando utiliza el nuevo término quiere manifestar que ha reemplazado España por México. Este cambio viene originado por la imposibilidad de cambiar su país natal por otro “más acorde con sus ideales y convicciones” (Abellán, 2001b, p. 47).

Sin embargo, esta teoría no se puede aplicar a todos los exiliados, ya que ese cambio en sus vidas, para algunos, no fue positivo y no se debe generalizar. Muchos intelectuales siguieron escribiendo “para no quedarse sin lugar en el mundo, para no ser devorado por la historia, [...] [para] sostenerse en ese filo entre vida y muerte, [...], permitiendo a la palabra que circule” (López Castro, 2001, p. 120). La huida de su país de origen a otro desconocido crea en el exiliado una brecha existencial donde la memoria se encarga de dar estructura a los hechos vividos dándoles forma y sentido, porque no debemos olvidar que dirigirse al nuevo destino “es hacerlo hacia la muerte. Quien abandona su tierra se ve obligado a recomenzar el ciclo de muerte y renacimiento” (Ibíd. p. 125). Es por este que para los republicanos que dejaron su patria, el exilio se convierte en una crisis, ya que todos los avances que la República logró en materia económica, política, cultural y demás ámbitos se esfumaron con la llegada del franquismo. Además, el exiliado se encuentra con una problemática doble: por un lado, se le expulsa de su país y, por el otro, se le niega la participación, ya que “it would be accurate to extend its meaning to the experience of being brutally expelled as well from one’s own relation to modernity.” (Balibrea, 2006, p. 10).

Por lo tanto, la teoría que desarrolla Gaos no se puede acuñar a todos los exiliados. Abellán explica que “el <refugiado> como <transterrado> que siente ser, constituye una figura del *desgarro* que no se parece en nada a las del <desterrado>” (2001b, p. 49). Para el crítico, el alejamiento

se vive como una pérdida irreparable, sin posible sustitución de ningún tipo. No hay ersatz para el desterrado, y por eso vive existencialmente su situación como la de un errar sin destino ni

paradero posible. [...] El desterrado siente su vida como suspendida: exul umbra, [...]. No puede intervenir ni en la política, ni en el dinamismo social, ni en las esperanzas, ni en los entusiasmos del país ajeno (Ibíd., 49- 50).

Es por esto que el exilio tiene una categoría múltiple. San Miguel y Ascunce, en su libro *La cultura del exilio vasco I. Pensamiento y creación literaria*, definían el exilio como “expatriación forzosa de un individuo o colectividad por razones exclusivas de ideología política” (1994, p. 19). Años más tarde, Ascunce en su libro *El exilio: debate para la historia y la cultura* expuso que existe un rasgo común en todos los exilios; la pérdida del país de origen. Esta privación desemboca en una perturbación del individuo, puesto que no puede configurar su existencia tal y como hubiese deseado. Ante esta circunstancia el sujeto pierde su propia personalidad, puesto que “se le fuerza a ser una persona diferente a la que hubiera tenido que ser” (2008, p. 33). Para Iker González-Allende, siguiendo la idea de Ascunce, esto hace que “como contrapartida de la ruptura de su identidad, el sujeto exiliado crea una segunda patria, que puede ser la del país de acogida o la emocional de su país de origen, coexistiendo en numerosas ocasiones estas dos realidades (2007, p. 222-23)” (2016, p. 12).

De este modo se puede decir que la hipótesis desarrollada por Gaos para unificar el concepto de “exilio/exiliado en México” no es del todo acertada, ya que habrá tantos exilios como exiliados, haciendo que cada persona lo viva de diferente manera e impidiendo hacer generalizaciones, ya que “necesita puntualizaciones permanentes a través de nuevos análisis críticos” (2007, p. 221). Para Iker González-Allende, que mantiene la misma idea que Ascunce al expresar que “hay múltiples vivencias del exiliado”, mantiene que “el hecho de sentirse como un “desterrado” o un “transterrado” dependerá de la experiencia personal, aunque difícilmente se puede eliminar de manera compleja el desarraigo o la alienación que surgen en el exilio” (2009, p. 46). El crítico, para entender lo anteriormente expresado, pone como ejemplo por un lado, a Champourcin y a su marido y, por el otro, a Juan Ramón Jiménez y a Camprubí. Mediante estos casos quiere destacar las diferencias que existen entre los exiliados, incluso dentro de una misma familia, al vivir esta nueva etapa en sus vidas: “la propia Champourcin vivió feliz en el exilio, a diferencia de su marido, lo mismo que le pasó a

Camprubí, cuyo esposo Juan Ramón Jiménez se negaba a hablar inglés en Estados Unidos y se lamentaba de la lejanía de su patria” (Ibíd.).

Adolfo Sánchez Vázquez en su libro *Del exilio en México: Recuerdos y reflexiones* adopta, también, una postura opuesta al filósofo Gaos expresando que “el exilio sigue siendo una prisión, aunque tenga puertas y ventanas [...]. El exilio es un desgarrón que no acaba de desgarrarse, una herida que no cicatriza [...]. El desterrado, al perder su tierra, se queda aterrado” (1997, p. 35-36). Por lo tanto, la diferencia entre el término <<desterrado>> y <<transterrado>> recaerá en el propio sujeto a la hora de definir su exilio.

Por otro lado, Edward Said define el exilio como “fundamentally a discontinuous state of being” (2000, p. 183) y dice que los exiliados “are cut off from their roots, their land, their past. They generally do not have armies or states, although they are often in search of them. Exiles feel, therefore, an urgent need to reconstitute their broken lives, usually by choosen to see themselves as part of a triumphant ideology or a restored people” (Ibíd.). Teniendo presente la definición que da el crítico y teórico literario sobre los exiliados, se puede decir que existen dos arquetipos: por un lado, los que se integran en la nueva sociedad que les ha acogido y, por el otro, los que se encuentran desarraigados. Sobre los segundo expresa que “there is the sheer fact of isolation and displacement, which produces the kind of narcissistic masochim that resists all efforts at amelioration, acculturation, and community. At this extreme the exile can make a fetish of exile, a practice that distances him or her from all connections and commitments” (2000, p. 189). Ese “masoquismo narcisista” del exiliado desarraigado solo se podrá vencer dejando de lado el “petulante cinismo” (Ibíd.), ya que la originalidad de pensamiento se logra cuando uno se aleja del desarraigo y se integra en la comunidad de acogida.

Claudio Guillén expresa que a raíz de los dos tipos de comportamientos que existen en el exilio, se ha originado la bifurcación de la literatura exílica. Por un lado, la que él denomina “literatura del exilio” y, por el otro, la “literatura del contra-exilio”. Para que se clasifique como “literatura del exilio” el individuo debe manifestar en su

discurso su experiencia traumática como una pérdida irreparable. Si, por el contrario, el sujeto en su testimonio relaciona el exilio con el constante enriquecimiento personal, estaríamos en la designada “literatura del contra-exilio” (1976, p. 272).

Teniendo en mente esta teoría de Claudio Guillén y retomando la desarrollada por Gaos y Said, podemos llegar a la conclusión de que el neologismo <transterrado> hace referencia al discurso del “contra-exilio” porque, a pesar del traslado geográfico, el sujeto ha superado la barrera de adaptación del lugar de acogida y, a su vez, se ha sobrepuesto al pasado traumático. Estaríamos ante un individuo de inclinación a lo universal. Por otro lado, el término <desterrado> haría referencia a la “literatura del exilio”, ese individuo que vive en el presente de melancolía por la evocación constante del pasado.

Retomando el caso de España, guerra civil y exilio están ligados, ya que después del conflicto bélico se instauró una dictadura que duró décadas. El exilio, para aquellos sujetos que no quisieron someterse al régimen, supone la “expresión de la libertad, pues el exiliado, al no someterse a las condiciones del vencedor, apuesta por la libertad y la asume, con el sacrificio que supone el abandono del lugar patrio” (Abellán, 2001b, p. 61). Paula Simón explica que la marcha hacia otro lugar es un ejercicio obligatorio para aquellos que saben que “si dicha salida no se cumple, el sujeto queda en una posición de vulnerabilidad frente a posibles represalias que coarten sus libertades y, en ocasiones, que atenten contra su vida” (2014, p. 224).

Sánchez Zapatero afirma en *Memoria y literatura: escribir desde el exilio* que el sujeto exiliado además de no poder residir en su país, también es consciente de que no puede regresar mientras se mantengan las condiciones que ocasionaron su salida, estas son “las características que diferencian el exilio de cualquier otro proceso migratorio” (2008, p. 437). Para el exiliado, la integración al nuevo país “le genera un sinfín de conflictos que tienen su origen en el sentimiento de dislocación territorial, cuyos efectos repercuten en todos los actos de su vida y en su proyección de futuro” (Simón, 2014, p. 225). De este modo, las experiencias traumáticas del individuo alteran el orden, ya que

“al ser despojados de sus marcos de referencia, ven lesionada su propia identidad y acabado un ciclo vital de manera obligatoria” (Ibíd.).

Teniendo presente al crítico Abellán y su libro *El exilio como constante y como categoría*, las propiedades que esclarecen el exilio español frente a otros exilios se pueden agrupar en una serie de características: la primera está relacionada con la Segunda República, ya que “era para ellos el régimen legítimo, porque había sido legalmente elegido por el pueblo, lo cual no quiere decir que no hubiera entre los exiliados algunos monárquicos, pero también estos habían aceptado la República de buena fe porque expresaba la voluntad popular” (2001, p. 71).

El segundo rasgo está relacionado directamente con los intelectuales, ya que desde 1894 “los españoles que viajaron al continente americano formaban parte de la habitual emigración de trabajadores huyendo del hambre peninsular o de las condiciones laborales adversas en su propia tierra” (Ibíd.: 72). En 1939 llegaron al continente americano otro perfil elaborando “un cambio en la imagen de España que tenían los profesores, los intelectuales, e incluso la clase media de aquellos países, marcando una enorme diferencia con el resto de exiliados españoles, ya que estos se habían dirigido habitualmente a otros países europeos” (Ibíd.).

La tercera característica es el sostenimiento de la República desde el exilio. Como es sabido, el Gobierno republicano no se disolvió hasta las elecciones generales del 15 de junio de 1977 (Ibíd., 72-73).

El cuarto rasgo sería el análisis del exilio español como una de las particularidades de la demografía europea del siglo XX: “en esa corriente se inserta el exilio del pueblo judío alemán ante la coacción de los nazis, la marcha de los liberales y demócratas italianos opuestos a Mussolini y los diversos éxodos que se producen a consecuencia de las dos grandes guerras mundiales” (Ibíd., p. 73). Sin embargo, existe una particularidad que lo diferencia del resto europeo: “su resistencia a la integración social. [...] Al exiliado español le cuesta mucho trabajo, hasta el punto que en la

mayoría de ocasiones no logra integrarse completamente; sigue haciendo su tertulia de café en Kansas City o en Buenos Aires” (Ibíd., p. 73-74).

La quinta característica está ligada con la repercusión intelectual. Es un suceso relevante “de que tres de los cuatro premios Nobel que los españoles hemos tenido durante el siglo XX pertenecen al exilio: Juan Ramón Jiménez, premio Nobel de poesía en 1956; Severo Ocho, premio Nobel de medicina en 1959; y, finalmente Vicente Aleixandre, premio Nobel de poesía en 1977, que, aunque siempre vivió en España, en realidad pertenece a lo que se ha llamado el <exilio interior>” (Ibíd.)

Por último, una característica intelectual que marca toda cultura del exilio es la gran influencia de la filosofía de Ortega y Gasset. [...] En primer lugar, debido a la importancia que su obra filosófica tiene por sí misma; en segundo lugar, por la influencia que ejerció en la cultura exiliada, aunque esa influencia no se ejerciera de modo personal, sino a través de dos vías indirectas: su propia obra, difundida en todo el continente americano; y sus discípulos, que legaron lo más granado del pensamiento del maestro a través de sus cátedras en México, Venezuela o Argentina (Ibíd., p. 76).

De este modo se puede decir que las características anteriormente mencionadas tienen como consecuencia el estrechamiento de lazos que el exilio provoca en la relación de España con América. Además, Abellán, determina dos efectos prácticos que tuvieron como consecuencia este exilio: la primera es una consecuencia de carácter político, ya que “es un momento histórico crucial entre la relación entre la Península y el Continente, tras la independencia política de éste” (Ibíd., p. 80). Cabe mencionar que “los países hispanoamericanos se vieron, al comienzo de su vida política, obligados a rechazar la cultura española como paso necesario a su propia autoafirmación cultural de lo que había sido una situación colonial; debido al exilio de 1939, las minorías dirigentes de aquellos países toman conciencia de que no toda cultura española es rechazable” (Ibíd.). La segunda es una consecuencia cultural

y es la importancia que dentro del mundo hispánico ha tenido el exilio del 39 como elemento favorecedor del <mestizaje>. Como es sabido, la cultura de los países hispanoamericanos es fundamentalmente una cultura mestiza, producto de la síntesis de elementos muy diversos, [...]. En esto los exiliados con su gran aportación cultural, han puesto un nuevo

eslabón, una pieza fundamental en la plena realización del destino americano como <mestizaje cultural>. El iniciador del mismo fue Valle-Inclán, que se inspiró para su “Tirano de Banderas” en la realidad mexicana que conoció en su viaje a aquel país; el tema es continuado por un narrador español, Francisco Ayala, que en su novela “Muertes de perro” realiza el retrato de una dictadura hispanoamericana; [...] Rafael Alberti, en su pieza dramática “El adefesio”, nos da el retrato psicológico de una mujer que remeda la psicología del dictador; finalmente, es Gabriel García Márquez quien nos ofrece en “El otoño del patriarca” una larga narración de lo que puede ser el final de una dictadura muy parecido al que tuvo la del general Franco en España (Ibíd., p. 81).

La escritura es la salvación a esa destrucción del individuo. Mediante el acto de escribir, el exiliado plasma sus vivencias para intentar dar sentido a su vida, ser consciente de su *yo-ahora*, y dar testimonio de su pasado-presente traumático como elemento opositor frente a otros discursos. Francisco Caudet pone como ejemplo a Max Aub durante su exilio en Francia explicando que “se entregó a la escritura, de manera casi desaforada, como si la palabra fuera su última tabla de salvación. [...] Dar testimonio escrito de lo ocurrido en aquellos tres años de enfrentamiento fratricida había de convertirse en una herida para la que solamente había un bálsamo: la palabra” (2001, p. 286). Para Paula Simón, “la escritura suele convertirse para estos sujetos en un instrumento de resistencia, en una vía de escape y en un medio posible para elaborar esa vivencia traumática” (2014, p. 225). De este modo el acto de escribir tiene dos efectos: por un lado el redentor, por la capacitación de la superación del trauma exílico individual y, por el otro, el combatiente por la confrontación que adquiere al enfrentarse al discurso hegemónico.

Como apunta Josefa Báez Ramos, los exiliados al tomar la palabra deseaban crear conciencia y hacer memoria, pero no solo en los países que les recibieron, sino que uno de sus objetivos obsesivos era que el mensaje llegase a España para resistir al olvido, puesto que “no se sienten nada ni en el país de albergue ni en aquel por el que combatieron” (2001, p. 30).

Iker González-Allende, siguiendo la idea que desarrolla Ascunce, explica que “cuando el exiliado decide exteriorizar sus vivencias subjetivas por medio de la palabra escrita, el exilio se convierte en testimonio, en un hecho de escritura (2008, p. 22)” (2016, p. 13). Por lo tanto la denominada “literatura del exilio” sería literatura testimonial, ya que los acontecimientos que se plasman en el testimonio expresan el desarraigo que ha sufrido el testigo al abandonar su país de origen y su situación traumática. Gracias a la escritura del testimonio nos encontramos ante el discurso alternativo que lucha contra el olvido y contra el discurso hegemónico, mientras crea conciencia individual y colectiva para abrir un nuevo debate sobre los errores del pasado y hacer memoria para no olvidar a la víctimas. El testimonio de los exiliados permite la búsqueda de su yo interior tras el obligado cambio de espacio y ser consciente de su yo-ahora. La brecha existencial que supone cambiar el espacio-tiempo implica una perturbación del individuo que es posible superar gracias al poder del testimonio. De este modo, habrá tantos testimonios del exilio como exiliados.

14. El problema transgeneracional por la ausencia del testimonio en la guerra civil española

A pesar de que la Guerra Civil sucedió hace más de 80 años, la ausencia de políticas de memoria por parte del estado español crea en la sociedad la incapacidad de superación del duelo tanto individual como colectivo. De este modo, se entiende esta ausencia como la “salud democrática afectada por un trauma no resuelto que vamos transmitiendo de generación en generación” (Valverde, 2014, p. 12). El impacto del silencio entorno a lo que ocurrió, es decir, las pérdidas y la violencia empleada durante el conflicto bélico y la posguerra, crea, a su vez, una huella que afecta tanto a la generación de antaño como a la sociedad actual en su conjunto. Entonces, ¿es necesario que exista una ley de memoria histórica que recoja los testimonios causados por el conflicto bélico? La respuesta es sí. La memoria colectiva necesita saber lo que ocurrió con el fin de superar los acontecimientos y, de este modo, sobreponerse al trauma transgeneracional. Según Valverde,

los expertos en la transmisión generacional de la violencia política y social apuntan que si en una sociedad no se elaboran los traumas causados por la violencia política del pasado de forma consciente y abierta, ya sea por razones externas (represión o estar

ocupado luchando contra la represión) o internas (negación y desbordamiento psíquico), sus efectos nocivos interfieren en el funcionamiento social y político de futuras generaciones (Ibíd., p. 16).

Para superar el trauma transgeneracional de España, Gabriel Gatti desarrolla cuatro hipótesis de trabajo donde busca “situar social e históricamente la emergencia de esa figura, pensar su consolidación y analizar tanto las formas de identidad, socialidad y agencia que se ordenan en torno a ella” (2017, p. 13). Las dos primeras conjeturas expresadas por el crítico están relacionadas con lo universal, es decir, con el problema que existe en la sociedad actual, en la modernidad. El tercero influye directamente a España y la cuarta figuración es de índole metodológica. Sobre las dos primeras explica que:

1)La figura de la víctima es históricamente reciente y constituye un nuevo tipo subjetivo, que ocupa posiciones centrales en la sociedad contemporánea.

2)En esta figura se tensionan, fundamentalmente, las ideas modernas de sujeto, ciudadanía y derechos humanos, y está implicada en los debates sobre humanitarismo, vulnerabilidad y precariedad sociales. El ciudadano-víctima es el corolario de esas tensiones (Ibíd.)

Estas dos líneas de trabajo hacen referencia a la “era del testigo”, es decir, a un sujeto traumático que se desplaza de la subalternidad al núcleo de la colectividad: “se incorpora al común, reclama derechos de ciudadanía, instala su dolor en el centro de la escena, no en los márgenes donde antes era atendida en razón de su expulsión de la vida compartida con otros” (Ibíd., p. 40). En lo que se refiere a España, Gatti expresa que “es particularmente intensa su presencia [...], donde se han constituido mundos de víctimas socialmente muy densos e institucionalmente muy estables, con una marcada presencia en la escena pública” (Ibíd., p. 40-41). En esta hipótesis Gatti vincula a todos los sujetos traumatizados que existen en el país: víctimas de ETA, afectados del 11-M, de violencia machista o de género, de accidentes de tráfico, etc.¹⁵ La última teoría que desarrolla el crítico está ligada a la metodología que se emplea para trabajar el resto de ellas, ya que

¹⁵ Este trabajo solo se centra en las víctimas de franquismo, puesto que el marco histórico que se trabaja es el de la Guerra Civil y sus consecuencias.

para el estudio de cada <<mundo de víctimas>> se requiere atender a dos tipos de agentes, alrededor de los cuales se constituyen dos dimensiones de análisis. Un primer tipo son las propias víctimas y/o afectados directos: estructuras de identidad y socialidad [...]; un segundo tipo de las instituciones que trabajan sobre esos mundos: dispositivos de gestión que intervienen sobre ellos (aparatos jurídico y legislativo, red asistencial, [...]) (Ibíd., p. 41).

De la Calle Velasco y San Román recogen un estudio realizado por Julio Aróstegui en el que se destaca los tres niveles existentes de memoria. El primero sería el que se denomina “memoria de identificación y confrontación”, y es aquella donde están presentes los testigos directos -abarcaría hasta la década de los 60. La segunda, es la “memoria de reconciliación” que tiene presente a los hijos de los testigos y, que, además, vivieron la transición de primera mano -este segundo nivel duraría hasta la década de los 80. Por último, pero no la menos importante, es la “memoria de la restitución o reparación”, es decir, la del “deber de la memoria”, en la que están implicados los nietos de la guerra.

A pesar de que es un acontecimiento lejano para el nivel del “deber de la memoria”, hoy en día es una cuestión sin resolver ni moralmente ni políticamente y el objetivo de “los nietos de la guerra” es construir la carencia histórica sobre la memoria traumática de generaciones pasadas (De la Calle Velasco y Redero San Román, 2006, p. 15). Además, la demanda actual existente en torno a la construcción de la memoria para que se tengan en cuenta a los “olvidados” tanto en la Guerra Civil como durante la dictadura o el exilio

tiene una serie de factores estructurales y coyunturales [...]. Así, puede afirmarse que la carencia de políticas de la memoria – o, tal vez, la política de memoria fundada en la invisibilidad de las misma- en una democracia como la española ha devenido en que la generación de los nietos de la guerra vuelva su mirada, para reivindicarlo, hacia esa historia oscura de fusilamientos, asesinatos y exclusión social, a ese <<pasado oculto>> sobre el que los libros y las investigaciones históricas han vertido poca luz, pero que no ha terminado de formar parte, precisamente debido a esa carencia, de una percepción colectiva sobre el pasado (Ibíd., 2006, p. 162)

Judith Butler en *Vida precaria* considera que hoy en día existe un requerimiento que ha permutado a un deber y a un compromiso “hacia el Otro sólo después de que el Otro me ha hecho su demanda, me ha acusado de alguna falta o me ha pedido que asumiera una responsabilidad” (2006, p. 164). Esta carencia o insuficiencia se enlaza al vacío que han inundado a las humanidades en torno a los procesos traumáticos que se han vivido en el siglo XX y que todavía no se han estudiado desde sus cimientos. La autora también expresa que existe una obligación moral que nos reclama y que “no podemos advertir o evitar. [...] Esta concepción de lo que es moralmente obligatorio [...] viene hacia mí de otro lugar de improviso, inesperadamente y de forma espontánea” (Ibíd., p. 165). Para entender más detalladamente en qué consiste esta petición del Otro, Butler utiliza la teoría y las ideas desarrolladas por Emmanuel Levinas donde se expone que el subalterno se encuentra sobre nosotros solicitándonos nuestra ayuda para poder trasladar su testimonio. El otro necesita que le auxiliemos y que contemos su discurso para poder penetrar en las distintas esferas de la sociedad, de la historia, de la cultura y de la política con el fin de abrir un debate y permitir un testimonio alternativo al oficial. Si hacemos caso omiso a su llamamiento, seremos cómplices de su vulnerabilidad y de su desaparición (Ibíd., p. 166-167).

Esto quiere decir que existe un colectivo traumatado en la sociedad actual que pide asistencia ante su debilidad. La demanda que surge del rostro “es esa vocalización de la agonía que no es todavía lenguaje o que ya dejó de serlo” (Ibíd., p. 174). Si no consideramos esa vulnerabilidad traumática como eje principal de requerimiento estaríamos ante la deshumanización de sujetos traumatados que “no tienen la oportunidad de representarse, corren mayores riesgos de ser tratados como menos que humanos, considerados menos que humanos, o directamente no tomados en cuenta” (Ibíd., p. 176). Para conseguir la humanización del otro es necesario identificar el trauma y detallar “para ese sujeto las acciones que atajen daño y lo coloquen “donde debe” o cerca, en el antes de la catástrofe. Así: se le REhace, se le REconduce, se REconstruye, se REstituye y esencialmente se le Repara” (Un mundo de víctimas, Gatti, 2017, p. 29).

La humanización de la víctima, según María Martínez, Iñaki Robles y Gabriel Gatti, tendría la siguiente sucesión: “trauma → identidad → reparación: una *marca*, es

decir, un trauma fundante, inaugura una identidad que solo se cierra con la *reparación* y la *superación* del trauma” (Ibíd., p. 63).

En lo relativo a España y a la deshumanización que se ha hecho del otro no viene por la ausencia de demanda. Las investigaciones y las publicaciones que hoy en día existen por parte del ámbito académico ponen en relieve el conflicto transgeneracional que ocurre en España. Hay testigos y testimonios, *rostros*, que han luchado para conseguir la humanización de los sujetos traumatados.

Sin embargo, si hoy en día el problema no está resuelto se debe a que, ya desde el final de la Guerra Civil, hubo presiones para que no hubiese testimonios en contra del discurso oficial. Los vencedores, en vez de ayudar a la reconciliación, implantaron una represión sin piedad que hizo que la sociedad se dividiera aún más haciendo que “de los muchos crímenes cometidos por Franco, el mayor fue su comportamiento al finalizar la guerra” (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 15). Bajo aquel contexto histórico hay que entender que “en la España que sucedió a la Guerra Civil la historia formaba parte de un sistema panóptico de poder en el que ella misma se hizo sempiternamente presente y terminaría siendo asimilada por cada individuo” (Martínez Gutiérrez, 2006, p. 4). Con esa visión totalizadora se quería destruir todo lo que no estuviese bien visto por el régimen fascista para, en su lugar, engrandecer la imagen de Franco como poder legitimador. Desde esa perspectiva, uno de los objetivos era la cruzada de erradicación contra la memoria de los vencidos. Desde un primer momento el dictador quiso convencer al pueblo de que su golpe de estado fue la “salvación” para devolver al país la grandeza y la libertad que había perdido por la República.

El franquismo, en general, fue una dictadura ecléctica que integró “elementos de otras corrientes ideológicas como el fascismo italiano, el nacionalsocialismo alemán y la lucha anticomunista del discurso clerical. Todos, elementos adaptados al caso español y disfrazados bajo la consigna de “recobrar la grandeza de España”” (Acevedo López, 2011, p. 87-88). De este modo se entiende que esa narrativa del otro

[...] no se compartió porque la represión del Estado prohibía hacerlo, bajo graves amenazas, durante la posguerra, la dictadura y en los primeros años después de la muerte de Franco. [...] Aún ahora, la información sobre lo ocurrido en el siglo XX ha sido manipulada según los intereses políticos y económicos de los poderosos, compitiendo con las narrativas de las personas que vivieron los acontecimientos y, sobre todo, anulándolas (Valverde, 2004, p. 45-46).

Además, la dictadura abarcó todos los espacios posibles haciendo que el propio país se encontrara aislado del resto de países, incluso de los europeos. Todo estaba bajo el control del régimen: sindicatos, universidades, reuniones, etc. que impedían la creación de una memoria colectiva. Bajo esta cuestión Martínez Gutiérrez observa que

el espacio fue fecundo para la historia, que se fechó en conmemoraciones y fiestas nacionales, y se actualizó en el noticiero del Nodo (servicio nacional de cinematografía), en los que la España fascista manifestó el ejercicio de su poder sobre toda la tecnología: los medios de comunicación masivos ayudarían a terminar con la memoria, no ya por su calidad intrínseca de pasado y presente informativamente simultáneos, sino por la intencionalidad explícita de servir como frontón conmemorativo del caudillo (2006, p. 4).

De este modo se puede decir que unos de los objetivos principales del régimen franquista era el silencio y la negación de los vencidos con el fin de que los testimonios de los <<otros>> pasasen al olvido. Por lo tanto,

la dictadura franquista intentó llevar a cabo lo que Primo Levi conceptualizó como <<memoricidio>>, impuesto a sus vencidos mediante la más férrea propaganda autolegitimadora, y mediante una suerte de cultura del miedo y el silencio. Un memoricidio, así, por partida doble, primero de las víctimas de su victoria, y segundo de los canales para la imposición de la misma, de su propia carga violenta (De la Calle Velasco y Redero San Román, 2006, p. 155).

Además, para conseguir su objetivo, la dictadura franquista puso en funcionamiento diferentes dispositivos que implicaban: “tortura, exclusión y discriminación social, ejecuciones extrajudiciales, prisión política, depuraciones, internamiento en campos de concentración y control, trabajo forzado y exilio” (Acevedo López, 2011, p. 109). La memoria impuesta del pueblo era la propaganda que el régimen difundía sobre ellos y, como consecuencia, el recuerdo colectivo se basaba en la interpretación que el franquismo daba del pasado. Esto quiere decir que

la producción histórica quedó limitada, durante más de treinta años, al rígido control de la propaganda oficial y la legitimación de origen y de orden que emanaba del régimen: el franquismo hizo uso del recuerdo colectivo de las atrocidades cometidas durante la Guerra Civil haciendo hincapié en su sangrienta victoria y, sistemáticamente, refrescando —y manipulando— la memoria de la sociedad española con demostraciones autoritarias de poder; para, así, exacerbar el miedo de la población civil y, de esta forma, someterla (Ibíd., p. 110).

A pesar de la brutalidad empleada por parte del régimen autoritario, algunos “olvidados” tuvieron la necesidad de contar los sucesos que habían vivido como testigos para poder dar así testimonio de lo que se intentó anular o silenciar. Por lo tanto, la visión del <<otro>> es fundamental para superar el pasado traumático causado por el conflicto bélico y sus consecuencias y, a su vez, para crear una nueva visión colectiva donde diferentes puntos de vista del pretérito creen un futuro conjunto. Esos ciudadanos silenciados quisieron dar a conocer su historia desde el exilio o una vez muerto el dictador, para mostrar su resistencia y oposición al discurso hegemónico que había durado décadas. Por otro lado, ese sujeto traumatado, a parte del desacuerdo discursivo, también tenían la necesidad “como testigo,[...] en dar cuenta de sí mismo, y en darse uno cuenta” (Martínez Gutiérrez, 2006, p. 6). A pesar de que los testimonios sobre la Guerra Civil no son numerosos, sí hay un colectivo que se ha mostrado activo para superar el trauma que le ocasionó a él y a los que estaban a su alrededor. Además, historiadores, sociólogos y antropólogos han destacado que en un estado democrático se tendría que llevar a cabo una interpretación, tanto de la guerra como de sus años posteriores, con el fin de recuperar la memoria histórica y, por lo tanto, el testimonio que enriquece la memoria colectiva.

Sin embargo, al no encontrar una clara ruptura entre el franquismo y la transición, refiriéndonos a la usencia del testimonio, ya que ambos no tenían como prioridad estudiarla, dan lugar a lo que hoy en día se denomina “lugares de la memoria” (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 27). En esta etapa se originó lo que hoy se conoce como el “pacto de silencio”. En 1975, aunque hubo un cambio generacional y político,

este recuerdo colectivo fue sometido a la manipulación política por parte de los partidarios de la Transición, quienes procuraron silenciar el carácter democrático y legal de la Segunda República, enfatizando, en cambio, la violencia y el dolor desencadenados por la Guerra Civil, la cual fue expuesta como la continuación lógica de la República (Acevedo López, 2011, p. 113).

Este “pacto de silencio” consistía en que las formaciones creadas durante el franquismo, que habían ostentado el poder durante tantos años, renunciaban a este con la condición de que no se indagase ni se hablase de lo que hicieron durante la guerra civil y la dictadura. Esto quiere decir que cuando los nuevos actores políticos pactaron los fundamentos del nuevo sistema en España sabían que, para conseguir espacio y representación, debían abandonar sus ideales y aprobar todo aquello que los agentes franquistas quisiesen. Esto conllevó a que

la aceptación, por parte de la oposición moderada, de la política de “reconciliación nacional” significó la aceptación de una política de amnesia disfrazada de amnistía tanto para los antifranquistas como para los franquistas; pues, a cambio de la liberación de algunos presos políticos, la legalización del Partido Comunista y la promesa de unas elecciones “auténticamente democráticas” en junio de 1977, la oposición accedió a enterrar el pasado y permitir que los actos de violencia del régimen franquista quedaran impunes (Ibíd., p. 116-117).

Como consecuencia de lo planteado en el párrafo anterior, en 1977 se aprobó la Ley de Amnistía que, aunque consiguió liberar a los presos políticos, conllevó la absolución de los autores de la represión franquista. No obstante, la dimensión y el resultado de esta ley

fueron poco difundidas y, de hecho, todavía a día de hoy, en España, muchos son los que desconocen que la Ley de Amnistía contiene dos artículos que explícitamente impiden perseguir a los torturadores del régimen y a todos aquellos que hubieran cometido abusos de poder durante la dictadura (Ibíd., p. 123).

Este suceso no solo se aplicó a los gobiernos conservadores desde 1977 hasta 1982 sino que también repercutió en el PSOE que “con su renuncia a la historia, la socialdemocracia española perpetuó la pérdida de la memoria a la que fue obligada la población española en la dictadura. En ambos casos la marginalización y la represión de

la historia se hicieron para estabilizar las estructuras de poder vigentes” (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 27).

De este modo se entiende que, incluso en la democracia española, se ha querido silenciar al testigo y a su testimonio, ya que el discurso traumático que proyecta no va acorde con la historia oficial que se ha escrito hasta ahora. Bajo esta cuestión, “es el genocidio franquista, por tanto, el que fundamenta el recuerdo transicional en el que se ha ido fraguando un tipo de recuerdo que hace tan problemática la cultura política desde la Transición y sus formas de reconocimiento como víctimas a quienes padecieron el terror de la dictadura” (Izquierdo Martín, 2017, p. 172).

Los testimonios de la guerra civil y del franquismo son el relato directo de las víctimas que padecieron la crueldad y demandan justicia frente a la deshumanización que sufrieron y reconocimiento por parte del grupo hegemónico. Además, “visibilizar víctimas y hacer frente al victimismo son tareas que requieren que España asuma seriamente su pertenencia a la <<comunidad de humanidad>> de un Derecho Internacional que demanda justicia en nombre de víctimas que no lo son porque se le ha negado el reconocimiento de su humanidad tras experimentar toda violencia moderna” (Ibid., p. 179-180).

Sin embargo, hay unas fechas clave en el proceso de construcción de la memoria. En 1996, sesenta aniversario de la Guerra Civil, se realizó el “Homenaje a los voluntarios de la Libertad”. En este acto, a los participantes de las brigadas internacionales se les concedió la nacionalidad española. Este acontecimiento incrementó por parte de la ciudadanía el interés por conocer lo silenciado, saber qué había pasado, quiénes estuvieron, cuáles fueron las consecuencias, porqué después de tantos años ahora se realizaban este tipo de actos.

Los familiares de los desaparecidos durante el conflicto bélico y la dictadura llevan años reclamando que se busquen y se identifiquen a los muertos y este suceso es

otro indicador de la imperfección de la transición [...]. Pues mientras que el lado franquista, inmediatamente después de la

guerra, pudo identificar a sus muertos y enterrarlos con todos los honores, algo parecido no se ha hecho hasta hoy con el lado republicano. Se estima que unos 30.000 republicanos muertos siguen enterrados en fosas anónimas (Altmann, Bernecker y Vences, 2009, p. 29).

Diez años después, concretamente el 8 de julio de 2006, el Boletín Oficial del Estado publicaba, haciendo oficial, que ese año era el Año de la Memoria Histórica. El entonces rey, Juan Carlos I de Borbón, dijo al respecto que:

la experiencia de más de 25 años de ejercicio democrático permite hoy abordar, de forma madura y abierta, la relación con nuestra memoria histórica, teniendo en cuenta que recuperar dicha memoria es la forma más firme de asentar nuestro futuro de convivencia. Hoy resulta así oportuno recordar y honrar a quienes se esforzaron por conseguir un régimen democrático en España, a quienes sufrieron las consecuencias del conflicto civil y a los que lucharon contra la dictadura en defensa de las libertades y derechos fundamentales de los que hoy disfrutamos.¹⁶

Que pasasen tantos años de “ejercicio democrático” para que se pudiera tratar el tema de la memoria histórica dice mucho del “esfuerzo” político que se hizo durante la Transición y los años posteriores para sacar del olvido a los <<otros>> y poder así, superar los traumas bélicos. Esto viene infundado porque “las sensibilidades de derechas [...] han etiquetado este proceso como innecesario, divisivo, e incluso como una expresión contemporánea de necrofilia rencorosa” (Francisco Ferrándiz, Un mundo de víctimas, 2017, p. 213-214).

Un año después, el 31 de octubre de 2007, El Congreso de los Diputados aprobó la Ley de Memoria Histórica. Tal y como figura en el BOE en la ley 52/2002 “se reconocen y amplían derechos y se establecen medidas en favor de quienes padecieron persecución o violencia durante la guerra civil y la dictadura”¹⁷. Una de las características de esta norma es “que lo poderes públicos lleven a cabo políticas públicas dirigidas al conocimiento de nuestra historia y al fomento de la memoria democrática” (Ibíd.). Gracias a esta ley se reconocen tanto a las víctimas del conflicto

¹⁶ Jefatura del Estado (BOE número 162 de 8/7/2006), p. 25573

¹⁷ Documento consolidado BOE-A-2007-22296

bélico, independientemente del bando en el que participaron, como las del franquismo. Además, reivindica la colaboración para localizar e identificar a las víctimas con la ayuda de las Administraciones públicas – artículos 11, 12, 13 y 14- , la eliminación de la simbología del franquismo en la vía pública -artículo 15- y la creación del Centro Documental de la Memoria Histórica y Archivo General de la Guerra Civil para rescatar testimonios, agrupar y fomentar la investigación y divulgación de los fondos culturales –artículo 20-. En general, tal y como se menciona en la exposición de los motivos, lo que se pretende con esta ley es “contribuir a cerrar heridas todavía abiertas en los españoles y a dar satisfacción a los ciudadanos que sufrieron, directamente o en la persona de sus familiares, las consecuencias de la tragedia de la Guerra Civil o de la represión de la Dictadura” (BOE).

Hoy en día existen organizaciones que trabajan y ahondan en los sujetos traumatizados para impulsar la relevancia del testigo y de su testimonio para recuperar la memoria silenciada. Sin embargo, “la precedente escasez de políticas de la memoria es la clave para entender que hoy exista una demanda generalizada de recuerdo colectivo, rememoración y, sobre todo, conmemoración” (De la Calle Velasco y Redero San Román, 2006, p. 170). Bajo la cuestión rememorativa y conmemorativa, se entiende que la denominada “generación de los nietos”, el nivel del “deber de la memoria”, son los impulsores actuales del testimonio español con el fin de resolver el problema transgeneracional y construir una memoria colectiva que incluya a sus abuelos y a sus padres. Actualmente, tal y como Ferrándiz y Baer,

el “movimiento de recuperación”, que no ha dejado nunca de suscitar polémica, se propone principalmente: 1) localizar fosas y exhumar los cadáveres de las víctimas de la política represiva desarrollada por el general Franco durante la Guerra Civil (1936-39) y tras su victoria en la contienda, y 2) registrar, especialmente en formato digital, el testimonio oral de testigos, víctimas supervivientes y sus familiares. En este proceso vienen colaborando con sus conocimientos específicos multitud de arqueólogos, médicos forenses, historiadores, antropólogos, sociólogos, psicólogos y otros investigadores (2011, p. 185-186).

Además, este movimiento de recuperación en torno a la Guerra Civil y la posguerra se ha dado gracias a la ciudadanía y a diferentes medios de comunicación que han

tomado la iniciativa. Sin embargo, las acciones que rodean las exhumaciones se tienen que vincular “como sintomáticas de un fenómeno de enorme alcance que vincula la memoria traumática de la guerra con las diversas formas de registro audiovisual digital disponibles en la sociedad de la información y la comunicación” (Ibíd., p. 189-190).

Por otro lado, la magnitud óptica que alcanza el discurso testimonial de “la memoria del genocidio y de otras formas de violencia extrema en las últimas décadas, revela tres maneras esenciales de registrar y representar a las víctimas: (1) fotografías de la fosa abierta, con sus esqueletos y huesos, (2) retratos de desaparecidos, y (3) testimonios en vídeo de testigos o supervivientes” (Ibíd., p. 190-191).

Se entiende que el reconocimiento del trauma está ligado a un fundamento político de justicia y de reparación. Las víctimas necesitan que sus traumas sean identificados mediante sus discursos testimoniales para dar cuenta del pasado y para volver a ser. Tal y como advierten Ferrándiz y Baer, actualmente,

España vive un complejo boom de “recuperación de la memoria histórica” en el que se advierte la adaptación a sus circunstancias peculiares de un lenguaje globalizado, y que encuentras en las fosas comunes del franquismo su epicentro simbólico. Las fosas dan origen a un conjunto de nuevas prácticas culturales y rituales de índole cívico-política y asimismo persona, que evocan un pasado doloroso y a la vez dicen mucho sobre el presente, el nuestro, en el que la cultura dominantes entre las asociaciones para la recuperación de la memoria se funda en el principio de “no olvidar jamás” (2011, p. 205-206).

Miguel Hernández-Navarro en su libro *Materializar el pasado. El artista como historiador (benjaminiano)* entiende “la historia como algo abierto que aún puede ser modificado. [...] Aunque el sentido benjaminiano del tiempo nos enseña que la historia está abierta toda, es cierto que es más fácil hacerse cargo de esa apertura cuando las heridas aún no han dejado de sangrar” (2015, p. 77). Esto quiere decir que en España estamos en un momento oportuno para volver a escribir la historia y superar la intrahistoria de años pasados, escuchar la memoria de los sujetos olvidados y traumatados con el fin de crear un testimonio colectivo que disipe el trauma reciente. El concepto de

“trauma reciente” se utiliza por la tensión que existe entre memoria e historia, ya que no es sencillo definir la ruptura entre el pasado y el presente. Hernández-Navarro advierte que “esta cuestión de lo no acabado, lo no solucionado, nos conduce a la problemática del trauma- lo no asumido del todo- y a su relación con la escritura de la historia” (Ibíd., p. 78).

Por otro lado, el mismo autor expresa que la teoría desarrollada por Walter Benjamin tiene en su raíz “una lectura psicoanalítica clara”, puesto que hacer historia y solventar un trauma están asociados a los conceptos de “elaborar procesos de duelo, identificar los lugares de la pérdida y resolver los problemas olvidados pero presentes” (Ibíd., p. 79). Además, el crítico explica que en términos generales “los traumas históricos provienen especialmente de dos cuestiones: la memoria de la guerra y la memoria de la dominación” (Ibíd.). De este modo, llevándolo y concretándolo al caso de España, se puede decir que la guerra civil y la dictadura franquista componen el núcleo del trauma por toda la crueldad y el abandono que sufrieron las víctimas. Esta violencia se puede bifurcar: por un lado, en violencia real y, por el otro, en simbólica, puesto que “los vencidos fueron ejecutados dos veces, a través del asesinato y a través de su olvido en la historia” (Ibíd., p. 82).

Actualmente, podemos decir que nos encontramos ante un nuevo periodo en el que la recuperación de los testimonios y su análisis posterior abren un camino hacia la construcción de una memoria colectiva que recupera el contradiscurso silenciado por las esferas de poder. Y aunque el pasado continúa latente en diferentes estratos políticos, ideológicos, simbólicos y un largo etcétera, las cuestiones que a día de hoy permanecen abiertas comienzan a cicatrizar gracias a la ciudadanía y a distintas asociaciones que ven la necesidad de cerrar los síntomas de un trauma para cimentar una historia común y crear conciencia al mostrar los errores del pasado.

Tal y como menciona Hernández-Navarro, en estos tiempos, el sentido de la historia detenta un encadenamiento de características comunes:

1) la presencia tangible de la historia en el presente- que toma cuerpo a través de la concepción material del tiempo y el uso de objetos e imágenes como lugares preñados de tiempo-; 2) la necesidad de imaginar y visualizar el pasado- la toma de conciencia de que la historia se nos aparece en imágenes y, por tanto, es posible transmitirla, escribirla, a través de ella-; y 3) el sentido de la historia como algo abierto que puede ser modificado- de ahí el compromiso con el pasado, que vincula historia y política- (Ibíd., p. 10).

De esta manera el concepto *hacer historia* no solo implica citar a los fallecidos o a los olvidados, “hacer historia es también desenterrar, sacar a la luz, mostrar crímenes, la violencia. Hacer historia es hacer justicia. Y no solo justicia simbólica, también justicia real” (Ibíd., p. 13). Por esta razón, al rescatar a Pilar de Zubiaurre lo que se pretende no es sólo mostrar a una olvidada, sino analizar su diario para exponer la crueldad de los acontecimientos desplazados por el discurso oficial y hacer memoria al respecto.

Mieke Bal desarrolló el concepto de *acto de memoria* como una observación del pasado que regresa en el presente gracias a la evocación de los sucesos que continúan en contacto. Para Hernández- Navarro la noción *hacer memoria* de Mieke Bal es lo mismo que “sacar del olvido” (Ibíd., p. 25). De este modo se entiende la memoria como

algo vivo, latente y en permanente contacto con el presente. Un sentido que suele oponerse al de la Historia, que es vista como su contrario: una modalidad de recuerdo oficial, autoritaria, legitimadora e incapaz de producir afectos porque se encuentra desconectada del pasado. Esa especie de oposición entre Historia y memoria se ha asentado en la teoría cultural contemporánea, hasta el punto de que pueda decirse que en gran parte del arte memorialista y de la tradición de los actos de la memoria hay cierta negación de la Historia (Ibíd., p. 27).

Como señala Hernández-Navarro, actualmente, existe discrepancia acerca de las relaciones que se dan entre la historia y la memoria. Para algunos críticos son términos totalmente opuestos y, para otros, son dos conceptos que se superponen. Para Dominick LaCapra son dos palabras que imposibilitan explicar exactamente qué compete a cada una, ya que

la historia y la memoria tienen una relación suplementaria que es la base para una interacción mutuamente cuestionadora o para un intercambio dialéctico que nunca alcanza la totalización o una clausura absoluta. La memoria es a la vez más y menos que la historia y viceversa. La historia puede no capturar nunca algunos elementos de la memoria: el sentimiento de una experiencia, la intensidad de la alegría o del sufrimiento, la cualidad de lo que sucede. Pero la historia comprende elementos que no se agotan con la memoria, como los factores demográficos, ecológicos y económicos. Lo que tal vez es más importante es que pone a prueba la memoria e idealmente lleva al surgimiento de una memoria más exacta y a una evaluación más clara de que es o no fáctico en la rememoración (2008, p. 34).

Hernández-Navarro entiende “la memoria como un término general, abarcador, que está relacionado con el recuerdo no reglado del pasado y la Historia como un campo de conocimientos que produce la escritura de ese pasado. En cierta manera, esta división es la que entiende que la memoria es un objeto de conocimiento y la Historia, la disciplina que se encarga de abordarlo” (2015, p. 28). Sin embargo, sí que estudia que ambos conceptos se han distinguido por magnitud y su manera de trabajar el pretérito. Como se ha expresado con anterioridad, la memoria es el lugar del recuerdo y del trauma que está en contacto entre presente y pasado y se va difundiendo entre distintos individuos intergeneracionalmente. La historia, por su parte, ha estado subordinada al discurso hegemónico, que le ha dado forma, desplazando y/o silenciando, así, sucesos y actitudes que comprometían el orden instaurado. Es por esto que muchas veces se ha ligado a la historia con la utilización inadecuada que ha hecho la política o algunas instituciones sobre ella, mientras que la memoria se ha conectado con la irrepresentabilidad (Ibíd., 29). Sin embargo, la historia y la memoria no son contrarias. Enzo Traverso señala al respecto que

oponer diametralmente Historia y memoria es, pues, una operación peligrosa y discutible. Los trabajos de Halbwachs, Yerushalmi y Nora han contribuido a sacar a la luz las profundas diferencias que existen entre Historia y memoria, pero sería falso deducir de ello su incompatibilidad o considerarlas como irreductibles. Su interacción crea, más bien, un campo de tensiones en el interior del cual se escribe la Historia (2007, p. 31).

Bajo esta cuestión, Hernández-Navarro define “la Historia, de este modo, como escritura del tiempo con aspiración de verdad y justicia, y la memoria como el objeto fundamental que la atraviesa y que hace que el pasado afecte el presente” (2015, p. 31). Por lo tanto, se puede decir que la Historia y la memoria está estrechamente relacionadas y que ambas se necesitan mutuamente para trabajar el presente que ejerce presión sobre el pasado con el fin de hacer justicia de los olvidados y cerrar los traumas que continúan latentes.

Para este autor, el arqueólogo, el antropólogo, el coleccionista, el archivista, etc., también, están dentro de lo que representa el historiador, ya que hacer historia es

una actuación en el pasado, un “acto de memoria”, una toma de postura desde el presente, pero también un “acto de Historia”, una escritura del tiempo, una materialización del pasado en el presente. Una toma de postura que sólo es posible desde una concepción del tiempo como algo abierto y en permanente transformación. Una concepción no lineal, capaz de permitir dar saltos, discontinuidades y anacronismos (Ibíd., p. 42).

Al entender la Historia como una concepción no lineal que coexiste con todo lo que está a su alrededor, estamos ante la idea de “ “imagen dialéctica” como condensación y tensión de temporalidades y significados” (Ibíd., p. 48). Hernández-Navarro expresa que hay que tener en cuenta tres aspectos que son la matriz de las prácticas que observan el pretérito: el sentido de la historia -como tiempo abierto, múltiple y con posibilidad de ser completado y redefinido-; el conocimiento de la historia -la manera en la cual la historia se presenta a través de imágenes fugaces que condensan monadológicamente el tiempo-; y la construcción o la transmisión de la historia, es decir, la escritura del tiempo (Ibíd., p. 49).

La Historia abierta como tiempo abierto y relacionado con el presente, hace que el pasado esté conectado con el ahora, que convivan, que “el pasado no “ha pasado”, no pertenezca a un tiempo lejano y cerrado, sino a un tiempo activo. [...] Hace que la tarea de la historia sea urgente y necesaria, y sobre todo, conduce a que la práctica de la historia sea algo que tiene que ver no tanto con el conocimiento como con la acción” (Ibíd., p. 50). De este modo, la teoría que plantea Walter Benjamin se puede considerar

que trasciende más allá del conocimiento para convertirse en una práctica porque el autor duda que la historia relatada sea la verdadera, “la que él busca es la historia no contada, la de los olvidados en los grandes relatos” (Ibíd.), ya que, en su opinión, la historia que se ha contado es la que está escrita por los vencedores y edificada sobre las personas olvidadas, los otros, los sujetos traumatizados. Es por esto que la noción de hacer historia está ligada tanto a la política –porque interviene, ejecuta y ejerce sobre la ciudadanía- como a la ética – adquiere un compromiso moral que está relacionado con la práctica humana. Por lo tanto, “hacer historia, [...], es, entonces, hacer política. Es transformar el pasado, cambiarlo, modificarlo. Actuar sobre el pasado” (Ibíd., p. 52).

La historia está conectada con la rememoración, ya que es interpretar la memoria que impulsa el trauma que está ejerciendo presión en el presente sobre un acontecimiento pasado. Esta historia es un relato del cambio, un testimonio que se ejecuta y formaliza para reconstruir el pretérito partiendo desde el tiempo actual. Esta rememoración hace que se restablezca el pasado creando una detención del tiempo presente y esa suspensión del tiempo tiene, a su vez, dos objetivos: por un lado, la recordación, y, por el otro, la liberación a manos de los vencedores.

La historia es la reparación de un trauma que se activa en funcionamiento del testimonio para desempeñar en el presente el cumplimiento del pretérito. Por lo tanto, al entender la historia como sinónimo de acción, nos encontramos con lo que Benjamin denominó *imagen dialéctica*. Esto quiere decir que “la visualidad del pensamiento [...] está tanto en la manera en la que el conocimiento se forma, igual que una imagen, como en el modo en el que se conoce la historia, a través de imágenes, o incluso en la manera de transmitirla, también por medio de imágenes” (Ibíd., p. 57). De este modo, la *imagen dialéctica*, es decir, el modo de conocer la historia, se daría de tres niveles diferentes. En el primer nivel nos encontraríamos con la forma en la que comprendemos y percibimos la historia, en este lugar se concentran los diferentes tiempos. En el segundo nivel estarían “ciertos objetos materiales [...] y ciertas figuras de la modernidad, [...], que condensan significados y temporalidades diferentes: sueños y catástrofes, promesas y decepciones” (Ibíd., p. 59). Y en último lugar, Benjamin estudia cómo debería trasladarse el conocimiento de la historia. Para el crítico esta transmisión se

tiene que dar mediante la “yuxtaposición de imágenes y objetos históricos, según la técnica del montaje” (Ibíd.). Por lo tanto, bajo esta cuestión, la imagen dialéctica tendría tres sentidos: 1) imagen-pensamiento, 2) imagen-materia y 3) imagen-escritura. Esto es,

inmaterial/eurístico (el re-conocimiento [recordación] formado como imagen dialéctica); segundo nivel: material/objetual (el objeto como imagen); tercer nivel: construcción/transmisión (la escritura de la historia como la creación de imágenes dialécticas). [...] En el fondo funcionan como uno solo y no es posible separarlos totalmente. Sobre todo, porque juntos proporcionan el sentido último de la imagen dialéctica: el despertar y la acción en el presente (Ibíd.).

De este modo estamos ante una imagen-tiempo, una imagen *Jetzt* –ahora- *zeit* - tiempo, que interrumpe el presente para actuar sobre el pasado que lo concentra y lo solidifica. Esta imagen dialéctica está en constante movimiento y su apertura permite conocer la historia y actuar sobre ella posibilitando, así, la voz de los olvidados. Tal y como menciona Hernández-Navarro, lo importante es ser consciente del tiempo, ya que “se trata del instante de la oportunidad, el tiempo oportuno, el momento de la posibilidad” (Ibíd. p. 63). Este tiempo está cerca de lo que los griegos denominaron *kairós*, << el instante oportuno >>, puesto que es el momento adecuado para avanzar en la acción, para estructurar las posibilidades que en el pasado fueron silenciadas u omitidas y se han convertido en traumas que salen a la luz en forma de testimonios. Esta detención del tiempo se convierte en “la posibilidad de redención” (Ibíd., p. 64), ya que permite dar voz a los sujetos olvidados por el discurso hegemónico y visibilizar su testimonio para crear una memoria colectiva y actuar sobre la historia.

En consecuencia de lo planteado anteriormente, el modo de conocer la historia, es decir, la imagen dialéctica actúa

como una brecha temporal que frena el continuum, que lo interrumpe, y que abre un tiempo otro, el tiempo de la posibilidad de la revolución (de que las cosas puedan cambiar) y el tiempo de redención (que el pasado pueda haber tenido sentido y que las promesas puedan al fin ser cumplidas) (Ibíd., p. 66).

Para Hernández-Navarro, Walter Benjamin “habla de las imágenes dialécticas como la construcción de la historia, la manera de transmitir el conocimiento histórico, que debe ser a través de la yuxtaposición de imágenes, por medio del montaje literario” (Ibíd., p. 71). De este modo, debemos aspirar a ver la historia como benjaminiana, ya que es un término abierto que involucra la memoria del testimonio traumatizado, superando la barrera de la supremacía ejercida por distintos elementos que han operado y cooperado entre sí para evitar la transmisión del conocimiento. *Hacer historia* significa, por lo tanto, plasmar el despliegue de los distintos discursos testimoniales con el fin de cerrar una herida que hoy en día supura por la falta de acción de actores externos y por los recursos insuficientes que tienen los *nietos de la guerra*, el *deber de la memoria*.

En el caso de España, es más que evidente que este tiempo-ahora <<Jetztzeit>> es el presente que estamos viviendo. Cada vez más asociaciones y ciudadanos piden la revisión de la historia contada por el grupo hegemónico y que los acontecimientos omitidos o ignorados sean analizados para crear una memoria colectiva. Escuchar el contradiscurso de los exiliados, de los desaparecidos, del otro, dar voz al subalterno para crear conciencia de lo que ocurrió en el país. Hablar del trauma sin miedo para superar el problema transgeneracional, pues la memoria instaurada no es un todo-absoluto, sino que es el recuerdo subordinado al poder. Hacer historia es desenterrar las palabras de la violencia que sacudió el país y que hoy en día vuelve en forma de testimonio. Es dejar de reprimir el inconsciente. Es justicia y reparación que necesita el testigo y el testimonio. Es avanzar en el funcionamiento político y social dentro de un Estado democrático. Es salud democrática.

CAPÍTULO 3: PILAR DE ZUBIAURRE Y SU DIARIO DE LA GUERRA CIVIL

15. El caso de Pilar de Zubiaurre

La figura de la intelectual Pilar de Zubiaurre ha pasado inadvertida para gran parte de la crítica. Shirley Mangini en 2001 publicó su famoso libro *Las modernas de Madrid: las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*, y en él se puede apreciar como la figura de la intelectual aparece hasta en seis ocasiones. Sin embargo, todas las referencias que se encuentran sobre Pilar están relacionadas con el Lyceum, con su relación de amistad con Ernestina de Champourcin y con los poemas que dedica Concha Méndez a sus amigas. No hay ningún apartado dedicado exclusivamente a ella, a pesar de que en la sociedad del primer tercio del XX fue una figura muy influyente. Ocho años más tarde, Iker González-Allende transcribirá todo su diario y sus artículos para dar a conocer ante el público los trabajos de Pilar de Zubiaurre. En 2015, Alzuri Milanés, publicará su biografía y González-Allende en 2016 recuperará su epistolario. Este último crítico, además, publicará numerosos artículos sobre Pilar de Zubiaurre y su exilio. Esto quiere decir que hasta que Iker González-Allende no recupera la figura de la intelectual no hay estudios académicos sobre ella, ya que la crítica sabe de su existencia en relación a otras figuras femeninas españolas del XX, pero no era objeto de estudio en sí misma.

Las hipótesis que se barajan dan lugar a pensar que su figura ha estado eclipsada por la brillante carrera que consiguieron tanto sus hermanos, como su marido, y por la escasez de textos artículos que llegó a publicar, y estos bajo dos pseudónimos: “Hulda de Garay” y “Landabarrenako Damia”. González-Allende plantea que el uso de pseudónimos es comprensible por la sociedad en la que se encontraba la protagonista, pero, también señala que es difícil vincular a Pilar con estos nombres si no se conoce su lado íntimo. Por esta cuestión, el crítico apunta que las publicaciones puede que no se relacionasen con la autora, ya que firmaba con pseudónimo, y no se estudiasen por falta de conocimiento y por la escasez de los mismos (2009, p. 15).

Los conceptos mujeres, pseudónimo y literatura a lo largo de la historia han estado relacionados. El pseudónimo literario era utilizado por aquellas mujeres que querían ocultar su verdadera identidad. Debemos entender que la literatura fue un ámbito controlado por el género masculino, sobre todo las editoriales, y presentarse al mundo con un nombre de hombre les permitía tener aceptación entre los posibles

lectores. Además, gracias al pseudónimo accedían al ámbito literario sin miedo a ser juzgadas, ya que durante siglos no estuvo bien visto que la mujer escribiese con el fin de publicar porque se alejaba del rol femenino de esposa y madre. Escribir fue percibido como un deseo de independencia y, lamentablemente, solo lo alcanzaban si firmaban con un nombre ficticio, la idea del querer *ser* pero no *me* dejan. Estas mujeres querían que sus obras fuesen tratadas bajo una perspectiva libre, sin prejuicios y en igualdad de condiciones. Algunos de los ejemplos más famosos de la historia de la literatura son Amantine Aurore Lucile Dupin de Dudevant (George Sand), Mary Anne Evans (George Eliot) y Cecilia Böhl de Faber y Ruíz de Larrea (Fernán Caballero). La protección que les brindaba el pseudónimo hizo que numerosas mujeres firmasen con un nombre que no era el suyo.

Sin embargo, también es destacable señalar a aquellas mujeres que firmaron con sus verdaderos nombres generando, de este modo, un proceso de resistencia desde el acto de escritura. Mujeres tan relevantes como Jane Austen, Virginia Woolf y Emilia Pardo Bazán reivindicaron los conceptos de *escribirse-crearse*. Mujeres rebeldes y transgresoras que se negaban a considerarse intelectualmente inferiores a un hombre y que reclamaban su propio espacio.

En el caso de Pilar de Zubiaurre, la protagonista firmó sus artículos tanto de España como de México utilizando dos nombres, que aunque tienen relación con su origen, no son fácilmente atribuibles a su persona por dos razones: la primera es el uso del euskera y la segunda son los nombres tanto del pueblo como del caserío. Respecto al euskera decir que las palabras *hulda* y *damia* se pueden traducir como mujer o dama y, por lo tanto, sólo van a ser identificables para aquellas personas que sepan el idioma. Los nombres propios que le siguen al concepto femenino de su pseudónimo se pueden relacionar con apellidos y/o lugares. Por esta razón, alguien que lea *Hulda de Garay* puede pensar que, en vez de hacer alusión al municipio, está relacionado directamente con un nombre familiar, ya que en el País Vasco es común este apellido. Como bien sabemos hoy en día, *Landabarrenako damia* está vinculado con el caserío familiar, pero este nombre propio se puede identificar con distintos parajes del País Vasco y Navarra que impiden a simple vista conectarlo con una casa. Es por esto que para los lectores, que no conocen a Pilar de Zubiaurre y se guían por su pseudónimo, es más fácil identificar estos nombres propios con apellidos o parajes. Este hecho implica que la

elección de ambos nombres para firmar sus artículos le brindan una protección y una libertad que de otra forma hubiese sido más difícil.

En una carta que manda Elvira Valentí a Pilar de Zubiaurre, su amiga, el 8 de marzo de 1911, se puede observar como le aconseja que firme sus artículos con su nombre y que deje de lado el uso de pseudónimos “sin miedo ni preocupación de ninguna clase” (González-Allende, 2014, p.112). Valentí lo expresa de este modo: “He leído tus artículos. Me han causado profunda emoción. Creo que debes de hoy en adelante firmarlos todos con tu nombre verdadero, pues nadie puede censurarte.[...] Así que te revelas escritora de cuerpo entero, en la que sólo perjudica la excesiva modestia en todas tus obras” (Ibíd., p. 111-112). Por otro lado, teniendo en cuenta las memorias de Concha Méndez escritas por su nieta Paloma Ulacia, se puede observar que Ricardo Gutiérrez Abascal, marido de Pilar, no tenía mucho aprecio a las mujeres escritoras de aquella época: “Un día quiso presentarme a su marido y me llevó a su casa; me dejó esperando en el salón y, mientras esperaba, pude escuchar que De la Encina no tenía ganas de conocerme: “¿Pero cómo me vas a presentar a esa chica? Debe de ser una de ésas que se ponen a escribir y dicen tontería y media...” (1990, p.57). Sin embargo, esta situación no puede aclarar la razón por la cual Pilar de Zubiaurre decidiese no publicar con su nombre y, lo que sí trascendió al ámbito público, lo hiciese bajo pseudónimo. Como se podrá observar en el apartado de su biografía, la protagonista comienza a publicar en *Bizkaitarra* algunos artículos a partir de 1909 utilizando el pseudónimo de “Hulda de Garay”, lo que demuestra que la opinión de Juan de la Encina sobre la mujer escritora nada tiene que ver con la elección de Pilar, ya que comenzó a escribir antes de casarse.

Alzuri Milanés comenta que “sus amigos y algunos de los intelectuales con los que se relacionó en esos años destacaron siempre un dato esencial para conocer el carácter de Pilar: su interés por la escritura y su pudor a la hora de dar a conocer su trabajo” (2015, p.33). Además, Pilar era “muy pudorosa, muy poco convencida de sus capacidades como escritora, no se dejará aconsejar por sus amigos y conocidos que, [...], la animaban a que se diera a conocer con su verdadero nombre” (Ibíd., p.35). Este punto plantea la posibilidad de que hubiese sido la propia autora, a su elección, quien decidiera mantenerse en la penumbra y no trascender del ámbito privado. Esta hipótesis es la más acertada, ya que mediante esta deliberación personal evitaba, por un

lado, poner en una situación desairada a su familia¹⁸ y, por el otro, impedía que el lector la conociera o reconociese.

Una vez fallecida ya la intelectual, Alzuri Milanés y González-Allende señalan que fue su hijo Leopoldo quien se encargó de recopilar y rescatar todo el diario y los artículos que se habían publicado para cederlos al archivo Zubiaurre que existe actualmente en el Bellas Artes de Bilbao. Lo que se quería lograr con esta acción era que diferentes críticos se acercasen a la figura de la intelectual para conocerla y estudiarla y, a su vez, darle un lugar en la historia española del siglo XX. Alzuri Milanés explica que cuando Leopoldo cedió toda su obra,

en esos años comenzaba a producirse entre nosotros una verdadera proliferación de textos y trabajos de investigación sobre mujeres que habían participado en diferentes facetas de la vida española del primer tercio del siglo XX, féminas que, con su trabajo, habían sentado las bases para las importantes transformaciones que habrían de producirse después en la autonomía política, cultural y social de las mujeres. Pero hasta entonces, la figura de Pilar había pasado casi totalmente desapercibida para quienes nos habíamos acercado a estudiar o revisar algún aspecto más o menos importante del panorama intelectual de la España de esos años, de modo que apenas podían encontrarse referencias a ella (2015, p. 11-12).

A pesar de las hipótesis que se han mostrado sobre la ausencia de interés por parte de la crítica literaria hacia Pilar de Zubiaurre, es incuestionable la figura de esta intelectual en el ambiente artístico de aquella época. Pilar fue una mujer con grandes dotes sociales y entabló amistad con mujeres relevantes como Carmen Baroja, Margarita Nelken, Zenobia Camprubí, Concha Méndez, etc., pero, también, con hombres como Federico García Lorca – la serie de poemas “Tres ciudades” que se encuentran en *Poema del Cante Jodo. Romancero gitano* está dedicado a Pilar-, Ortega y Gasset, Rafael Alberti, Pío y Ricardo Baroja, etc. le llevó a colocarse en la cima del ambiente intelectual. Además, sus contactos con el gobierno republicano y vasco ponen en relieve el mundo por el que se movía. Por estas cuestiones es difícil entender el vacío que existe actualmente en torno a su figura, puesto que solo González-Allende y Alzuri

¹⁸ Como se podrá observar en su biografía, Pilar proviene de una familia conservadora donde la mujer debe mantenerse en segundo plano y no inmiscuirse en el ámbito público. Durante la etapa de juventud de la protagonista, sus progenitores estaban enfocados en las carreras artísticas de sus dos hermanos, y el que Pilar hubiera firmado sus escritos con su verdadero nombre habría supuesto trascender a la esfera pública, giro que podría influir negativamente tanto en la percepción social del trabajo de sus hermanos, como en el concepto de mujer “pública” que no cabía en la ideología de su madre.

Milanés se han dedicado a estudiar su vida y, el primero también, a rescatar y a transcribir toda la obra de Pilar de Zubiaurre.

Según Amparo Hurtado, Pilar de Zubiaurre correspondería al grupo de escritoras del 98. Las mujeres que componen este grupo tienen en común una serie de características. La primera particularidad que comparten es la nueva visión de comprender tanto la literatura como la vida, la segunda está relacionada con la fecha de sus publicaciones - todas ellas comienzan antes de la Primera Guerra Mundial- y, la última, todas las intelectuales provienen de familias burguesas que profesan el catolicismo (1998, p. 139-145). La producción de estas mujeres abarca dentro del ámbito público “la literatura, el periodismo y la política” (2014, p.364). Bajo este planteamiento, Matilde Eiroa San Francisco señala que

la generación de mujeres intelectuales, artistas y de profesiones liberales que escribió y creó cultura a principios del siglo XX vivió en un periodo de transición entre lo decimonónico y la modernidad. El contexto de la época generó un torbellino de ideas en torno a lo hispano, el imperio perdido, la modernidad, la tradición y la crisis de identidad individual y colectiva posterior al 98, un pensamiento que influyó en las mujeres de la llamada «Edad de Plata» de la cultura española y en las «modernas», tomando la denominación de S. Mangini para referirse a un conjunto de mujeres que rompieron con la tradición social de relegarlas al ámbito doméstico y a la desigualdad cultural y profesional (Ibíd.).

Al igual que Pilar de Zubiaurre, como se podrá observar en la quinta entrada del diario personal de 1913 donde manifiesta la diferencia que existe entre Francia y España en relación a la mujer, Isabel Oyarzábal también “calificaba de drama el retraso que España acumulaba en mejorar la condición de la mujer comparado con el avance que se estaba registrando en los países occidentales” (Ibíd., p. 372). Ambas escritoras tienen en común que “su opinión no corresponde a la de una mujer de pensamiento radical, sino más bien a una persona burguesa de ideología de izquierdas que vio en la política reformista de la II República la solución a la mayor parte de las cuestiones que asolaban a España desde hacía décadas y que permanecían sin resolver” (Ibíd., p. 377). De este modo el trabajo de las dos se puede clasificar dentro de las mujeres involucradas tanto con la política como con la sociedad en la que vivieron, ya que muestran el compromiso republicano junto con su visión progresista, pero siempre dentro de la fe católica.

Para González-Allende, las características que desarrolla Hurtado para incluir a Zubiaurre dentro del grupo de escritoras del 98 son muy genéricas, puesto que él se guía por el término *modernas* que desarrolla Shirley Mangini “para referirse a las españolas de la Vanguardia” (2009, p.19). El crítico expresa que al utilizar *modernas* “evitaríamos la clasificación generacional, que resulta problemática, por limitada tanto temporal –los años de nacimiento de los autores y las fechas de comienzo y fin de la generación- como especialmente dentro de un país” (Ibíd.). Además, también señala que investigadoras como Mary Lee Bretz y L. Elena Delgado sugieren el término “Modernismo” para el análisis de la literatura española que abarca desde finales del XIX hasta principios del XX, ya que no se puede considerar que la modernidad de España fuese una singularidad que no se dio en otros países europeos. Es más, ambas apuntan que fue “más semejante a la de otros países de lo que se ha venido señalando” (Ibíd.). Bajo esta cuestión, cabe recordar que, Pilar de Zubiaurre mantuvo amistades tanto con artistas españoles como europeos gracias al trabajo que desempeñaba para sus hermanos y que le permitió viajar por Europa y conocer los movimientos artísticos de esos lugares. En general, como apunta González-Allende, en su trabajo

se aprecia una preocupación por España y una tendencia paisajística similar a la del 98, pero al mismo tiempo difundió en los eventos que dirigía en el Lyceum las últimas tendencias vanguardistas. Su posicionamiento entre la tradición y la vanguardia la sitúa claramente dentro del Modernismo español y europeo (Ibíd.).

Sin embargo, incluirla dentro de las escritoras del 98 sería lo más adecuado, puesto que “se basa, no en fechas de nacimiento similares, ni en un agrupamiento en torno a un líder, ni en otros factores casuales, sino en una actitud semejante frente al conjunto de problemas comunes” (Shaw, 1978, p.259). Para estas mujeres, “su esperanza de mejora social en general, y de la regeneración de España en particular, estuvo condicionada por su determinación a ver el progreso en términos de una recuperación de valores” (Ibíd.). Como se podrá observar en la biografía de Pilar, los artículos de 1909 publicados en *Bizkaitarra* tienen un carácter fuertemente pedagógico, dado que el énfasis recae en la repercusión que tiene la educación en la nación. Estos escritos abogan por el regeneracionismo en las estructuras sociales mediante la educación para alcanzar el perfeccionamiento. Por esta razón, utilizar el término “modernas” no sería lo más apropiado, ya que

su importancia reside en el hecho de que fue el primer grupo de la literatura occidental que exploró sistemáticamente el fracaso de las creencias y la confianza existencial que a partir de entonces ha sido el tema central de pensadores y escritores. En ningún otro lugar de Europa o América puede encontrarse a comienzos de siglo un grupo tan compacto de escritores, cuya obra ilustre de manera tan consistente el momento crítico, de transición de la relativa estabilidad y optimismo, del período precedente, al punto muerto filosófico y espiritual en la que la mayor parte de nuestra cultura todavía se encuentra hoy. [...]El grupo enunció la visión general de la condición humana, a la que el pensamiento existencialista intentó dar una respuesta positiva. No fueron los únicos escritores en hacerlo; pero lo que a menudo se llama <<dislocación de la sensibilidad>> en el resto de la literatura moderna europea generalmente se fecha a partir de la Primera Guerra Mundial. Su impacto repitió, en escala más amplia, el de la derrota de 1898 sobre España. Aunque esa derrota produjo la obsesión de la Generación por el problema nacional, a un nivel más profundo acentuaba y cristalizaba un sentido preexistente de la desorientación existencial (Ibíd., p. 265 y 266).

Por las razones anteriormente mencionadas, lo ideal sería incluir a Pilar de Zubiaurre en la generación de las escritoras del 98, es decir, incorporarla al grupo de Carmen Karr, María de Maeztu, Carmen de Burgos, Concha Espina, Blanca de los Ríos, Dolores Moncerdá y otras muchas, ya que todas comparten la tesis del regeneracionismo y se nutren de las nuevas corrientes feministas y sociales de aquella época.

Sin embargo, cabe indicar, casi como curiosidad, la actitud de autoexilio que mantuvo frente a otras exiliadas, como ella, en México. Según se verá en el apartado de su biografía, una vez asentada la familia Gutiérrez-Zubiaurre en el país de acogida, y a pesar de coincidir en el exilio con algunas mujeres de la generación del 27, con las que había mantenido relación gracias al Lyceum femenino de Madrid, se desvinculará completamente de las escritoras del exilio. Esta ruptura viene marcada, creemos, por diferentes cuestiones: los problemas de salud de la protagonista, las necesidades económicas por las que pasa la familia -que hacen que Pilar se tenga que poner a trabajar- y la tristeza que le produce el estar lejos del País Vasco.

Por otro lado, es cierto que la actividad artística de la protagonista no es tan abundante como el resto de mujeres que componen las generaciones del 98 y del 27, ya

que, por ejemplo, su diario personal no es muy extenso y hay múltiples vacíos que duran incluso años. En relación a los artículos que escribió tanto en España como en México ocurre exactamente lo mismo, no es una actividad regular y, por lo tanto, su no continuidad impide estudiarlos para poder definir a la intelectual. Sin embargo, lo que más destaca de toda su obra son las entradas de su diario perteneciente a la Guerra Civil por diferentes razones: aportan datos desconocidos sobre la contienda y nos dan una visión de cómo se encontraba el gobierno republicano, ya que su marido formaba parte del mismo.

Por todas las cuestiones planteadas anteriormente, se analizarán las entradas de su diario personal, haciendo especial hincapié en las de la Guerra Civil, con el fin de analizar a esta figura femenina y aportar un testimonio olvidado a la historia de la literatura del siglo XX español. Para ello, además de utilizar su diario, se revisarán aspectos educativos, culturales y políticos que representan a Pilar de Zubiaurre y que la protagonista menciona, y se utilizarán sus cartas personales, testimonios de otros personajes y la prensa de época como fuentes para contrastar lo que ella relata.

16. Pilar de Zubiaurre: aproximación biográfica

En las laderas del monte Oiz, comarca del Duranguesado, se ubica el municipio de Garai lugar donde nació María del Pilar Cristina Jacoba de Zubiaurre Aguirrezabal el 24 de julio de 1884. El pueblo se encuentra en medio de la naturaleza, lo que hace que para la protagonista, represente la calma, la tradición y, sobre todo, la esencia vasca. Proviene de una familia de intelectuales, su padre, Valentín María de Zubiaurre Urionabarrenechea (1837-1914), fue un famoso compositor que trabajó para la Capilla Real con Alfonso XII y Alfonso XIII. De su madre, María Paz Aguirrezabal Echezarreta (1859-1950), no tenemos más datos que los años en que nació y murió. Miriam Alzuri Milanés, historiadora de arte, sí destaca que “la relación de Paz con su única hija fue, sin embargo, complicada, y los testimonios familiares que han llegado hasta nosotros mantienen que Pilar nunca llegó a congeniar con su madre a causa del carácter extremadamente piadoso y conservador de ésta” (2015, p.20). Como se estudiará más adelante, por el contrario, con su padre tenía una relación, al parecer, idílica y, de ahí, la

presencia musical y su importancia en la vida y en los escritos de Pilar. Sus hermanos, Valentín Juan Antonio Celestino Domingo Filiberto y Ramón María José Celestino Vicente, más conocidos como Valentín y Ramón de Zubiaurre, son unos famosos pintores que alcanzaron el éxito en la pintura costumbrista, con predominio de temas vascos y castellanos, muy en sintonía de un noventayochismo finisecular. Ramón, por ejemplo, fue el encargado de ilustrar, en un majestuoso lienzo, la obra *Las inquietudes de Shanti Andía* de su gran amigo Pío Baroja. Realismo y simbolismo se combinan en ambos hermanos siguiendo la estela de Ignacio Zuloaga, a quien reconocen como referente. Además, según se verá, sus obras cuentan con la influencia de diferentes artistas internacionales con quienes entran en contacto en los numerosos viajes que realizan por Europa.

No existen muchas referencias sobre los primeros años de la protagonista. Su hijo Leopoldo escribe que “poco sabemos de la infancia y juventud de Pilar. Se crio hasta casi los cuatro años en el caserío de Levario, hoy desaparecido, en las cercanías de Durango” (2009, p.113), por otro lado, Alzuri Milanés explica que

pasó sus primeros años de vida en Bizkaia y separada de sus padres. Al contrario que sus hermanos, que fueron criados en Madrid, tras su nacimiento la niña permaneció al cuidado de una nodriza en Garai. Cuando abandonó Garai, en una fecha hasta ahora desconocida pero probablemente cuando tenía 7 u 8 años, no sabía hablar español y únicamente era capaz de expresarse en vascuence (2015, p.25).

Sus dos hermanos mayores al ser sordomudos comenzaron a estudiar en el Colegio Nacional de Sordomudos y Ciegos de Madrid, mientras seguían completando su formación con profesores particulares. En el caso de Pilar, no existen datos que nos indiquen qué tipo de educación recibió, si asistió a algún colegio o si alguno de los profesores de sus hermanos le ayudó en su formación. Teniendo en cuenta a Margarita Nelken y su artículo “La vida y las mujeres. A propósito de dos artistas: Carmen Baroja y Pilar de Zubiaurre” seguramente obtuvo lo denominado artes de adorno, es decir, como indica la escritora en aquella época: “en España el arte decorativo no ha entrado todavía en las atribuciones femeninas; como artes de adorno, estamos todavía para la muchacha de la pequeña burguesía en el encaje de bolillos, y para la burguesía acomodada, en la acuarela y en el sistemático crimen de lesa estética que constituye la carrera de piano” (El Día, 9 de diciembre de 1916). Al igual que otras mujeres de la

clase alta, como pueden ser María Zambrano, Constanca de la Mora, Victoria Kent y Margarita Nelken, a Pilar de Zubiaurre se la instruye con dos objetivos: de cara al matrimonio y para su futura actividad social. Dentro de la segunda está lo denominado artes de adorno, es decir, recibían una educación en música, algún idioma extranjero, dibujo, etc. para que pudiesen participar en las tertulias sociales de mujeres o acompañando a sus maridos.

Tenemos que tener presente que en aquellos años la educación del país se regía por la Ley Moyano (1857). Esta primera ley educativa trajo la escolarización obligatoria desde los 6 hasta los 9 años, y la gratuidad de la enseñanza elemental para quien no pudiera pagarla. Las universidades y las escuelas superiores y profesionales siguieron manteniendo un control elitista de la educación, ya que continuaron siendo privados y, además, era la Iglesia quien dictaba los contenidos educativos. Mientras los colegios públicos estaban destinados para la clase popular, la clase alta, a la que pertenecía Pilar, educaba a las mujeres en casa con ayuda de institutrices o profesores y en colegio privados.

Siguiendo los pasos de la familia, la protagonista, con 14 años, comenzó en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación de Madrid, obteniendo muy buenos resultados y cosechando diferentes premios. Después, estudió en la Escuela de Idiomas de Berlitz donde adquirió conocimientos sobre la lengua francesa e inglesa (2015, p. 27-28). Esta formación para una joven de su época era lo común, siempre y cuando viniese de una familia acomodada. Ejemplo de ello son María Teresa León y María de la O Lejárraga, ya que en ambos casos sus familias las llevaron a centros que tenían una pedagogía educativa basada en los pilares de la literatura, el arte y la naturaleza para que continuasen formándose. El horizonte cosmopolita e internacional que se les abre a las mujeres de la clase alta hará que muchas se dediquen, no siempre de manera profesional, a la escritura, la pintura, la pedagogía, la filosofía, etc.

En 1905, su hermano Ramón, que como Pilar había nacido en Garai, recibió una beca artística por parte de la diputación bizkaína; Valentín, por su parte, no pudo optar a ella porque nació en la capital. A pesar de que solo uno de los hermanos contaba con la ayuda económica de la Diputación de Bizkaia, la familia Zubiaurre decidió que los dos pintores debían de tener las mismas oportunidades al comienzo de sus carreras y se

fueron los dos hermanos junto con su madre por Europa para instruirse sobre los movimientos pictóricos que corrían por el continente. Con 21 años Pilar se quedaba sola con su padre en Madrid mientras el resto de la familia se formaba en sus carreras. Alzuri Milanés menciona que este hecho supuso para la protagonista una autonomía y una independencia nunca conocida anteriormente, se concentró en sí misma y sus salidas culturales y sociales aumentaron en ese período gracias a las amistades que tenía su padre. Juntos asistieron a numerosos conciertos y pudo conocer a diferentes pianistas y compositores como Enrique Granados, Enrique Fernández Arbós y Bartolomé Pérez Casas (2015, p. 32). Sin embargo, las cartas donde aparecen estos datos no se han encontrado en el archivo Zubiaurre ni han sido publicadas en el epistolario de González-Allende.

Dos años después, en 1907, según Iker González-Allende y Alzuri Milanés comenzará su diario. El surgimiento de su actividad diarística puede deberse a múltiples razones. Como se ha observado en el primer capítulo, el diario femenino era el único ámbito donde se le permitía a la mujer expresarse y conocerse. Pilar era una mujer muy observadora y con grandes dotes sociales que le gustaba reflexionar sobre la sociedad, la cultura, la política, etc. Seguramente, se inició en la escritura de su propio diario para plasmar aquellas ideas e impresiones sobre sus primeras salidas culturales y sociales. Aunque sabemos que comenzó a escribir hacia 1907, no queda registro alguno de las entradas correspondientes a esos años y habrá que esperar hasta 1913 para encontrarnos con los primeros escritos conservados; “una serie incompleta de textos redactados a modo de diario de viaje. Compuesto por 45 cuartillas numeradas por la propia Zubiaurre, [y] que corresponde a sus “impresiones” del viaje a París y Londres con sus hermanos” (González-Allende, 2009, p. 215). En ellas se puede observar sus impresiones sobre el viaje por estas dos ciudades y algunos pintores relevantes que conocieron como son Charles Cottet, Ángel Zárraga y María Blanchard. Aunque ella solo acompaña a sus hermanos, estampa el paisaje que observa durante los trayectos, describe la sociedad que se encuentra y todo lo que supone un impacto en relación con España. La inexistencia de entradas anteriores a esta fecha permite sugerir dos hipótesis: la primera es que se hayan perdido las entradas que ella escribió desde 1907 hasta 1913 o que, por el contrario, la protagonista las haya destruido por no considerarlas relevantes o porque ofrecían un carácter que deseaba invisibilizar y no hacer público, quizá por la juventud o inmadurez que mostraban o por su carácter intimista o aspectos biográficos

que prefería silencio. Lo cierto es que parece querer bautizarse con unos escritos que hablan de experiencias culturales internacionales. Tal y como apunta Alzuri Milanés, “sus amigos y algunos de los intelectuales con los que se relacionó en esos años destacaron siempre un dato esencial para conocer el carácter de Pilar: su interés por la escritura y su pudor a la hora de dar a conocer su trabajo” (2015, p.33). Estas declaraciones del círculo más cercano de Zubiaurre avalarían la segunda hipótesis mencionada con la intención de explicar la ausencia de la primera parte del diario.

En 1909 comenzó a escribir algunos artículos en el semanario *Bizkaitarra* bajo el pseudónimo de “Hulda de Garay”. Este semanario fue fundado en 1893 por Sabino Arana, creador también del Partido Nacionalista Vasco, pero no será hasta ese año cuando adquiera cierta periodicidad en su publicación. No existen datos sobre cómo accede al semanario y qué vinculación tenía con Arana Goiri. Como se ha observado en el apartado anterior, para firmar estos artículos recurre a un pseudónimo que apela al origen de su nacimiento. Estos primeros escritos –“El arte como educativo social. El teatro.”, “El arte como educativo social. La pintura y la escultura. En pro de un Museo de Artes Plásticas en Euzkadi” y “El arte como educativo social” – tienen un fuerte componente pedagógico, ya que muestra la importancia que Pilar adjudicaba a la educación en la literatura y en el arte. Tiene como base la misma teoría krausiana que utilizaron Giner de los Ríos y el grupo de institucionistas para fundar la ILE y las teorías libertarias de Ferrer i Guardia para la Escuela Moderna. Sin embargo, cabe señalar que estas pedagogías apostaban por una educación laica y libres de dogmas religiosos, que para la protagonista sí que eran importantes. Pilar de Zubiaurre era consciente del surgimiento de estas dos centros educativos en España y su repercusión como expansión cultural en la formación de los jóvenes.

Desde 1910 Pilar será la responsable de llevar la carrera artística de sus hermanos, de la que hasta entonces se había encargado su madre. “En 1911 los tres hermanos viajan por primera vez a Barcelona con motivo de la participación de Valentín y Ramón en la VI Exposición Internacional” (Alzuri Milanés, 2015, p. 42). Al año siguiente, volverán los tres hermanos para organizar una muestra individual, “celebrada con éxito en la Sala Fayans Catalá. Eugenio d’Ors, [...], dedica a Pilar una de las *glosas* que publicaba diariamente en *La Veu de Catalunya* y la presenta al público catalán como una mujer dedicada a la carrera de sus hermanos, luchadora, trabajadora y

dueña de una gran sentido estratégico para los negocios pero voluntariamente situada a la sombra de ellos ” (Ibíd., p. 43). Después, los tres hermanos viajarán por Europa. Estas salidas propiciarán a la autora su deseo de dejar constancia en su diario de viaje, mediante una serie de notas tituladas “impresiones”. En total son 7 entradas donde Pilar de Zubiaurre anota aquello que le parece más relevante y significativo: París, El estudio de Anglada, Cottet, Ángel Zárraga, María Blanchard e Inglaterra. Son anotaciones donde por un lado, describe el paisaje del viaje hasta ese lugar y, por el otro, la impresión que despierta en ella conocer a esas personas relacionadas con el mundo del arte. En las descripciones del paisaje se aprecia la influencia de sus conocimientos en pintura, ya que se centra en los detalles espaciales y en las tonalidades. Ejemplo de ello puede ser la entrada que titula “París”: “[...] Son campos de pinos, todos igualitos, ni uno más alto que otro, luego los viñedos de Burdeos magníficamente cuidados y alineados en perfectas líneas geométricas” (Pilar de Zubiaurre, 2009, p. 216). Estas anotaciones, en general, no tienen un solo hilo conductor, puesto que saltan del tema paisajístico o artístico al social o político. La quinta entrada, por ejemplo, comienza mencionando a María Gutiérrez Cueto, conocida como María Blanchard, para después centrarse en la diferencia que existe entre París y España en relación a la mujer. Tal y como escribe la autora,

[En París]aquí dura la juventud y el atractivo de la mujer hasta pasados los cuarenta y, en verdad que tienen razón, puesto que la belleza y los encantos existen y a veces superan a los de los primeros albores del capullo abierto. En esto, como en otras cosas, son crueles en España, donde una mujer de 30 años ya la consideran vieja y la colocan en una situación medio ridícula si permanece soltera, y vive ella en un frecuente zaherimiento, inquieta, y sin saber su justo puesto, hasta que las canas blanqueen su cabello y pueda ostentar su título de vieja, tan prematuramente otorgado por una sociedad que se burló de ella, son condolerse o sin acordarse del drama secreto que encerrará cada uno de esos corazones, que no llegaron a participar de los goces que todos sueñan y todos quieren y procuran y creen alcanzar (Ibíd., p. 228-229).

Esta entrada es sumamente importante por distintas cuestiones. Por un lado, Zubiaurre pone en evidencia la forma de vida de España en la primera década del siglo XX. La autora, a punto de cumplir los 30 años, observa como en Francia la imagen de la mujer joven dura más tiempo, es decir, para los franceses, la percepción de la juventud femenina se expande en el tiempo, no es tan estricta y hermética, lo cual es signo de civilización económica, la vida dura más; y poder femenino, la mujeres tienen mayor

campo de acción. Esta idea sobre la longevidad femenina muestra la asunción progresista y abierta que disfruta la mujer en Francia respecto a España. Por otro lado, la soltería, como elección personal, también cuenta con el beneplácito de la sociedad vecina. El planteamiento social y de género de la España de aquella época pone en evidencia la falta de progreso y renovación que existe en el país en torno al sujeto femenino, sobre el que recae todo el peso del prejuicio y perjuicio sobre las cuestiones de longevidad y estado civil. Pilar de Zubiaurre lo que desea denunciar con esta entrada es que un número y una elección personal no puede ser objeto de desprecio y, además, que la presión social que sufren las mujeres sea una cuestión de género. Esta reivindicación deja patente su conciencia sobre el problema de las mujeres y su visión feminista de la España patriarcal. Destaca su reivindicación de la independencia femenina frente a la sumisión y relegación de la mujer en España.

El año siguiente, 1914, será uno de los años más duros y traumáticos para la protagonista. Su padre, Valentín, fallecerá a principios de año y como explica Alzuri Milanés,

supone un duro golpe emocional del que le va a costar reponerse. Su salud se resiente y va a verse obligada, con gran preocupación de su madre y sus hermanos, a guardar reposo durante un tiempo. [...] Pilar no se repone por completo [...] hasta mediados de 1915 y en su recuperación tiene mucho que ver una estancia de varias semanas con Elvira [Valentín, gran amiga de la autora] y su familia en Barcelona (Alzuri Milanés, 2015, p. 47).

A partir de 1915, el estudio de los hermanos de Zubiaurre comienza a despuntar albergando a los mejores filósofos, escritores, artistas, poetas, músicos, etc. de aquella época. Pilar es la encargada de ponerse en contacto con aquellas personalidades para que mostrasen sus creaciones ante un público, también, selecto. Entre las figuras que destacan de aquellos años nos encontramos con Ortega y Gasset, Pedro Salinas, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Eugenio d'Ors, Juan Ramón Jiménez y García Lorca entre otros. Sin embargo, tal y como menciona Alzuri Milanés, “el momento de mayor efervescencia del salón de los hermanos Zubiaurre tiene lugar en los años de la Primera Guerra Mundial, cuando numerosos intelectuales y artistas europeos buscan refugio en España [...] haciendo posible que puedan conocerse ahora las novedades estéticas creadas en Francia y en Centroeuropa” (Ibíd., p. 55). Estas tertulias sitúan a Pilar en medio de la intelectualidad no solo nacional sino también internacional. Aunque la

protagonista no expresa cuándo conoció a las figuras de Storni y Mistral, podemos deducir que Pilar se empararía tanto del feminismo liberal y anticonvencional de la primera, como de la política educativa y del cambio en la desigualdad de género que expresaba Mistral.

A lo largo de toda la primera etapa del diario de Pilar de Zubiaurre se van dando pequeñas pinceladas en torno a cómo era el *atelier* y quiénes pasaban por allí. El 15 de febrero de 1916 la autora describe el estudio como “nuestro rinconcito amado, a la torre de marfil, y allí hacer música, música divina en un ambiente de honda admiración y cariño” (2009, p. 240-241). El 22 de febrero de ese año nos muestra cómo se decoraba el estudio para reunir a sus amigos. Además, menciona que el violinista Francisco Costa Llobrera y el pianista Tomás Terán amenizaron la tertulia con su música. Pilar, que había perdido el año anterior a su padre, sentía gran interés por la música y, sobre todo, por el piano, ya que, por un lado, le recordaba y le unía a su progenitor y, por el otro, era un instrumento que tocaba con asiduidad desde su niñez. Ella continuó formándose por cuenta propia y, además, los diferentes músicos que visitaban el estudio de sus hermanos le servían como aprendizaje y perfeccionamiento. Si hay algo que destaca en toda esta entrada es la importancia del evento, pero no profundiza en el porqué y, por lo tanto, no podemos averiguar la trascendencia del mismo. Pilar anota que

quisiera escribir en letra de oro esta fecha. En su tarde hemos vivido y convivido una horas memorables, unas horas de paz, de unión, de intimidad cordial, de sociabilidad, de Arte. [...] Y creo que casi todos los que con nosotros han convivido esas horas de emoción y de pura paz han disfrutado asimismo. Estaba bonito de veras el estudio con sus luces suaves. Los faroles de Milana han resultado maravillosos. Allí se han sentado a lo oriental y tendidos sobre las alfombras, en artístico y desordenado agrupamiento. Ha habido una flores suaves tonos rosa, blanco, violetas, narcisos y claveles (Ibíd., p. 244).

Las entradas del 15 y del 19 de marzo de 1916 muestra, también, el éxito que tenían las veladas que preparaban los tres hermanos en su estudio. En la primera Zubiaurre señala: “el sábado tendremos *au complet*, Marie se lucirá, toca muy bien. Mañana Carmen Monné vendrá a cantar. El viernes oiré a Rubinstein. Semana de vida intensa” (Ibíd., p.249). En la segunda, la autora plasma la presencia del ministro de Japón y el triunfo de aquella tertulia mencionada en la entrada anterior, “ayer fue de *grand complet* en nuestro rincón artístico. [...] El primero que fue esta tarde era el ministro del Japón,

Mr. Horiguchi, finísimo, gran entusiasta de la pintura, del arte” (Ibíd.). Tal y como podemos observar, el diario de la protagonista, aunque está escrito en primera persona, no se ciñe a las características diarísticas trabajadas en el primer capítulo. Pilar describe su día a día en función a sus salidas culturales, ya que selecciona aquellos acontecimientos que están relacionados con la música o con los intelectuales que conoce gracias a las tertulias que organizaba en el taller de sus hermanos. No hay valoraciones íntimas, no existe un diálogo consigo misma. Ella se centra en narrar los hechos y los personajes de una manera objetiva. Por este motivo, se puede decir que esta parte de su diario está más cerca de un discurso de la vida intelectual que de un texto confesional e intimista, ya que no podemos averiguar cómo es, qué piensa, cómo va madurando, etc.

Como se ha mencionado, el estudio de los Zubiaurre atraía a la flor y nata artística e intelectual de aquella época. Pilar, maravillada con el ministro japonés, dedica una entrada completa a la velada que tuvo lugar el 26 de marzo. En ella se puede observar como el diplomático es un gran amante del arte, posee dotes artísticas para la pintura y que, además, era una persona muy generosa.

Ayer quise escribir, pero no estaba aquí. Desde las cuatro de la tarde viví en el Japón; estábamos invitados a tomar el té con el ministro del Japón, el Sr. Horiguchi. Qué diplomático más exquisito y, al mismo tiempo, qué hombre artista.[...]El embajador nos enseñó libros con reproducciones antiguas de los grandes artistas de otras épocas. ¡Qué mundo de cosas, ideas, belleza, filosofía! ¡Qué elegancia de figuras, de composición, de policromía tan maravillosa como la de la naturaleza misma! ¡Es natural, la aman y la estilizan tanto! [...]

Horiguchi dibujó al estilo japonés dos lindos motivos de flores que Milada y M^dame Maurer se disputaron; Malinowska espera otro pronto. A mis hermanos les dijo el ministro escogiesen lo que más les había gustado. Ellos dijeron sus preferencias sobre los distintos álbumes y cuadros japoneses que habían visto y, al momento de salir, los puso en mis manos para que se los ofreciera de recuerdo. A cambio quiere un cuadro de ellos. Sabe, sabe hacer las cosas este señor. Nos regaló dos de las mejores cosas de su colección. Hay en el álbum un cuadro que puede ser “La primavera”, que es un ensueño, y el otro, un “panneau” largo y estrecho con dos niños jugando, precioso de veras y de gran mérito. Además, allí dejamos olvidados Milada y yo nuestros pañuelos; hoy los envió muy planchaditos y, con ellos, una docena de postales que son filigrana, un suspiro hecho dibujo. [...]

Victoria de Malinowska estaba encantada, feliz de estas horas tan suevas, y todos, al pisar el umbral de la calle, parecíamos despertar de un sueño (Ibíd. p. 250-252).

Además, en el estudio, Pilar no solo se dedicaba a organizar las tertulias, sino que también actuaba como pianista acompañando a algún músico que se acercaba al *atelier*. En la entrada del 17 de abril de 1916, Zubiaurre toca el piano junto a Cassadó: “Y no hablé aún del día que [Gaspar] Cassadó tocó en el estudio, otro día incomparable. Además, gocé del placer de tocar la sonata de Mendelson con él, de seguirle valiente, del placer de oír el aplauso, aunque poco mereciese yo. Comprendo la satisfacción tan inmensa que debe producir el halago del público, la caricia de los dioses” (Ibíd., p. 253). De estas líneas se pueden desprender dos planteamientos contrarios entre sí sobre la autora. Por un lado, su intención de mantenerse voluntariamente en un segundo plano, como una elección personal, y, por otro, lo adiestraba que estaba en la falta de mérito. Como se ha mencionado anteriormente, asistió al Conservatorio Nacional de Música y Declamación y su progenitor era compositor, ambos datos relevantes para hacernos una idea sobre la formación que tenía Pilar en el ámbito musical. Después de todos los años que llevaba familiarizada en ese mundo, pensar que sus dotes no eran lo suficientemente buenas como para estar a la altura de Cassadó o cualquier otro pianista deja patente la poca consideración que parece tener de sí misma. La otra conclusión que se desprende de sus líneas es la gratitud que se palpa ante la ovación del auditorio. Esta sensación es comparada con la presencia de lo divino, una “caricia de los dioses”. Si antes se ha señalado que ambos planteamientos entre sí son incongruentes es porque, por un lado, nos encontramos con un deseo de mantenerse en la esfera de lo privado pero, por el otro, con el aprecio del reconocimiento del público que, para ella, trasciende lo terrenal.

En uno de los viajes realizados ese mismo año por Vera de Bidasoa la autora también toca el piano ante un público selecto de la talla de los hermanos Baroja -Pío, Ricardo y Carmen- Ysolina Gallego, Esteban Suandonea y Micaela Elizondo entre otros. La conexión entre los hermanos Baroja y los Zubiaurre era muy estrecha. Aunque la protagonista no da información de cuándo y cómo se conocieron, podemos deducir que Ricardo Baroja y Valentín y Ramón de Zubiaurre coincidirían en Madrid o en Bilbao gracias a su profesión y, a raíz de esa unión, comenzaría su relación. Entre Carmen y Pilar existió una relación muy estrecha, ya que ambas tenían las mismas aficiones y compartían círculo. Como se verá más adelante, las dos amigas participarán

en el Lyceum Club Femenino y tendrán las mismas inquietudes intelectuales. Pilar plasma así en su diario qué sensación le produjo tomar para los Baroja.

bajamos y toqué de nuevo el piano, y lo hice con toda mi alma, porque así lo sentía y estaba inspirada. Para mí tocar en un auditorio en que pudiera contar a un Pío y a un Ricardo Baroja, aunque no hubiera nadie más, ya me parece una cosa exquisita y en esos momentos quisiera ser un genio. Yo me crezco y en circunstancias así no me parece mal cómo toco (Ibíd., p. 254).

Aunque el círculo intelectual por el que se movía era muy amplio, Pilar tuvo a Carmen Baroja, Elvira Valentí e Ysolina Gallego como sus amigas más cercanas. Como se ha expresado, no se sabe exactamente cuándo comenzó su relación con Carmen Baroja ni con Ysolina Gallego. Sin embargo, sí que sabemos que a Elvira Valentí la conoció alrededor de 1906, cuando ambas coincidieron estando solteras en el balneario de Sobrón. Pilar siempre tuvo una salud muy delicada, padeció de problemas respiratorios y era frecuente que visitase los manantiales de aguas termales del lujoso complejo. Este lugar era frecuentado por la alta sociedad de aquella época, ya que tenía numerosas zonas de recreo, casino, dos hoteles, etc.

Junto con Carmen Baroja, ese mismo año, participó en dos exposiciones colectivas: la primera, ubicada en el Palacio del Retiro de Madrid, que pertenecía a la Asociación de Artistas Vascos de Bilbao y, la segunda, en Barcelona, dentro de las Galerías Layetanas. Alzuri Milanés señala al respecto que “en la sección de Artes Decorativas de la primera Pilar expuso cuatro obras (una lámpara bizantina, un marco repujado, un espejo con marco repujado y una lámpara de dos aros repujada), en la de Barcelona tres” (2015, p.58). La crítica de arte Margarita Nelken, en el artículo mencionado de *El Día* con fecha de 9 de diciembre de 1916, señala que los trabajos de Zubiaurre y Baroja poseen “un gusto exquisito y refinado; admirablemente compuestos y trabajados, y [que] si no demostraban una personalidad bastante “cuajada” para idear por sí mismas sus obras, demostraban al menos que las autoras tenían un sentido muy claro de lo que deben ser las obras de arte decorativo”. Además, el crítico de arte Ricardo Gutiérrez Abascal, conocido como Juan de la Encina y futuro marido de Pilar, que trabajaba para la reconocida e importante revista *España*, también dedicó unas líneas a la exposición de ambas amigas: “son suntuosas y están trabajadas con gracia y saber. Sin duda la señorita de Zubiaurre se ha inspirado en las del llamado tesoro de

Guarrazar del Museo de Cluny y de nuestra Real Armería. He aquí una prueba de selecto tacto artístico y culta orientación” (1916, p. 12).

Tal y como menciona Alzuri Milanés,

Durante la década de 1910 Pilar mantuvo una activa correspondencia con galeristas de Europa y América para promocionar y gestionar el trabajo de sus hermanos, evitándoles que tuvieran que preocuparse de buen número de cuestiones tediosas y prácticas. La figura del marchante era entonces novedosa en nuestro país-[...]-, y eran los propios artistas quienes debían hacerse cargo de encontrar lugares de exposición para sus obras, ocuparse de su transporte, de las tareas de propaganda y promoción, etcétera (2015, p. 66).

En 1917, Pilar comenzará su relación con Ricardo Gutiérrez Abascal, Juan de la Encina, el crítico de arte. Según Alzuri Milanés, ambos se conocerán en una de las tertulias del estudio Zubiaurre entre finales del 15 y principios del 16. En su diario no queda constancia de cuándo se produce el momento exacto y su primera mención de Juan será el 12 de marzo de 1916: “Juan de la Encina estaba hoy particularmente inquieto, nervioso, raspante, inquisidor. Es rivalidad y yo quiero saber por qué” (2009, p. 248). Ese mismo año, a Elvira Valentí, una de sus mejores amigas, le manda 6 cartas y en dos de ellas se puede apreciar que habla sobre la figura de Juan de la Encina muy brevemente. La primera fechada el 14 de mayo dice así: “[...] Ahora tengo aquí reunidos varios interesantes amigos. Uno de ellos, aquel que te contaba de Bilbao. Nos vemos a menudo y hacemos buenas migas” (González-Allende, 2014, p. 124). En la segunda, el 13 de agosto, comenta que: “[...] tengo también un amigo devoto y que parece interesarse mucho por nosotros. Ahora que él, como otros muchos, tal vez no pase de un platónico silencio admirativo” (Ibíd., p.125). En lo que respecta al diario, habrá que esperar hasta el 4 de mayo de 1917 para volver a leer sobre Ricardo Gutiérrez:

Ayer oí a Bergson en el Ateneo: mi amigo Juan de la Encina me envió invitaciones para María Galdiz y para mí. Creo se va acercando la hora en que haré el gran retrato de este amigo que tiene mucho de diabólico y de sencillez, apasionado hasta un punto indescriptible, fogoso, inquieto, nervioso, vivo, como son sus ojos, unos ojos de terciopelo marrón oscuro, con reflejos de oro. Su cabeza de rasgos finos pero definidos, pelo negro, negrísimo, una boca cuando serio, fruncida, inquisitorial, un tanto desconfiada. Cuando ríe, ríe ... Se podría decir mucho..., pero me callo. Ni con una misma se puede ser franca y confiada (2009, p. 262).

Ese mismo año, los Zubiaurre deciden adecuar y reformar el caserío que poseen en Garai. Para ello, Valentín y Pilar se trasladan con el fin de supervisar toda la obra. El primer día de 1918 la protagonista escribe una entrada de su diario desde su lugar de nacimiento reflexionando sobre el cambio que ha dado su vida.

[...] Estoy sola con Valentín aquí y miro venir el nuevo año que acaso sea el decisivo en mi vida y lo miro con un mundo de pensamientos, interrogaciones, proyectos y ensueños. Llega cuando menos se piensa el dar un gran paso en la vida. Un gran paso para uno mismo y quién sabe si para la humanidad también. Quién puede adivinar qué surgirá de uno, qué está reservado a los que continúen nuestra vida. ¡Qué tremendas responsabilidades encierra el pensamiento y cómo todos los medios de perfeccionar nuestra inteligencia son pocos antes este sentimiento que el misterio de lo porvenir encierra!

Estoy lejos de él. Ya esta palabra “él”, tan unida a una misma, encierra el camino de nuestro mañana. Ya no es la oveja que danza por los senderos y por los matorrales. Hay que pensar en la colmena, las flores, en los frutos. ¿Será una equivocación lo escogido? No, debería ser lo predestinado y si así es bueno o malo, una debe seguir con el destino y soportar con valentía y decisión todo lo que sobrevenga. Si es bueno para uno, llegar a ser mejor, infinitamente mejor; si es por desgracia malo, llevarlo tan digna y bellamente que el dolor y sacrificio envuelvan nuestra alma en el nimbo del deber cumplido, de la conciencia depurada, del destello que rodea y embellece el alma dolorida y noble.

Bondad, Amor, Nobleza sean mis guías, mi norma, pídale a Dios (Ibíd., p. 264).

A pesar de las ideas liberales y progresistas que tiene la autora en cuestión de género, se puede observar que el estricto pensamiento que marca la sociedad española también es asimilado por ella. El miedo a la soledad – simbolizado por una oveja libre al no componer una unidad familiar – abeja y su colmena- queda patente en su visión sobre el futuro y sus necesidades pero, sin duda, el dato más relevante viene de la cuestión del matrimonio. Esta convicción, tanto social como religiosa, está presente en la concepción del matrimonio de Pilar de Zubiaurre. Asume los planteamientos de la época al respecto, los cuales señalan que el casamiento era una unión para toda la vida y que solo se extinguía por el fallecimiento de uno de los dos cónyuges -Código Civil de 1889 en su artículo 52º, y La Sagrada Biblia, Mateo 19: 6 “De manera que no son dos, sino una sola carne. Pues bien lo que Dios unió, no lo separe el hombre”. De este modo, la educación femenina que implicaba y aleccionaba al sacrificio individual para

sobrellevar el matrimonio como única salvación posible, se suma al férreo contrato social.

1917 será un año de cambios para la protagonista por dos cuestiones: la primera, antes mencionada, su amistad con Juan de la Encina se afianza hasta convertirse en una relación de pareja y la segunda, el matrimonio entre su hermano Ramón con una de sus mejores amigas, Ysolina Gallego. El nuevo estado civil de su hermano mermará la relación que tienen ambas amigas, que poco a poco, irá desapareciendo. Este distanciamiento se debe a la separación de los dos hermanos en sus carreras profesionales y a diferentes cuestiones privadas que no han trascendido. Pilar seguirá encargándose de la proyección de Valentín mientras que la de Ramón quedará al mando de Ysolina Gallego. Esta ruptura es ya evidente en la entrada de principios de 1918, transcrita en el párrafo anterior, porque los dos hermanos pasan solos las Navidades en Garai mientras, al mismo tiempo, en Madrid están la pareja y la madre de Pilar de Zubiaurre.

A pesar de la ruptura existente entre los tres hermanos, estos deciden mantener el estudio hasta 1920, después Valentín y Ramón llevarán cada uno el suyo. El 20 de febrero de 1918, Pilar deja recogido en su diario la última referencia al *atelier*; y no sabemos nada de los dos años siguientes:

[...]Tuvimos un lleno en el estudio. Empezó por Mercedes Power, la de Arcaute y María Enjuto. [...]Luego vinieron norteamericanas, inglesas, tcheques, polacas, francesas. Me gusta este pisto, este cambiar de impresiones cosmopolita y entre gentes finas e interesantes. También hubo literatos españoles, algunos diplomáticos amigos nuestros, los conocidos. Creo que en casi ningún estudio se hará en Madrid (estudio de pintor) una reunión así que me recuerda a tantas análogas que en París se hacen, tan gratas. Dicen que el nuestro es y resulta muy acogedor, muy goxo, que dice Pilar Arcaute (Ibíd., p. 268-269).

Tal y como menciona Alzuri Milanés, en 1918, la pareja formada por Pilar de Zubiaurre y Juan de la Encina hacen oficial su compromiso y su deseo de casarse. Sin embargo, por distintos motivos, “entre ellos la enfermedad y muerte de Leopoldo Gutiérrez Abascal, el hermano mayor de Ricardo, en octubre de 1918, y el siguiente luto familiar, la boda se retrasaría hasta 1922” (2015, p. 78). La boda de los protagonistas

tiene lugar el 5 de agosto de 1922, en la más absoluta intimidad, en la iglesia de San Luis de Madrid. Por parte de Pilar el padrino es su hermano Valentín; por parte del novio, su buen amigo el pintor Juan de Echevarría, que les obsequia con uno de sus solicitados bodegones postimpresionistas. Ni Ramón de Zubiaurre ni su esposa Isolina Gallego acuden a la ceremonia. Tras el enlace, el matrimonio pasa una semana de luna de miel en París (Ibíd.)

La relación entre Ramón y sus dos hermanos parece que ya está rota, puesto que no acuden a la ceremonia ni él ni su esposa, en 1922. Pilar, en una carta que manda a su hermano Valentín el 7 de enero de 1923 expresa el sufrimiento que le causa esa situación tan delicada:

[...] He sufrido mucho estos días por esto y por ver cómo son conmigo algunas personas para las que yo no he hecho ni deseado nunca ningún mal... Y ahora que triunfan le estorba la hermana que tanto trabajó calladamente cuando nadie os conocía... Tú al menos no eres ingrato y mereces todo el amor de los generosos de corazón. No puedo olvidar todo el daño que me han hecho Mamá, Ramón e Yso, y cómo siempre serán iguales. Mejor estar muy lejos de ellos y así viviré en paz y que Dios les perdone (González-Allende, 2014, p. 135).

Este párrafo de la carta nos descubre, por contraste, el hermetismo que guarda su diario, que, por ahora, está principalmente enfocado a su labor como mecenas y a la carrera de sus hermanos. No muestra información significativa sobre sus amistades y tampoco existe una reflexión interior. Todas sus expresiones vivenciales giran en torno al estudio de sus hermanos. Los aspectos más intimistas se pueden conocer pues gracias a las cartas que manda a su familia y a Elvira Valentí pero, como se ha podido comprobar, no podemos sacar información concreta, ya que no aportan detalles significativos.

En 1924 nacerá el único hijo del matrimonio, que se llamará Leopoldo en honor al hermano fallecido de Ricardo Abascal. Zubiaurre y de la Encina matricularán a su hijo en la “Escuela Plurilingüe” de Madrid. Este colegio se fundó en 1928 bajo el mando de José Castillejo y un grupo de intelectuales afines a su pedagogía. Se caracterizó por la integración y por el estudio de distintos idiomas extranjeros. Además, como menciona Alzuri Milanés,

en sus estatutos se declara “ajena a toda propaganda o controversia política o religiosa” y su comité directivo quedó constituido por un presidente (el poeta Pedro Salinas, por

entonces catedrático de la Universidad de Sevilla), dos vicepresidentes (María del Mar P. De Vega, doctora en Medicina, y el propio Castillejo) y dos vocales: Pilar de Zubiaurre y Francis Hutchinson. [...] Leopoldo Gutiérrez de Zubiaurre va a coincidir allí, entre otros, con Pedro y Solita Salinas (hijos de Pedro Salinas) y con Andrés y Leonardo Segovia, hijos del compositor Andrés Segovia. Pilar participará activamente en la vida de la escuela, en funcionamiento hasta 1936, a través de una activa asociación de padres (2015, p. 82).

El 4 de noviembre de 1926 se inauguró el Lyceum Club en Madrid, “siguiendo el ejemplo del primer Lyceum surgido en Londres a comienzos del siglo XX de la mano de la escritora Constance Smedley, que lo había concebido como un centro de reunión que promoviera el intercambio de ideas entre las mujeres cultas y aficionadas a las artes o las ciencias” (Ibíd., p. 82). Tal y como menciona González-Allende, “el club se creó sin ayuda oficial y consistía no sólo en un lugar de encuentro para las mujeres, sino también en una especie de centro cultural, ya que se organizaban cursillos, conferencias y exposiciones a cargo de responsabilidades importantes de la cultura español y extranjera” (2009, p. 28). Su primera Junta Directiva estuvo integrada por María de Maeztu (directora); Isabel Oyarzabal y Victoria Kent (vicepresidentas); Zenobia Camprubí (secretaria); Helen Phillips (vicesecretaria) y por Amalia Galarraga (tesorera). Concretamente, Pilar de Zubiaurre estuvo al frente del área de literatura desde 1928 hasta 1932. Sin embargo, no se ha podido localizar cuál era su función exactamente. El dinero que se necesitó para mantener este proyecto vino de las cuotas que pagaban sus fundadoras y “con la recaudación obtenida en unas representaciones teatrales que dio el grupo teatral *El mirlo blanco* y con el producto de la rifa de un cuadro de Ramón de Zubiaurre” (Alzuri Milanés, 2015, p. 83). Después del 32 su actividad en el Liceo irá disminuyendo, ya que también estará sumergida en otros proyectos y, además, como menciona su hijo, seguirá sufriendo problemas respiratorios.

El surgimiento de este nuevo espacio en Madrid no estuvo bien visto por parte de los grupos más conservadores. Alzuri Milanés dice al respecto que “por su carácter laico, tuvo que soportar terribles ataques de la Unión de Damas Españolas y campañas difamatorias de medios periodísticos católicos, que llegaron a calificar a las socias de mujeres “sin virtud ni piedad” y a asegurar que sus hijos serían muy desgraciados por tener una madre “liceómana”” (2015, p. 84). La sociedad conservadora veía en peligro los valores cristianos de la época, pues se encontraron ante una organización laica donde

se discutían cuestiones de género y se trataba la igualdad entre hombres y mujeres. Por otro lado, distintos intelectuales de la época estaban a favor de este proyecto, ya que se dirigieron al centro para leer, charlar, comentar, etc. tanto trabajos publicados como inéditos.

En 1935, Pilar decide presentar su dimisión al hacerle llegar algunas críticas anónimas sobre cómo gestionaba la sección literaria. María de Maeztu, directora del Lyceum, intentó impedir que la protagonista dimitiese aludiendo que todas las presentes habían pasado por situaciones similares y, que al ser injurias enfundadas, lo mejor era hacer oídos sordos y no tomárselo en serio. González-Allende transcribe la carta mencionada,

Madrid, 12 de octubre de 1935

Sra. D^a Pilar de Zubiaurre de Gutiérrez Abascal

Mi querida amiga: Cumpló con el mayor agrado de encargo que me confirió la Junta Directiva de El Lyceum en la última sesión celebrada de dirigirme a Vd. Para rogarle que deponga su actitud y retire la dimisión.

Entiende la Junta su disgusto, disgusto que hace suyo, está perfectamente justificado y reprueba de manera enérgica los motivos bastardos que lo ocasionaron.

El Lyceum que tengo honor de presidir se fundó precisamente para crear una Corporación de mujeres que estuviesen unidas por el noble empeño de formar en nuestro país una comunidad de ideales que determinen aquellas normas de conducta que la convivencia humana exige. Usted, como socia fundadora, nos acompañó desde el primer instante en este alto propósito. A usted le deben el Lyceum muchas jornadas de labor en las que ha logrado poner cualidades tan maravillosas como son la consagración a la tarea, el entusiasmo generoso, la continuidad del esfuerzo, la eficacia y, sobre todo, la capacidad de resistencia en las horas difíciles. Y ahora por una ofensa, que es tanto más despreciable cuanto que se oculta en la cobardía del anónimo, quiere usted abandonarnos desertando de la labor emprendida.

Más o menos todas hemos tenido que sufrir cosas análogas en aquella Casa. Y usted fue la primera en hacer que yo olvidara viejas historias para que ocupase por segunda vez la presidencia. Si usted ahora se va, nos deja, y me deja, sin su valiosa cooperación y nos resta, más aún que la energía material que su trabajo representa, la energía moral del ejemplo que siempre hace falta, del que sabe perdonar y olvidar los agravios.

Piense Vd., Pilar, que España, nuestra España, la que estamos labrando con nuestras manos, no tiene aún tradición de Asociaciones o Corporaciones de mujeres del tipo que el Lyceum

Club representa. Hay, pues, que inventarlo todo de nuevo; hay que crear nuevas maneras, nuevas formas, nuevos gestos y actitudes y algunas de nuestras asociadas, supongo que muy pocas, tal vez una sola, la que ha ofendido a Vd., está ausente de ese espíritu que con fatiga inmensa vamos labrando unas cuantas mujeres entre las cuales quisiéramos contarnos las que formamos esta Junta que hoy se dirige con el mayor cariño a usted y que yo con gran complacencia presido.

Y además, no sería lógico que la culpa de un acto de esa naturaleza, motivado por una sola persona, que seguramente padece un estado enfermizo, fuese a recaer sobre toda una Corporación de la que, como tal, ha recibido a usted siempre señaladas y merecidas pruebas de consideración y alta estima.

El próximo lunes, día 14, a la una de la tarde iremos a visitar a usted para reiterarle de palabra lo que en estas líneas yo, en nombre de todas, le digo. Y en la esperanza de que nuestros razonamientos, que van fortalecidos por una idéntica y común emoción de solidaridad, han de convencerla y con el afecto inquebrantable de toda la vida- ya larga- de amistad, la abraza

María de Maeztu (2009, p. 28-29).

Las tensiones que surgieron dentro del Lyceum venían dadas por la convivencia entre dos generaciones de mujeres. Unas muy jóvenes y solteras, como Concha Méndez, y otras casadas con intelectuales que rondarían los cuarenta años. Méndez llegó a criticar al segundo grupo porque “al Liceo acudían muchas señoras casadas, en su mayoría mujeres de hombres importantes: la mujer de Juan Ramón, Zenobia de Camprubí, Pilar de Zubiaurre y otras. Yo las llamaba las maridas [...], ellas venían a la tertulia a contar lo que habían oído en casa. Era yo la más joven y la única que escribía” (Ulacia Altolaguirre, 1990, p. 49). La opinión de Méndez deja al descubierto su displicencia por las casadas y sentimiento de superioridad por dedicarse a la escritura. Respecto al primer punto expresa que no las veía como seres que podían desarrollar sus propias ideas, ya que se tenían que apoyar en una figura masculina a la hora de manifestar alguna reflexión. Sobre el cuestionamiento respecto a la valía de la segunda generación se observa que el conocimiento que tenía sobre ellas no era muy exhaustivo, puesto que muchas de las integrantes sí que escribían.

A pesar de las palabras que dedica Méndez al grupo de *maridas*, cabe mencionar que entre Concha y Pilar había una estrecha relación. La escritora la dedicó el poema “Capitán” de *Canciones de mar y tierra* y, además, en sus memorias, escritas por su nieta Paloma Ulacia, se aprecia la buena amistad que tenían, ya que a menudo comía en

casa de la protagonista, visitaron juntas a Unamuno en Hendaya, trataba temas de arte con el marido de Zubiaurre e, incluso, conocía el caserío familiar de Garai de los hermanos.

Aunque sobre la dimisión de Zubiaurre nunca ha trascendido el motivo exacto por el cual se produjo, observando la declaración de Concha Méndez se puede llegar a la conclusión de que el ambiente de rivalidad era muy grande entre las dos generaciones. A pesar de la carta que María de Maeztu le manda a Pilar, ésta decide abandonar el proyecto. El Lyceum Club seguirá vigente hasta 1939, año en el que fue expropiado por la Falange para convertirse en el Club Medina (Hurtado, 1998, p. 124-145).

Segunda República y Guerra Civil

En 1931, después de 13 años sin anotar nada en su diario, Pilar lo retoma desde Málaga el mismo día que se proclama la República. En esta primera entrada vemos cómo muestra el entusiasmo que le causa ver a la población alegre por el triunfo del nuevo estado. Además, exhibe sus convicciones políticas y sus actitudes a favor de la República, y achaca este nuevo giro político a los errores de Primo de Rivera. Por otro lado, también señala que incluso en provincias y pueblos previsiblemente conservadores, no ganó la monarquía y que, por lo tanto, la nueva era política era esperada por todos.

Esta tarde, a las cinco, fue proclamada en España la República; una república nacida y crecida en menos tiempo y en mayor fuerza rara vez surgirá en la Historia. Anteayer fueron las votaciones municipales: casi todas las provincias españolas dieron una abrumadora mayoría republicana. Ni en provincias de eterno caciquil, ni en provincias al parecer adictas a la aristocracia y a la Real familia, hubo mayoría a favor del Rey. Hasta el último alejado pueblecillo dio su voto republicano y hoy, sin luchas, sin alborotos, sin sangre alguna, cambió el régimen tantas veces secular de la monarquía española por la libre República. [...]

En un rincón de Málaga, lejos del estruendo de la Corte, alejada de familias y amigos, he seguido con honda intensidad todos estos movimientos de la nueva vida española. Ese resurgir del alma cívica me ha emocionado grandemente y ese puñado de hombres, que ha sabido hacer vibrar las fibras muertas o adormecidas de cada individuo, merecen toda la admiración. Sin querer, sino lo contrario, el mayor propagador de este

resurgimiento fue sin duda Primo de Rivera. Alfonso XIII abdicó el día 13 (2009, p. 271).

El día siguiente a la proclamación de la República vuelve a escribir, podemos deducir que por el entusiasmo ante este cambio político, para dejar constancia del mismo. Toda la entrada es un reflejo de cómo estaba viviendo la sociedad malagueña la nueva etapa española. La felicidad de la gente incita a salir a la calle, las banderas tricolores ondean y la multitud, a su vez, desea romper todo lo que recuerda a régimen monárquico y a opresión. Esta fractura con lo anterior se ve ejemplificada cuando el pueblo se toma la justicia por su mano y retira la estatua del Marqués de Larios, asalta un diario monárquico y desmoronan distintas empresas pertenecientes al núcleo conservador.

Málaga arde en alegría y movimiento. La multitud, el pueblo todo, se ha echado a la calle. La bandera tricolor ondea en todas partes. Se ha declarado este día fiesta nacional. [...] El pueblo ha hecho una gran niñería; como las niñas castigan a sus muñecas, él también ha arrancado la estatua del Marqués de Larios, le ha cortado la cabeza y la ha zampado al mar. ¿Por rabia de clase sufrida? ¿Porque ha gastado en estas elecciones 40.000 duros para que triunfasen los monárquicos? Acaso sea éste el secreto; en su lugar han colocado un busto de Galán.

La calle Larios ha sido transformada en calle del 14 de abril. Han querido arrasar un diario también monárquico. Han destruido las oficinas y camiones de un Sr. Peterment, causante de la huelga malagueña de hace unos años y que él hizo fracasar. El pueblo guarda rencores. A un ex-albañil enriquecido, cuyo magnífico jardín ha recreado mis ojos en mi obligado encierro en ese cuarto de hotel, también el pueblo ha saciado su rencor contra él y bien bárbaramente (Ibíd., p. 272).

En la entrada del 16 de abril menciona que por fin ha conseguido periódicos de Madrid. Después de leer las noticias sobre la acogida de la República en distintos puntos de la geografía española, no cabe en su asombro la gran aceptación que ha tenido por parte de la población. La dicotomía entre conservadores y republicanos también es evidente, ya que los primeros se veían como hombres instruidos y capaces de gestionar un país frente a los *ignorantes* y *salvajes*. Igualmente, se puede contemplar cómo sale la familia Real rumbo al exilio: “Anteayer se marchó el Rey de España. Sólo se fue con un reducido séquito a Cartagena. La Reina y sus hijos marcharon ayer mañana hacia la frontera. [...] A su alrededor quedaron bien poco leales. La Reina lloró en el alto de Galapagar y lloraron las princesas. [...] El príncipe enfermo tuvo que ser sacado de la cama en brazos” (Ibíd., p. 273).

Un mes después vuelve a retomar el diario. En la entrada del 11 de mayo de 1931, desde Málaga todavía, comenta que las aguas de la ciudad están revueltas, ya que no todo el mundo está a favor de la República y, a raíz de unos disturbios, se ha tenido que decretar el estado de guerra en la ciudad. Zubiarre describe de este modo lo acontecido:

Hoy, a consecuencia de una estúpida agresión, ayer tarde, de unos políticos bien monárquicos, contra un chófer que gritó “Viva la República”, han surgido los primeros disturbios de la revolución. Van quedamos cinco conventos: dos jesuitas, Chamartín entre ellos. Declarado el estado de guerra. Han metido en la cárcel a varios duquesitos, Hornachuelos, el Conde de Elda y otros. Parece ser que se ha descubierto un complot entre monárquicos y comunistas, éstos pagados para promover las cosas y quemar los conventos.

También han vuelto a encarcelar a Berenguer. Las cosas, como el cielo, tienen un aspecto pesado y nada satisfactorio (Ibíd., p. 274).

Algunos meses después de la proclamación de la Segunda República, Ricardo Abascal será nombrado Director del Museo de Arte Moderno de Madrid¹⁹ y poco a poco dejará de colaborar en el diario *La Voz* por la carga de trabajo, aunque seguirá escribiendo para *El Sol* como crítico de arte. Tal y como menciona la protagonista en una carta familiar que le envía a su hermano Valentín el 22 de agosto, ese año por cuestiones de trabajo de su marido no podrán ir a veranear a Garai.

En general, se puede deducir que 1931 fue un año intenso para Pilar de Zubiarre, tanto por los meses que tuvo que estar en Málaga recuperándose de sus problemas respiratorios, como por el nuevo cargo de su marido, de gran exigencia profesional y presión institucional, lo que incide en la falta de descanso para la familia. La falta de nuevas entradas en el diario podría deberse a estos motivos.

Hacia 1933, Pilar de Zubiaurre es nombrada secretaria de la Asociación Auxiliar del Niño. Según Alzuri Milanés, “la Asociación tenía por objeto la creación de hogares infantiles en zonas pobres de Madrid, de forma que los niños tuvieran a su alcance atención, juegos, libros, etcétera que les impidieran pasar todo su tiempo libre en la

¹⁹ Muchos de los cuadros sobre pintura vasca, actualmente propiedad del Museo Reina Sofía, fueron adquiridos por él durante su mandato.

calle” (2015, p. 91). Además, su hijo Leopoldo, en el libro de González-Allende menciona que

la Asociación se mantenía exclusivamente de donativos y para 1936 había abierto 3 casas en diversos barrios de Madrid y se preparaba para inaugurar una cuarta. Daba fiestas de pago en las que participaban sus miembros, como García Lorca, que leyó y comentó “Romancero Gitano”, y subastas libros y obras de arte. En mayo de 1936 la Asociación tenía 447 miembros y recibe numerosos donativos en forma de libros, juguetes y materiales para los talleres. La Asociación se disolverá en plena Guerra Civil, a mediados de 1937, en Valencia, por carecer de fondos para mantener sus actividades (2009, p.124).

Como atestigua Leopoldo, su madre a lo largo de su vida tendrá dos ejes que ocupan la mayoría de su tiempo y pensamiento: el País Vasco y la educación de los niños, sobre todo, de los más necesitados.

El comienzo de la guerra civil, 18 de julio de 1936, sorprenderá a la familia en Madrid. Ante el revuelo político que existía ya en los días previos a dicha fecha, Ricardo decidió posponer el comienzo de las vacaciones de verano en Garai y deciden quedarse en su casa de la capital. Tal y como menciona Alzuri Milanés,

como director del Museo de Arte Moderno y, por tanto, como cargo público de confianza del Ministerio de Instrucción Pública, Ricardo Gutiérrez Abascal se vio inmediatamente implicado, y con él su familia, en la política artística de emergencia que va a emprender el ministro Francisco Barnés, una de cuyas primeras decisiones fue suspender temporalmente todos los patronatos de museos, cuya funciones quedaron en manos de sus directores. [...] [Además] el marido de Pilar, [...], se vio obligado a hacer pública su lealtad a la República a través de alguno de los numerosos manifiestos, notas de adhesión y proclamación a favor de la causa republicana dados a conocer durante julio y agosto de 1936 (2015, p. 93-94).

En los primeros meses de la contienda, el marido de Pilar de Zubiaurre deberá proteger el patrimonio histórico-artístico tal y como lo ordenó el Ministerio de Instrucción Pública. Para ello fue proclamado vocal de Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico y su tarea consistía en “habilitar depósitos para recoger los numerosos bienes artísticos que, de pronto, se encontraban en manos del Estado o de la milicias. Uno de los depósitos más importantes se situó precisamente en los sótanos del Museo de Arte Moderno de Madrid” (Ibíd.)

En agosto del mismo año, Pilar, por petición del Consejo Superior de Protección de Menores del Ministerio de Justicia, se encarga de la dirección de dos orfanatos, San Ramón y San Antonio, que albergaban a unas trescientas niñas en Madrid. Para dicha tarea, contará con la ayuda de un par de amigas que, a pesar de la numerosas dificultades que se encuentran, consiguen atenderlos a diario hasta mediados de octubre (González-Allende, 2009, p. 124). Tal y como se puede observar en la página web de la fundación Juan Ramón Jiménez, durante el inicio de la Guerra Civil, su gran amiga Zenobia Camprubí acogió en su casa de la capital a doce huérfanos y colaboró en las colonias infantiles que tuvieron lugar en la calle Fúcar. Ambas mujeres, además de las inquietudes literarias, compartían su deseo de ayudar a los más vulnerables. En una de las misivas que se intercambian, Zenobia informa a Pilar que los huérfanos que cuidaba los trasladaron a Barcelona para protegerlos de la guerra, ya que no los podía llevar en su exilio.

A pesar de que durante todo el otoño los alrededores de Madrid habían sufrido numerosos bombardeos aéreos, será el mes de noviembre, concretamente el 8-comienzo de la Batalla de Madrid-, cuando los civiles tomen conciencia de los peligros que corren. Las bombas que habían caído sobre la capital habían afectado a numerosos monumentos y edificios históricos, como por ejemplo: el Archivo Histórico Nacional, la Academia de las Bellas Artes, el Museo del Prado y el Museo de Arte Moderno. Las obras de arte del Prado salieron para Valencia el 10 de noviembre, dos días después del comienzo de la Batalla. Sin embargo, las obras del Museo de Arte Moderno no se trasladarán hasta finales de noviembre principios de diciembre, ya que será a finales de ese mes

cuando el Ministerio ordene a Gutiérrez Abascal que se traslade a Valencia acompañando una selección de los cuadros más valiosos del Museo de Arte Moderno, así como los que la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico tenía allí depositados. [...] [Además] el Ministerio de Instrucción Pública puso en marcha dos operaciones hoy consideradas símbolo de la defensa republicana de la cultura: la evacuación a Valencia, a donde se había trasladado la sede del gobierno, de una parte del tesoro artístico nacional y de una serie de prestigiosos intelectuales que aún permanecían trabajando en la capital (Alzuri Milanés, 2015, p. 95).

El traslado del gobierno a Valencia se hizo mediante dos expediciones defendidas por el Quinto Regimiento. La primera salió de la capital el 24 de noviembre y la

segunda partió el 1 de diciembre. En esta última viajarán Pilar y su familia junto con “el pedagogo Ángel Llorca, Bartolomé Pérez Casas (director de la Orquesta Filarmónica de Madrid), Ricardo de Orueta (exdirector general del Bellas Artes), el poeta Juan José Domenchina, el escultor José Capuz o los pintores Cristóbal Ruiz, Aurelio Arteta y José Gutiérrez Solana” (2015, p. 96). Timoteo Pérez Rubio fue el encargado de presidir la Junta de Defensa del Tesoro Artístico y, tal y como relata Rosa Chacel en *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín*, el salvamento de la pinacoteca del Prado fue una tarea difícil, por la laboriosa y minuciosa actuación y el incalculable valor artístico, que se completó con total admiración (1980, p. 45).

La familia Gutiérrez Zubiaurre estará casi un año en Valencia junto con todos los intelectuales evacuados “en el antiguo Hotel Palace, que había sido incautado por el sindicato CNT y convertido ahora en “Casa de la Cultura”” (Alzuri Milanés, 2015, p. 96). Mientras Pilar se encuentra en Valencia, la nueva sede del gobierno, el resto de su familia, es decir, sus hermanos, su madre y su cuñada, seguirán en Madrid. Esta situación supone para Zubiaurre una preocupación, ya que está al tanto de los bombardeos de la capital y les aconseja en numerosas ocasiones que salgan de la ciudad y se trasladen a una zona más segura. La correspondencia que mantiene con su familia, exactamente con Valentín y su madre, es una muestra de la angustia que siente. Por un lado, se puede observar como los víveres escasean en todo el territorio español y es Pilar de Zubiaurre quien se encarga de mandar alimentos a su familia desde Valencia. La protagonista “aprovechará la abundancia de fruta y verdura en la huerta valenciana para hacerles llegar suministros [...], a pesar de que no resulta tarea fácil encontrar quien los lleve a Madrid” (Ibíd., p. 98).

Pilar de Zubiaurre estará en la capital valenciana un par de meses. Después, su salud se empieza a resentir aún más y tendrá que trasladarse a una zona rural. La deficiente salud que padece, sin embargo, no hará que se desvincule de sus funciones de “mecenas” de su hermano Valentín. Tal y como se puede observar en las distintas cartas enviadas por Pilar de Zubiaurre a su hermano Valentín y a su madre en el año 1937-ambos viven juntos y es el hermano quien se encarga de cuidar a Paz desde que la protagonista se casó con Juan de la Encina- el conflicto bélico y el bienestar de su familia es lo más importante para ella. Las epístolas enviadas están divididas en dos partes: la primera, para Valentín, se centra en cuestiones de trabajo, petición de cuadros,

preparación de exposiciones, etc. la segunda, para su madre, está enfocada en la preocupación por el conflicto bélico, la escasez de alimentos y, sobre todo, en su deseo de que salgan de la capital y vayan a un lugar más seguro. El 20 de mayo Pilar escribe desde Valencia para hacerles saber que se encuentra feliz porque nada les ha pasado:

Celebro infinito que nada les ocurra a pesar de esos espantables obuses que nos tienen asustados aun aquí. Por aquí también bombardearon y a unos metros de esta casa cayó una bomba enorme y un poco más allá, otra, [...]. Gracias a Dios no nos tocó la china. ¡Que este favor continúe sobre nosotros! Únicamente el susto. La semana que viene mandaré un saco de verduras. Es difícilísimo el encontrar quien lleve y cuesta muchos paseos (González-Allende, 2014, p. 156).

La siguiente carta que manda, fechada el 18 de agosto, Zubiaurre comenta que los víveres también empiezan a escasear en Valencia: “Estos días encontramos en las masías de alrededor uvas moscateles. [...] También hay melones, tomates. He buscado estos sustitutivos porque, en cambio, de leche, huevos, etc. andamos muy mal” (Ibíd., p. 157). Asimismo, informa a su hermano Valentín y a su madre que: “no, aquí no hay refugio ninguno contra aviones y pasan siempre por encima nuestro, los que van y vienen, pero esperamos nada ocurra y si está así destinado, aceptarlo” (Ibíd., p. 158). Finaliza la epístola acordándose de los bombardeos sobre la capital y deseándoles que nada les ocurra: “Adiós, querido Valentín. Que Dios os proteja y libre de obuses y metralla. Me da mucho miedo [que] estéis tan expuestos ahí” (Ibíd.).

Posteriormente y como se ha mencionado, Pilar se mudará de la capital a una zona mucho más tranquila. Este dato lo conocemos gracias a la siguiente misiva que manda a su familia: “esta finca donde estamos está a unos 8 kilómetros de la costa, pleno campo. Tienes razón, estaría bien hacer un refugio por si hay un bombardeo, pero no creo que lo harán; como es pleno campo y lejos de la ciudad, sería mucha casualidad cayese aquí” (Ibíd., p. 159). En la última carta que manda a su madre desde Valencia, 26 de septiembre de 1937, se puede observar como la preocupación por el estado de la capital es máxima y aconseja una vez más a su familia que sopesen la opción de trasladarse a un sitio más seguro:

A pesar de que V. dice que está un poco alicaída, cosa nada particular después de tantos meses en una tensión como la que tienen viviendo en una ciudad sitiada, aporreada, bombardeada y arruinada. Lo que no sé es cómo resiste V. tanto y crep que ha llegado el momento de, dejando el interés de casa y

muebles, piensen Vds. que la vida y el comer y el carbón en el 2º invierno de guerra va a ser algo difícilísimo, y además, habrá visto que Miaja da orden terminante de que salga de Madrid todo el mundo[...]. Creo que esta medida está basada previendo la dificultad de procurar víveres y, además, para dejar Madrid sólo como plaza de guerra [...]. Ya creo que tienen Vds. que decidirse (Ibíd., p. 161).

Como se ha mencionado en párrafos anteriores, un tema recurrente es la escasez de alimentos. En esta misiva vuelve a estar presente:

Desde que el Gobierno puso una tasa a los comerciantes, como por milagro no han vuelto a verse ni verduras, ni frutas, ni patatas, y las colas son interminables y ya no dan apenas leche a nadie, ni hay modo de encontrar nada sino con colas sin fin y corriendo de una a otra. [...] En cuanto a comestibles, estoy haciendo acopio de unas cuantas cosas a ver si la semana que viene puedo enviarles el cajón y una latita de aceite como envié la otra vez. Me angustia pensar lo que necesitan Vds. y no poder enviar más. De verduras, ni soñar estos días. A ver si más adelante (Ibíd., p. 161-162).

Después de la ofensiva de Asturias, el 21 de octubre esta zona del norte de España queda en manos de los sublevados y hace que Juan Negrín, presidente del Gobierno nombrado por el entonces presidente de la República, Manuel Azaña, decida trasladar la sede de Valencia a Barcelona. Tal y como menciona Alzuri Milanéz, “siguiendo el repliegue del ejército, en noviembre Pilar, Ricardo y su hijo se instalan en la ciudad condal, refugiándose en la casa que su buena amiga Elvira Valentí tenía en el barrio del Puxet” (2015, p. 98). Zubiaurre en una carta mandada a su hermano Valentín y a su madre el 26 de noviembre dice lo siguiente:

Ya estamos en Barcelona, en casa de Elvira, tan cariñosa y buenísima amiga, que nos ha hecho una acogida como para no olvidarlo nunca. Vivimos en armonía, ayudándonos, pues el buscar comida es algo verdaderamente difícil y ... carísimo... Terriblemente caro. El pan de tres onzas por persona, un día sí y otro no, la leche no la vemos y la carne... [...] El pescado alcanza precios fabulosos y el jamón... es el Olimpo. En fin, esperamos que el Gobierno ponga tasa a estos excesos y sólo así podremos comer y vivir.

Aquí, por medio de Elvirita he conocido un joven que es marchante de cuadros y dice que ahora se vende mucho en Barcelona, pues todo el que tiene dinero prefiere emplearlo en cosas, objetos, cuadros, mejor que guardar dinero (González-Allende, 2014, p. 163).

En la misma misiva pero en la sección dedicada a su madre, Pilar sigue mostrándose preocupada por la situación de Madrid y se excusa de no poder enviarles comida por los precios desorbitados de la ciudad Condal:

Querida madre: Mucho deseo que los miles de autobuses no hayan tocado esa casa y que Dios continúe haciendo ese milagro. Supongo que habrán Vds. recibido el cajón que les envié por los carabineros; díganmelo. Desde aquí no sé cómo podré enviar nada porque son unos precios espantosos, una lucha para alcanzarla, y como esto está lejos, hay que andar mucho más que en Valencia [...]. (Ibíd., p. 165).

En la última carta que manda a su familia en 1937, 9-13 de diciembre, muestra su preocupación al saber que los víveres que les mandó todavía no han llegado: “Lo siento por lo que supone para Vds., lo que supone, además, como dinero y lo difícil que veo el poder enviar desde aquí nada, pues la distancia, más la enorme escasez aquí, presenta el problema muy difícil” (Ibíd.).

Tal y como podemos observar en las cartas que manda y recibe, no contacta con otros refugiados que siguen el mismo camino y están en la misma situación. En el epistolario de 1937 encontramos solo a cuatro personas: Ángel Ossorio, Zenobia Camprubí, Sira Guerrica-Echevarria y Asita de Madariaga, hermana de Salvador de Madariaga- ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes y de Justicia durante la II República-. Recibe solamente una carta tanto de Guerrica-Echevarria como de Madariaga. La primera es una vecina de Garai que se encuentra en Bélgica y le relata brevemente qué sucedió después del bombardeo en su pueblo. Además, le pide que contacte con una amiga de la familia que sabe que se encuentra en Valencia pero que desconoce su paradero. Por último, le pide trabajo para su marido, médico de profesión, porque no consigue colocarse. La epístola de Asita de Madariaga es la más breve, ya que se centra en narrar sus problemas de salud. Al igual que la anterior, esta mujer también está exiliada en Bélgica. Las cartas que escribe Ángel Ossorio a la protagonista desde Buenos Aires es para darle las gracias por hacerle llegar la revista *Madrid*. De todos los personajes mencionados, el más interesante es el de Zenobia Camprubí. Sabemos que ambas coincidieron en el *Lyceum Club Femenino* pero no aparece reflejado en su diario cuándo comenzó esa estrecha amistad que, incluso, también mantienen los dos maridos. Por un lado, en las cartas escritas desde La Habana podemos observar que Zenobia le informa sobre su trabajo con los más necesitados, la

publicación de algunos artículos, su labor al lado de Juan Ramón y la situación de los doce niños que acogieron cuando se encontraban en Madrid. Por otro lado, el dato más relevante que confirma su estrecha amistad es que las cartas están divididas en dos apartados: unas líneas que escribe Zenobia –la más abundante- y otras Juan Ramón a Pilar. Gracias a este segundo apartado hemos podido comprobar que el marido de Pilar y el de Zenobia mantenían correspondencia entre ellos sobre cuestiones laborales y privadas. Además, Juan Ramón está pendiente de sus amigos desde el exilio, ya que en una de sus cartas le pide a Pilar información sobre las personas que se encuentran en la Casa de la Cultura para ofrecerles colaboraciones y publicaciones en distintas universidades y, así, poder ayudar a los intelectuales que continúan en el país.

Las epístolas vuelven a confirmar que el diario de Zubiaurre no sigue las características teóricas estudiadas en el primer capítulo, ya que no nos permite conocer su lado más íntimo. Pilar no es el eje central de la narración y no pone énfasis en su vida privada. Además, lo utiliza como anotación de elementos que considera relevantes pero no profundos o íntimos. Leyendo su diario no podemos saber quiénes son sus amistades, las sensaciones que produce en ella tantos cambios repentinos, la situación en la que está, etc. Los datos más relevantes de su vida nos lo ofrecen las epístolas, aunque también hay que mencionar que no son numerosas.

En 1938 solo mandará dos cartas -8 de enero y 13 de mayo- a su familia y, en ambas, deja de lado la escasez de alimentos para centrarse en la salud de su familia, las cuestiones económicas y los bombardeos: “también tenemos a menudo visitas celestiales con bombazos casi todas las tardes. Es atroz. Hoy ha mejorado el tiempo, gracias a Dios”(Ibíd., p. 168)

 Tuve una gran alegría de recibir vuestra carta después de tantos días sin noticias, pero ahora ansío tenerlas de nuevo, pues el día anterior de recibirla fue el gran bombardeo de Madrid, y según noticias, cayeron gran cantidad de obuses.¿ Les tocó alguno? ¿Y a mis cuñadas? Deseamos saber esto enseguida. Aquí han aparecido de nuevo los pájaros siniestros y tiraron bombas, muchas (Ibíd., p.170).

La familia Gutiérrez de Zubiaurre estará en la casa de Elvira Valentí y su marido, Pedro Ferreras Sampere, entre noviembre de 1937 y agosto del año siguiente. Durante ese periodo de tiempo, como explica la historiadora Alzuri Milanés,

La resistencia de la República ante la presión del ejército sublevados se haría día a día más insostenible en todo el territorio leal al gobierno. En abril de 1938 queda roto el frente de Aragón y las tropas de Franco consiguen llegar al Mediterráneo, provocando la división en dos de la zona republicana y el aislamiento de Cataluña, donde hay pocas esperanzas de recibir ayuda del exterior. Unos meses más tarde, la ofensiva republicana en la batalla del Ebro (julio-noviembre de 1938) va a terminar en un gran fracaso que agota la resistencia de Cataluña. La ofensiva final del ejército nacional sobre el territorio da comienzo el 23 de diciembre de 1938 y se salda con la ruptura definitiva del frente republicano en varios puntos. El 26 de enero de 1939 Barcelona es ocupada militarmente por las tropas franquistas y, en consecuencia, el gobierno de la república se ve obligado a trasladarse a Francia (2015, p. 99-100).

Exilio en México

En el verano de 1937 Daniel Cosío Villegas viaja a Valencia para brindar apoyo al gobierno republicano. Lázaro Cárdenas, presidente de México, quiso dar trabajo en algunas instituciones mexicanas a los intelectuales de la República. El marido de Pilar de Zubiaurre fue uno de los agraciados por la oferta, exactamente, en julio del 38 recibirá la invitación oficial para sumarse a ese proyecto mexicano. Tal y como menciona Alzuri Milanés,

al parecer, el Ministro de Instrucción Pública había vetado entonces algunos nombres, entre ellos el de Gutiérrez Abascal, por considerarlos poco afectos a la causa republicana, y el gobierno mexicano había dado marcha atrás. Un año después, sin embargo, la iniciativa, ahora impulsada por los propios invitados, encontró una mejor acogida en dos destacados miembros del nuevo ejecutivo republicano, Juan Negrín y Luis Araquistain y el proyecto salió adelante. El 6 de septiembre de 1938 Ricardo Gutiérrez Abascal era autorizado por el Ministerio de Instrucción Pública a trasladarse a México “en comisión de servicios” y por espacio de un año (Ibíd., p. 103-104).

Pilar de Zubiaurre ante este giro en su vida, decide, en agosto del 38, viajar desde Barcelona hasta Francia con su hijo para coger fuerzas antes de poner rumbo a México, pues sabe que el viaje será duro para ella por su problemas de salud. Unas semanas después se unirá Juan de la Encina a la familia para poder viajar por fin al nuevo destino. El 12 de septiembre escribe una entrada desde Argelès de Plage, lugar conocido por su balneario e, históricamente, por construirse el Campo de concentración de Argelès-sur-Mer para los refugiados españoles de la guerra civil.

Hoy llega Ricardo y hoy creo que salimos para París. Estos días he llenado mis ojos de estas montañas y mar que aún son tierra española, para llevarlas tan dentro que las contemple con los ojos cerrados cuando esté a miles de kilómetros de aquí. Allá, hacia la Nueva España, que tanto soñé con ver cuando era jovencita y evocaba aquellas tierras como un rincón mágico y maravilloso... ¡Como muchas cosas, este sueño me llega un poco tarde! Menos mal que conmigo va el espíritu joven, ansioso de ver y capaz de gran entusiasmo de Leopoldo, y él recibirá todo lo que yo ya no sea susceptible de recibir o de llevar. He sido feliz en esta paz, en esta tranquilidad ante la naturaleza muda, cada vez mi mayor amiga y confidente. He renacido un poco a la vida, casi perdida en Barcelona... Pero allí y en todo España ..., ¡cuántos sufriendo! (2009, p. 299).

Desde Argelés Plage los tres viajarán a París, donde estarán un par de semanas. Allí, recorrerán la ciudad como turistas y, además, hay que apuntar, que la protagonista irá a misa en Notre Dame. A pesar de todos los desafíos emocionales con los que se encuentra, la religión sigue estando muy presente en su vida, ya que gracias a ésta encuentra la paz en el difícil destierro. Tranquilidad que no le es posible hallar, tampoco, por la situación problemática de su hermano y madre, ambos en Madrid, y por el estrés que le acarrea pensar en su nueva vida lejos del País Vasco. Los últimos días en la capital de Francia fueron los más agitados, dado que la protagonista tuvo problemas burocráticos con su pasaporte y no le fue sencillo resolverlos. Ella así lo rememora ya desde México el 25 de mayo de 1939: “han pasado ocho meses sin escribir una línea. Los últimos diez días de París fueron un desesperado circuito entre el hotel, la embajada y consulado españoles, pues necesitaba mi pasaporte una prolongación de dos meses para poder entrar en New York, ya que no podíamos hacer el viaje a Méjico directo” (Ibíd., p. 301-302). Alzuri Milanés señala, además, que Pilar de Zubiaurre consiguió renovar el documento gracias “a la intervención de Manuel de Irujo – ministro de justicia del gobierno republicano hasta diciembre de 1937-, quien se encontraba de paso en París” (2015, p. 104). La propia autora en la entrada mencionada anteriormente expresa que la rápida actuación de la delegación vasca en París fue la que consiguió resolver sus problemas:

desesperados, con pasaje tomado y sin conseguir que en la embajada llenasen ese sencillísimo requisito. Viendo perder el barco, los dólares y todo, les dije en la embajada que no estaba dispuesta a perder todo y que buscaría todos los medios, y me fui a la delegación de Euzkadi. Ramón de Aldasoro me recibió a la una, a las cinco estaba Ricardo hablando con Tremoya por teléfono al Ministerio de Estado en Barcelona, a la siete teníamos concedida la

prórroga. ¡Al fin! Mis vascos fueron eficaces como siempre (2009, p. 302).

Una vez ya resueltos todos los problemas, la protagonista y su familia ponen rumbo a Nueva York. Como menciona la historiadora Alzuri Milanés,

El 1 de octubre de 1938 [...]embarcan rumbo a América en Boulogne-sur-Mer, al norte de Francia, en el trasatlántico holandés TSS Statendam. El buque hacía la ruta Rotterdam-Nueva York con escalas en ese puerto francés y en la localidad inglesa de Southampton, y transportaba 1.139 pasajeros, muchos de ellos refugiados procedentes de Europa Central que huían del avance del nazismo (2015, p. 105).

Después de 10 días de viaje, llegan por fin a su destino. La propia autora, en la entrada del 25 de mayo de 1939, describe de este modo el trayecto:

A los dos días (1º de octubre, 1938) estábamos camino de Boulogne sur Mer [...]. En el puerto estaba el “Statendam”, enorme, con sus infinitos pisos de claraboyas sobre la línea del mar. Dijimos adiós con lágrimas en los ojos a la costa francesa; era Europa, ¿cuándo volveremos y cómo? Llegamos a Southampton por la noche. El barco se llenó de alemanes. [...]

Recuerdo los horribles bandazos del mar cómo todo el barco bailaba una perpetua espata-dantza en todo sentido, [...]. Yo, pobre de mí, en cuanto salimos del canal de la Mancha [...] adopté todas las comodidades posibles en una silla larga con colchonetas y mantas, y no me moví de la galería, donde todo el pasaje pasa la mayor parte de la vida; primero, porque allí sentía un poco menos el mareo; segundo, porque me parecía que allí estaba más segura que abajo, que si el buque se hundía podría correr mejor a salvarme... al mar. Eso de hundirme metida en un corredor del barco me espantaba.

[...] Nunca he sentido más agonía que en aquellos cuatro días de tempestad. [...] La noches eran asustantes. Las olas pegaban de un modo terrible, el barco levantaba y caía de una ola y todo él retumbaba, y todas las maderas crujían y a cada golpe me decía yo: “¡al otro se parte el buque!”.

Al fin al quinto día amainó un poquito, y al séptimo tuvimos sol, mar movido, pero normal, magnífico. Vimos cruzar un vaporcito, el primero en aquellos siete días de soledad en el infinito del horizonte, mar y cielo (2009, p. 302-205).

En esta entrada se puede observar la tristeza que la inunda. Es consciente que va a dejar atrás todo aquello que conoce y con lo que se siente arraigada. La incertidumbre se apodera de ella, ya que no sabe cuándo podrá regresar a Europa. Aunque solo escribe una breve frase, en ese mismo trayecto coincide con alemanes que intentan huir del nazismo. Esta aportación muestra que Europa no es segura para aquellas personas que

están o se encuentran amenazadas por las dictaduras fascistas. En general, el viaje fue muy difícil para la protagonista por la angustia de alejarse de su tierra y por el mal tiempo que le impidió disfrutar y desconectar.

Retomando las apreciaciones teóricas del primer capítulo podemos decir que es la entrada más intimista, ya que nos permite conocer sus sentimientos y sus vivencias. Existe una reflexión interior pero no podemos estudiar la evolución de su conciencia interior porque no es regular en su escritura. Además, el diario de Pilar de Zubiarre está estructurado de tal manera que su vida exterior ocupa el mayor espacio narrativo. Es por esto que esta entrada destaca frente al resto, dado que es la más próxima a la características estudiadas.

En la ciudad de Nueva York estarán alrededor de 8 días y Pilar podrá reencontrarse con su amiga Zenobia Camprubí y su marido, Juan Ramón Jiménez, y las amigas norteamericanas que había hecho cuando trabajaba junto a sus hermanos organizando exposiciones (Leopoldo Gutiérrez, 2009, p. 125). Pilar de Zubiaurre dice en la entrada que:

De New York vinimos a Méjico en tren. [...] El paisaje es el mismo casi todo el tiempo. [...] En cuanto llegamos a la frontera con Méjico hubo un cambio radical: gentes, vestimenta, casas, desorden. [...] Al fin terminados los requisitos aduaneros, continuamos el viaje. Antes de amanecer, ya estaba yo mirando el paisaje, que se mostraba tan diferente al que habíamos visto durante cuatro días [...]

Al fin, después de dos días de subir montes y atravesar o rodear inmensos valles [...] llegamos una mañana brumosa y velada al gran valle y ciudad de México, la antigua Tenochtitlán (Ibid., p. 305-307).

El 20 de octubre de 1938 llegan a México después de cuatro días de viaje en tren. El trayecto se les hace largo al ver las dimensiones del continente americano. Cuando se encuentran en Ciudad de México, es Daniel Cosío Villegas quien los recibe y les asiste para que su integración al nuevo país sea la mejor posible. Tal y como recoge el libro *Pilar de Zubiaurre: en la penumbra familiar*, “en 1938 [...] se instalaron con su hijo en un modesto apartamento situado en el número 420 de la Avenida de los Insurgentes, donde, sobre todo al principio, van a llevar una vida recogida y un poco melancólica. En él permanecen hasta 1956” (2015, p. 108).

La década de los 40 será complicada para la familia. Juan de la Encina intentará complementar su sueldo de La Casa de España con diferentes colaboraciones en periódicos como crítico de arte. En una epístola que Gonzalo Rodríguez Lafora envía a la protagonista el 29 de agosto de 1938 desde Anglet se menciona que el sueldo del marido de Pilar asciende a 20.000 fs. al mes (González-Allende, 2014, p. 177). Sin embargo, esta cantidad no será suficiente y la protagonista trabajará con el doctor mencionado para poder vivir más holgadamente, ya que la economía familiar se resiente. El doctor Gonzalo Lafora llegó a México en 1938 y estuvo hasta 1947, año que volvió a España. No se ha podido encontrar la fecha exacta de cuándo trabajaron juntos, ya que no aparece ni en su diario ni en las epístolas. Tampoco se ha podido localizar en el archivo de Bellas Artes algún documento que indique la fecha y cómo surgió este contrato laboral. Como se ha observado en el segundo capítulo, muchas exiliadas de su generación tuvieron que trabajar para saldar la economía familiar. Ejemplo de tantas es Ernestina de Champourcín que tuvo que postergar su actividad literaria para trabajar como traductora e interprete.

Además, a los problemas económicos se les suma la complicada salud de la protagonista. Como se ha podido observar anteriormente la protagonista siempre tuvo problemas respiratorios pero en su penúltima entrada de su diario, 17 de mayo de 1941, señala que: “estos dos años han sido de sufrimiento para mí. Los bronquios enfermos, las vértebras descalcificadas, ese fantasma que se llama anemia perniciosa en el dintel de la puerta. La aorta herida. Cuánta cosa para luego morir como se muere una vela, de un soplo de aire” (2009, p. 308).

En 1946, su hijo Leopoldo termina sus estudios y empieza a trabajar para ayudar económicamente en casa. Tres años después, Juan de la Encina “inicia su seminario de historia del arte en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional Autónoma de México (Leopoldo Gutiérrez, 2009, p. 126). Estas dos nuevas situaciones laborales hará que se olviden los problemas económicos.

En 1950 fallece la madre de Pilar de Zubiaurre, Paz, en Madrid. Un año después, la protagonista decidirá viajar a España para resolver los asuntos relacionados con el testamento de su progenitora. Como menciona Alzuri Milanés, “viaja sola, sin su marido y su hijo y permanece en España entre mayo y noviembre de 1951.” (2015, p.

112-113). Tal y como menciona su hijo, el testamento de Paz Aguirrezabal databa de 1927, lo cual implicaba el traslado de Pilar a su país de origen sí o sí para poder firmarlo y cerrarlo pero, al residir oficialmente en México, se dificultaba aún más todo. Por otro lado, también menciona que el Gobierno español, al principio, le puso algunas trabas para concederle el visado de repatriación pero gracias a la actuación del Marqués de Lozoya se consigue resolver el problema (Leopoldo Gutiérrez, 2009, p. 128). En la carta que Valentín envía a su hermana el 5 de julio de 1950 se puede observar que no hay ninguna mención al testamento de su madre pero sí al suyo. Su hermano quiere que, cuando fallezca, su dinero se reparta a partes iguales entre Ramón y Pilar de Zubiaurre y su esposa. La casa de Garai, propiedad de los tres hermanos, y los objetos personales irán para Leopoldo Gutiérrez de Zubiaurre y para la Diputación del País Vasco. Otro dato a destacar es la pregunta que le formula el pintor a su hermana: “¿Por qué Ricardo [va] hasta Francia y no viene a España? El Marqués de Lozoya me ha dicho que puede venir a España” (2014, p. 386). Tal y como comenta su hijo, Pilar viajó sola a su país natal en 1951 para resolver el testamento de su madre y estuvo seis meses en los que aprovechó para visitar a Elvira Valentí y a sus amigas (2009, p. 128). Lo que no se ha podido averiguar es porqué Juan de la Encina no viaja y la relación que existía con el Marqués de Lozoya, ya que no hay constancia en las cartas, ni en el diario.

Cuatro años más tarde, en 1955, Juan de la Encina sí decide visitar España junto a Pilar para resolver cuestiones pendientes que tienen sobre su casa en Madrid. Para ello pedirá una excedencia de un año en el trabajo y aprovechará para hacer turismo por Europa. El tercer viaje de Pilar a España será en 1961. Tal y como menciona su hijo Leopoldo, “siempre preocupada por Valentín, Pilar decide, de acuerdo con Ricardo, regresar a España en el otoño de 1961. Durante ese viaje los dos hermanos deciden cederle a Pilar sus partes de la casa de Garay para que ésta permanezca indivisa en el tronco de la familia, como era deseo de los tres. Pilar regresa a México a mediados de 1962” (Ibíd., p. 131). Dos años más tarde fallecerán su hermano Valentín y su marido Ricardo, haciendo que Pilar se hunda en un dolor irreparable. A pesar del desconsuelo por la muerte de dos de sus seres queridos, y su delicado estado de salud, seguirá viajando regularmente a Garai para pasar sus vacaciones de verano.

Pilar fallecerá el 24 de junio de 1970 en México “a consecuencia de la ruptura de un aneurisma de la aorta que tenía desde hacía muchos años” (Ibíd., 2009, p. 133). Los

restos de la protagonista se encuentran en el panteón familiar de Garai, junto con sus hermanos y padres.

17. Análisis de las entradas del diario personal pertenecientes a la Guerra Civil

En este apartado se tratarán las entradas del diario de Pilar de Zubiaurre pertenecientes a la etapa a la Guerra Civil, dejando de lado su etapa de juventud y exilio, ya que se han analizado en el apartado de la biografía con el fin de entender más a su autora y el contexto en el se envolvió. Este apartado comienza con la proclamación de la República, pues es la protagonista quien decidió después de trece años retomar su diario. Esta segunda etapa del diario representa una ruptura con lo anterior, puesto que se centra en ámbitos políticos, históricos, sociales, etc. que movieron a España y deja de lado su etapa de colaboradora en las carreras artísticas de sus hermanos.

Pilar de Zubiaurre determina en su diario utilizar el término de “facciosos” para referirse a los sublevados franquistas y “leales” para mencionar a los republicanos. En relación a las definiciones que ella ofrece, los nacionalistas vascos son denominados simplemente “nacionalistas”. Asimismo, Pilar de Zubiaurre fue una persona que participó en la Guerra Civil en el bando de los leales, aunque se mantuvo en la retaguardia ofreciendo detalles de la vida de la población civil.

Antecedentes

La Segunda República fue el régimen democrático que ganó las elecciones del 14 de abril. Este suceso hizo que Alfonso XIII se viese obligado a salir de España. Pilar de Zubiaurre dedicó una entrada, el 14 del mismo mes, al nuevo régimen tanto ansiado por los españoles expresando:

Esta tarde, a las cinco, fue proclamada en España la República; una república nacida y crecida en menos tiempo y en mayor fuerza rara vez surgirá en la Historia. Anteayer fueron las votaciones municipales: casi todas las provincias españolas dieron una abrumadora mayoría republicana. Ni en provincias de eterno caciquil, ni en provincias al parecer adictas a la aristocracia y a la Real familia, hubo mayoría del Rey. Hasta el último alejado pueblecillo dio su voto republicano y hoy, sin luchas, sin

alborotos, sin sangre alguna, cambió el régimen tantas veces secular de la monarquía española por la libre República. [...]

En un rincón de Málaga, lejos del estruendo de la Corte, alejada de familias y amigos, he seguido con honda intensidad todos estos movimientos de la nueva vida española. Ese resurgir del alma cívica me ha emocionado grandemente y ese puñado de hombres, que ha sabido hacer vibrar las fibras muertas o adormecidas de cada individuo, merecen toda la admiración. Sin querer, sino lo contrario, el mayor propagador de este resurgimiento fue sin duda Primo de Rivera. Alfonso XIII abdicó el día 13 (2009, p. 271).

El *Heraldo de Madrid*, ese mismo día sacó como titular “¡Viva España libre!”, “El pueblo, mientras los ministros estudian una posible solución a la crisis, proclamó la República en numerosas ciudades y aldeas”. La portada de *El Sol* estaba encabezada por “El resultado de la consulta determina acontecimientos de trascendencia histórica que se desarrollarán en el día de hoy”. *La voz*, por su parte, titulaba “¡Viva la República española!” y subtitulaba “El nuevo régimen viene puro e inmaculado, sin traer sangre ni lágrimas”. El diario de mayor tirada de aquella época expresaba que: “Cuarenta y cinco capitales y otros muchos núcleos importantes de población se pronuncian por la República”. Viendo el encabezamiento de estos periódicos y teniendo en cuenta la entrada de Pilar, se puede decir que el 14 de abril supuso una fecha importante tanto para España como para su sociedad. La gente rompió con la monarquía desde las urnas, quería un cambio, un avance, que no contemplaron con el régimen anterior. La alegría y el movimiento de la multitud resurgieron ante el nuevo rumbo político de la era.

Tal y como apunta el diario *ABC* del 17 de abril de 1931, el rey acató el resultado final alegando que “las elecciones celebradas el domingo me revelan claramente que no tengo hoy el amor de mi pueblo”. A pesar de que la República se abrió camino también en los siguientes comicios, una serie de sucesos en contra del régimen democrático hizo presagiar el futuro de la política española.

Las terceras elecciones generales que se celebraron en España en febrero del 1936 dieron una mayoría a la coalición de izquierdas (Frente Popular). Este resultado no gustó a toda la población y, desde la derecha, se comenzó y articuló una conspiración para sublevarse. Desde el inicio del año hasta que estalla la guerra fue un periodo de tiempo donde se vivieron situaciones extremas por parte de ambas ideologías. Ejemplo

de ello fueron los asesinatos cometidos por falangistas – muerte del escolta de Luis Jiménez de Asúa, Manuel Pedregal y José Castillo, entre otros- por parte de socialistas –Anastasio de los Reyes – por marxistas –Alfredo Martínez-, entre otros muchos. El 19 de abril ya hubo un intento fallido de alzamiento militar capitaneado por Rodríguez del Barrio, que evidenciaba que los militares no estaban de acuerdo con el resultado de las elecciones. A finales de enero Ordaz y otros militares ya tenían en mente sublevarse si ganaba la izquierda. Manuel Azaña en *Diarios completos* ya expresó el 19 de febrero desde Madrid que

<<Ha empezado lo de Cuatro Vientos>>, me dice. Se trataba, al parecer, de una sublevación del aeródromo, parte de un plan de rebelión militar de que se viene hablando hace días, y en el que se supone complicados al general Franco, y a Goded. Conocíamos el anuncio de este golpe, preparado para impedir la entrada en el poder de los republicanos y de los socialistas, y también era públicas las precauciones adoptadas por el Gobierno. Consisten en rodear de Guardia Civil y de policía los cuarteles sospechosos (2019, p. 1817).

Según Laviana, Mola era el que estaba al mando de la operación y a “finales del mes de abril envía la primera circular con instrucciones [...]. El plan consiste básicamente en preparar sublevaciones sucesivas que convergieran en Madrid” (2005, p. 196). En los meses siguientes, el general Mola vuelve a enviar diferentes circulares explicando las funciones, las tácticas y que “las fuerzas de Marruecos, Baleares y Canarias permanecerían en un primer momento pasivas para no levantar sospechas” (Ibíd., p. 198). Las sucesivas entrevistas entre generales – Mola, Cabanellas, Ordaz, Queipo de Llano, etc.- con el comandante militar de Canarias y políticos de derechas para buscar financiación y apoyo, así como la provocación con detenciones, muertes, etc. fueron crispando el ambiente de forma irrevocable hasta dar paso a la Guerra Civil. Para Fernando Schwartz

en las setenta y dos horas que siguieron al anuncio del alzamiento del 17 de julio de 1936, se llevaron a cabo las tres acciones diplomáticas de más trascendencia de toda la guerra civil española: las tres solicitudes de ayuda, dirigidas, una, por el Gobierno de la República a Francia, y las dos restantes, por los nacionales a Alemania e Italia. A través de ellas se desencadenó todo el mecanismo de la intervención extranjera en España. La ayuda extranjera a los dos bandos en lucha constituyó la espina dorsal de su fortaleza (1972, p. 19).

Madrid

El 27 y 28 de agosto empezaron los primeros bombardeos sobre la capital por parte de la aviación alemana, pero será a partir del 18 de octubre, dirigidos por Valera, cuando lleguen a las afueras de Madrid ocupando Cuatro Vientos, Leganés, Alcorcón y Getafe. La conocida Batalla de Madrid, que gracias a la llegada de las Brigadas Internacionales con numerosos voluntarios, aviones y tanques rusos, entre otras cosas, dio paso a que el General Franco diese la orden de retirada, y quedase todavía en manos de los leales. Esta batalla no fue fácil. La población de la capital se tuvo que enfrentar a durísimos bombardeos de aviones Junker y a combates como el de la Ciudad Universitaria, Casa de Campo y el Puente de los Franceses. Tal y como menciona Gutmaro Gómez Bravo, profesor de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, “la historia de Madrid en guerra se ha resuelto apenas en dos escenarios tradicionales: la defensa de la ciudad (del Cuartel de la Montaña a la Ciudad Universitaria pasando por la casa de Campo), y la persecución de derechistas acusados de “quintacolumnistas” que estremeció el subsuelo de la ciudad, sobre todo entre los meses correspondientes a la denominada “Batalla de Madrid”²⁰. Según el mismo autor, una vez que la ciudad pasa a manos de los sublevados, se convierte en “una ciudad sitiada de la que no queda prácticamente nada en pie, causa y efecto último de la necesidad que tuvo el franquismo de borrar la memoria de la ciudad resistente y de ocultar los pasos que dirigieron su rendición” (Ibíd.). Madrid, por lo tanto, “fue el escenario del paso de una guerra de columnas, típicamente colonial, a un conflicto que anticipaba el que asolaría Europa tan solo unos años después y que se decidiría en el aire. Madrid fue la primera gran ciudad en sufrir un bombardeo moderno y solo su condición de capitalidad la salvaría de una destrucción mayor” (Ibíd.).

Pilar después de anotar su última entrada el 16 de mayo de 1931, vuelve a retomar la escritura de su diario el 28 de octubre de 1936, tres meses desde el comienzo de la guerra. Las tres entradas correspondientes al mes de octubre no tienen registradas el lugar desde donde las escribe. Sin embargo, podemos decir que las redactó en la capital por dos cuestiones: la primera, Madrid era su residencia habitual y solo viaja al País Vasco, concretamente a Garai, en período de vacaciones o por alguna cuestión

²⁰ Gómez Bravo, G. (2018). *Qué ocurrió durante el asedio a Madrid*:
<http://theconversation.com/que-ocurrio-durante-el-asedio-a-madrid-105135>

importante que le obligaba a trasladarse a ese lugar y, la segunda, en todas las entradas de octubre, como se verá a continuación, describe cómo se encontraba la capital.

Entrada del 28 de octubre

Hoy comenzó la ofensiva contra los facciosos después de tres meses de guerra, luchas, de desórdenes, de fusilamientos, justos e injustos, de desborde de todos los bajos instintos y apetitos de muchedumbre de gentes. Al otro lado, de la balanza pongamos el denuedo de la gente popular, su fe, su generosidad, su prestación a todo sacrificio sin alharacas, la intensidad del trabajo hecho con alegría, seguros en el triunfo de su causa, la causa de infinitos seres castigados por la sociedad. Una sociedad sin alma y sin sentimientos de humanidad. Lo espantoso de este drama es la lucha fraterna en el mismo solar de todos... (2009, p. 276).

La protagonista comienza poniendo en situación que los republicanos después de meses de ataques, fusilamientos, violencia, etc. comienzan a defenderse de los sublevados. Para Pilar de Zubiaurre el conflicto bélico supone el desmoronamiento de la sociedad, la deshumanización del pueblo, todos luchan contra todos sin tener en cuenta la situación del *otro*, haciendo que el núcleo de la guerra sea masacrar y destruir al adversario. En lo referente a la ofensiva contra los sublevados, tanto *El Sol* como *ABC* de ese día destacan en sus portadas que la aviación republicana había bombardeado el aeródromo de Talavera.

Por otro lado, la intelectual también destaca la ayuda que reciben los republicanos por parte de Rusia. Sin embargo, se pregunta si será gratis o a costa de algún favor, muestra desconfianza, ya que es consciente de que esa defensa puede tener consecuencias para el gobierno. Mientras llega la ayuda armamentística rusa, los milicianos de la República consiguen que los sublevados retrocedan territorio logrando que la conquista de Madrid no sea tan fácil como al principio imaginaron. La intelectual afirma: “La ofensiva debió comenzarse con toda clase de armamentos, tanques, aviones novísimos. Rusia nos rinde su mano protectora. ¿A costa de qué? Por la noche nuestras milicias habían conseguido su objetivo completamente y los facciosos comenzaron a retroceder. Al fin. Mañana continuará la ofensiva y el avance” (Ibíd.).

En la entrada del 29 de octubre es cuando sabemos exactamente que se encuentra en Madrid y que, desde allí, escribe las entradas que no figuran lugar. El dato

de los lugares bombardeados y la utilización del verbo “venir” hace que podamos situarla en su casa de la capital.

Otro dato curioso que menciona es que los republicanos responden a los ataques aéreos demoliendo los aeródromos de tres ciudades: Salamanca, Sevilla y Talavera. El *ABC*, de ese día, lleva en su portada el titular “Diversas cuadrillas de nuestra gloriosa aviación han bombardeado, en pleno día, los aeródromos de Sevilla, Cáceres y Granada, destruyendo numerosos aparatos enemigos”. Además, dentro de los titulares de otras noticias destacadas en la portada se puede leer que: “Los aviadores republicanos, factores esenciales de la victoria. Comienza el intenso plan ofensivo sin sufrir el menor quebranto”. *El Sol* en su noticia terciaria de la portada también destaca los bombardeos republicanos con el subtítulo: “Destruyó con su eficaz y certero bombardeo los cobertizos, campos y aparatos existentes en Cáceres, Sevilla y Granada”.

Sin embargo, para la protagonista el impacto sobre la capital es mayor, puesto que la destrucción y el desmoronamiento que causan en la población civil los ataques sublevados hacen que el objetivo cambie de conquistar Madrid a sembrar el pánico entre los habitantes. El empleo de “nuestra ofensiva” y “los nuestros” la sitúan claramente en el bando republicano. Pilar de Zubiaurre se expresa así: “A nuestra ofensiva los facciosos han contestado viniendo a bombardear la ciudad. Bombas en la Plaza del Callao, Fuencarral, Carretas, Gran Vía. Muertos y heridos inocentes. Los nuestros han bombardeado el aeródromo de Salamanca, Sevilla y Talavera, destruyéndoles gran número de aparatos y aviones” (Ibíd., p. 277)

La intelectual, al día siguiente en su entrada, vuelve a comentar que los facciosos siguen bombardeando Madrid sin importarles la población civil: mujeres, niños y hombres son su objetivo. Además, también señala que algunos países se muestran reacios hacia las pruebas existentes de que países como Alemania o Portugal se encuentran ayudando a los fascistas. Este suceso está relacionado con la manipulación que hizo la prensa internacional para falsificar los acontecimientos que tuvieron lugar con el fin de justificar la no intromisión de estados. Los republicanos se encuentran solos ante los facciosos y desprotegidos por parte de los países del Pacto de No Intervención. González-Allende apunta que “en Getafe murieron más de cincuenta niños a causa de las bombas ese día” (Ibíd.). Pilar de Zubiaurre plasma así esta breve entrada:

Hoy han venido los facciosos y han tirado muchas bombas y en calles céntricas y a la hora de mayor circulación, de cinco a seis. Han causado bastantes muertos y muchísimos heridos, hombres, mujeres y niños. Dicen que era T... el autor de estas hazañas bárbaras y salvajes que nadie puede sino condenar enérgicamente. Mientras tanto, los diplomáticos y las comisiones deciden como profundo resultado que ni Alemania ni Portugal ayudan al faccioso. Casi vienen a decir que levantamos calumnias nefastas (Ibíd.).

Tanto el *ABC* como *EL Sol* no recogen los bombardeos que menciona la protagonista sobre las zonas de Madrid. En *El Sol* el 30 de octubre en la segunda página aparece una noticia con el titular “En Madrid se abrirá fuego contra todos los enemigos, sin distinguir de edades ni sexos” y cuya entradilla es “Esto se decía en un documento encontrado a un coronel faccioso muerto en el frente de Sigüenza”. El *ABC* hasta el 31 de octubre no comenta nada sobre la capital. En su portada, como noticia destacada, pero no principal, se puede leer que: “Otro vuelo traidor del enemigo sobre Madrid”. El cuerpo de este titular es muy escueto, ya que solo menciona “durante la tarde de ayer volaron sobre Madrid unos aeroplanos facciosos, que, desde gran altura y sin precisar objetivos, dejaron caer algunas bombas en diferentes lugares”.

Las siguientes entradas que se expondrán sí que señalan el lugar donde las escribió. Desde el 1 de noviembre hasta el final de la etapa del diario de la Guerra Civil, las entradas se encuentran ubicadas en Madrid o Valencia: desde el 1 de noviembre del 36 hasta el 18 de ese mes en la capital y, a partir del 4 de diciembre hasta el 23 de junio de 1937 en Valencia.

En la entrada del 1 de noviembre, Pilar de Zubiaurre vuelve a indicar que los bombardeos son constantes en la ciudad, pero esta vez, utiliza el humor y la ironía para describir el ajeteo de ponerse a refugio y el terror que causan las bombas. Por otra parte, la intelectual hace saber, también, que las milicias se encuentran peor armadas que los sublevados, dado que estos últimos contaban con la ayuda de Alemania e Italia y que, por lo tanto, la desventaja que tienen los primeros ante los aviones de guerra del bando sublevado no está haciendo que la guerra se desarrolle de igual a igual. Tal y como se puede observar:

Desde muy de mañana y, sin duda, para celebrar la fiesta de Todos los Santos, los facciosos nos visitaron con sus aviones, obligándonos a bajar y subir como seis veces la escalera. La lucha está siendo terrible, las fuerzas leales pueden poco: aún no está todo el material en pie y un hombre con un fusil es nada ante y bajo un fuego de avión y los tanques imponentes, y vamos retrocediendo... (Ibíd., p. 277-278).

Ese mismo día, la portada de *El Sol* lleva como titular “Castigo implacable para los asesinos de nuestros niños y nuestras mujeres” y cuya bajada es “ El pueblo de Madrid debe fulminar su justa cólera contra los bárbaros que quieren aniquilarlo”, dejando latente que en la capital sí que había bombardeos, a pesar de que en días anteriores no se recogiese noticia alguna. El *ABC*, por su parte, lleva como noticia principal “Madrid, bombardeado”.

Pilar de Zubiaurre en la entrada del 3 de noviembre observa que los sublevados cada vez están más cerca de conseguir su objetivo: Madrid. Sin embargo, en los periódicos no aparecen datos sobre qué zonas de la capital están sufriendo los ataques de los sublevados. La protagonista da información detallada de la contienda y el progreso de las tropas. Además, empatiza con los leales, puesto que no se rinden, luchan con todas sus fuerzas para no dejar caer la capital, a pesar de que los facciosos están cada vez más cerca de su propósito:

Esta noche parece que hay buenas impresiones. Se contiene el avance, se avanza un poco en algunos sectores, pero los facciosos están por Pinto, por Parla, cerca de Villaviciosa de Odón... a dos pasos de Madrid. Nuestra aviación ha debido de hacer una enorme labor, han destruido una columna de cerca de dos kilómetros de larga y en otros sectores del Tajo otros convoyes y fuerzas. Es cerca de medianoche y la lucha sigue. Cuántos hombres muertos, cuánta carne de cañón (Ibíd.).

Además, en la misma entrada, también comenta que: “en el orfanato, día de plante, por cuestión de unas maestras nuevas y simpatía hacia nosotras y, al mismo tiempo, las niñas esperan segurísimas el pronto retorno de las monjas” (Ibíd.). Pilar de Zubiaurre trabajó durante un breve periodo en un hospicio de niñas- actualmente el Colegio San Ramón y San Antonio situado en la calle Rodríguez Marín- que antes, había sido controlado por unas monjas y pasó a ser ocupado en agosto por la República. Según Iker González Allende,

en agosto de 1936 el Consejo Superior de Protección de Menores del Ministerio de Justicia pide a Pilar que se haga cargo

de la dirección del Orfanato de San Ramón y San Antonio, ocupado por las milicias de la Izquierda Republicana, en el que había cerca de trescientas niñas. Pilar se hace cargo del mismo ayudado por tres o cuatro amigas, no sin numerosas dificultades, y lo atiende hasta finales del mes de octubre del mismo año (Ibíd., p. 124).

A pesar de la desventaja, los republicanos viendo como los sublevados se acercaban más a la capital, deciden alentar a la población madrileña con el fin de ganar aliados. La famosa arenga de Francisco Largo Caballero publicada en *Gaceta de Madrid* bajo el famoso lema “¡Al ataque!” expresaba la necesidad de realizar el último esfuerzo para salvar la capital de la “garra fascista”. Mediante el mismo medio utilizado por Largo Caballero, Ángel Galarza Gago, ministro de la Gobernación de la República Española, el 5 de noviembre expresó que, el cumplimiento del Decreto que había sido acordado por los Ministros, la población de la capital debía asegurar “el orden público, la seguridad colectiva y la regularidad de los servicios del Estado con el rigor que demanda las imperiosas necesidades del momento presente y el interés supremo de la República”. Ese mismo día Pilar vuelve a escribir en su diario como la capital sigue sufriendo bombardeos constantes, pero, esta vez, se sienten más cercanos. El avance de las tropas franquistas es inminente y aterrador.

Ayer y hoy, desde el amanecer, retumba el cañón. Ayer más lejos, hoy... mucho más cerca. Es terrible cada zambombazo de estos. Además, hemos subido y bajado infinitas veces los siete pisos de esta casa; tener un séptimo piso cerca del Ministerio de Guerra y de la Casa del Pueblo es algo reconfortante en estos momentos terribles. No sé adónde irnos para estar un poco seguros. La aviación facciosa no ha parado estos días (Ibíd., p. 278-279).

En los periódicos de ese día todos llevan como noticia principal que la C.N.T. ha entrado a formar parte del gobierno. El resto de noticias de ese día comentan la participación de la aviación Hitleriana, pero mediante el testimonio de Pilar de Zubiaurre, se puede conocer como Italia también participó ese día. La intelectual expresa:

Hoy vi la lucha entre dos aviones; vi un caza surcar el aire rápido como una exhalación, en busca del enemigo. [...] Uno de los nuestros incendió un faccioso; el piloto se vio obligado a tirarse con su paracaídas. Parece que quería huir a tierra segura, pero las milicias no lo dejaron. Al fin cayó en nuestro poder, con una pierna rota. Es italiano, igual que su avión, etc. Y aún las sesudas naciones

acordarán que no hubo injerencia por Italia, ni Alemania. ¡Qué porquería de política! (Ibíd., p. 279).

Mediante el periódico *Ahora*, que dedica una frase al piloto que se tiró en paracaídas, se puede reconocer que el dato que arroja la protagonista es verídico. Por lo tanto, mediante esta entrada del diario se agrega una información que se desconocía o que pasó desapercibida al relacionarse con la aviación alemana. De este modo, se puede decir que el 5 de noviembre un avión del régimen de Mussolini fue alcanzado y derrotado por parte de la República.

A pesar de que oficialmente la Batalla de Madrid comenzase el 8 de noviembre, como se ha podido observar en entradas anteriores, los bombardeos eran constantes. En plena contienda la protagonista sigue expresando que los ataques a la capital son incesantes y ya han destruido numerosos edificios emblemáticos, causando destrozos irreparables. Además, en la entrada del 17 de noviembre se expresa que el centro de Madrid está sintiendo ya los proyectiles que amenazan a la población, haciendo que no exista un lugar seguro. La protagonista, desde la retaguardia, informa de cómo se está produciendo la contienda: las afueras de la capital arden por culpa de los bombardeos que han incendiado numerosos edificios civiles, dejando sin nada a la gente que los habitaba, monumentos históricos como el Museo de Arte Moderno y la Biblioteca Nacional, hospitales e iglesias se están viendo perjudicados por la munición. Además, se pudo observar la hipocresía religiosa de los sublevados, ya que una de las principales causas de esta situación fue la alegación de la “Cruzada”, pero al matar a población civil y destruir iglesias dejan a la luz lo lejos que estaban de la doctrina católica.

Vuelvo a salir a la calle luego de unos días de reclusión y donde he podido ver, vivir y estudiar muchas cosas.

Hoy ha sido un día terrible. Desde ayer [por la] mañana los facciosos comenzaron la lucha. Hoy a las doce de la noche continúa. El día ha sido trágico. La aviación facciosa ha saciado toda su ansia vengativa de un modo sádico y brutal. A estas horas todo el sector de Usera y el de Rosales, hasta el Puente de los Franceses, está trágicamente iluminado por inmensas hogueras donde van consumiéndose casas y edificios que los aviones y la metralla de los obuses han incendiado. Nada detiene a esa gente. ¿Qué diría el dulce Nazareno si volviera a andar entre estas gentes sin entrañas? He visto cómo estallaban los obuses en la calle de Alcalá, en la Gran Vía, en muchos sitios. Una detonación impotente y luego, una inmensa columna de humo curvándose y elevándose hasta el cielo. Humo que tarda largo rato en comenzar a disiparse. Todo esto es espantoso. Hemos bajado hoy tantas

veces las escaleras que he perdido la cuenta, huyendo de una bomba que pudiera caer. En el Museo de Arte Moderno, en la Biblioteca Nacional, el Hospital Provincial, varios otros de la Cruz Roja, la Iglesia de los Jerónimos... Todo ha recibido metralla, bombas incendiarias. ¿Qué locura y vértigo le ha entrando a esa gente?

Un detalle espantoso: uno de los aviadores leales tuvo la mala suerte de tener que arrojarse al espacio con su paracaídas y aterrizar en las líneas enemigas. Al día siguiente han devuelto al aviador descuartizado y metidos los trozos humanos en una caja que con paracaídas han soltado sobre nuestras líneas... Para vengas el horrendo hecho, los aviadores leales derribaron diez aparatos facciosos (Ibíd., p. 279-280).

Este último párrafo muestra las tremendas crueldades que se pueden cometer, ya que el propósito es vencer al <<otro>> de la forma que sea y cueste lo que cueste. Sobre este episodio el diario *El Sol* recoge en su portada bajo el subtítulo “Los rebeldes descuartizan aun piloto leal y arrojan los restos sobre las calles de Madrid”. Tal y como menciona González-Allende, “durante la guerra civil, los dos bandos tendieron a presentar al enemigo como un monstruo, enfatizando los rasgos inhumanos y las atrocidades que cometía. De esta manera, se creó un tipo de narrativa tremendista, que fue más cultivada por los sublevados” (Ibíd.).

En la entrada del día siguiente, 18 de noviembre, se puede apreciar que durante el día no ha habido actividad bélica pero, a la noche, esa calma se ha disuelto para dar paso a los mismos sucesos de los días anteriores. La protagonista cuenta que esta vez a los sublevados se han sumado tropas del norte de África. Distintos teóricos han formulado y barajado distintas hipótesis sobre la participación de los árabes durante el conflicto bélico español. El diario *El País*, en un artículo publicado el 29 de abril del 2009, estima que la colaboración ascendía a unos 80.000 marroquíes. Según María Rosa Madariaga uno de las principales razones fue el tema económico, ya que Franco les pagaba haciendo que pudiesen así subsistir y ayudar a sus familias (2002, p. 167) pero, otra hipótesis que también apunta la historiadora es la idea de defender la religión frente a los republicanos, dado que éstos eran considerados ateos (Ibíd., p. 351). En opinión de Francisco Sánchez Ruano, que recoge las palabras de A. Benjelloum, se estima que la participación de las tropas marroquíes vino impulsada por la sed de venganza que tenían por toda la degradación que habían sufrido a lo largo de la historia por parte de

los españoles (2004, p. 247). Ninguna de las hipótesis está demostrada, así que realmente el porqué de la participación de los marroquíes sigue siendo un misterio.

Por otro lado, Rosales, Argüelles, el palacio de Liria, el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria, el Museo de Arte Moderno y diversos hospitales fueron destrozados por los obuses de los facciosos. Sin embargo, lo más destacable es la situación en la que se encuentra la población madrileña. Según la protagonista, las calles están repletas de gente que busca cobijo ante tanta crueldad. Se han quedado sin casa, sin hogar donde vivir, deambulan por las avenidas con sus enseres porque no saben a donde ir, no tienen lugar para resguardarse ante la envergadura del desastre.

El periódico *El Sol* y el *ABC* solo destacan en su portada de ese día los ataques que han sufrido en Ciudad Universitaria y Casa de Campo, nada se sabe del resto de zonas de la capital. Sobre la participación de las tropas el *ABC* en el parte de la jornada de ese día solo se mencionan a “los pilotos extranjeros a sueldo de los generales traidores, a sueldo a su vez de la plutocracia y el clero [...]”. Nada se sabe de sus orígenes. Por otro lado, *El Liberal* es el único diario que lleva en su portada el sufrimiento de la población civil bajo el titular “La monstruosa cobardía de la aviación fascista continua produciendo en Madrid víctimas inocentes y daños que están lejos de todo el objetivo militar”. Hasta ese momento, e igual que el resto de periódicos, se ha centrado en comentar la batalla, nada se ha escrito sobre el estado de la ciudadanía.

Pilar de Zubiaurre nos relata así el 18 de noviembre:

Hoy ha sido un día de relativa calma hasta el anochecer, en que comenzó una verdadera y atronadora batalla por el sector Parque del Oeste. Parece ser que ayer dejaron entrar a los tanques y soldados enemigos hasta el principio de la subida a Rosales y allí abrieron los leales un horrible fuego, obligando a los tanques a replegarse y dejar diezmada la gente; abandonándola también un grupo de moros, 500 se refugiaron en la Casa de Velázquez. Los han copado, cañoneando la casa y por último han sido pasados a cuchillo. Otro grupo numeroso de moros se metió e hizo fuerte en el Hospital Clínico de la Ciudad Universitaria. Al anochecer han abierto una espantosa carga de metralla, ametralladoras, cañones y fusiles. Era algo que sobrecogía. Los han debido de aniquilar, pues hoy hay al fin silencio. Cerca de las doce de la noche el Hospital, gallarda obra que iba a ser magnífico ejemplar de hospital moderno, había sido destrozado. Los obuses de los facciosos de ayer han tomado el magnífico edificio de Liria, el palacio que existe junto a Hacienda, muchas casas, el Museo de

Arte Moderno, hospitales. El barrio de Argüelles está destrozado y evacuado. Las calles llenas de gente sin albergue, con colchones, ropa, niños, enseres, conducidos por los medios más pintorescos. Una catástrofe y ruina (2009, p. 280- 281).

El 19 de noviembre, día siguiente a la entrada anterior, Alemania e Italia reconocerán oficialmente el Gobierno de Burgos, el gobierno del general Franco. Esta ha sido la última entrada de Pilar de Zubiaurre que escriba mientras se encuentra en Madrid. El Gobierno legítimo, ante la envergadura catastrófica que está acogiendo Madrid, decide dejar la ciudad para dirigirse a Valencia, no sin antes realizar una Junta de Defensa, en la que por primera vez forman parte los representantes de la C.N.T. Además, no solo deciden ir a Valencia ministros o secretarios de la República sino también catedráticos, intelectuales, etc. Como se ha mencionado en el apartado de la biografía de la protagonista, Ricardo Gutiérrez Abascal se comprometió políticamente con la República y “fue nombrado vocal de la Junta de Incautación y Protección del Tesoro Artístico el 23 de julio de 1936” (Ibíd.), esto hizo que la familia Gutiérrez de Zubiaurre también tuviese que trasladarse a Valencia a principios de diciembre.

Valencia

Como se ha mencionado en el párrafo anterior, después de dejar Madrid, Pilar de Zubiaurre se dirigió a Valencia junto con su familia, ministros de la República e intelectuales republicanos. La primera entrada en Valencia está escrita el 4 de diciembre y comienza así: “Llegamos anteanoche a Valencia después de un viaje pintoresco en autobús” (Ibíd., p. 281). El viaje no lo hicieron solos, la intelectual enumera una serie de personalidades que recuerda: el escritor y crítico de la Generación del 27, Juan José Domenchina, esposo de Ernestina de Champourcin, gran amiga de la intelectual, el pintor vasco Aurelio Arteta, Bartolomé Pérez Casas, compositor y director de orquesta, José Gutiérrez-Solana y su hermano Luis, el primero gran amigo de los hermanos de Pilar ya que los tres son pintores aunque Solana expresionista y Ramón y Valentín costumbristas, el crítico de arte Ricardo de Orueta, amigo de Juan de la Encina, Victorio Macho, escultor español, Ángel Llorens, y el físico y astrónomo Pedro Carrasco Garrorena.

La protagonista a lo largo de esta entrada va rememorando el paisaje que observa camino a su nueva residencia. Las descripciones son ricas en detalle, haciendo que al lector le de la sensación de estar delante de un cuadro contemplando el paisaje. Se puede apreciar el conocimiento que tiene sobre las artes pictóricas no solo por su forma de especificar y estudiar el paisaje que observa, sino porque sabe que lo que tiene delante es lo que desea y necesita todo pintor para realizar sus obras. Ejemplo de ello es la descripción que da sobre Buñol:

El viaje hasta Buñol, donde almorzamos fue magnifico. Campos de tierra roja y riza. Puertos sobrios que subimos y bajamos, sol dulce y luz maravillosa, larga lejanías en el paisaje de tierras ondulantes y abierta. Lejanía con sierras y luego parada en Buñol, pueblo fantástico, donde un artista, un pintor, nada tendría que inventar para poder representar media docena de cuadros inverosímiles y maravillosos. Un castillo unido al alto del pueblo por un puente antiquísimo y a su falda el pueblo escalonado de la manera más fantástica posible. Allí no hay calles rectas, ni casas simétricas. Cada ventada es un panorama diferente y el punto de vista delicioso. Las casas por dentro son, asimismo, la fantasía lejos de la simetría (Ibíd., p. 282).

Como se ha podido observar en las entradas de Madrid, Pilar está a favor de los republicanos y condena las tremendas atrocidades que realizan los sublevados en la capital. Sin embargo, en esta entrada se observa como la protagonista también deplora los asesinatos y los robos que cometieron los leales.

Describen la escena unos que la vivieron. Les destinan para dormir aquella noche un gran palacio complicado, donde había un patio con columnas de escayola pintada de nogalina, muebles modernistas del 1900 y cosas por el estilo. Preguntan los aposentos: “¿y de quién era esta casa?”; contestan las milicias: “de una condesa”. “¿Y dónde está?”, vuelven a preguntar: “Está muy tranquila”, dicen los interrogados, “La matamos”. (Ibíd.).

La protagonista explica, asimismo, que cuando llegaron se alojaron en una “Casa de la Cultura” que el gobierno de la República había adecentado para los evacuados. Pilar se muestra agradecida ante la nueva oportunidad que les ofrecen, ya que siente que su vida y la de su familia no corre peligro. Es consciente, asimismo, de su posición privilegiada pero, también, de que su vida ha cambiado, se encuentran “sin casa y sin fortuna”. Por otro lado, menciona que en ese mismo lugar se encuentran muchos conocidos y personas de gran relevancia de aquella época, lo que demuestra que este cambio drástico será más agradable, ya que puede compartir impresiones y vivencias

gracias a la empatía y a la solidaridad que surgen ante estas circunstancias tan traumáticas.

Ésta nos acogió en una Casa de la Cultura, muy bien, magnífica para unos evacuados, sin casa y sin fortuna. Allí encontramos tantas caras conocidas, amigos queridos, gente de toda la intelectualidad, y a vivir en grata comunidad espiritual y material y dormir sin aeroplanos, sin bombas ni obuses. Por hoy, gracias a Dios (Ibíd.).

Pilar vuelve a retomar su diario el día 6 de diciembre. Esta entrada está vivida en tres partes, ya que pertenecen a diferentes temas. El primero está relacionado con su hijo Leopoldo y la visión que tiene sobre la maternidad. El segundo conectado con pasquines y la C.N.T. y, el último, con los bombardeos de Madrid. Sobre la primera cuestión expresa que:

El desayuno de ayer fue un jarro de agua fría. Orden del Ministerio para que Leopoldo se traslade a vivir al Instituto Escuela, adonde van a vivir todos los hijos de evacuados. Ha sido durísimo para mí y para él, que sufre primero las consecuencias de este éxodo. Me dicen los amigos y los pedagogos que será un bien, para salirse de las faldas de la madre y hacerse duro. Comprendo la razón de estas razones, pero ¿por qué a un niño de doce años hay que imponerle ya el yugo del dolor sin necesidad?

Allá le llevé y me parece la vida vacía sin mi misión maternal que cumplir. Nunca he comprendido los internados, ni nunca he podido comprender cómo los padres y madres son capaces de enviar [a] sus hijos a un colegio internos, a lo mejor niños de ocho años, abandonarlos en manos de mercenarias desconocidas, sucias y torpes muchas veces, viciosas, repugnantes otras, y en ellas dejar las pobres almitas solas, inocentes, encerradas a lo mejor en colegios alejadísimos, a donde la llamada angustiada del niño no puede encontrar más eco que su propia soledad e impotencia. ¡Me parece monstruoso!, y los padres lo hacen inconscientes sin corazón. Claro que Leopoldo no está en una institución así. Puede salir todos los días, llamarme por teléfono, tiene muchachos amigos, el espíritu de los maestros no es el de las viejas instituciones escolares, pero habrá sentido esa impresión de soledad ante lo desconocido, que tanto alucina sobre todo cuando se es pequeño. Será muy conveniente ese enfrentamiento, pero me parece tan inútil ese empeño de poner pronto a los seres en contacto con todas las realidades de la vida (Ibíd., p. 283- 284).

Esta primera parte es sumamente importante por dos cuestiones: es la primera vez que deja que el lector conozca su visión sobre la maternidad y el vínculo tan cercano que tiene con su único hijo y, la segunda, muestra el tipo de educación y

enseñanza que existían en aquella época. Sobre el primer asunto podemos deducir que la maternidad es el motor de su ser y que el cambio le produce un vacío que no sabe cómo colmarlo, ya que su misión de madre, desde su punto de vista, ha llegado a su fin, dependencia-pertenencia con su hijo. Hasta ese momento Leopoldo ha vivido con sus padres y para Pilar es muy duro separarse de él. Ella tiene una visión sobre la maternidad muy protectora, esto se puede entender, ya que están en plena guerra y cree que nadie mejor que ella lo va a poder proteger. Además, piensa que su hijo es muy joven y que bastante está sufriendo con el cambio que ha dado su vida: cambio de domicilio, testigo de los bombardeos de la capital, deshumanización y vulnerabilidad de la población, etc. como para ahora rebatárselo. Por otro lado, la visión que tiene sobre los centros de educación es dudosa, y sobre los internados es totalmente negativa. Hace una descripción peyorativa de estos; pero hay centros que le merecen respeto, como el que irá su hijo. El Instituto Escuela, según María Inmaculada Rius Dalmau, es “concebido como centro experimental donde ensayar un nuevo plan de estudios y nuevos métodos para la enseñanza del Bachillerato.[...] Sus objetivos eran establecer lazos de continuidad entre la enseñanza primaria y la secundaria mediante un modelo unificado que llegara a garantizar una buena formación a los estudiantes universitarios”²¹. Pilar, a pesar del distanciamiento físico con su hijo, sabe que va a estar en buenas manos, ya que los docentes no son como los de las “viejas instituciones escolares”.

Además, ese mismo día también recoge como pasquines anónimos, propaganda común en la Guerra Civil, de la C.N.T. aparecieron alertando a la población de algo que no se especifica y tampoco el destinatario directo de ellos, Pilar de Zubiaurre explica que,

No sé para quién aparecen esta mañana unos pasquines de la CNT que dicen poco más o menos: “Para las mujeres, niños y ancianos evacuados, nuestro pan, nuestra casa, toda nuestra cordialidad. Para los cobardes que escaparon hace largo tiempo, desertando de sus puestos y viviendo como vagos nuestro desprecio. A éstos ajusticiarles, hacerles la vida imposible... (Ibíd.)

²¹ Rius Dalmau, M. I.: *Instituto-Escuela (1918-1936)* en: <http://www.grelinap.recerca.urv.cat/ca/projectes/diccionario-historia-ensenanza-frances-espana/entradas/112/instituto-escuela-1918-1936>

En la última parte de esta entrada, Pilar sigue retransmitiendo las noticias que le llegan de la capital: constantes bombardeos e intención de los sublevados de conquistar definitivamente Madrid el 8 de diciembre. Sin embargo, todos los periódicos destacan en sus portadas la inactividad en el frente de Madrid. La protagonista recoge de esta manera los sucesos:

De Madrid, noticias de diario bombardeo, brutal anuncio de un asedio mucho más fuerte, más decisivo. Parece que los facciosos quieren entrar en Madrid el día ocho, día de la Inmaculada, para poder contrarrestar con este golpe la anunciada reunión que España ha pedido a la Sociedad de Naciones para demostrar la ayuda ilegal que Alemania e Italia en esta terrible contienda civil y mundial (Ibíd.).

En este apartado, acertadamente, Pilar de Zubiaurre valora la intervención alemana, y augura lo que pasará después. España se convirtió así en un conflicto internacional entre las fuerzas italianas y alemanas, por un lado, y Rusia y las Brigadas Internacionales, por otro lado. Además, cabe recordar que muchas estrategias por parte de las Potencias del Eje utilizadas en la Segunda Guerra Mundial frente a los Aliados se practicaron durante la Guerra Civil. De este modo, España fue el ensayo de todas las prácticas y tácticas que se llevaron a cabo en la Segunda Gran Guerra. Por otro lado, Pilar de Zubiaurre menciona la protesta que la República española hizo en la Sociedad de Naciones por su falta de implicación en los hechos. En el libro *La España política del siglo XX* se recogen las palabras de Álvarez del Vayo, jurista y político, que muestran claramente como había pruebas suficientes para involucrar la participación de los fascistas. Dice así su protesta:

[...]El pasado septiembre aludí a la trágica prueba ofrecida por la juventud de España, que cae a millares en las trincheras de la libertad como víctimas de los aviones fascistas y del material extranjero entregado mes tras mes, a pesar del convenio de no intervención, por aquellos que basan su política internacional en la sistemática violación de tratados y de sus compromisos internacionales. Hoy, Madrid, se ha convertido en una prueba irrefutable más. [...] que la capital de un Estado miembro de la Liga ha sido reducida a ruinas, y que las mujeres y niños de esta capital han sido destrozados por cientos por los aviones de bombardeo bajo las órdenes de generales rebeldes [...]. La guerra está allí: una guerra internacional está desarrollándose en suelo español (1971, p. 215).

Sin embargo, tanto la respuesta como de Lord Cranborne, representante de Reino Unido, como de Vienot, Francia, respecto a la no intervención siguió siendo la no intromisión.

La entrada del 16 de diciembre comienza exponiendo los pequeños cambios de adaptación que hubo desde que llegaron a Valencia. Gracias a lo que plasma Pilar, podemos saber quiénes vivían en la Casa de la Cultura y, además, que cada uno de ellos tenía diferentes tareas a realizar designadas por parte del gobierno.

Llevo bastantes días sin anotar el diario. Estos días fueron de instalación, aclimatación e inspección. Al fin, estamos acoplados en la Casa de la Cultura casi todos los que vinimos en las dos primeras expediciones, organizadas por el Ministerio de Instrucción Pública y por el 5º Regimiento. Sabios como del Río Ortega, Duperier, Moles; doctores Prados, Sacristán, Márquez y su esposa la doctora Arroyo; filólogos como Navarro Tomás; poetas Moreno Villa, León Felipe, Machado; artistas Victorio macho, Arteta, los hermanos Gutiérrez Solana, Cristóbal Ruíz, López Mezquita; y el director del Observatorio de Madrid, profesor de astronomía, Pedro Carrasco; Ricardo y algunos más que no recuerdo. Estamos conviviendo en una casa común, amigablemente, conociéndonos los unos a los otros, realmente sin referencias fantásticas. Cada una de estas personas tiene una misión asignada por el Ministerio que cumplir. (2009, p. 285).

Además, la intelectual da a conocer que “fuera de las horas de trabajo y comida, los cafés, eterno refugio de muchos españoles, son el lugar de reunión” (Ibíd.). Por lo tanto, las famosas tertulias de los intelectuales pasaron de Madrid a Valencia, haciendo que “los cafés” fuesen el lugar donde se discutían los asuntos más influyentes de la vida de los artistas. Iker González-Allende observa que “en el café Ideal-Room, en la esquina de la Calle de la Paz y Comedias, se daban cita numerosos intelectuales y artistas que se hallaban refugiados en Valencia, como Max Aub, Ángel Gaos y Moreno Villa” (Ibíd.).

En la segunda parte de la entrada, Pilar de Zubiaurre menciona la escasez de alimentos que estaba sufriendo la población de Madrid por culpa del aislamiento al que estaba sometido. Juan del Sarto escribía en su crónica que “no llegan ya a Madrid ni siquiera frutas ni legumbres, de las que hasta hace poco parecía estar regularmente abastecido”. Esta situación le lleva a la protagonista a hacer una comparación con lo que se estaba encontrando en Valencia: “parece el reino de Jauja para los que venimos de recientemente de Madrid: los mercados llenos de verduras y frutas, embutidos, quesos,

dulces, conservas... Las pastelerías abarrotadas. Los huevos del país son caros-siete pesetas docena-, pero hay más baratos. No nos falta de nada.” (Ibíd.). De este modo, se puede decir que la población civil de Valencia no se encontraba con la escasez de alimentos por la que pasaba la población de la capital.

En la última parte de la entrada se observa que la intelectual continúa activa su vida social. Sin embargo, desde que empezó la guerra, Pilar no había escrito nada sobre el País Vasco y es en este momento donde comienza a aflorar su evocación hacia su tierra natal.

Ayer vinieron a comer con nosotros el Encargado de Negocios ruso, el comandante Pablo, el Ministro de Instrucción Pública Hernández, un hombre obrero manual (simpático, cordial) y Rocés, el subsecretario de Instrucción Pública y varios más. Comimos un simple cocido y fiambres para que se comiese un plato español. Estaba deplorable, hecho sin gracia; yo pensaba en el cocido de caldo limpio de Vizcaya y lo añoraba, para que hubiesen visto qué era un plato sabroso, puesto con amor y arte. Hubo ofrecimiento de los humildes garbanzos por Navarro Tomás y contestó Hernández “muy bien”, queriendo afianzar más la ciencia al pueblo. Habló muy discreto el delegado ruso y los poetas de la Casa leyeron bellas poesías del momento (Ibíd. 286).

En la última entrada de 1936, escrita el 20 de diciembre, Pilar se deja llevar por el maravilloso paisaje que encuentra en Valencia y en Manises. Como es de costumbre para la protagonista e influencia por sus conocimientos artísticos, las descripciones son muy detalladas, haciendo que el lector pueda dibujar un cuadro mentalmente.

Ayer dimos un paseo hasta Manises, donde hay tantos fabricantes de alfarería, seguramente restos de viajeros alfareros moros, que hoy trinarían indignados al ver cómo han desvirtuado el viejo estilo y la antigua manera de construir. Olvidan muchas veces lo esencial de una obra, su carácter, para sumirse en el servilismo de una imitación. A pesar de esto, aún se encuentran cosas graciosas, ingenuas.

El campo es precioso; una huerta cuidada como un jardín, aprovechada hasta el último límite, toda la tierra gloriosamente fértil y espléndida. Maravilla de sistema de regadío, gracia en el surco perfecto. Estamos en diciembre y la luz es clara y diáfana. La línea de los montes azulea en la lejanía, nítido azul sobre el cielo claro. Las casa amplias, cómodas, con sentido señorial, aun las humildes. En cada zaguán se vislumbra el huertecillo interior, el patio con sus flores, su pájaros, su cocina al aire libre y el fuego donde hacen clásica paella. Las paredes bien enjalbegadas; el

portalón grande, con mecedoras, macetas, cortinillas de junco. Se presiente el frescor en las jornadas veraniegas, cálidas y pesadas.

Hoy fuimos de nuevo a Malvarrosa. Paseamos lentamente por la playa y vimos la casa de Blasco Ibáñez. Alta, de tres pisos, el central con una amplia galería sostenida por enormes cariátides, de muy clásico estilo mediterráneo. Las demás casas playeras son abigarrada mezcolanza. Todas tiene un poso de jardín delante, huerta detrás, un pasadizo fresco para las horas de calor. La luz es cegadora, ¡qué será en verano! Pero es una maravilla de sol y suave el color azul del mar, un azul que casi tira a malva. Creo que a la hora del crepúsculo será delicioso. La arena es negra, llena de algas y plantas que vendrán de esos bosques submarinos, que un día venidero iremos o irán a disfrutar, como ahora vamos a la nieve o a volar por los aires (Ibíd., p. 286-287).

En esta misma entrada, también, se puede observar que su preocupación por la situación de Madrid sigue ocupando sus pensamientos. Las noticias que le llegan siguen siendo la mismas, es decir, bombardeo por parte de los facciosos y escasez de alimentos para los civiles. Pilar de Zubiaurre escribe al respecto: “De Madrid siguen las noticias: continúan los ataques de los facciosos para entrar en la ciudad. Mes y medio atacando, bombardeando, destruyendo; si al menos pueden resistir y recibir víveres y municiones...” (Ibíd.). El *El Sol* en su portada destaca que “El fascismo lanza dos fuertes columnas contra nuestras avanzadas de Somosierra y allí quedaron destruidas”. Por último, la protagonista menciona que las condiciones de la Casa de la Cultura han mejorado desde la visita del Ministro, ya que ahora pueden disfrutar de algo de calefacción y la comida ha mejorado (Ibíd. 287).

En la primera entrada escrita en el 37, pertenece al mismo día que se entera de la caída de Málaga a manos de los sublevados, el 9 de febrero. La autora escribe al respecto:

Estoy triste. Ayer nos dijeron que había caído Málaga. Los italianos con sus barcos protegían el desembarco. De noche sus reflectores precisaban el sitio del bombardeo y los aviones en el cielo contemplaban el horror. Como vándalos habrán pasado por el primor de campos y costas, sembrando la destrucción y hundiendo nuestra libertad. ¡Señor ¡¿Qué tendrán que meterse los italianos aquí? Y los alemanes... Sólo por sostener una teoría que dentro de unos tiempos se habrá hundido, inmolar, matar, asesinar, robar y violar todos los pactos entre civilizados (Ibíd., p. 288).

La batalla de Málaga conocida como la “Desbandá” comenzó cuando los italianos, el 6 de febrero, conquistaron las cumbres de Ventas de Zafarraga. Ese mismo día, los ciudadanos se ven obligados a evacuar la ciudad, aunque la presencia italiana, ya abordaba hasta los alrededores de la ciudad previendo la desgracia. Al día siguiente, Málaga estará bajo el control de Franco.

Según el diario *ABC* de Sevilla del 9 de febrero de ese mismo año que recoge las palabras de Martín Alonso enviadas desde el Cuartel General del Generalísimo un día antes se observa:

Ejército del Sur: Continuando la brillante operación de Málaga, a las 7 horas y 30 minutos del día de hoy atravesaron nuestras tropas el Guadalmedina, entrando en el corazón de Málaga y derrotando al enemigo, que intentaba defender la entrada de la población. Se le cogieron más de doscientos muertos.

El mismo diario el 10 de febrero en su portada saca la noticia “En los frentes del Norte no hubo en el día de ayer operaciones de importancia. Y en el sector de Málaga se conquistaron varios pueblos de la provincia y se entregaron a los nacionales gran cantidad de marxistas con armamento”.

Observando otros medios, cabe destacar que hasta el 11 de febrero ningún periódico madrileño recoge la noticia de Málaga. *El liberal* lleva en su antetítulo “Málaga ha caído ante el empuje imperialista del fascismo internacional” para centrarse nuevamente en los ataques en la capital. Por otro lado, *El Sol* el 13 de febrero en su segunda página en una noticia secundaria explica que: “Cincuenta mil evacuados de Málaga, a Cataluña”. El 19 de febrero *La Voz Valenciana* en su portada dentro de la sección <<Comentario del día>> recoge brevemente “La significación del éxodo malagueño”. Seis días después el mismo periódico y en la misma sección se recoge “El martirio de Málaga”. El diario madrileño *El liberal* el 27 de febrero en su tercera página recoge dos noticias relacionadas con la caída de Málaga pero enfocadas a Almería bajo los títulos de: “El gobernador de Almería ha comenzado a ordenar la detención de numerosos individuos que lanzaban bulos y eran sospechosos” y “En Almería prosigue la ofensiva de las fuerzas leales. Los facciosos sufren gran quebranto y en Motril se ha iniciado un duro duelo de artillería”. Sin embargo, cabe destacar, que en los diarios de ese mes las noticias se centran en el sector del Jarama, de Aravaca y Las Rozas.

Ninguna habla exhaustivamente sobre la caída de Málaga ni sus consecuencias en la población civil ni en los frentes.

Tal y como apunta Gabriel Jackson en *La República española y la guerra civil*, el 6 de febrero comenzó un éxodo máximo de la población de la costa hacia Almería, previendo ya la desgracia que sucedería. Sin embargo, Broué y Témime en la obra *La revolución y la guerra española* observan que realmente

la ofensiva comenzó el 3 de febrero, pero no hubo verdadero contacto antes del 5, lo que prueba la debilidad de la defensa republicana. Desde el mediodía del 5, los blindados penetraron profundamente a lo largo de la carretera Antequera-Málaga. [...] El 8 por la mañana, las primeras tropas nacionalistas hicieron su entrada en Málaga: el 10, Motril fue ocupado. Miles de prisioneros, decenas de miles de refugiados, obstruían carreteras y facilitaban el avance de los italianos. [...] La ocupación de Málaga tuvo una importancia considerable en el plano de lo político, porque se trataba de una ciudad “roja” pero también era una base esencial de abastecimiento. Los italianos podrían equipar más fácilmente a sus divisiones, las cuales se dirigieron ahora, en su totalidad, hacia Madrid (1977, p. 42).

De este modo, la conquista de Málaga suponía un avance para los fascistas, dado que, si antes ya se encontraban mejor equipados en armamento, ahora lo estarían mucho más al conquistar la ciudad y, por lo tanto, su puerto. Además, los que no pudieron huir a tiempo fueron hechos prisioneros y juzgados por rebelión militar condenándolos a la muerte. El cónsul italiano Bianchi al presenciar la masacre que sufrió el pueblo de Málaga se apresuró a contactar con el general Roatta, quien a su vez informó al embajador italiano, Roberto Cantalupo, advirtiéndole del trato vejatorio que estaban sufriendo la población y los prisioneros (Jackson, 1981, p. 303-304). Sin embargo, los hechos no cesaron y:

Durante unas dos semanas, la flota y las fuerzas aéreas nacionalistas bombardearon a placer las columnas de refugiados que huían por la carretera costera. Los buques de guerra alemanes también tomaron parte en el cañoneo, a veces en presencia de buques de guerra ingleses que no hicieron nada para impedirlo. Veinte años después, los camioneros aún hallaban los esqueletos de los que huyeron de Málaga en febrero del 1937 (Ibíd.).

Pilar de Zubiaurre relata la presencia italiana ante la invasión de Málaga por parte de los facciosos. Como se ha expuesto en párrafos anteriores la información que da es verídica. Además, se destaca la presencia de países que firmaron el Pacto de No

Intervención corroborando, una vez más, el fracaso del mismo. La autora hace hincapié de la brutalidad traumática que sufrieron los civiles, puesto que las tropas sublevadas instauraron el terror y la venganza. Hoy en día, a pesar de los elevados estudios que se han realizado para averiguar la cifra de las personas que fallecieron, siguen siendo inexactas, lo único que se ha podido conocer es que se cuentan por miles los cadáveres. Los ciudadanos que perdieron sus vidas tuvieron que hacer frente a los números bombardeos y a la presencia de los barcos italianos. Pilar de Zubiaurre comenta así la noticia:

Estoy muy triste. Ayer nos dijeron que había caído Málaga. Los italianos con sus barcos protegían el desembarco. De noche sus reflectores precisaban el sitio de bombardeo y los aviones en el cielo contemplaban el horror. Como vándalos habrán pasado por todo el primor de campos y costas, sembrando la destrucción y hundiendo nuestra libertad. ¡Señor! ¿Qué tendrán que meterse los italianos aquí? Y los alemanes... Sólo por sostener una teoría que dentro de unos tiempos se habrá hundido, inmolar, matar, asesinar, robar y violar todos los pactos entre civilizados. Reniego de las civilizaciones si sólo sirven para eso... (2009, p. 288).

Por otro lado, Pilar de Zubiaurre recuerda como la capital sigue batallando contra el fascismo al escribir “Madrid lleva luchando tres meses con esas fieras, con el frío, con el hambre; mi corazón tiene allí afectos también” (Ibíd.). La protagonista tiene allí a sus hermanos y a su madre, hecho que le causa mucho temor, ya que alguna bomba puede impactar sobre ellos. Sobre la escasez de alimentos, cabe recordar que Pilar les mandaba víveres desde Valencia para paliar la problemática de la capital. En las últimas líneas que dedica a esta entrada, se puede apreciar como el exilio, que realizará un año después, se encuentra ya en su mente al escribir: “¿Tendré que decir adiós a todo en breve? Reconstruir toda la vida...” (Ibíd.).

El 27 de febrero Pilar de Zubiaurre todavía tiene en mente la tragedia ocurrida a la población de Málaga. En esta nueva entrada va detallando cómo sucedió lo ocurrido, la destrucción progresiva de la España del sur por parte de los facciosos es reiterada una vez más. La primera parte está dedicada a las personas que tuvieron que huir dejando todas sus pertenencias en sus hogares o por el camino. Cabe recordar que la población malagueña huía hacia Almería, ya que la segunda ciudad todavía estaba en manos de los republicanos. Alrededor de 200 kilómetros separaban una ciudad de otra. Los que consiguieron huir de la ciudad se encontraron con la insistencia de alemanes, italianos,

portugueses y árabes por destruir a la población civil, ya que como menciona Pilar de Zubiaurre, durante días no dieron descanso a las personas que intentaban salvar sus vidas. Este episodio que relata la autora es conocido como la “juía”, es decir, como “la odisea de las 50.000 personas que escapan con poco más de lo puesto, en su mayoría civiles, hacia la única ciudad andaluza que todavía resiste de las tropas de Queiro de Llano” (González Casanova, 2005, p. 69). Los que consiguieron llegar a Almuñécar se tropezaron con la desgracia de encontrarse a los alemanes esperándoles con incesantes bombardeos tanto navales como aéreos. Se puede considerar que la tragedia que tuvo lugar en aquella ciudad pesó mucho a los republicanos. No sólo por la muerte de los milicianos, sino también por el genocidio que sufrieron los civiles. Pilar de Zubiaurre narra de este modo aquella odisea:

Muchos días sin tomar estas notas. En ellos han pasado cosas muy graves. Se perdió Málaga en un momento sin lucha apenas. Una versión dice que entre el fuego de los barcos italianos y alemanes, los cien aviones volando sobre la ciudad y ametrallándola, y las tropas italianas, alemanas, portuguesas, moras y españolas, entregadas durante dos días al pillaje y robo. Sacaban a los hombres, antes de fusilarlos. El pueblo horrorizado huía por la carretera de Almería sin comer, sin beber, a pie, sin ropa, con el terror y la angustia. Mujeres, niños, viejos hombres, milicias en una cadena infinita, llevaban cuatro días huyendo por aquella carretera maravillosa bordeando el mar hacia Almería. Pero... los alemanes habían desembarcado en Almuñécar y los cogieron entre dos fuegos más, los cañones de los barcos ametrallando la infinita cadena humana y los aviones volando al ras de los montes y ametrallando a los que huían por ellos...Algún día habrá de escribirse esta epopeya horrenda y sin precedentes de crueldad (2009, p. 288- 289).

En la segunda parte de esta entrada comenta la situación de una de las ciudades de la provincia de Jaén, tal y como se puede observar:

[...]y siguen ametrallando todos los días Andújar, tan bonita sobre su columna a la sombra de su torcal gigantesco y sobre su valle feracísimo. Toda la España destruida sin piedad. Tantos de miles de hombres muertos, heridos, destrozados... Qué horror, y qué horror pensar en la fría indiferencia de las naciones civilizadas, que dejan de hacer, sin levantar la voz ni el gesto [...] (Ibíd.).

Andújar, por su parte, ya desde el principio de la Guerra Civil se encuentra a manos de los republicanos. El asedio del Santuario de Nuestra Señora de la Cabeza, que duró alrededor de nueve meses, será significativo, dado que a lo largo de aquellos meses la población se encontró con constantes bombardeos por parte de los “nacionalistas” con el fin de hacerse con el control del territorio. Como se puede observar el horror y las

ganas de venganza por parte de los sublevados es constante y no cesan sus ansias de exterminar tanto a los republicanos como a los civiles.

En otro apartado de la entrada, Pilar nos narra la situación de la capital y la famosa Batalla del Jarama:

En Madrid, en cambio, llevan la peor parte los traidores. En el Jarama han durado días y días las batallas, los alemanes han caído por millares, como ocho mil, y pensar que cada uno de ellos tendrá una madre llorando por ellos como los nuestros. Madrid sigue impertérrito, no pasan. La población apenas come más que sopa de ajo y arroz, lo demás rara vez aparece. Pero ni el humor ni el valor lo pierden; son héroes (Ibíd. 289-290).

Al sureste de Madrid se localizaba la famosa batalla que duró 17 días. El diario *La Prensa* recoge el 16 de febrero como los facciosos destruyeron una aviación de la Brigada Internacional bajo el titular de: “Una Brigada Internacional fue destrozada en el frente de Madrid”. El deseo por parte de los sublevados por conquistar la capital de España no cesaba y fue considerada como el tercer gran intento de asaltado. Como observa Ángel Bahamonde “la batalla de Jarama puede ser considerada como la primera batalla moderna de la Guerra Civil española, tanto desde el punto de vista conceptual como tecnológico y político” (2005, p. 6). Fue un enfrentamiento a campo abierto donde los movimientos de las tropas fueron fundamentales. Esta batalla fue muy significativa, dado que demostró la intervención extranjera en el conflicto bélico español. La 15ª Brigada Internacional que ayudó a los milicianos se encontraba compuesta por distintos voluntarios de 20 nacionalidades distintas y, como apunta Bahamonde, “destacó sobre todo el batallón inglés en la denominada *Colina del suicidio*, aguantando el empuje enemigo y perdiendo a más de la mitad de sus efectivos” (Ibíd., p. 10). Según Comellas la conquista de Málaga y los interminables bombardeos de Madrid se deben a que

la estabilización de los frentes a fines de 1936 amenazaba conducir la guerra a una situación de empate. La conquista de Málaga en febrero del 37 significó una ocasión bien aprovechada por los nacionales; pero los intentos por estrechar el cerco de Madrid, primero por el sur -Jarama-, luego por el nordeste – Guadalajara-, habían logrado progresos muy pequeños a costa de graves pérdidas. La guerra de movimientos había empezado a convertirse en una interminable guerra de posiciones (1972, p. 627).

Valencia, por otro lado, se encontraba expuesta a numerosos bombardeos por parte de los sublevados. Pilar de Zubiaurre al final de la entrada vuelve a insistir en la sed de

venganza por parte de los facciosos, ya que las instigaciones son constantes e, incluso, apunta como obuses casi alcanzan a su hijo. “[...] ¿Hasta cuándo? Han venido algunas veces a bombardear y los obuses llegaron hasta bien cerca de Leopoldo. Dios es grande y nada sucedió” (Ibíd.). Sobre los bombardeos en la Comunidad Valenciana, tal y como recoge la página web *Señales de Guerra*, el 13 de enero comenzaron los primeros ataques a la capital y a los pueblos cercanos, el *Mercantil Valenciano* recoge que: “Un buque pirata dispara sobre nuestras costas”²². A raíz del primer ataque, el mismo medio al día siguiente menciona que la población valenciana debe de “tener los balcones cerrados. Por conveniencia individual y por el bien común de todos los vecinos de la ciudad, recordamos a nuestros lectores la obligación de tener cerrados los balcones durante la noche, cuando las luces públicas se apagan, con objeto de evitar posibles peligros. Una luz puede ser un punto de orientación para el enemigo en caso de ataque y esto debe de evitarse en absoluto” (Ibíd.). A partir de enero los bombardeos sobre la capital valenciana serán constantes. Sin embargo, dejando de lado al medio mencionado en este párrafo, ningún periódico se hace eco de estos bombardeos, ya que todos se centran en el frente de Madrid y dan algunas pinceladas sobre Asturias. El artículo *Ataques franquistas sobre Valencia en la durante la Guerra Civil. 1936-1939* escrito por Eladi Mainar Cabanes, se menciona que

estos bombardeos de poblaciones civiles, se efectuaban en su mayoría a través de la aviación, siendo en menor cuantía, los realizados por barco. Las ciudades más afectadas por estos bombardeos franquistas, eran las de la costa mediterránea, ciudades sobre las que descansaba la economía republicana. Estos <<raids>> lo que trataban era de atemorizar a la población y menoscabar su moral, destruyendo los puertos por donde entraba el material de guerra y los alimentos, así como hundiendo a sus barcos.²³

A pesar de que había pasado ya un mes desde la caída de Málaga, se puede apreciar como sigue en la mente de la protagonista. Sin embargo, para Pilar de Zubiaurre el éxito de la batalla del Jarama equilibraba la pérdida de la ciudad malagueña, tal y como escribe en la entrada del 29 de marzo de 1937:

Desde hace un mes hemos pasado de la conmoción de una derrota y de una tragedia terrible, ¡Málaga!, a la fiebre de un gran triunfo, ¡Jarama y Brihuega! Los milicianitos que empezaron la

²² Valencia y la República. Señales de Guerra: <https://www.uv.es/republica/plano/senyaes/senya4.htm>

²³ Mainar Cabanes, E. *Ataques franquistas sobre Valencia en la durante la Guerra Civil. 1936-1939*: <https://ojs.uv.es/index.php/saitabi/article/viewFile/5867/5626>

reconquista con poco más que palos, hoces, viejos pistolones y carabinas de caza en la toma del Cuartel de la Montaña hoy son conquistadores de kilómetros de terreno magnífico armamento, tanques, orugas, ametralladoras, barrederas, nubes de aviones, todo el material más moderno y lo que aún es mejor, una disciplina guerrera aún más en pie, un ejército con ciencia militar. Han derrotado con esto a alemanes e italianos. Acaso una vez en este país de lo no excesiva matemática han podido más la intención y el espíritu (al fin inteligencia, también) que la mecánica ordenancista de los Estados Mayores extranjeros. Derrota de los alemanes, las columnas en la masa, carne de cañón, el asalto implacable y repetido sinnúmero de veces, la exhibición imponente de armamento nuevo y fresco. La carne humana también era nueva y fresca... Allí quedó arrasada, asada, aplastada, segada. ¡Jarama! ¡Río desconocido por el mundo, has ascendido a categoría prima como meta de la muerte! (2009, p. 290).

El valle del Jarama adquiere una significación especial en el conflicto bélico español, ya que gracias a las numerosas naciones que se unieron a los republicanos cobró relevancia mundial. Además, la autora del diario se encuentra en lo cierto ya que en la famosa batalla se compuso la canción *Jarama Valley* que llegó a ser conocida universalmente.

Por otro lado, Brihuega también es mencionado al escribir Pilar de Zubiaurre su destrucción por parte de los fascistas y su victoria por parte de los republicanos:

[...]Brihuega ha muerto, la han matado. ¡Existió en aquel sitio! ¡Qué les importaba a los alemanes, los italianos, los moros, los portugueses y a todas las fieras humanas enroladas bajo una bandera que protege a una rapiña y su barbarie! Pero la han vengado los milicianitos, que hoy ya no van con palos, pistolones viejos, ni carabinas de caza... Los pájaros de fuego han quitado las plumas al gorro del gran director y tenorín. ¡Los campos han recogido por miles a los italianos que creían que iban a colonizar Abisinia! Como carros del Apocalipsis y con furia ultrahumana, los fusiles, las bayonetas caladas, los cañones, tanques y aviones en cortina de fuego cerrada han vengado en Brihuega algo del mal infinito y salvaje que destrozó a Málaga y en Talavera a nuestros milicianitos, que hoy ya van como hombres potentes, con el brazo fuerte, el espíritu tenso y la idea de la libertad en la Patria mordida entre los dientes bien apretados, al marchar impávidos al ataque y a la victoria. Brihuega es nuestra (Ibíd., p. 291).

Concretamente, Brihuega fue ocupado por las tropas de Roatta el 10 de marzo. La que se conoce como la batalla de Guadalajara finalizó seis días antes de la entrada del 29 de marzo. Terminada la contienda, el frente pasó a situarse en Hontanares y

Cogollor. Los republicanos vencieron a los fascistas italianos. Miaja felicitó a sus tropas diciendo que “las operaciones en el frente de Guadalajara culminan en la triunfal jornada de ayer , que es a su vez preludio de nuevas jornadas victoriosas. [...] Brihuega cayó entre el desorden y el terror enemigo desconcertado ante unos hombres que avanzaban a pecho descubierto”. Esta derrota, especialmente, supuso un duro golpe para los italianos en opinión de Broué y Témine, ya que observan que

esta derrota, después de las baladronadas de los dirigentes italianos, provocó las burlas de los aliados; los alemanes de Salamanca decían que, aunque fuesen judíos y comunistas, los hombres de la 11ª brigada peleaban como alemanes y sabían zurrar a los italianos. [...] Guadalajara fue una pesada derrota para el fascismo. Los italianos demostraron que no estaban dispuestos a morir por el ideal mussoliniano (1977, p. 44).

Ernest Hemingway envió el 22 de marzo a la North American Newspaper Alliance un escrito que decía “parece ser que la suerte de esta Guerra cambió cuando las columnas mecanizadas italianas, supuestamente invencibles, fueron derrotadas en Guadalajara”. Sin embargo, la “suerte de esta Guerra” no cambió como esperaba el escritor y periodista estadounidense. Como señala Óscar Iglesias “el fracaso de los 35.000 italianos del Cuerpo de Tropas Voluntarias [...] supone, hasta la Batalla de Brunete –julio de 1937-, el fin de las campañas de los alrededores de Madrid” (2005, p. 13). Por parte de los republicanos, la victoria fue festejada con alegría e ilusión, dado que era su primera batalla ganada en campo abierto. Sin embargo, la organización de los milicianos no fue tan extraordinaria como la de sus rivales italianos. El punto que debe ser destacado de esta Batalla fue, que, para Franco, Madrid dejó de ser su prioridad y decidió cambiar de estrategia. A partir de ese día, su objetivo recaería en el norte de España.

Pilar de Zubiaurre consideró de este modo que lo ocurrido tanto en Málaga como en Guadalajara equilibraban la balanza de la guerra. Como se ha expresado, la primera cayó a manos de los sublevados mientras que la segunda se quedó para los republicanos. Además, los avances tecnológicos que habían logrado los milicianos eran dignos de admiración para ella, ya que estabilizaban las fuerzas. Como es sabido, los republicanos desde el principio de la guerra, utilizaron un armamento de guerra inferior al de los sublevados. La ayuda que recibieron por parte de la Unión Soviética y de otros países que se sumaron al conflicto, favorecieron el equilibrio de los bandos.

En la entrada del 31 de marzo de 1937, Pilar de Zubiaurre destaca como Alemania bombardeó a la población civil de Almería sin motivo mayor. La protagonista escribe así:

Hoy todos sentimos la emoción de que algo muy grave que se avecina y puede estallar en forma horrorosa para lo poco que queda de España en pie. [...] El hecho: dos aviones del Gobierno fueron sobre Mallorca e Ibiza en vuelo de reconocimiento. En el puerto de Ibiza estaba anclado el barco alemán en la misma bahía a 200 metros del muelle, contraviniendo con esto las leyes del control que no permiten acercarse sino a 18 millas de la costa. A pesar de ello, el barco alemán empezó a disparar con sus antiaéreos contra los aeroplanos, que a su vez lanzaron 12 bombas sobre el acorazado, cayendo 4 sobre el mismo, incendiándolo. Resultado de esto. Sin previo aviso, sin fórmula alguna, 1 acorazado y 4 aviones alemanes fueron ayer a Almería y bombardearon bárbaramente la población civil (2009, p. 292).

De este modo, se puede decir que la intelectual cuenta que el gobierno de la República mientras se encontraba haciendo un vuelo de reconocimiento sobre Mallorca e Ibiza, localizó en esta última un barco alemán anclado que no estaba respetando las leyes de control de millas. El buque naval alemán comenzó a bombardear a los aviones de la república y, además, Alemania decide dirigirse a Almería para exterminar a la población civil. Después de explicar el suceso, vuelve a tener en mente como la Guerra Civil española es sólo un antecedente de lo podría desarrollarse internacionalmente, es decir, se adelanta acertadamente a lo que luego se conocerá como la Segunda Guerra Mundial. La intelectual se expresa de este modo: “[...]El malestar creciente internacional, los nubarrones de un conflicto mundial que podría ser aún mucho mayor y más feroz que el de la Gran Guerra van tomando cada vez más forma. ¿Estallará?” (Ibíd.). Sobre este bombardeo de la aviación germana no se recoge nada en la prensa. Los diferentes diarios de esos días se centran en la ofensiva de Pozoblanco, el frente de Aragón, el campo de Gibraltar, los ataques en la provincia de Burgos y en el sector Norte de Guadalajara.

Por otro lado, en la misma entrada, también, se puede apreciar cómo vive Pilar de Zubiaurre en Valencia. Noches y días angustiosos en los que son incapaces de conciliar el sueño porque cada dos por tres están sonando las sirenas para que la gente se ponga a cubierto por si hay algún bombardeo. Sin embargo, la intelectual también

comenta que los más jóvenes sí que son capaces de dormir, ya que sus preocupaciones se encuentran enfocadas a otros asuntos. Pilar de Zubiaurre comenta al respecto:

Valencia siente el monstruo sobre sí, toda está alarma. Llevamos ya dos noches esperando llegue la luz del día siguiente, en vela. La de anteanoche la pasamos en los sótanos, los chicos durmieron allá, los mayores no dormimos. A las 12, a las 3, sonaron las sirenas, pero no llegaron. Pero cada noche y cada hora decimos o pensamos: “¿vendrán hoy?” [...] (Ibíd.).

En la última parte, la intelectual hace referencia a la “fiera de Sevilla”. Tal y como apunta Iker González Allende, Pilar de Zubiaurre “se refiere al general franquista Gonzalo Queipo de Llano, quién utilizó la radiodifusión como medio de guerra psicológica. Todos los días a las 10 de la noche, a través de Unión Radio Sevilla se burlaba de los republicanos y anticipaba el asesinato de miles de ellos” (Ibíd.). Por otro lado, también se puede apreciar como la conquista de la parte Norte ya había comenzado: “Ayer fue Almería, anteayer Barcelona. ¿Cuándo llegarán aquí? Dicen ellos y dice la fiera de Sevilla que arrasarán todo aquí como han hecho en Euzkadi” (Ibíd.).

El siguiente apartado, aunque también está escrito en Valencia, se le ha concedido la importancia de otorgarle otro espacio, dado que el resto de entradas son dedicadas al País Vasco. Como se ha mencionado anteriormente la protagonista nace en Garai, comarca del Duranguesado, por lo que los bombardeos y la conquista de Bizkaia cobran mayor relevancia.

País Vasco

Pilar de Zubiaurre tarda casi un mes en escribir una entrada. Si anteriormente un acontecimiento importante le incitaba a escribir, después del 31 de marzo de 1937, esto cambia, coincidiendo con que el País Vasco está sufriendo los bombardeos de los facciosos. Hasta el 28 de abril de 1937 no se registra ninguna entrada. Durante el mes que transcurre, cabe recordar que se producen los ataques más importantes en el País Vasco. Tal y como menciona Ricardo Miralles, desde el primer momento en Euskadi hubo una participación germano-italiana,

aquí la intervención de ambos aliados del bando rebelde fue inmediata y desde el primer día. [...]La colaboración naval germana con los sublevados del 18 de julio empezó casi al mismo

tiempo que la ayuda aérea. A los pocos días de producirse la caída de Pasajes, se instalaron de forma permanente en dicho puerto los submarinos U-27 y U-29. [...] La “Kriegsmarine” del almirante Raedar mantuvo al crucero ligero “Leipzig” y al torpedero “Jaguar” en misiones de espionaje en los mares de Vizcaya (2007, p. 499-500).

Lo más significativo dentro de los bombardeos aéreos que tuvieron lugar en el País Vasco es que tanto la aviación alemana como la italiana, “no encontrarán adversario en el aire, sencillamente porque a Euskadi no pudieron llegar aviones” (Ibíd., p. 504). De este modo, se puede decir que el País Vasco estaba claramente en una situación de desventaja de la que no podía defenderse.

El primer bombardeo tuvo lugar el 31 de marzo, día que se bombardeó Otxandio, Elorrio y Durango, seguidamente, el 2 y el 4 de abril el último pueblo sufre los mismos ataques.

Según Jon Irazabal Agirre en su libro *Durango. 1937 martxoak 31*,

lekuko batzuen esanetan, goizaldeko seiak aldean entzuten aire-alarma eta erasorik egin zuten hegazkin batzuk agertu ziren.

[...]Goizaldeko 7etan, Savoia 21 bonbardaketa astuneko 24. taldeko 213 eta 214 eskoadriletako hegazkinak Sorioako abiazio-eremutik aireratu ziren. Agindua U. Marellik sinatu zuen, Aviazione Legionariako 21. bonbardaketa-eskoadrako komandantea zen Ferdiñando Raffaeli koronelaren ezizena. Aipatutako 24. taldea Iginio Mencarelli kapitainaren komandantziaren pean zegoen. 213. eskoadrilaren agintea Vittorio Cannaviello kapitainak zuen, eta 214 eskoadrilarena, Gildo Simini kapitainak.

[...]8.30ak inguru ziren, “konsagrazioaren bigarren eta hirugarren ezkil-hotsaren artean”, urte batzuk geroago, Rafael Cuevas, Uribarriko Andra Mariko meza-mutilak gogoratuko zuen bezala, bost bonbaketari eta bederatzi ehiza-hegazkinek Durango bonbardatzeari ekin zioten. Aire-alarma lehentxeago jo zuen, vaina jendeak erreakzionatu zuenerako, hegazkinak hasiak ziren herria bonbardatzen. Hortaz, jende asko kalean edo bere etxeetan zegoen bonbardaketaren unean (2001, p. 37-39).

Además,

un grupo de ingleses, entre ellos Hewlett Johnson, el polémico deán “rojo” de Canterbury, y John Macmurray, catedrático de Filosofía de la Universidad de Londres, fueron testigos el 2 de abril de otro ataque a Durango; en él, los cazas descendieron para ametrallar a la gente que huía a refugiarse. Los ingleses firmaron luego un comunicado conjunto: “sobre todo las iglesias quedaron totalmente destruidas, además de un convento,

en el que [...] murieron muchas monjas” (Rankin, 2005, p. 124-125).

Iban Gorriti, periodista del *Deia*, en su artículo *Vidas cruzadas del 31 de marzo de 1937* interroga a cuatro testigos que vivieron el bombardeo de Durango en primera persona. Por un lado, el periodista antepone las palabras que Hitler pronunció un año antes sobre su intención de provocar el terror. Además, también expresa los pocos miramientos que tenían Mola, Franco y Vigón al decir que “sin consideración hacia la población civil”. Estas dos situaciones de los fascistas anteponían la fatalidad que se iba a avecinar en Bizkaia. Uno de los testigos que entrevista Iban Gorriti, Alberto Barreña, cuenta como el caos se apoderó del pueblo: padres llevando a sus hijos muertos por culpa del bombardeo al cementerio, señoras que se encontraban en misa perecieron, gente que había ido al mercado también, varones que desaparecieron, población civil escondiéndose en huecos que habían hecho las bombas que no explotaron, etc. Además, el testigo añade como después de haber pasado 78 años nadie les ha contado lo que realmente sucedió. Alberto Barreña dice así: “Hemos pedido explicaciones y querer saber. Y, sin embargo, nunca nos han dicho que sienten lo que pasó. No nos han pedido disculpas. ¿Y sabes quiénes son? Son los mismos que ahora piden que se condene toda violencia”.

Los bombardeos de Durango ponen en relieve que las palabras “Cruzada católica por la civilización” eran una cortina de humo donde los fascistas pretendían ocultar su afán aniquilador hacia los otros, hacia aquellos que no pensaban igual que ellos. “La oficina de Prensa de Salamanca, Radio Sevilla y Radio-Club de Portugal difundieron la versión de que anarquistas, comunistas y socialistas habían disparado primero a curas y monjas, encerrando a los fieles en las iglesias y quemándolos después” (Rankin, 2005, p. 125). Sin embargo, se ha podido comprobar que el discurso que quisieron transmitir los sublevados era falso.

Pilar de Zubiaurre después de un largo tiempo decide escribir el 28 de abril de 1937. La intelectual expresa así su dolor al saber que el duranguesado está en llamas:

Cada día que ha pasado querría haber anotado la impresión más importante del día y, sin embargo, la inercia de la pesadumbre pudo más que el deseo. Pero hoy y ayer y mañana tengo en mi alma un dolor profundo, intenso, callado y tenaz. Euskadi, la amada, va siendo poco a poco tomada por los

bárbaros. Primero irrumpieron en masa enorme, por tierra y aire, ametrallaron, cañonearon, y luego tanques, aviones, metralla y bombas cayeron sobre nuestros pobres gudarís. Debieron quedar los pocos que quedaron aterrados y petrificados, y cedieron terreno y la horda llegó a Elgueta y rebasó el puerto y como una serpiente inmensa, vomitando fuego, bajó la masa de hombres zigzagueando por la pendiente hasta caer Elorrio... Adiós pueblecito de piedras de oro, que iba a admirar en otoño, doradas las piedras por la luz del sol y los castaños que rodean la iglesia donde reposan mis antepasados; verde la hierba fina y menuda de los prados que la rodean, floridos los jardines de las casonas de las románticas calles. ¡Elorrio!... Esto lo supe ayer (2009, p. 293).

Como se ha explicado en el apartado anterior, la Batalla de Guadalajara modificó el objetivo de conquistar Madrid por parte de los facciosos, su propósito ahora era conquistar el norte. Desde el principio de la Guerra Civil el norte de España - Santander, Guipúzcoa, Bizkaia y Asturias, salvo Oviedo- se había mantenido fiel al régimen democrático. Como observa Manuel Tuñón de Lara: “Franco toma una decisión estratégica [...]: cesar el ataque directo con el objetivo de conquistar Madrid y concentrar todas las fuerzas para atacar en el Norte con el objetivo de conquistar toda la franja de territorio que allí estaba en poder de la República. Implícitamente, Franco reconocía que había perdido una batalla, la de Madrid” (1996, p. 14).

El 31 de marzo la Legión Cóndor, perteneciente a los nacionalsocialistas, bombardeó Durango arrasando el pueblo. A principios del mes de abril los ataques de los sublevados por conquistar Bizkaia no cesaron. Ochandiano y Olaeta fueron los primeros pueblos que cayeron a manos del general Mola. Los puertos de Urquiola y Barazar tardaron más días en ser conquistados, dado que los ataques de las tropas vascas no cesaban. Se puede decir que los dos últimos lugares “pasaron varias veces a poder de uno y otro bando” (Ibíd.). En opinión de Broué y Témine

La operación comenzó, como se había previsto, el 31 de marzo, después de que el general Mola hubo lanzado un ultimátum a los vascos; de inmediato manifestó el método de combate que fue utilizado constantemente por los nacionalistas en el curso de campaña: explotación de una superioridad material aplastante, bombardeos intensos de artillería, seguidos de la intervención de la aviación. Su eficacia apareció inmediatamente en los resultados obtenidos en los cinco primeros días de la ofensiva, a pesar de los contraataques frecuentes y valerosos de los vascos (1977, p. 99-100).

Sobre los bombardeos en Durango, el diario *El Sol* se hace eco el 1 de abril en el sumario de noticias de la portada con el titular “Un atentado de la aviación facciosa produce más de 150 víctimas en Durango”, noticia que se desarrolla en la segunda página con el título de “En Durango cayeron varias bombas sobre diversos edificios religiosos y han perecido doce monjas, dos sacerdotes que se hallaban celebrando misa y numerosos fieles”. *El liberal*, ese mismo día, lleva en su cuarta página una noticia del duranguesado con el titular de “La aviación facciosa descarga su metralla sobre Durango. Las víctimas han sido mujeres e hijos”. El diario vasco *Eguna* lleva en su portada “Durango’ko Miren deunaren elizara bonba ugari jaurti zituen. – Otoi egiten egozan monja bigunak il. – Jaunartzeko ziran gudariak odoletan, gorputzak zatituta.- Meza esanten iñarduen abadeak, berun ilkorak jota” acompañándose de tres imágenes de cómo había quedado el pueblo después de los bombardeos. *Euzkadi* también lleva en su portada “El criminal bombardeo en Durango” y en su tercera página “Otro bombardeo alevoso contra Elorrio”. El *ABC* Sevilla el 2 de abril solo lleva en su portada “En el día de ayer continuo el ejercito nacional su victoriosa ofensiva en el frente de Vizcaya”. Nada se menciona sobre lugares del País Vasco. El diario *El Sol* lleva en su portada “La derrota de Durango”. *Eguna* vuelve a llevar en su portada las consecuencias del bombardeo de Durango junto con un reportaje fotográfico. Por otro lado, *Euzkadi* en la segunda página lleva un listado de las víctimas que fallecieron después de haber ingresado en el Santo Hospital Civil. En general, toda la prensa española redacta sobre los ataques en Guadalajara, Jarama, Córdoba, Ceuta y Pozoblanco. Todas las noticias sobre el País Vasco se centran en Ochandiano y Gorbea.

Para finales del mes de abril, el Comandante en Jefe del Ejército del Norte, Emilio Mola, terminó de conquistar los alrededores de Bilbao. Sin embargo, el bombardeo más significativo fue el de Gernika. Manuel Tuñón de Lara observa que: “la destrucción de la villa de Guernica por el bombardeo con bombas explosivas e incendiarias, seguido de ametrallamiento, que lleva a cabo la Legión Cóndor [...] estremeció de horror a la opinión mundial que todavía no conocía esos métodos de terror aéreo usados luego en la Segunda Guerra Mundial, pero sobre todo conmovió hasta lo indecible al pueblo vasco” (1996, p. 19).

La autora de este diario recoge la noticia de la destrucción de Euskadi con horror. El bombardeo de Durango que se expendió hasta los pueblos de alrededor, hace que la

protagonista sufra también por la pérdida de su pueblo, Garai. Como se ha explicado, ella nació en el Duranguesado y, por lo tanto, este suceso le afectó de manera significativa. El terror que sacudió a la población vasca es recogido por Pilar de Zubiaurre con una inmensa tristeza. Todo lo que ella había conocido desde que nació había desaparecido drásticamente. Las personas que participaron en las tropas vascas, los gudarís, son dignos de admiración para ella. Y su desolación se plasma en una imagen apocalíptica al querer que el monte Oiz, ubicado en Garai, se convierta en volcán y que arrasara con todos los sublevados. Ella lo expresa de este modo en la misma entrada del 28 de abril: “[...] Han perseguido y cercado Marquina, la villa rancia donde el puro vascuence se conservaba a través de los siglos, elegante y preciso. Estarán ya acercándose a las faldas de Oiz; por qué no se volverá volcán terrible y arrasará a todos.” (2009, p. 294).

Sin embargo, el punto más importante de esta entrada es la destrucción simbólica de la nación vasca. La nación vasca se quedaba sin historia, sin antepasados, sin tradición y sin hogar. Pilar de Zubiaurre expresa así su dolor:

[...]Hoy los bárbaros volaron sobre Guernica, muchos aviones con bombas incendiarias que han arrasado todo el pueblo, la Casa de Juntas, el archivo donde toda la historia de Vizcaya vivía dormida entre sus pergaminos... El árbol santo de nuestros antepasados... Después han perseguido los aviones a la población, que huía aterrada por campos y montes y la han ametrallado. Pueblos, historia, raza, todo lo han querido destruir.

[...] Elorrio, Marquina, Guernica, Eibar, Durango, Ochandiano... País, recuerdos, hogar, amigos; evoco cada uno de éstos y entre los amados surgen sus rostros de la sombra de lo infinito. Tengo el alma destrozada de dolor (Ibíd., p. 293-294).

Como apunta Pilar de Zubiaurre el bombardeo de Gernika fue lo más significativo a pesar de que el resto de pueblos también habían sido alcanzados. Aunque la prensa republicana y sublevada se centraron en el frente de Almería, Málaga y Granada, el diario *El Sol* del 28 de abril en su portada dedica dos noticias al País Vasco bajo el titular “Los heroicos combatientes vascos disputan el terreno palmo a palmo al enemigo” . La primera noticia se centra en la defensa de Euskadi y la segunda en la destrucción de Gernika. Al día siguiente, el mismo diario lleva en su portada el segundo ataque aéreo que experimenta Durango y el impacto que ha causado el bombardeo de Gernika en Londres y París. *El liberal* también se hace eco de los bombardeos en el País Vasco el 28 de abril y dedica en la sección derecha de su portada dos noticias a Gernika,

una a la delegación de Euskadi en Valencia y otra al lehendakari Aguirre. El diario *Eguna* y *Euzkadi* dedican sus portadas y noticias a tratar el tema del bombardeo de la villa con imágenes fotográficas.

Por otro lado, también resalta la intelectual el efecto de la guerra en el pueblo de Eibar, ya que antes de su bombardeo la población civil quiso salvar los materiales de las fábricas existentes. De este modo los ciudadanos de Eibar, situado entre montes, se convierten en héroes al poner a salvo los productos industriales de su pueblo antes de que quede reducido a cenizas. Pilar de Zubiaurre explica de esta forma que:

Eibar ha escrito su epopeya. Antes de evacuar la villa han trasladado todos los materiales de las fábricas allí existentes y, una vez a salvo tan preciada carga, insostenible la situación por la lluvia de los obuses, han salido sus habitantes después de dar fuego a la villa. Sería un espectáculo terrible. Este pueblo, fundado en una estrecha hondonada..., entre montes altos y pendientes, al incendiarlo, habrá surgido una cortina de llamas de monte a monte, cerrando carretera, río y casas, en una inmensa hoguera de treparía en espiral trágica hacia el cielo (Ibíd., p. 294).

En la entrada del 31 de mayo de 1937 se puede apreciar que el suceso de Gernika sigue en su mente al escribir:

Jamás los nacionalistas sonarían con la exaltación, homenaje y reconocimiento del país, gobierno y raza como el que esta guerra les ha dado. El mundo entero sabe ahora que hay un pueblo vasco. El nombre de Guernica se escribirá en todos los países, en todas las lenguas. Guernica ha sido el sésamo único que ha conseguido conmover la flema de la política inglesa. [...] Todo el mundo comenta los episodios horribles de la destrucción de Guernica. Durante tres horas, los aviones no cesaron de lanzar bombas de metralla e incendiarias y perseguían a las mujeres, niños y hombres que huían por los campos. Dieciocho muchachos que huían se tiraron al canal y de ellos dieciséis murieron por la metralla (Ibíd., p. 294-295).

Pilar de Zubiaurre cuando se refiere a los nacionalistas, como se ha explicado, alude a los vascos. Es verdad que el suceso de Gernika puso al pueblo vasco en el mapa mundial y según Broué y Témime,

el episodio más célebre, a este respecto, fue la destrucción de Guernica por la aviación alemana, el 26 de abril; este bombardeo tuvo una enorme repercusión en el extranjero. Hoy en día, después de Rotterdam y Coventry, después de la destrucción de Varsovia y de la bomba de Hiroshima, casi nos sorprende la importancia dada a este atentado. Pero es que Guernica era la

verdadera capital religiosa del País Vasco. La emoción del mundo católico, sobre todo en Francia, fue considerable (1977, p. 100-101).

Nicholas Rankin ha rescatado la figura de George Steer, corresponsal de prensa que estuvo en España, Finlandia y Etiopía entre otros países, mediante una biografía titulada *Crónica desde Guernica: George Steer, corresponsal de guerra*. Al principio de la biografía, se cuenta que cinco corresponsales de guerra habían llegado a España para cubrir las noticias que sucedían en torno a la guerra civil. Todos ellos estaban en el País Vasco, concretamente en Bilbao, cuando se enteraron del bombardeo de Gernika salieron hacia el lugar para comprobar de primera mano qué había sucedido. Llegaron el lunes 26 de abril de 1937 a la noche y Rankin escribe que

cubiertos de polvo, los supervivientes relataron a los periodistas el ataque aéreo de tres horas y media de duración: unos aviones con una cruz negra en la cola habían lanzado bombas explosivas sobre Gernika la tarde del día del mercado, matando gente y ganado; los cazas bajaban en picado para ametrallar a la gente que huía por campos y carreteras. A continuación llegaron más aviones que derramaron por la ciudad miles de fulgurantes bombas incendiarias. [...].<<El ataque aéreo más atroz de todos los tiempos>>, fue el titular de la crónica de Reuters publicada en el londinense “Evening News” del martes por la tarde (2005, p. 1).

El corresponsal de guerra George Steer volvió un día después del suceso a Gernika y, además, interrogó a las supervivientes que llegaban a Bilbao para ponerse a cubierto. Después de su estudio, donde corroboró que el bombardeo pertenecía a la aviación alemana, su crónica se publicó el 28 de abril en el apartado de noticias internacionales en *Times*, periódico londinense, y en la portada del *New York Times*.

La tragedia de Guernica
Ciudad destruida en ataque aéreo
Relato de un testigo ocular

De nuestro enviado especial [George Steer]. Bilbao, 27 de abril
Guernica, la ciudad más antigua de los vascos y corazón de su tradición cultural, ayer fue reducida a cenizas por aviones insurgentes. El bombardeo de esta ciudad franca, muy retirada del frente, duró exactamente tres horas y cuarto, durante las cuales una poderosa flota de aviones alemanes de tres tipos de bombarderos Junkers y Heinkel no dejaron de descargar sobre la ciudad bombas de a partir de media tonelada, y se estima que más de 3.000 proyectiles de aluminio incendiarios de un kilo. Al

mismo tiempo, los cazas bajaban del cielo en picado desde el centro de la ciudad para ametrallar a la población civil que buscaba refugio en los campos.

Todo el pueblo de Guernica fue rápidamente pasto de las llamas, salvo la histórica Casa de Juntas, con sus densos archivos de la raza vasca, donde tuvo sede el antiguo Parlamento vasco. También quedaron intactos el famoso roble de Guernica, vetusto tocón seco de seiscientos años, y los nuevos brotes de este siglo [...].

A las dos de la madrugada de hoy, cuando visité la ciudad, toda ella era una visión espeluznante, ardiendo de punta a punta. Las llamas, reflejadas en las nubes de humo que coronaban las montañas, se divisaban a 16 kilómetros de distancia. Durante toda la noche las casas fueron derrumbándose, quedando las calles convertidas en largos montones de impenetrables escombros al rojo vivo [...].

Alarma de la campana de la iglesia

Por su ejecución y el alcance de los daños que produjo [...], el ataque de Guernica no tiene paragón en la historia militar. Guernica no era un objetivo militar [...]. Todo apunta a que el objetivo del bombardeo era la desmoralización de la población civil y la destrucción de la cuna la raza vasca [...]. (2005, p. 2).

A día de hoy se sabe que

el primer avión de la Legión Cóndor que atacó Guernica aquella tarde fue un Heinkel 111 pilotado por el comandante Rudolf von Moreau. Tras volar la ciudad sin recibir fuego antiaéreo, dio la vuelta y lanzó seis bombas sobre la estación de trenes y su plaza. [...] Al cabo de un cuarto de hora, el grueso de la fuerza inició su ataque en repetidas y sucesivas oleadas de explosivos y bombas incendiarias. Los bombarderos Junkers y Heinkel y los cazas Heinkel y Metterschmitt, una flota de cuarenta y dos aviones, había volado desde Vitoria hasta la costa, al norte. Desde Soria se les unieron tres bombarderos Savoia 79 de la Fuerza Aérea Italiana y diez cazas Fiat CR32 de la Aviazione Legionaria (2005, p. 135).

La crónica antes mencionada abrió los ojos al resto de países sobre lo que estaba pasando realmente en España y se llegó a considerar “el documento básico en la formación de la opinión pública mundial sobre la destrucción de Guernica” en palabras de Herbert R. Southworth. Otros medios internacionales también se hicieron eco de la barbaridad cometida por Franco gracias a la aviación germana; *Daily Worker*²⁴, *News*

²⁴ They Murdered Hundreds in Guernica: <https://www.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:8d7d392a-231a-471b-865f-66dd5c07f595/525-dailyworker.jpg>

*Chronicle*²⁵, *The Daily Telegraph*, el periódico francés *L'Humanité*²⁶ y el *Daily Herald*²⁷. Tal y como menciona Nicholas Rankin,

en Inglaterra se convocó una sesión de preguntas en la Cámara los Comunes. Los sindicatos TUC y el Partido Laborista condenaron “el espíritu brutal e inhumano que anima a las fuerzas rebeldes y a sus cómplices nazis y fascistas”. En un sermón, el obispo de Winchester denunció el “acto cruel, deliberado y a sangre fría contra las leyes de Dios y todas las leyes de la civilización y del hombre”

en Estados Unidos, la indignación recorrió ambas cámaras del Congreso. William Borah, senador de Idaho, dijo que la “estrategia fascista” era “el caso más repugnante de crimen en masa de los tiempos modernos”, y centenares de americanos insignes firmaron un “Llamamiento a la conciencia del mundo” en el reprobaron este acto de terrorismo o de “espanto”. El embajador americano en Londres dijo que la noticia del ataque de unos 50 aviones a la ciudad vasca “se había recibido con el máximo horror en América, donde se consideraba un ensayo del bombardeo de Londres y París” (2005, p. 4).

Además para Rankin la frase “había que destruir el pueblo para salvarlo”, “según la lógica incendiaria, el bombardeo de Guernica fue un gran éxito para los aviadores de la Legión Cóndor, pero la llegada de periodistas extranjeros (ausentes en Durango) lo convirtió en un desastre propagandístico para el bando franquista. “No nos gustaba hablar de Guernica” comentó el piloto de caza alemán Adolf Galland” (Ibíd., p. 139). Por otro lado, como apunta Mercedes Acillona “ la destrucción y la caída de Gernika sitúan la guerra para los nacionalista en un escenario desesperado” (2015, p. 71).

Según Rankin (2005), en enero de 1937, el gobierno de la República le encargó al célebre pintor Pablo Picasso que hiciese una obra. Este, viendo la repercusión que el bombardeo de Gernika había tenido a nivel mundial, dibujó un boceto y a partir del 11 de mayo lo plasmó en un enorme lienzo. El 4 de junio estaba ya expuesto en el Pabellón Español de la Exposición Internacional de París. Rankin expresa que

El “Guernica” de Picasso es una imagen tan célebre del siglo XX que hoy se olvida su impacto original: fue el eco de lo

²⁵ Franco Wipes Out Town: 800 Victims of Barbaric Air Raid: <https://www.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:302460f3-241b-4c5d-aa77-f8cfa8f5b5d6/540-newschronicall.jpg>

²⁶Mille bombes incendiaires lancées par les avions de Hitler et de Mussolini réudisent en cendres la ville de Guernica: <https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k407063x.item>

²⁷Who did it?: <https://www.culturaydeporte.gob.es/dam/jcr:8d91d2af-2078-4ece-8ff6-a2cbd3d404f2/546-inc1508.jpg>

nuevo, eco de las “nuevas”. El vívido lienzo, pintado en blanco y negro, es crudo como la fotografía de una escena de crimen iluminada por una potente bombilla. Las criaturas gritan como titulares de prensa. El cuerpo del caballo está hecho de periódicos triturados (2005, p. 3).

Por otro lado, la intelectual también recuerda que el Gobierno Vasco evacuó a los niños a distintos países con el fin de protegerlos de los constantes bombardeos y del lado más cruel de la guerra, es decir, de las muertes, la falta de comida, etc. Tal y como menciona Ricardo Miralles,

todo lo más que Londres y París hicieron por la República fue negarse siempre a reconocer derechos de beligerancia al bando franquista, pues esto les habría permitido, de acuerdo con el derecho internacional, impedir el tráfico de buques neutrales a los puertos de sus enemigos republicanos. Gracias a esta medida, el bloqueo franquista nunca fue reconocido, y la flota británica pudo proteger más adelante la salida de niños desde el puerto de Bilbao, cuando la ofensiva sobre Vizcaya se desató de manera masiva e inmediatamente después de los bombardeos de Durango y Guernica (2007, p. 501).

Pilar de Zubiaurre señala, en la misma entrada del 31 de mayo, como “nuestros niños vascos van para Francia, Inglaterra, Suecia, México, Rusia, América del Norte. América del Sur nada ha dicho, nada hace, olvidando los miles de descendientes vascos que allí residen, lo que nunca debieron olvidar y respetar” (2009, p. 295). De este modo, se entiende que los países mencionados anteriormente sí que ayudaron al País Vasco mientras que América del Sur no auxilió a los más indefensos a pesar de que países como Argentina, Venezuela, Colombia, etc. tenían una importante inmigración vasca. En Gran Bretaña concretamente, gracias a la revolución popular, el Gobierno acogió a alrededor de 4.000 niños vascos y

a su llegada a Southampton, el alcalde había dado la orden de que se dejaran montados los banderines de la coronación para darles la bienvenida. Los llevaron a un campamento improvisado en North Stoneham, donde recibieron ropa nueva de Marks & Spencer y chocolate Cadbury. Además, el Gobierno británico ofreció protección de la Royal Navy a cualquier barco que sacara refugiados de Bilbao (2005, p.144).

Para Pilar de Zubiaurre, los gudaris son los verdaderos héroes de la guerra que se estaba disputando el País Vasco, ya que resistían los constantes ataques de los fascistas sin tener el mismo armamento. La intelectual señala al final de la entrada:

¡Cuántos miles de euzkaldunes van cayendo como héroes!
Porque durante dos meses han luchado contra esos ataques aéreos
sin par, sólo con su coraje y sus fusiles. No han tenido un solo
avión para defenderlos. Alguien tendrá esta culpa sobre sí.
Luchan defendiendo palmo a palmo el terreno y les atacan con
cortinas de fuego por el aire y otra de obuses por la tierra. Han
bombardeado y destruido ya casi todos los bellos pueblos:
Larrabezua, Munguía, Amorebieta, Baquio, Lezama. [En] Bilbao,
además, vuelan diez, doce, quince veces al día; no tiran nada, pero
producen impresión y tensión; sin embargo, no lo rinden.
¡Euzkalerria Maite Maitia! (Ibíd., p. 295).

Al final de esta entrada también se puede apreciar que culpa en gran parte a la República por no haber ayudado al País Vasco durante las ofensivas. Además, también es consciente de los bombardeos que han sufrido otros pueblos. Entre los pueblos que la intelectual menciona se encuentran Larrabetzu, bombardeado el 6 de mayo, Lezama, Bakio, Mungia, donde el primer bombardeo también fue el 6 de mayo, y Amorebieta-Etxano, bombardeado en 20 ocasiones entre abril y junio de 1937,

durante una semana de mayo el pueblo fue bombardeado a diario. Los barrios de Bernagoitia y Astepe fueron dañados en algunos de estos ataques. Aviones de los modelos "Fiat Cr.32" y "Heinkel He51" de la aviación italiana y alemana tomaron parte en estos ataques. Sea como fuere, Amorebieta-Etxano fue uno de los pueblos más intensamente bombardeados en un corto periodo de tiempo (Bombardeos de la Guerra civil en Euskadi, Gogora-Instituto de la Memoria, la Convivencia y los Derechos Humanos)²⁸

Aunque Pilar de Zubiaurre no los mencione, la mayoría de los pueblos de Bizkaia también fueron bombardeados. Destacan entre aquellos pueblos Galdakao, bombardeada el 19 y 20 vidas pérdidas, el valle de Arratia, concretamente Dima e Igorre, 23 y 24 de mayo, y, por último, Lemoa, también Arratia, donde se vivieron los episodios más fuertes al intentar conquistar los facciosos Peña Lemoa. Además, también cabe destacar que del 13 al 15 de mayo de 1937 comienzan los bombardeos sobre el Cinturón de Hierro de Bilbao (Bombardeos de la Guerra civil en Euskadi, Gogora-Instituto de la Memoria, la Convivencia y los Derechos Humanos). En opinión de Broué y Témine

[...] después de la ocupación de Guernica, las Flechas Negras habían avanzado rápidamente a lo largo de la costa y llegado a

²⁸ <https://opendata.euskadi.eus/catalogo/-/bombardeos-de-la-guerra-civil-en-euskadi/>

Bermeo, dejando al descubierto su flanco izquierdo; un contraataque republicano los aisló durante varios días y hubo que enviar a la división 23 de mayo y a una brigada navarra para sacarlos del cerco. El mes de mayo se consagró a la preparación de la batalla decisiva. Los dos adversarios consolidaron sus posiciones alrededor del “Cinturón de hierro (1977, p. 101-102).

Como se ha mencionado, concretamente en la entrada del 28 de abril de 1937, la destrucción del País Vasco por parte de los facciosos le produce a Pilar de Zubiaurre un inmenso dolor que le impide escribir tan a menudo como lo hacía antes. Desde el 31 de mayo hasta el 20 de junio la intelectual no escribe nada. Por lo tanto, hasta la siguiente entrada hay que esperar casi un mes. Cuando Pilar de Zubiaurre vuelve a escribir en su diario íntimo, comienza narrando la situación en la que se encuentra Bilbao. Además, la preocupación de cómo estarán las mujeres y los niños también invade su mente. La intelectual plasma de este modo sus pensamientos:

A estas horas Bilbao está cercado por el norte por cerca de Archanda y Las Arenas, por el sur de Miravalles, de donde han debido correrse los franquistas hacia la carretera de Santander. Todas las noches los aviones bombardean para impedir que mujeres y niños puedan escapar con su vida y así aniquilar todo el pueblo vasco. Han debido salir unas doce mil almas; aún quedan, si es que queda algo en lo que ya se debe de ser un montón de ruinas. Todos los días, cerca de cien aviones tiran bombas sin cesar: sobre hospitales, sobre casas, caminos, iglesias, cementerios (2009, p. 295-296).

Como se puede observar, Bilbao se encontraba expuesto a constantes bombardeos con el fin de conseguir la ciudad. Esto se debe a, tal y como apunta Mercedes Acillona,

El 10 de junio “La voz de España” desliza ya la noticia de que las familias de los dirigentes nacionalistas han sido enviadas a San Juan de Luz. [...] Y es que restablecido el mando tras la muerte de Mola, la operación continuará imbatible. El día 11 llegará la ofensiva directa contra el Cinturón. A sus debilidades debidas a las fases inacabadas del proyecto. se suma la desertión de sus creadores. Muga había sido fusilado por traición al intentar pasar la información y su sucesor, el ingeniero Alejandro Goicoechea, se pasará al enemigo con todos los planos. Los ataques de la aviación consiguen rápidamente sus objetivos y vuelan los frágiles nidos de ametralladora pensados para ataques terrestres. [...] El domingo 13 la brecha ya es incontenible (2015, p. 76).

Además, como señala Pilar, la aviación quiere impedir la huida de mujeres y niños, aunque unos doce mil consiguieron escapar. El objetivo de aniquilar a la población civil no cesa, dado que como expresa Pilar de Zubiaurre, bombardean hospitales, casas, caminos, iglesias y cementerios. Cabe recordar, como se ha mencionado, los cementerios eran puntos de encuentro entre la población para saber quién había sobrevivido a los ataques. Por otro lado, los gudarís también son dignos de admiración en esta entrada.

[...] luchan, luchan nuestros hombres como héroes, pero ante esa inmensa avalancha de hombres, aviones, camiones, ¿podrán sostenerse mucho tiempo?... Llevan casi tres meses bajo la invasión feroz; se puede escribir la epopeya más trágica de esta lucha de locos y desalmados. ¡Amada Euzkadi! Nada van a dejar sobre ti, arrasan la tierra, queman los árboles, incendian los montes, destruyen las ciudades y caseríos y ametrallan a fugitivos, mujeres y niños. No quedarán muchos hombres y espero que, antes de morir, volarán todo lo que hay allí: esos españoles que así venden a sus hermanos y a su país: por ignorancia, por imbecilidad, por soberbia satánica y por maldad. Estoy llena de desolación [...] (2009, p. 296).

Pilar de Zubiaurre escribe sobre la valentía de los gudarís, dado que sin tener el mismo armamento llevan luchando varios meses contra viento y marea con el fin de defender su amada patria. Además, la intelectual también es consciente de la desventaja en la que se encuentran y se pregunta hasta cuándo podrán resistir. Pilar de Zubiaurre muestra cómo “Euzkadi” se encuentra arrasada y cómo no va a quedar nada del paisaje que ella conoció. Por otro lado, el exterminio que está sufriendo la población vasca también inundan la desolación de la protagonista. Sin embargo, Pilar de Zubiaurre se muestra activa a que sean los propios vascos quienes destruyan Euzkadi antes de que los facciosos acaben con ella. Según Iker González-Allende “se ve claramente a los sublevados como extranjeros que van a violar y corromper la esencia y pureza del País Vasco” (Ibíd.).

Esta misma entrada del 20 de junio es en la única que hace referencia a su vida junto a el Gobierno de la República. La intelectual escribe así sobre la situación de allí:

[...] Aquí han venido todos los embajadores; deduzco por cosas que he oído que toda Europa está con nosotros. La Europa de los gobernantes, no el pueblo, ni la gran masa de gente. En América lo mismo. Los capitalistas quieren su dinerito por encima de todo. Nos compadecerán, nos admirarán, se

asombrarán, pero nos dejan morir en la estaca, a pesar de ver la justicia horrible de esta guerra. ¿Y así hasta cuándo? ¿El siguiente plan será hacia el Este? Las grandes potencias europeas estarán ya palpando cuál trozo les conviene más... ¡Y tanto heroísmo inútil, Señor! (Ibíd., p. 296).

De este modo se entiende que en Valencia los distintos embajadores de los países muestran su apoyo hacia la República. Sin embargo, Pilar de Zubiaurre comenta que los diplomáticos solo lo transmiten, pero no se posicionan los pueblos ni sus gentes. Además, América también es duramente criticada por la autora al indicar que lo único que le interesa es el dinero. A pesar de que los embajadores mostraron su apoyo, Pilar de Zubiaurre reprocha que la ayuda no fuese suficiente y lo único que les interesa es el trozo de país que se quedarán, puesto que cada día mueren más personas sin que les importe.

La siguiente y última entrada durante la Guerra Civil se produce el 23 de junio de 1937. La entrada se puede dividir en tres temas principales: la caída de Bilbao ante los facciosos, la valentía de los vascos, e Italia como burla por la Batalla de Guadalajara ante el resto de Europa. Como se recoge en el *Heraldo de Aragón* la caída de Bilbao se dio lugar el 19 de junio cuando a las tres de la tarde las tropas de los facciosos entran a la ciudad. En la primera parte Pilar escribe cómo los vascos abandonaron la capital después de luchar durante más de dos meses: “¡Nuestro Bilbao está ya en las garras de la bestia! Después de ochenta y dos días con sus noches de una ofensiva feroz, sin piedad, con barbarie innecesaria, han tenido mis vascos que abandonar la capital. Todo el pueblo había salido, no quedó nadie. Los bárbaros encontraron una ciudad silenciosa, vacía, destruida” (Ibíd.). Sobre los periódicos del País Vasco Iban Gorriti comenta que “los días previos a la llegada de los golpistas y sus leales a la capital vizcaina, la prensa nacionalista vasca de la época informó y animó a la población y a gudaris y milicianos”²⁹. Sin embargo, y a pesar de los esfuerzos de los medios por exhortar a los bilbaínos, el diario *Eguna* difundió su último ejemplar el 13 de junio y *Euzkadi* se despidió el 18 de junio con el titular: “Nuestros gudaris se cubrieron de gloria en el día de ayer resistiendo la más violenta acometida enemiga de esta cruel guerra”.

²⁹Iban Gorriti: https://ianasagasti.blogs.com/mi_blog/2017/07/cr%C3%B3nicas-de-bilbao-antes-de-su-ca%C3%ADda.html

Tal y como menciona Mercedes Acillona,

El 17 Aguirre hace un llamamiento dramático para realizar el último contraataque. Pese al esfuerzo se cierra la caída de Bilbao ante la que solo cabe ya pactar su entrega. El día 17 a las 10 de la noche el gobierno abandona Bilbao estableciéndose en Trucios, y con él huyen también todas las personas de responsabilidad política. Toda Vizcaya va cayendo. Ese 17 de junio la prensa franquista avanza la noticia entre dudas de que Aguirre dimite y es sucedido por el comunista Larrañaga. En la madrugada del 19 se ordena volar los puentes y sale la última unidad por la carretera de Santander. Bilbao sigue sin luz, gas, agua ni víveres. En la batalla de Bilbao han muerto más de 1500 hombres que convertirán el paisaje de Artxanda en un inmenso campo de cruces. En la tarde del día 19 los tanques franquistas entran en Bilbao. Pasadas las 5 de la tarde su bandera se iza en el Ayuntamiento. En la prensa franquista del día siguiente se espera la gran noticia: “Bilbao liberado” (2015, p. 77).

En opinión de Broué y Témine

Al evacuarse Bilbao prácticamente sin combate, los vascos hicieron más rápida la victoria nacionalista, pero impidieron una destrucción que les parecía entonces inútil. Allí, como en San Sebastián, se enfrentaron dos concepciones de la guerra; los vascos no vacilaron en desarmar a los milicianos asturianos que habían construido barricadas en las calles de la ciudad nueva. Desde el 16, el coronel Bengoa, huyó a Francia; según él, en Bilbao se había producido un verdadero “derrumbamiento del poder” Temía que la ciudad no pudiese rendirse, pues nadie ejercía ya autoridad. El 17, el gobernador vasco, a su vez, abandonó la capital, dejando una junta de defensa con Leizaola, el socialista Aznar, el comunista Astigarrabia y el general Ulibarri. Era muy difícil saber si tenía una autoridad real. Según Le Temps, desde el anochecer del día 17 se cruzaron descargas de fusilería entre los vascos partidarios de la rendición, y los extremistas partidarios de la resistencia a ultranza (1977, p. 102-103).

En la segunda parte vuelve a insistir en la valentía de los vascos y cómo la destrucción del pueblo los ha dejado sin hogar, sin patria donde refugiarse. Además, muestra que la nación vasca será reconocida internacionalmente como el “país legendario de héroes”. Por otro lado, la intelectual vuelve a insistir que a los vascos les dejaron solos ante los sublevados, no recibieron ayuda por parte de la República a pesar de que les dijeron que al estar en su mismo bando la iban a tener. Sin embargo, *El Sol* el 18 de junio saca en portada el titular “El Gobierno ayuda a Bilbao” que desarrolla en noticia bajo el título “También se ayuda a Euzkadi desde la retaguardia”. Al día siguiente, el mismo medio, en su portada dedica tres cuartas partes al País Vasco bajo

las noticias: “Bilbao, ejemplo del mundo”, “El enemigo ha concentrado sus mejores efectivos contra el pueblo vasco. Pero éste le disputa el terreno palmo a palmo” y “Las tropas republicanas contienen y rechazan brillantemente las acometidas facciosas en el frente de Euzkadi”. El 20 de junio el mismo diario también lleva en portada “La heroica defensa de Bilbao. El ejército fascista intensifica sus brutales ataques. Los defensores de la ciudad resisten en varios sectores y riegan con su sangre cada palmo de tierra”. *El Liberal* el 19 de junio en su titular destaca que “Madrid sigue siendo inexpugnable y Euzkadi mantiene el baluarte de su heroísmo, testimonio suficiente de una tradición gloriosa que no se ha perdido y que resurge vibrante por los fueros de la ley”. Al día siguiente publica que “Aeroplanos sobre Bilbao y “obuses” contra Madrid son prueba fehaciente de la impotencia del enemigo, que ha tenido descabros importantes en diversos sectores guerreros”. *La Voz Valenciana* el 19 y el 21 de junio lleva como noticia principal que “Bilbao sigue defendiéndose con heroísmo ardoso” y “En estos momentos históricos renovamos nuestra fe inquebrantable en la victoria, afirmamos nuestro deseo firmísimo de vengar a Euzkadi y expresamos nuestra adhesión y nuestra confianza en el Gobierno del Frente Popular”. Pilar de Zubiaurre escribe sobre el País Vasco que:

tanto el gobierno como los periódicos nacionales y extranjeros no saben encontrar con epítetos ni elogios con que elogiar el heroísmo de mis paisanos. Queda el nombre de Euzkadi como el país legendario de héroes... Pero éstos, todos nosotros, los hijos del pueblo vasco, nos hemos quedado sin tierra, sin hogar, deshechos, diezmados y abandonados por quienes no debieron dejarnos morir [...]. ¡Vizcaínos!, luchasteis contra ellos inútilmente. Estabais señalados como el cordero propiciatorio para el sacrificio cruento y los demás se cruzaron de brazos viéndoos, sabiendo que os iban a dejar morir cruelmente. ¡Resistir! ¡Resistir! ¡Resistir! Fue la consigna. Resistir 15 días y llegarán refuerzos, os dijeron al principio, y fieles cumplidores de vuestras promesas, resististeis estoicos, impávidos, cara a la muerte con ímpetu asombroso. Y pasaron 15 días y 50 y ochenta. A vosotros os arrolló poco a poco aquella masa enorme a la que sólo podíais oponer cañones y vuestros pechos, vuestros corazones que luchaban por Euzkadi. Jaingoikua eta legue zarra. Los demás tranquilamente se dedicaron a veros morir. ¡La ayuda los refuerzos no llegaron nunca! (2009, p. 296-297).

La última parte de esta entrada va dedicada a las tropas italianas. Pilar de Zubiaurre piensa que el fracaso de la batalla de Guadalajara por parte de los italianos incrementa el ansia por destruir el norte al verse dañado su honor. Las tropas de

Mussolini quedaron en entredicho ante los países internacionales, dado que el infortunio que sufrieron fue motivo de mofa por parte de algunos gobiernos.

Hoy en una conversación entre diplomáticos he oído la sangrienta historia. Italia ha sufrido un descalabro en Guadalajara. La prensa mundial y en particular la inglesa con este motivo se mofó de una manera cruel y brutal de Italia. Profundamente herida en su honor nacional, ansiaba un desquite. Hasta lograrlo, rechazaron toda idea de posible acatamiento a las sugerencias inglesas para llegar a un acuerdo, a una posibilidad de retiro de sus tropas. Antes de llegar a este punto necesitaban su revancha. Tomaron como punto de ataque Vizcaya y allá cargaron con todo el lujo bárbaro de material, hombres y aviones, y atacaron y arrasaron (Ibíd. 297).

Tal y como menciona Pilar de Zubiaurre, que escuchó en Valencia a los distintos diplomáticos que allí se encontraban, al quedar herido el honor de las tropas italianas, quisieron vengarse destruyendo el País Vasco a pesar de que Reino Unido le había sugerido que se retirasen.

Esta entrada es la última anotación que hace en su diario personal durante la Guerra Civil. Observamos la importancia de estas entradas; su lenguaje apasionado y crítico, muy emotivo, nos permite señalar que, aunque no son abundantes, las podemos considerar de valor testimonial extraordinario. Hasta el 12 de septiembre de 1938 no hay constancia de otra entrada más. En esta última fecha, septiembre del 38, la intelectual ya se encuentra en Francia camino a México, país que será lugar de su exilio durante el resto de su vida. Por lo tanto, el diario de Pilar de Zubiaurre perteneciente a la Guerra Civil se inició en Madrid en el año 1936 y abarca hasta el 23 de junio de 1937, fecha en la que plasma la caída de Bilbao y, por lo tanto, la conquista de la ciudad por parte de los sublevados.

De las entradas de la Guerra Civil en las que Pilar escribe sobre el País Vasco se puede decir que la guerra de intervención extranjera en este territorio pone en relieve que fue uno de los lugares que más padeció de España, puesto que sirvió de experimento, principalmente para los alemanes, y sobresalió de los parámetros en los que se había conocido hasta ese momento una guerra. En el País Vasco se ensayó con diferentes composiciones y tamaños de bombas explosivas e incendiarias y se unieron a la flota aérea de la Legión Cóndor los aviones Messerschmitt Bf-109-B1 que se

construyeron con el fin de comprobar su capacidad en conflictos bélicos. Por estas razones, Pedro Miralles explica que

la calificación de la guerra de Euskadi como una <<guerra de intervención extranjera>> la define a la perfección. En ella, la acción combinada de la artillería y la aviación extranjeras, seguida del asalto frontal de la infantería –en gran parte extranjera- y los carros de combate –sobre todo italianos, aunque también alemanes-, debía de producir el colapso de las defensas enemigas (2007, p. 502).

18. El diario de Pilar de Zubiaurre

Todo el diario procede de una copia que Leopoldo Gutiérrez de Zubiaurre donó al Museo de Bellas Artes de Bilbao. Iker González-Allende se encargó de recuperar, transcribir y estudiar los artículos y el diario personal de la protagonista, publicando en 2009 el libro *Pilar de Zubiaurre: Evocaciones. Artículos y diario (1909-1958)*. Años más tarde, concretamente en 2015, la historiadora de arte Miriam Alzuri Milanés, quien ya había trabajado sobre Juan de la Encina, publicará el libro *Pilar de Zubiaurre: en la penumbra familiar*. González-Allende y Alzuri Milanés han sido las dos únicas personas que han rescatado la figura de Pilar de Zubiaurre.

Tal y como menciona González-Allende, el diario puede dividirse en tres apartados, cada uno perteneciente a una etapa distinta en su vida. El primero corresponde a la juventud de la autora y se localizan desde el año 1913 hasta el 1918. En esta etapa se encuentran los viajes a París e Inglaterra, las reuniones que organizaban los hermanos en el estudio y el trabajo que realizaba para que sus hermanos tuviesen una proyección internacional. Este primer periodo nos ha servido para entender a Pilar de Zubiaurre, puesto que su concepción sobre el arte, su ideología, su visión de género y el ambiente burgués e intelectual por el que se movía nos han dado una perspectiva del entorno que regentaba para justificar la magnitud de su figura y reafirmar la importancia del estudio de figuras “olvidadas” por parte de la crítica.

En el segundo apartado se encuentran todas las entradas escritas durante la República y la guerra civil española, datados desde 1931 hasta 1937. En esta parte Zubiaurre proclamará su apoyo a la República, cuenta su desplazamiento a Valencia, la

escasez y la falta de alimentos, los bombardeos, etc. tal y como se ha podido observar en el apartado anterior.

En el último grupo narra su exilio y su vida en México. Comienza escribiéndolo el 12 de septiembre de 1938 desde Argèles Plage y finaliza el 3 de noviembre de 1943 en México. Esta tercera parte es la más discontinua, ya que, como se ha observado en su aproximación biográfica, retoma su diario ya de camino al exilio, concretamente en Francia, donde nos narra el encuentro con su marido, su día a día en París y las emociones a las que se enfrenta por estar lejos de su patria. Para la siguiente entrada pasarán 8 meses, concretamente lo retoma el 25 de mayo de 1939, ya asentada en su nuevo país, y en esta única anotación hace una retrospectiva de cómo fue su viaje hasta Ciudad de México: comienza narrando los problemas que tuvo en la capital francesa con su pasaporte, su viaje en barco hasta Nueva York, las impresiones que le transmite dicha ciudad, el paisaje que contempla en el tren desde Estados Unidos a México y las diferencias entre ambos países y, por último, la llegada a su destino. Una vez que la protagonista está asentada en su nueva ciudad no lo retoma hasta 1941, escribe solo una entrada –la penúltima–, donde nos traslada sus problemas de salud y cómo su marido e hijo se han encargado de hacer las tareas del hogar que ella no podía hacer. La última entrada tendrá lugar en 1943 y nos cuenta que ha ido a pasar unos días a San Miguel de Allende. Se aloja en el rancho de Estrella Font y Felipe Cossío, y nos detalla cómo es la vivienda y su paisaje.

Como se ha podido comprobar el diario de Pilar de Zubiaurre es muy singular. En los siguientes párrafos incidiremos en este aspecto con referencia a otros diarios coetáneos. Para empezar, llama la atención, por ejemplo, que no sea un diario al uso, es decir, que su escritura no sea constante. Llama la atención la necesidad puntual de plasmar acontecimientos memorables, no consuetudinarios. Y, también, es llamativa la ausencia de intimidad en el relato. Si tomamos como ejemplo el diario de su amiga Zenobia Camprubí³⁰ *Diario I.Cuba (1937-1939)* se puede observar que esta escribe diariamente y sus ausencias son por un corto periodo de tiempo. Ejemplo de ello es la ausencia de una semana en septiembre de 1937: el 18 escribe una entrada, el 19 lo deja

³⁰ Zenobia lo comienza a escribir desde La Habana. No se encuentran en la misma situación ambas amigas, pero Zenobia, teniendo presente el marco teórico desarrollado en el primer apartado, es el claro ejemplo de las características del género llevadas a la práctica.

en blanco y lo retoma el 25 de ese mes (2006, p. 96). Aunque las entradas de Zenobia son más breves que las de Pilar, podemos saber con exactitud qué hizo ese día, ya que deja constancia de todos sus movimientos. Muestra de ello es el 20 de octubre del 37 cuando informa al lector que ha pasado la mañana haciendo compras (2006, p. 104) o cuando el 7 de diciembre nos explica que “fui al centro a poner cuatro cartas en el correo y a comprar un par de guantes para la visita de esta tarde, pues los que tenía el invierno pasado estaban cubiertos de moho cuando el frío fue suficiente para ponérmelos otra vez” (Ibíd., 126).

Por otro lado, Zenobia nos va mostrando a través de su diario cómo es Juan Ramón Jiménez en la intimidad, cómo trabaja, qué hacen juntos, etc. Ejemplo de ello es la entrada del 13 de marzo: “Para, empezar, J.R no soporta ningún ruido o movimiento cuando está trabajando, [...], y tampoco le gusta oír la radio, excepto en raras ocasiones” (Ibíd., 10). Pilar de Zubiaurre no menciona detalladamente su día a día ni tampoco nos muestra cómo es su marido: ¿cómo es en la intimidad Juan de la Encina?, ¿qué actividades realizan como pareja?, ¿qué cosas le agradan? Nada podemos averiguar observando el diario de la intelectual. Este hecho refleja que en su diario solo plasma aquellos acontecimientos o sentimientos que están relacionados o que afectan directamente a su persona. Marca una línea divisora entre ella y su círculo más íntimo. Esto quiere decir que si nos acercamos a la intelectual con el objetivo de conocer profundamente a Juan de la Encina, a sus hermanos, a sus amigos y su entorno, no lo vamos a conseguir. El discurso diarístico de la protagonista está enfocado en su propia vida social.

Si existe una pequeña similitud entre diarios, se da en la primera etapa de juventud de Pilar. Como se ha podido observar en el apartado de su biografía, la protagonista deja constancia de sus salidas culturales, al igual que Zenobia en su propio diario. El 2 de septiembre la segunda escribe que: “Otra noche encantadora con los Quevedo, oyendo concierto de Beethoven. La orquesta de Londres y Schnabel al piano” (Ibíd., 89). Ambas mujeres recogen actos culturales, reflejo de su inquietud afín.

Continuando con la comparativa en autoras y autores coetáneos, cabe hacerlo con Rosa Chacel. Esta, en sus volúmenes de *Alcancía* muestra un diario distinto, de mayor calado literario y confesional que el de las autoras antes mencionadas. El

discurso de esta autora es más íntimo. Rosa a lo largo de su trabajo muestra al lector sus preocupaciones, las dificultades económicas que tiene que afrontar, los problemas de la elaboración literaria y otros temas que nacen desde su interior. Ya el comienzo del mismo nos muestra “en este cuaderno estudiaré los progresos que hace en mí la idea del fracaso: cada día estoy más familiarizada con ella. ¿Por qué, de pronto, escribo esto?... No lo sé si a mí misma no me importa, ¿a quién puede importarle?...Mi adiós a París ha sido el primer adiós de mi vida: probablemente porque es mi primer adiós a la vida”(1994, I, p. 11). Esta autora se va desnudando a lo largo del mismo con discursos como: "Es muy raro que, habiendo tenido, como siempre tuve, el sentimiento de mi insignificancia física, no puedo decir que haya padecido un complejo de inferioridad en ese terreno [...]pero en lo intelectual sí, casi puedo decir que lo padezco. Y no sólo por mí, sino por toda España" (Ibíd., p. 418) y no muestra ningún pudor en explicar al lector su sufrimiento por no ver publicados sus trabajos: "es completamente inútil, que jamás lograré interesar a nadie que sea alguien, que jamás me incorporaré a nada que sea algo" (Ibíd., p. 212). El diario de Chacel discurre así en una línea de cercanía y testimonio íntimo muy alejada de la distancia impuesta al lector por Zubiaurre.

Podemos comparar también los escritos de Zubiaurre con las memorias de otra coetánea y amiga, Carmen Baroja, *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Comparación en la que destacamos la distancia ideológica que se percibe entre ambas. Son significativas, especialmente, las treinta y dos páginas que dedica Carmen a su estancia en Itzea durante la Guerra Civil, comienza exponiendo que “no tengo simpatía por ninguno de los dos bandos. Lo único que odio, odio con toda mi alma, es la guerra. Si aparecen los nacionales mal parados es porque así los vi yo; si hubiera estado en zona roja, hubieran sido los rojos de los que habría hablado” (1998, p. 152). Este comienzo marca una diferencia notable con el diario de Pilar de Zubiaurre por dos cuestiones: la primera y la más importante es que no tiene conciencia política. Por ejemplo narra, a lo largo del apartado de Itzea, los sucesos que observa, distanciándose de opiniones que puedan estar relacionadas con alguno de los dos bandos. Algunos de estos ejemplos son: “lo gordo estaba en la Misericordia, adonde llevaban a los que no podían ser trasladados a otros hospitales, todo lo de cabeza, tripa y pecho que venía de Irún, de San Marcial, el primitivo tercio venido de África como fuerza de choque y que todo cayó allí” (Ibíd., p. 162) y “En una ocasión fueron llamados al frente los chicos de 19 años que no

estuvieran casados; en Vera había bastantes” (Ibíd., p. 180). La segunda característica, es que su ideología queda patente a pesar de la distancia pretendida: la utilización de los términos nacionales y rojos para referirse a los sublevados y a los republicanos. En cuanto a esto, Pilar, a lo largo del segundo apartado de su diario, comenta con detalles los sucesos bélicos, juzga y se pronuncia sobre su implicación y su visión republicana frente a los sublevados. La utilización de los términos para referirse a ambos bandos ya muestra las posiciones latentes de ambas.

Sin embargo, ambas coinciden, casi anecdóticamente, en la identificación con su origen. Según comenta Amparo Hurtado, en el prólogo de las memorias de Carmen Baroja “a partir de 1938, comenzó a publicar en la revista literaria *Mujer*, en la que solía firmar como Vera de Alzate” (Ibíd., p. 34). La utilización de seudónimos, que hacen referencia a sus orígenes –Vera y Garai- por parte de las dos amigas, acerca su romántico sentir vasco como recurso identitario.

Siguiendo a Pilar Domínguez Prats en su artículo *Silvia Mistral, Constanca de la Mora y Dolores Martí: Relatos y memorias del exilio de 1939* se puede deducir que Pilar de Zubiaurre guardaría mayor relación con la escritura de estas mujeres, ya que, como Domínguez Prats comenta, los trabajos de estas tres autoras hacen que “nos encontramos con una escritura a medio camino entre la literatura y la historia, entre lo personal y lo colectivo, pues siempre tiene en cuenta la memoria del grupo de pertenencia” (2012, p. 800). En las memorias de Constanca de la Mora *In Place of Splendor. The Autobiography of a Spanish Woman*, publicadas en 1939 en lengua inglesa, “el relato de la Guerra Civil es la parte principal de sus memorias, donde el tono político de la escritura es más acusado. [...] Su relato de la contienda es más una crónica colectiva de lo sucedido en el bando republicano” (Ibíd., p. 808). Esto mismo ocurre en el diario de la protagonista, puesto que el énfasis, que en la primera parte recae en su vida social, también republicana, en la segunda etapa, ya de forma beligerante, en todas las entradas está presente la Guerra Civil y cómo va avanzado la contienda.

Shirley Mangini en su artículo *Memories of Resistance: Women Activists from the Spanish Civil War* recoge que Estelle Jelinek en su libro *Women's Autobiography* indica como las mujeres tienden a enfatizar las relaciones personales antes que las

conectadas con la política o con la historia (1991, p. 172). Sin embargo, Mangini indaga en la figura de Dolores Ibárruri, Victoria Kent, María Teresa de León y Constanza de la Mora para explicar que lo planteado por Estelle Jelinek no es cierto. Todas ellas escriben después de la Guerra Civil sobre sus vidas desde un punto de vista totalmente político para contar lo que vivieron, y tienen en común su conciencia política y activismo. En este sentido, Pilar de Zubiaurre nunca fue activista, pero su diario durante la Guerra Civil se centra directamente en los ataques que sufre España conectándose claramente con lo político y lo histórico. Es por esta razón que el apartado analizado del diario de la intelectual se encuentra más cerca de la crónica que de un diario per se.

Los diarios de Manuel Azaña, por su parte, agrupados bajo el título *Diarios completos*, representan el testimonio de los sucesos que marcaron la historia de España del siglo XX. El discurso testimonial que plasma Azaña en su obra es admirable por dos motivos: “la importancia de su aportación como documento histórico, y su calidad literaria” (Cedena Gallardo, 2004, p. 124). Como se ha podido observar dentro del análisis del diario de Pilar de Zubiaurre, Azaña el 19 de febrero de 1936 plasma en su discurso cómo estaba al corriente de las intenciones de los sublevados de dar un golpe de Estado e impedir un gobierno del Frente Popular. Durante el conflicto bélico, su diario muestra y arroja datos sobre la contienda haciendo que el testimonio que reproduce se pueda considerar un documento histórico. Un ejemplo de ello se encuentra en “Cuaderno de la Pobleta (1937)”, donde el autor expresa que

Empiezo por lo de Barcelona, muy grave, y que ha podido ser la escena final, por lo menos, en cuanto a mí se refiere. [...] Histeria revolucionaria, que pasa de las palabras a los hechos para asesinar y robar; ineptitud de los gobernantes, inmoralidad, cobardía, ladridos y pistoletazos de una sindical contra otra, [...] Los guardias de asalto, enviados por Aiguadé, se presentaron ante la Telefónica. Los recibieron a tiros, ocuparon la planta baja, ignoro si alguna más. Desde ese momento, empezó el motín (2019, p. 1835-1837).

Siguiendo esta misma línea, Manuel Altolaguirre³¹ en su diario de guerra de marzo del 37 desarrollado en doce páginas bajo una única anotación y titulado *Noche de Guerra*, trata su vida personal pero, sobre todo, el conflicto de la Guerra Civil, la pérdida de sus seres queridos y su pasión por el país. Sobre sus seres queridos el poeta

³¹ Tanto la figura de Manuel Azaña, Manuel Altolaguirre, Max Aub, Rosa Chacel como muchos otros diaristas han sido objeto de estudio, y sus trabajos se han desarrollado en profundidad dentro del marco teórico de las escrituras del yo.

ya desde el comienzo expone que: “En este momento terrible, cuando mi corazón está endurecido ante la muerte de mis hermanos, de amigos, de compañeros de taller, un solo sentimiento me quema el pecho como un metal al rojo: el amor por España” (*Hora de España*, 1937, p. 67-68). Por otro lado, al igual que Pilar de Zubiaurre en su diario, Altolaquirre también denuncia la participación italiana en el conflicto: “Esta noche más que ningún día. He tenido en mis manos las pruebas de la invasión militar italiana que sufre nuestro territorio. No es que yo necesitase pruebas para creer. No. Todo el mundo sabe lo que pasa en España” (Ibíd., p. 71). La diferencia entre ambos autores es que la intelectual es más insistente en sus entradas sobre la evidente participación de alemanes, italianos y, a partir de noviembre de 1936, de las tropas del norte de África para ayudar a los sublevados, que pone en relieve como el Pacto de No Intervención fue un fracaso. Pilar de Zubiaurre juzga duramente cómo el resto de países de Europa deja sola a la ciudadanía española durante el conflicto. Tal y como apunta Ricardo Miralles,

la principal consecuencia fue que la II República, régimen legítimo en 1936, sufrió desde el primer momento una política de embargo como consecuencia del acuerdo, adoptado por las principales potencias europeas, de abstenerse de cualquier tipo de participación en la contienda civil española. El llamado Acuerdo de No intervención fue muy perjudicial para el régimen republicano español: en primer lugar, porque le privó de su derecho legal, como gobierno legítimo e internacionalmente reconocido, de comprar armas en las naciones amigas o en los mercados internacionales; en segundo lugar, porque su inoperancia favoreció al bando sublevado del general Franco, que sí pudo procurarse todo tipo de material y de colaboración militar de Alemania e Italia; y en tercer lugar, porque la No Intervención bloqueó todas las iniciativas diplomáticas de la República española, ya que le obligaba a utilizar el camino del Comité de Londres que se constituyó para supervisar la observación de la No Intervención, pero sin poder hacerlo directamente por no formar parte de dicho Comité (2007, p. 491-492).

Sobre la Unión Soviética y su intervención, Miralles señala que ésta ayudó al bando republicano por cuestiones de seguridad y no por razones altruistas. Bajo su punto de vista,

el Kremlin utilizó el conflicto español para intentar generar una coalición antifascista con las democracias occidentales, que permitiera rechazar los propósitos agresivos de Alemania. Además, la Unión Soviética, patria del socialismo, no podía quedar al margen, sin pérdida de su prestigio y de las simpatías obreras internacionales (instrumentos claves de su política

exterior), de un conflicto en que, por primera vez, se hacía frente por las armas del fascismo (Ibíd., p. 493).

La publicación de “Noche de Guerra” en la revista mensual *Hora de España* tiene como objetivo sacar a la luz “estas intimidades porque hasta lo más profundo de nuestras vidas, de todas nuestras vidas, llega la guerra que los enemigos del pueblo nos han impuesto como un deber, como nuestra única esperanza. Este deber de la guerra y esta esperanza en la guerra nos fortalecen contras las ausencias queridas, y aún contra la muerte” (Ibíd., p. 70-71). La ruptura del país, la pérdida de amistades, familia, y seres queridos junto con la intervención de fuerzas extranjeras inundan el discurso de Altolaguirre. Por lo tanto, este diario, al igual que el trabajo de Pilar, tiene una clara intención de denuncia sobre la situación que está viviendo España.

Otros puntos que se destacan del diario de la intelectual son el silencio, la autocensura y su autoconciencia. El silencio durante periodos de tiempo, que incluso llegan a años, se pueden deber, como apunta González-Allende, al cambio que experimenta su vida: sus obligaciones familiares, su matrimonio e hijo, su pertenencia al Lyceum y todas las demás asociaciones a las que ayudaba, la tristeza de dejar su país, sus problemas de salud, etc. (2009, p. 86). Este hecho señala una clara ruptura entre la teoría desarrolla por los distintos críticos en el primer apartado sobre qué es un diario y sus criterios, ya que Pilar no es constante en sus anotaciones. Además, se evidencia que las normas establecidas para los discursos autobiográficos pueden ser ineficaces, ya que varían en función del autor. Por otro lado, en muchas entradas de su diario la autora aplica la autocensura. Un ejemplo de ello es la entrada del 12 de marzo de 1916:

Llevo varios días sin escribir nada. Hoy tampoco lo haría, si no fuera el deseo y un secreto sentimiento que me obliga a hacerlo. ¿Cuál? ¿Por qué? Qué le importará nunca a nadie estos pensamientos, sentires y afectos de una mujer. [...]. Será tal vez a mí misma a la única que le interesará. Guardaré mis impresiones y cuando sea viejecita las repasaré y, con melancolía dolorosa e irreparable de las cosas que no pueden volver, viviré mis días actuales en estas líneas que, aun siendo tan sinceras, no serán nunca completamente francas (Ibíd., 247).

Tanto Anna Caballé como González-Allende coinciden en que esta discreción, y a la par falta de confianza, suceden cuando la mujer vive en una sociedad patriarcal. Muchas tuvieron que renunciar a sus deseos por miedo a salirse de los roles planteados por el discurso hegemónico. Este hecho pone en relieve la falta de independencia que sufrían y

marca la desigualdad como fruto de la construcción social. Las mujeres debían mantenerse en el ámbito privado y, aquellas que transgredían el orden impuesto, se encontraban con la falta de reconocimiento y apoyo social en el campo de la literatura. Pilar de Zubiaurre era conocedora de la actitud que debía de mantener en el orden establecido y, por eso, conocía la imposibilidad de satisfacer sus deseos artísticos. Además, la autocensura que se aplica también se debe al miedo que siente la protagonista de que su diario sea leído por otras personas y puedan conocer cómo es realmente. Pilar quiere ser autora y lectora única, y quiere el control.

Por otro lado, en esta misma entrada también se puede observar que la autora toma conciencia sobre el discurso que está enunciando. El acto de leer y releer sus propias entradas muestra la construcción de su identidad y su autoconocimiento. Pilar escribe este diario para crear conciencia sobre sí misma y hacer memoria de lo que fue en un pasado. No existe la interpelación a un posible lector ajeno a su persona porque la diarista escribe para ella, no para nadie más, y no tiene como fin su publicación. Ostenta la libertad de marcar sus pautas y sus leyes, lo que le permite una independencia evolutiva y creativa a la hora de instaurar su conciencia individual.

Teniendo presente el marco teórico desarrollado en las dos primeras partes de este trabajo, se puede decir que el diario de la etapa de la Guerra Civil de Pilar de Zubiaurre se encuentra más próximo a escritores como Silvia Mistral, Constanza de la Mora, Dolores Martí, Manuel Altolaguirre y Manuel Azaña por la escritura testimonial de los mismos. Estos discursos se encuentran más cerca de la historiografía que de la literatura, ya que poseen un tono político e informativo sobre unos hechos concretos que, a su vez, pueden ser verificados para convertirse en testimonios representacionales de la España del siglo XX. De este modo, el diario de Pilar de Zubiaurre cabalga claramente entre lo político y lo histórico, convirtiéndose en un diario testimonial del conflicto bélico español. Su testimonio inicia su propio espacio discursivo dentro de la literatura, primero para crear una nueva forma de enunciación que se adhiera al compromiso que reside en la mención del pasado, y segundo, porque se convierte en archivo depositario para denunciar la carencia de información sobre los sucesos de la Guerra Civil. Todos estos discursos permiten la construcción de acontecimientos que inducen al debate de la historia como concepto abierto y en constante revisión. El discurso testimonial que transmite el diario de Pilar de Zubiaurre pertenece tanto a la

literatura, en su función autorial y memorial, como a la historiografía, al configurar un espacio discursivo que sirve de fuente documental, informándonos sobre sucesos que denuncian la marginación y el silencio al que han estado sometidos por la historia oficial.

En la etapa de juventud de su diario es donde más la hemos podido conocer, pero siempre marcando una distancia. Sabemos que durante esos años le ocurrieron cosas significativas que ella no ha querido plasmar. ¿Cuándo se rompe su relación con Isolina Gallego?, ¿cuándo conoce a su futuro marido?, ¿cómo es Juan de la Encina en la intimidad?, ¿qué hace realmente en su día a día?, ¿cuándo y cómo conoce a sus amigas?, ¿cuál es su opinión sobre el entorno que la rodea?, ¿cómo ha madurado? Estas son solo algunas cuestiones que surgen cuando nos enfrentamos a su diario de los años 1913-18. Por esta razón, los términos hermetismo y autocensura no resultan inadecuados para describir los diarios de Pilar de Zubiaurre. El lector ante la lectura de su diario solo va a conocerla hasta los límites impuestos por ella misma.

Retomando las hipótesis planteadas en toda la obra de Pilar de Zubiaurre, el silencio y la impermeabilidad en sus escritos se deben al pudor que sentía a que el público conociese sus trabajos. Al publicar sus artículos bajo pseudónimos evitaba poner en una situación desairada a su familia y, a la vez, también eludía que los posibles lectores la conociesen o reconociesen, puesto que muy pocos amigos sabían que publicaba en el *Bizkaitarra*, tal y como demuestra la epístola que Elvira Valentí le manda a la protagonista. Por lo tanto, la elección de ese hermetismo y esa autocensura que engloban tanto sus artículos como su diario nace sí, desde la propia deliberación de Pilar, pero propiciada por esos preceptos sociales.

Entre el primer y el segundo apartado de su diario se observa una ruptura muy marcada. Pilar deja de transmitirnos sus salidas culturales, sus reuniones con amigas, su trabajo para Valentín ... para enfocarse únicamente en el conflicto bélico español. En la mayoría de sus entradas se observa, además, que el uso del *yo* es sustituido o desplazado por nosotros o ellos. Las entradas de esta etapa están claramente influenciadas por los acontecimientos históricos. Ello convierte a este apartado en un claro ejemplo de literatura testimonial, ya que contrastando la información que el diario ofrece con los medios de comunicación de aquella época hemos podido comprobar que lo que la

protagonista nos cuenta no solo es real, sino que, además, en muchas entradas transmite más información que la prensa del mismo día y de días posteriores.

Respecto a lo anterior, como se ha podido observar, Pilar ofrece detalles exactos sobre qué está ocurriendo, por ejemplo, en la capital durante la guerra, mientras la prensa solo se centra en dar información sobre algunos frentes de España y decir que se dan algunos bombardeos en Madrid. La protagonista da nombres de calles y lugares de la capital y, sobre todo, recoge la situación dramática a la que se enfrenta la ciudadanía, situación que no refleja ningún periódico. Así, desde la retaguardia de la capital, Pilar nos ha narrado, por ejemplo, cómo el combate empieza en las afueras de Madrid y poco a poco se va trasladando hacia el centro destruyendo calles, monumentos, museos, etc. Además, se centra también en la vulnerabilidad que sufrió la población civil: la deshumanización de los madrileños dentro de la Batalla de Madrid pone en evidencia, para ella, que los sublevados no solo querían deshacerse del bando contrario, sino que para conseguirlo, los bombardeos hacia la población civil estaban justificados con tal de alcanzar sus objetivos.

Desde Valencia, nos ha seguido informando de los sucesos de la Batalla de Madrid, sobre la caída de Málaga y las batallas de Guadalajara y Jarama. Asimismo, se ha observado que Valencia comienza a sufrir los primeros bombardeos. Sin embargo, como se ha mencionado en la misma sección, pocos diarios recogen los bombardeos sobre la Comunidad Valenciana, y sobre la caída de Málaga se van dando pequeñas pinceladas en diversos medios durante el mes de febrero, pero ninguno detalla qué ha pasado realmente. El Gobierno de la República al trasladarse de ciudad y la imposibilidad de los sublevados de conquistar Madrid dan un giro a la guerra poniendo ahora el foco en el norte. Pilar nos cuenta los primeros bombardeos que empieza a sufrir el País Vasco y finaliza con la narración de la caída de Bilbao. Por otro lado, también nos informa de la escasez de víveres que existía en España durante el conflicto bélico. Su familia al no abandonar la capital, deja a la protagonista en un sufrimiento constante que hará que Pilar sea quien se encargue de mandar alimentos para que su madre y su hermano no tenga problemas de abastecimiento.

Dentro de la teoría desarrollada por Agamben, Achúgar, Beverly, Spivak, Gatti y muchos otros sobre qué y quién es un testigo, podemos decir que Pilar de Zubiaurre,

efectivamente, es un testigo de los hechos que marcaron el conflicto bélico, capaz de emitir una valoración y una opinión sobre los sucesos que ocurrieron en España desde la retaguardia para que el lector comprenda la magnitud de los mismos.

El diario de Pilar de Zubiaurre se encuentra dentro de los discursos testimoniales, puesto que uno de sus objetivos es narrar entorno a unas fechas concretas sus vivencias, sus inquietudes y, sobre todo, su testimonio de la Guerra Civil. Los sucesos bélicos que se plasman pueden ser analizados desde un punto de vista historicista, puesto que albergan datos relevantes para corroborar la opresión que durante años ejerció el discurso hegemónico. La visión vasco-republicana que aporta a sus escritos son una fuente de información que demuestra la necesidad de ahondar más en los diarios personales. Desde el punto de vista sociológico y el antropológico nos ayudan a entender y a comprender el funcionamiento de la sociedad del primer tercio del siglo XX en sus aspectos culturales, sociales, estructurales, etc. con el fin de poder analizar dichos años de una forma y con una perspectiva más amplia.

El testimonio de Pilar de Zubiaurre permite rescatar y dirimir la autodeterminación y la independencia de este sujeto traumatizado, puesto que este discurso adquiere un compromiso con la víctima y se escribe para otorgar voz a quien ya no puede expresarse. Por lo tanto, el diario que se ha estudiado en este trabajo es el testimonio, el lenguaje, de una víctima de la Guerra Civil.

Por lo visto en este estudio, se puede decir que el diario no debe considerarse literatura menor, sino que ofrece un material de estudio que permite un análisis similar al examen que se establece en las autobiografías, ya que sus aportaciones son o pueden ser tan relevantes como las otras literaturas del yo. Es por esto que el canon literario se enriquece con lo categorizado como literatura menor, y especialmente con los discursos femeninos, que le impulsan a superar tanto la barrera de género como la ausencia de testimonio en España. La literatura juega un papel muy importante a nivel histórico en la elaboración de discursos contrahegemónicos, en la construcción de la voz del testigo y en el testimonio, ya que por sí misma nos ofrece una visión nueva de la narrativa histórica.

Conclusión

Como se ha podido observar en la primera parte de este trabajo, el discurso autobiográfico es el lugar donde la reflexión y la atención sobre uno mismo aborda el relato, el yo interior dialoga con su propio ser. La reflexión interior es el eje central del discurso que inunda y ocupa toda la obra. En el caso concreto de España, los discursos autobiográficos de principios del siglo XX a los que hemos tenido acceso, están marcados por las alteraciones políticas y, especialmente, por la Guerra Civil y sus consecuencias. Traumas que serán asumidos, abordados o evitados de maneras muy diferentes dentro de la cultura según manifiestan diferentes creaciones al respecto, así habrá figuras de la literatura española que no quieran escribir sobre ello, a pesar de que la presencia de los acontecimientos sea insoslayable; mientras que, para otros, estos acontecimientos darán pie a reflexionar sobre lo ocurrido a través de la escritura autobiográfica, esta voluntad de testimonio se observa, sobre todo, dentro del grupo de exiliados; finalmente habrá, incluso, quienes escriban sobre los acontecimientos, aunque sus obras, por propio designio, o por avatares históricos, sean publicadas de manera póstuma.

El diario íntimo se encuentra dentro de la llamada literatura del yo y, para algunos críticos, estará dentro del subgénero de la literatura autobiográfica. Aunque existen muchos tipos de diarios, esta escritura testimonial posee unas características específicas. Estamos ante un discurso autorreflexivo que no tiene límites y, por lo tanto, está abierto a abordar todo lo que el autor considere importante. En sus orígenes se encontraba ligado al ámbito privado, puesto que autor y lector tenían la misma identidad y componían, de este modo, una unidad. La finalidad del diario no era la publicación pero, actualmente, esta postura ha cambiado y se encuentra dentro del ámbito público, ha pasado de aliteratura a literatura. Dentro del espacio literario y comunicativo existen dos tipos de diarios que hoy en día nos podemos encontrar: por un lado, el propio escritor es quien ha decidido dar a conocer en su discurso sus reflexiones y vivencias y, por el otro, la publicación del diario póstumo, bien porque el mismo autor así lo decidió o porque sus herederos han considerado oportuna su divulgación para poner en relieve su figura. En este segundo grupo nos encontramos a Pilar de Zubiaurre, pues fue su hijo

quien decidió ceder el diario de la intelectual al archivo del Museo de Bellas Artes de Bilbao para que se estudiase su figura por la relevancia sociológica e histórica que supone su discurso.

Como se muestra en la tercera parte de este trabajo, el diario de Pilar de Zubiaurre se caracteriza por el hermetismo y el misterio que ella misma impone en su escritura, y que trasciende también a su persona. En la primera y en la tercera etapa de su obra, aunque sí encontraríamos el uso de la primera persona, el yo de Zubiaurre no trata sobre sí misma, y la autorreflexión es inexistente. Su objetivo, como buen ejemplo del papel femenino, se centra en mostrar sus relaciones con otros para definirse: hermana de, hija de, esposa de; así como de la vida social que ello comporta. De modo que se centra en narrar sucesos relacionados con la carrera artística de sus hermanos, el paisaje de los lugares que visita, detalles sobre el mundo capitalino, etc. En la segunda parte del diario, Pilar se enfoca en un fenómeno también ajeno, en principio, a su yo íntimo, la Guerra Civil. Las impresiones de la intelectual transmiten la magnitud y el dolor de lo vivido. De este modo, el conflicto bélico narrado desde la retaguardia ocupa el mayor espacio textual, y su escritura se desliga del yo para transmitirnos lo ocurrido en ese periodo.

En el Estado español el “deber de la memoria” se ha constituido como una de las principales demandas sociales. Ello conlleva abrir el horizonte histórico para incluir los sucesos y testimonios marginados por parte del discurso hegemónico; es decir, pujar por una iniciativa ligada al concepto de historia abierta. Esta historia abierta es la que relaciona y conecta el presente actual y el pasado de la dictadura. La catástrofe humana sufrida durante la guerra y la dictadura dieron lugar a nuevas formas de testimonio que se deben tener en cuenta tanto para cerrar las aflicciones, como para cristalizar y configurar la evolución de los distintos discursos testimoniales que se han visto desplazados frente al discurso hegemónico. Por este motivo, la figura de Pilar de Zubiaurre se debe incluir dentro de esta historia abierta, pues el testimonio que ella nos muestra por medio de su diario nos ayuda a comprender los acontecidos entorno al conflicto bélico y sus consecuencias en la población civil.

Además, la obra de Zubiaurre muestra como el género diarístico es un concepto abierto donde cabe todo, es decir, lo denominado como el cajón de sastre. Teniendo presente la prensa de aquella época, se ha podido comprobar que los hechos narrados en el mismo son verídicos e, incluso, aportan datos y detalles que los periódicos ignoraban o no quisieron publicar. Así, el discurso que produce la protagonista en este trabajo es fundamental, pues aporta un testimonio más a la historia española. Como consecuencia, el diario íntimo de Pilar de Zubiaurre se puede considerar un texto testimonial reivindicativo, ya que la perspectiva de esta mujer vasca-republicana aporta luz a la memoria colectiva de los que un día fueron desplazados por el régimen fascista. Se hace presente la visión y opinión de una ciudadana particular, demostrando que los diarios personales deben ser estudiados para tener una perspectiva más completa y compleja, y para comprender mejor los sucesos de las épocas a las que atañen. Como se ha comprobado, la prensa durante la contienda se centraba en dar pinceladas sobre cómo estaban los diferentes frentes pero no recogían apenas información sobre la situación de la población y de algunos sucesos, como los bombardeos sobre Valencia y la caída de Málaga, que no se trataron en su día con la diligencia que se necesitaba.

El discurso testimonial de Zubiaurre, mediante su diario, tiene como fin traspasar lo escrito para enfrentarse a una nueva forma de enunciación. El proceso comunicativo de su discurso adquiere un compromiso que no reside únicamente en la mención del pasado sino en ser el consignatario de la historia para perdurar en el tiempo, y alcanzar el conocimiento de la realidad de los hechos narrados. De este modo, Pilar con su testimonio inicia su propio espacio narrativo denunciando la marginalización de la población civil y el silencio de sucesos. La misión y el objetivo que adquiere el diario de la protagonista es desenterrar los acontecimientos desplazados tanto por la prensa de aquella época como del discurso oficial que se encargó de narrar los sucesos.

Siguiendo con la idea de Randall (2002), desarrollada en la segunda parte de este trabajo, el diario de Pilar de Zubiaurre se encuentra dentro de lo acuñado como testimonio *en sí*, puesto que se incorpora a la literatura testimonial creando su propio lenguaje en el discurso político como consecuencia de un conflicto bélico. Estamos ante un testimonio *representacional* cuyo objetivo es personificar y escenificar al pueblo silenciado y marginado dentro de la Guerra Civil en la narración del marco explicativo

que conforma su diario. Por lo tanto, el discurso de Pilar de Zubiaurre pretende acentuar los elementos que residen en su lenguaje para instaurar la entidad moral de la experiencia dentro del conflicto bélico fomentando así la praxis solidaria. La finalidad de su diario como discurso testimonial no es cognitivo sino comunicacional, ya que permite el movimiento y el flujo de distintos debates sobre diferentes puntos de vista. De esta forma, y siguiendo el planteamiento de Sánchez Zapatero (2010) el diario de Pilar de Zubiaurre, relacionándolo con el término memoria, tiene un doble sentido: el primero porque procede de su propio recuerdo y el segundo porque el término recordar en su discurso hace referencia a los que no están –aquellas personas que fueron víctimas directas del conflicto y murieron en él- y a nosotros, como lectores, para que recordemos aquel escenario grotesco y superemos el desconocimiento de los hechos.

El diario de Pilar se convierte así en una fuente de información de los sucesos de la Guerra Civil que permite la construcción de los acontecimientos discursivos para dotarlos de integridad y veracidad histórica, pero siempre bajo el planteamiento posmoderno de que no existe una única fuente de verdad y legitimidad. De este modo, Zubiaurre mostraría mediante su diario un testimonio concreto que no puede considerarse un todo absoluto.

Cuando definimos el diario de Pilar de Zubiaurre como un discurso testimonial que está tan cerca de la historiografía como de la literatura, estamos poniendo en relieve el planteamiento de Rene Jara, desarrollado en la segunda parte de este trabajo, donde se muestra que los sucesos narrados se pueden someter a pruebas de verificación. De este modo, la literatura debe entenderse como el vehículo de transmisión de la memoria testimonial que se puede equiparar a la Historia sin que se encuentre subordinada a ésta.

Bibliografía

- Abellán, J. L. (2001a): “El exilio de 1939: la actitud existencial del transterrado” en Balcells, J. M. y Pérez Bowie, J. A., *El EXILIO cultural de la guerra civil (1936-1939)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- (2001b): *El exilio como constante y como categoría*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Acevedo López, G. (2011): *Entre memoria y olvido: ochenta años del pasado contemporáneo español*. México: Limusa.
- Achúgar, H. (2002): “Historias paralelas/ejemplares: La historia y la voz del otro” en Achúgar, H. y Berverly, J., *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Ediciones Papiro, S.A.
- Acillona López, M. (2007): “Destierro, exilio, identidad: propuesta de trabajo” en Zabala Agirre, J. R., *Non zeuden emakumeak? La mujer vasca en el exilio de 1936*. Donostia: Editorial Saturrarán.
- (2012): “Exilio y género: identidades en los márgenes” en *Marcos interpretativos de la realidad social contemporánea*. ed: Mercedes Acillona López. Bilbao: Universidad de Deusto.
- (2015): “Eguileor “Atxerre” en el periodismo de guerra nacionalista previo a la caída de Bilbao” en *Litterae Vasconie*, nº 15, pp. 50-90.
- Agamben, G. (2000): *Homo Sacer III. El archivo y el testigo. Lo que queda de Auschwitz*. Madrid: Pre-textos.
- Alberca, M. (2000). *La escritura invisible. Testimonios sobre el diario íntimo*. Oiartzun: Sendoa.
- (2002): “Amnésicos, leales y arrepentidos. Los autobiógrafos españoles ante la Guerra Civil”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, mayo, 623, 11-25.
- Altmann, W., Bernecker W. L. y Vences U. (2009): *Debates sobre la memoria histórica en España. Beitrage zu Geschichte, Literatur und Didaktik*. Berlín: Tranvía- Verlag Walter Frey.
- Altolaguirre, M. (1937). “Noche de Guerra (De mi Diario)” en *Hora de España revista mensual*, Valencia.

- Alzuri Milanés, M. (2015). *Pilar de Zubiaurre: en la penumbra familiar*. Bilbao: Muelle de Uribitarte Editores, S.L.
- Arriaga Flórez, M. (2001). *Mi amor, mi juez. Alteridad autobiográfica femenina*. Barcelona: Anthropos.
- Ascunce, J. A. (1990): "Autobiografía y memoria en los escritores del exilio vasco" en *Exils et migrations ibériques au XXe siècle*, nº 6, pp. 45-59.
- (2007): "Los exilios del exilio vasco" en *España en la encrucijada de 1939. Exilios, cultura e identidades*. Ed: Mónica Jato, José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel. Bilbao: Universidad de Deusto.
- (2008): "El exilio entre la experiencia subjetiva y el hecho cultural. Tema para un debate" en *El exilio: debate para la historia y la cultura*. Ed: José Ángel Ascunce. San Sebastián: Saturrarán.
- Ayala, F. (2010). *Autobiografía(s)*. Ed. Carolyn Richmond. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- Azaña, M. (2019). *Diarios Completos*. Biblioteca Omegalfa.
- Baéz Ramos, J. (2001): "La capacidad social para tolerar una disonancia cognitiva: La recuperación de los exiliados" en Balcells, J. M. y Pérez Bowie, J. A., *El EXILIO cultural de la guerra civil (1936-1939)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Bal. M. (1999): "Of What One Cannot Speak" en *Acts of Memory: Cultural Recall in the Present*. Eds: Mieke Bal, Jonathan V. Crewe y Leo Spitzer. Hanover, NH: Dartmouth College.
- Balibrea, M. P. (2006): "Rethinking Spanish republican exile. An introduction" en *Journal of Spanish Studies*, Vol. 6, 3-24.
- Baroja, Carmen (1998). *Recuerdos de una mujer de la generación del 98*. Edición Amparo Hurtado. Barcelona: Tusquets.
- Basombrío, M. A. (2008). *De la filosofía del yo a la hermenéutica del sí mismo. Un recorrido a través de la obra de Paul Ricoeur*. Málaga: Universidad de Málaga.
- Bilbao Alberdi, G. (2017). "Inocencia y reconocimiento" En Gabriel Gatti, *Un mundo de víctimas*. Madrid: Antropos.
- Bou, E. (1996). "El diario: periferia y literatura". En *Revista de Occidente* 182-183, 121-135.

- Broué, P. y Témine E. (1977). *La revolución y la guerra de España*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Bruss, E. (1991). “Actos literarios” en *Anthropos Suplementos 29*, 62-79.
- Bundgaard, A. (2000). *Más allá de la filosofía. Sobre el pensamiento filosófico-místico de María Zambrano*. Madrid: Editorial Trotta.
- Butler, J. (2006). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Buenos Aires: Paidós SAICF.
- Caballé, A. (1995). *Narcisos de tinta: Ensayo sobre la literatura autobiográfica en lengua castellana (siglo XIX y XX)*. Málaga: Megazul.
- (1996). “Ego tristis (El diario íntimo en España)”. En *Revista de Occidente* 182-183, julio-agosto, 99-120.
- Camarero, J. (2011). *Autobiografía: escritura y existencia*. Barcelona: Anthropos.
- Camprubí, Z. (2006) *Diario I. Cuba (1937-1939)* edición de Graciela Paula de Nemes. Madrid: Alianza Editorial.
- Carr, R. (2002): “Re-presentando el testimonio: notas sobre el cruce divisorio primer mundo/tercer mundo” en Achúgar, H. y Berverly, J., *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Ediciones Papiro, S.A.
- Casanova, J. (2001): “Vencedores y vencidos: represión y exilio en las guerras civiles europeas” en *La España exiliada de 1939: Actas del Congreso <Sesenta años después> (Huesca, 26-29 de octubre de 1999)*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Catelli, N. (1996). “El diario íntimo: una posición femenina”. En *Revista de Occidente* 182-183, 87-98.
- (2000). “Pruebas de haber vivido. Los *Diarios* y la *Carta al padre* de Franz Kafka como límites de la autobiografía”. En *Diarios. Carta al padre. Obras completas II*, de Franz Kafka, 17-35. Barcelona: Galaxia Gutenberg/ Círculo de lectores (Edición de Ioana Zlotescu).
- Caudet, F. (2001): “El laberinto del exilio/el laberinto de la escritura” en Balcells, J. M. y Pérez Bowie, J. A., *El EXILIO cultural de la guerra civil (1936-1939)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Cedena Gallardo, E. (2004). *El diario y su aplicación en los escritores del exilio español de posguerra*. Madrid: Fundación Universitaria Española.
- Cernuda, L. (1958): “Historia de un libro (La Realidad y El Deseo)” en *Poesía y literatura*. Barcelona: Seix Barral (1971).
- Charcel, R. (1980). *Timoteo Pérez Rubio y sus retratos del jardín*. Madrid: Cátedra.

----- (1982). *Alcancía Ida*. Barcelona: Plaza & Janés (1994).

----- (1982). *Alcancía Vuelta*. Barcelona: Plaza & Janés (1994).

Comellas, J. L. (1972). *Historia de España moderna y contemporánea*. Madrid: Ediciones Rialp, S. A.

De la Calle Velasco, M. D. y Redero San Román M. (2006). *Guerra Civil, documentos y memoria*. Salamanca: Universidad de Salamanca.

De la Encina, J. “La semana artística. Los artistas vascos”, en *España* nº 95, Madrid, 16 de noviembre de 1916, pp. 11-13.

De la Mora, C. (1977). *Doble esplendor*. Barcelona: Grijalbo.

Díaz-Plaja, F. (1971). *La España política del siglo XX*. (Tomo III). Barcelona: Plaza & Janés, S. A. Editores.

Domínguez Prats, P. (1992). *Mujeres españolas exiliadas en México (1939-1950)*. Madrid: Editorial de la Universidad Complutense de Madrid.

----- (2012). “Silvia Mistral, Constanza de la Mora y Dolores Martí: Relatos y memorias del exilio de 1939” en *Revista de Indias*, Vol.72(256), pp.799-824.

Durán Jiménez-Rico, I. (1999). “El género autobiográfico en la literatura inglesa: Gran Bretaña y Estados Unidos”. En Manuela Ledesma Pedraz (ed.), *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, 99-118. Jaén: Universidad de Jaén.

Eiroa San Francisco, M. (2014). “Una visión de España en la obra de Isabel Oyarzábal de Palencia” En *Bulletin Hispanique*, tomo 116, nº1, pp. 363-380.

Ferrándiz, F. (2017). “Entre víctimas: investigando las exhumaciones de las fosas comunes de la Guerra Civil en la España contemporánea” En Gabriel Gatti, *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.

Ferrándiz, F. y Baer, A. (2011). “Violencia política y memoria digital: las exhumaciones de las fosas comunes de la Guerra Civil (1936-1939)” en *Territorios, identidades y violencias*. Mérida: Universidad de los Andes.

Freixas, L. (1996). “Auge del diario ¿íntimo? en España”. En *Revista de Occidente* 182-183, 5-14.

----- (1999). “Prólogo”, En *Diario*, de André Gide, 9-26. Barcelona: Alba Editorial.

- Galdona Pérez, R. I. (2001): *Discurso femenino en la novela de posguerra: Carmen Laforet, Ana María Matute y Elena Quiroga*. Santa Cruz de Tenerife: Universidad de la Laguna.
- Gatti, G. (2017a). “La teoría heredada para pensar la víctima. Insuficiencia, nostalgia y negación” En *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.
- (2017b).“Glosario para la nueva víctima” En *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.
- Girad, A. (1996). “El diario como género literario”. en *Revista de Occidente* 182-183, 31-38.
- Gómez Bravo G. (2018). *Qué ocurrió durante el asedio a Madrid*: <http://theconversation.com/que-ocurrio-durante-el-asedio-a-madrid-105135>
- González Allende, I. (2009): *Pilar de Zubiaurre: Evocaciones. Artículos y diario (1909-1958)*. Donostia: Editorial Saturrarán.
- (2014). *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)*. Woodbridge: Tamesis.
- (2016): *El exilio vasco: estudios en homenaje al profesor José Ángel Ascunce Arrieta*. Bilbao: Universidad de Deusto.
- González Casanova, J. A. y Bahamonde Magro, A. (2005): *La primera batalla moderna se libra en el Jarama: Febrero 1937*. Madrid: Unidad Editorial.
- Granada, M.A. (1988). *Cosmología, religión y política en el Renacimiento. Ficino, Savonarola, Pomponazzi, Maquiavelo*. Barcelona: Anthropos.
- Guillén, C. (2005). *Entre lo uno y lo diverso. Introducción a la Literatura Comparada. (Ayer y hoy)*. Barcelona: Tusquets.
- Gusdorf, G. (1991). “Condiciones y límites de la autobiografía”, en *Anthropos Suplementos* 29, 9-18.
- Gutiérrez de Zubiaurre, L. (2009). “Pilar de Zubiaurre: bosquejo biográfico”, en *Evocaciones: Artículos y diario (1909-1958)* (ed. de Iker González-Allende), San Sebastián, Saturrarán.
- Hernández-Navarro, M. A. (2015): *Materializar el pasado. El artista como historiados (benjaminiano)*. Murcia: Micromegas.
- Hernández, F.J. (1999). “La autobiografía en la literatura francesa, un género de nuestro tiempo”. En Manuela Ledesma Pedraz (ed.), *Escritura autobiográfica y géneros literarios*, 77-84. Jaén: Universidad de Jaén.

- Hurtaro, A. (1998). "Biografía de una generación: Las escritoras del Noventa y Ocho", en *La literatura escrita por mujer. Desde el siglo XIX hasta la actualidad*, Vol. 5 de *Breve historia feminista de la literatura española (en lengua castellana)*, ed. Iris M. Zavala. Barcelona: Anthropos.
- Ibárruri, D. (1967). *Guerra y revolución en España 1936-39*. vol. II. Moscú: Progreso.
- Iglesias, Ó. y Cardona, G. (2005). *Guadalajara, la lucha en el barro: Marzo 1937*. Madrid: Unidad Editorial.
- Irazabal Agirre, J. (2001). *Durango. 1937 martxoak 31. 31 de marzo de 1937*. Abadiño: Gerediaga Elkarte.
- Irazuzta, I. (2017): "Memoria y víctima" En Gabriel Gatti, *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.
- Iturbe, L. (2012). *La mujer en la lucha social y en la guerra civil de España*. Madrid: La Malatesta Editorial.
- Izquierdo Martín, J.: "¿Víctimas sin victimismo? Por una memoria elaborada del genocidio franquista" En Gabriel Gatti, *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.
- Jackson, G. (1981). *La República española y la guerra civil*. Barcelona: Crítica.
- Jara, R. y Vidal, H. (1986). *Testimonio y literatura*. Minneapolis: Institute for the Study of Ideologies and Literatura.
- Kent, V. (1975). *Cuatro años de mi vida*. Barcelona: Bruguera.
- LaCapra, D. (2005). *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- (2008): *Historia y memoria después de Auschwitz*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- Laviana, J. C. (Ed.) (2005). *Así llegó España a la Guerra Civil. La República (1931-1936)*. Madrid: Grupo Unidad Editorial.
- Lejeune, P. (1994). *El pacto autobiográfico y otros estudios*. Madrid: Megazul-Endymion.
- Levi, P. (2000): *Los hundidos y los salvados*. Barcelona: Personalia, Muchnik Editores.
- Lloréns, V. (1976); "La emigración republicana de 1939" en *El exilio español de 1939*. Madrid: Taurus.
- López Castro, A. (2001): "María Zambrano y su visión del exilio" en Balcells, J. M. y Pérez Bowie, J. A., *El EXILIO cultural de la guerra civil (1936-1939)*. Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- López de la Vieja, M. T. (2003): *Ética y literatura*. Madrid: Tecnos.

- Loureiro, A. G. (1991). "Problemas teóricos de la autobiografía" en *Anthropos Suplementos* 29, 2-8.
- Maceiras Fafián M. y Trebollé Barrera J. (1990). *La hermenéutica contemporánea*. Madrid: Cincel.
- Madariaga, M. R. (2002). *Los moros que trajo Franco. La intervención de tropas coloniales en la guerra civil*. Barcelona: Ediciones Martínez Roca.
- Mangini, S. (2001). *Las modernas de Madrid: Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona: Península.
- Mangini, S. (1991). "Memories of Resistance: Women Activists from the Spanish Civil War" En *Journal of Women in Culture and Society*, vol. 17, pp. 171-186.
- Marello, C. (1990). "Interventi di sintesi" en *Interpretazione e autobiografia*.
- Marinas, J. M. (2007): *La escucha en la historia oral: palabra dada*. Madrid: Síntesis.
- Martínez Gutiérrez, J. (2002): *Las intelectuales, de la Segundo República al Exilio*. Madrid: Dayenu.
- (2006): "Para una arqueología de la memoria histórica en España. El exilio de 1939" en Rodríguez, I. y Szurmuk, M., *Memoria y ciudadanía*. Santiago de Chile: Cuarto propio.
- Masanet, L. (1998). *La autobiografía femenina española contemporánea*. Madrid: Espiral Hispanoamericana.
- Miralles Palencia, R. (2007). "La incidencia de la situación internacional en la guerra de Euskadi, 1936-1937" en *Historia Contemporánea*, nº 35, pp. 491-506.
- Moi, T. (1988). *Teoría literaria feminista*. Madrid: Cátedra.
- Molero De la Iglesia, A. (2000). *La autoficción en España. Jorge Semprún, Carlos Barral, Luis Goytisolo, Enriqueta Antolín y Antonio Muñoz Molina*. Berna: Peter lang.
- Molino, J. (1991): "Interpretar la autobiografía", en Antonio Laza Pozuelo (ed.), *La autobiografía en la lengua española siglo veinte*, 107-137. Lausanne: Hispánica Helvética.
- Nelken, M: "La vida y las mujeres. A propósito de dos artistas: Carmen Baroja y Pilar de Zubiaurre" en *El Día*, Madrid, 9 de diciembre de 1916.
- Ochando Aymerich, C. (1998). *La memoria en el espejo: Aproximación a la escritura testimonial*. Barcelona: Anthropos.
- Pabón, C. (2015): "De la memoria: ética, estética y autoridad" en Teresa Basile (cord.), *Literatura y violencia en la narrativa latinoamericana reciente*. La Plata: Universidad de la Plata.

- Palencia, I. (1940). *I must have Liberty*. NY-Toronto: Logman.
- Parrau, A. (1995): *Écrice le camps*. París: Belin.
- Paz, O. (1985). *Los hijos del limo*. Barcelona: Planeta de Agostini.
- Peris, J. (2014): “Literatura y testimonio: un debate” en *Puentes de Crítica Literaria y Cultural*, 10-17.
- Picard, H.R. (1981). “El diario como género entre lo íntimo y lo público”. En *1616, Anuario IV*, 115- 122.
- Puertas Moya, F.E. (2004a). *Los orígenes de la escritura autobiográfica: género y modernidad*. Logroño: Universidad de la Rioja.
- (2004b). *Aproximación semiótica a los rasgos generales de la escritura autobiográfica*. Logroño: Universidad de la Rioja.
- Randall, M. (2002): “¿Qué es y cómo se hace un testimonio?” en Achúgar, H. y Berverly, J., *La voz del otro: testimonio, subalternidad y verdad narrativa*. Guatemala: Ediciones Papiro, S.A.
- Rankin, N. (2005). *Crónica desde Guernica. George Steer, corresponsal de guerra*. Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, P. (1999). *Historia y narratividad*. Barcelona: Paidós I.C.E/ U.A.B.
- (2004): *La memoria, la historia, el olvido*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Rodrigo, A. (1999): *Mujer y exilio 1939*. Madrid: Compañía Literaria.
- Romera Castillo, J. (1994). “Escritura autobiográfica cotidiana. El diario en la literatura española actual (1975-1991)”. en *Revista Marroquí de Estudios Hispánicos*, 3, 3-18.
- (2004). “Panorama de escrituras autobiográficas del siglo XX”. En *El temblor ubicuo (Panorama de escrituras autobiográficas)*, F. Ernesto Puertas Moya et alii (eds.), 17-41- Logroño: Seminario de Estudios sobre Relatos de Vida y Autobiografías de la Universidad de la Rioja.
- Salinas, P. (1944): *Aprecio y defensa del lenguaje*. Puerto Rico: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- San Miguel, M. L. y Ascunce, J. A. (1994): “El exilio vasco como realidad cultural” en *La cultura del exilio vasco I. Pensamiento y creación literaria*. Ed: José Ángel Ascunce y María Luisa San Miguel. San Sebastián: J. A. Ascunce.

- Sánchez Ruano, F. (2004). *Islam y guerra civil española: Moros con Franco y con la República*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Sánchez Vázquez, A. (1997): *Del exilio en México: Recuerdos y reflexiones*. México: Grijalbo.
- (2002): “Miradas sobre – y desde – el exilio”. En *Exilio*, A. Guerra (ed.), 246-251. Madrid: Fundación Pablo Iglesias.
- Sánchez Zapatero, J. (2008): “Memoria y literatura: escribir desde el exilio” en *Lectura y signo*, 3, 437-453.
- (2010): *Escribir el horror*. Barcelona: Montesinos.
- Schwartz, F. (1972). *La internacionalización de la guerra civil española, Julio de 1936-marzo de 1937*. Barcelona: Ariel.
- Shaw, D. (1978). *La generación del 98*. Madrid: Cátedra.
- Simón, P. (2014): “La literatura y las catástrofes históricas del siglo XX, un novedoso objeto de estudio comparatista”, en *452 °F Revista electrónica de teoría de la literatura y literatura comparada*, 10, 220-240.
- Smith S. (1991). “Hacia una poética de la autobiografía de mujeres”, en *Anthropos Suplementos* 29, 93-105.
- Sociedades Bíblicas Unidas (1998). *Reina Valera (1960)*. Editorial: Sociedades Bíblicas Unidas.
- Sousa Ribeiro, A. (2017): “Trauma” En Gabriel Gatti, *Un mundo de víctimas*. Madrid: Anthropos.
- Spivak, G. H. (2009): *¿Pueden hablar los subalternos?*, ed. Asensi Pérez M. Barcelona: Museu d'Art Contemporani de Barcelona.
- Todorov, T. (2002): *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Tortosa, V. (2000). “La literatura púdica como una forma de intervención pública: el diario”. En *Signa. Revista de la Asociación Española de Semiótica* 9, 581-619.
- (2001). *Escrituras ensimismadas: la autobiografía en la democracia española*. Alicante: Universidad de Alicante.
- Trapiello, A. (1998). *El escritor de diarios*. Barcelona: Ediciones Península.
- Traverso, E. (2007): *El pasado, instrucciones de uso: historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons.

- Tuñón de Lara, M., Cardona, G. y Alcofar Nassaes, J. L. (1996). *La guerra en el Norte: marzo-diciembre 1937: Guernica, Bilbao, Brunete, Santander, Asturias, Teruel*. Madrid: Historia 16.
- Ulacia Altolaquirre, P. (1990). *Concha Méndez: Memorias habladas, memorias armadas*. Madrid: Mondadori.
- Vaquero Martínez, J. M. y Cobos Bueno J.M. (2001). “Pedro Carrasco Garrorena (1883- 1966): Una aproximación a su biografía” En: *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas.* , vol. 24, p. 201-215.
- Villanueva, D. (1989). *El comentario de textos narrativos: la novela*. Gijón: Ediciones Júcar.
- (2004): *Teorías del realismo literario*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Weintraub, K. J. (1991). “Autobiografía y conciencia histórica”, en *Anthropos Suplementos 29*, 18-33.
- Zabala Agirre, J. R., (2007): “36ko erbestearen emakumeak: ahanztuaren hariak bilduz” en Zabala Agirre, J. R., *Non zeuden emakumeak? La mujer vasca en el exilio de 1936*. Donostia: Editorial Saturrarán.